

ROSARIO ALFONSO PARODI
FERNANDO LUIS ROJAS LÓPEZ

COMPILADORES

AHORA
ES TU TURNO

MIGUEL UN HOMENAJE CUBANO
A MIGUEL ENRÍQUEZ

AHORA

ES TU TURNO

MIGUEL UN HOMENAJE CUBANO
A MIGUEL ENRÍQUEZ

ROSARIO ALFONSO PARODI
FERNANDO LUIS ROJAS LÓPEZ

COMPILADORES

AHORA

ES TU TURNO

MIGUEL UN HOMENAJE CUBANO
A MIGUEL ENRÍQUEZ

Agradecemos el apoyo de los compañeros miristas Guillermo Leiva y Manuel Gahona para la edición de esta obra

CUIDADO DE LA EDICIÓN: Silvia Gutiérrez González DISEÑO DE CU
BIERTA E INTERIOR: Jorge Méndez IMAGEN DE CONTRACUBIERTA:
Obra de Tato Ayress

©Rosario Alfonso Parodi y Fernando Luis Rojas López, 2015

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN:

Editor de la versión electrónica; Juan Alexander Padrón García

©Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, 2024

ISBN: 978-959-242-240-7

Estimado lector, le estaremos muy agradecidos si nos hace llegar su opinión, por escrito, acerca de este libro y de nuestras publicaciones.

INSTITUTO CUBANO DE INVESTIGACIÓN CULTURAL JUAN MARINELLO
Ave. Rancho Boyeros No. 63, Plaza de La Revolución, La Habana, Cuba.
comunicacion@icic.cult.cu

Índice

Prefacio	7
Ahora es tu turno... un libro hecho para el diálogo	10
Una memoria sobre el MIR. Construcción colectiva	14
La encrucijada de 1968 para Cuba y el mundo. <i>Rafael Acosta de Arriba</i>	15
Miguel Enríquez: una mirada a su contexto histórico. <i>Luis Suárez Salazar</i>	27
Algunas condiciones para el marxismo latinoamericano en los años sesenta. <i>Alexander Correa Iglesias</i>	33
El proceso chileno durante la Unidad Popular. Importancia para experiencias revolucionarias posteriores. <i>Germán Sánchez Otero</i>	37
Miguel Enríquez Espinosa: el MIR y la revolución en Chile. <i>José Antonio López Rodríguez</i>	45
El cine chileno en la época de la Unidad Popular y durante la resistencia a la dictadura. <i>Manuel Pérez Paredes</i>	51
El MIR: síntesis de tradiciones revolucionarias. <i>Luis Emilio Aybar Toledo</i>	54
Vínculos e influencias de Miguel Enríquez y el MIR en la lucha contra la dictadura en el período 1983-1987. <i>Luis Rojas Núñez</i>	65

Apuntes sobre las relaciones entre el MIR y el PC de Chile. <i>Caridad Massón Sena</i>	73
El carácter y la vía de la revolución. <i>Fernando Martínez Heredia</i>	83
Miguel Enríquez y la precisión de un pensamiento en tiempos de cambio. <i>Félix Valdés García</i>	92
La osadía revolucionaria del MIR. <i>Frank García Hernández</i>	103
Miguel Enríquez: juramento y profecía. <i>Ricardo Alarcón de Quesada</i>	108
Nuestra memoria. <i>Régis Debray</i>	111
El paso del MIR a la clandestinidad. <i>Guillermo Leiva Narváez</i>	113
El Antaño encuentra el Ahora. <i>Carmen Castillo Echeverría</i>	120
Palabras cruzadas: debate y opiniones	127
Debates	128
Miguel Enríquez con voz propia	151
Declaración pública: a los obreros, campesinos, pobladores y estudiantes	152
“Hay que crear una nueva legalidad”	153
La alternativa de Chile es socialismo o fascismo	163
Declaración del Secretariado Nacional del MIR: frente al aniversario de la muerte del Che	172
El MIR responde a los ataques del Secretario General del Partido Comunista	173
Discurso en los funerales de Nilton Da Silva	189
Discurso de Miguel Enríquez en el Teatro Caupolicán	193
Llamado	202
En las montañas del sureste mexicano, octubre también se llama Miguel	204
Memoria gráfica	210

Prefacio

Este libro es un homenaje cubano a Miguel Enríquez en el 40 aniversario de su muerte en combate. Surge del coloquio “El MIR no se asila. Lucha y resiste”, realizado en La Habana los días 2 y 3 de diciembre de 2014, un taller que tomó como consigna aquella con la que Miguel y el MIR resistieron en clandestinidad por más de un año, con lo que dieron el ejemplo al permanecer en Chile para organizar un movimiento de resistencia a una dictadura que no conoció límites en su crueldad.

Fue un espacio de estudio y discusión acerca de los aportes de Miguel Enríquez a la revolución en América Latina, al pensamiento marxista latinoamericano y al proceso chileno; una recordación que combinó lecturas, debates, intervenciones artísticas, canciones, himnos, poemas, testimonios, análisis teórico, historiográfico y crítico sobre las concepciones, las formas organizativas y los métodos de lucha.

Durante esos días descubrimos que rendir homenaje a Miguel era rendirlo también a los cientos de revolucionarios miristas que fueron salvajemente torturados y desaparecidos; que fueron radicales sin ser sectarios y que, arrastrados por el “torbellino luminoso” de la insurrección socialista, ofrecieron su juventud y su vida.

El coloquio resultó, a su vez, una reivindicación de la Revolución cubana, paradigma de emancipación que el MIR admiró mucho, aunque nunca acríticamente; una revolución que golpeó implacablemente a los dueños del poder y *comprendió que no se pueden hacer revoluciones en el mundo sin enfrentar y combatir al imperialismo en todas sus variantes.*

De ese encuentro tan fecundo surge este libro, que compromete, por un lado, a los jóvenes que idearon un homenaje a la vez que aprendían de él y, por otro, a aquellos cubanos para los que el internacionalismo fue parte de su vida cotidiana, que amaron a Chile y a sus revolucionarios como prolongación de sí mismos y de una Cuba irradiante.

El libro busca entonces recopilar no solo lo ocurrido en esos días de taller, sino también que el ejemplo de la tremenda experiencia mirista sirva de asidero político para las juventudes que hoy quieren combatir, que pueda reverdecer ideales e inspire un modo actual de serle fiel a esa herencia. Es también un ejercicio de resistencia al olvido, un combate contra la pesada losa del culto al silencio, un intento de luchar contra el criterio abúlico de que la mayoría de la gente tiene que invertir demasiada energía en los asuntos materiales inmediatos, como para ocuparse de mirar alrededor y cuestionarse lo mal hecho, o mirar al pasado y nutrirse de sus enseñanzas. Una juventud sin memoria, que no conoce la inmensa riqueza revolucionaria e intelectual latinoamericana del pasado porque sencillamente se les ha ocultado, resulta funcional al quietismo.

Además de un lugar de memoria colectiva, este libro es un pequeño espacio de formación militante, cada vez más decisivo para luchar contra el apoliticismo y el conservadurismo que ganan terreno silenciosa, pero velozmente.

Cuando ya no se habla de los estertores del capitalismo, cuando algunas izquierdas enarbolan el lema *de cualquier tiempo pasado fue mejor* y recuerdan, solo nostálgicamente, la insurrección argelina, la derrota al imperialismo en Vietnam, los avances de las luchas anticoloniales, la emergencia en América Latina de vanguardias que florecían desde el ejemplo histórico de Che Guevara con Santucho, Sendic y tantos otros; cuando, aparentemente el legado ha sido interesadamente inhabilitado, este libro comprende que las lecciones de Miguel y el MIR, son válidas cuarenta años después y están hechas a la medida de nuestras luchas.

Comprende que el adversario, la reacción, no busca la democracia, que cuando el ejercicio de los derechos de los pueblos pone en peligro o afecta sus intereses, apelará a la conspiración y a la violencia.

Comprende que es una ilusión modificar estructuras socioeconómicas y hacer revoluciones con la pasividad y el consentimiento de las clases dominantes, que se fortalecen y desde el propio Estado inician ofensivas reaccionarias, primero apoyándose en los gremios empresariales, luego en la pequeña burguesía y así, en lo adelante, hasta derrocar sanguinariamente todas las conquistas por las que se ha luchado y a veces se ha muerto.

Este libro comprende, junto al MIR de Chile, que el camino es la ruptura con la legalidad burguesa, que la construcción mirista del Poder Popular, su lucha reivindicadora del sindicato y del poder de la comunidad, es una idea organizativa a rescatar en todas las etapas de una verdadera lucha por la justicia y por la construcción de una sociedad que supere el capitalismo.

Comprende que el camino implica también romper con todas las tendencias que conducen al reformismo o la conciliación de clases, y también con las formas de hacer política de la izquierda tradicional y de un falso marxismo, lleno de sectarismos, de prisiones mentales y de pensamiento teologizante.

Por ello tomamos y resignificamos esa simbólica expresión de relevo de Salvador Allende a Miguel, el 11 de septiembre: “Ahora es tu turno”.

Nosotros, los cubanos, que no podemos asistir, ni lo haremos, al fracaso de la izquierda, del socialismo o de la revolución, le decimos a Miguel Enríquez, que su turno es verdaderamente hoy; que sus ideas y su proyecto contra el imperialismo y *todas sus representaciones materiales y mentales*, contra el dogmatismo y *todas sus representaciones materiales y mentales*, tienen la fortaleza y el vigor de la vida, tienen la vivencia íntima del hombre que lucha por la libertad del hombre. Por eso, Miguel Enríquez, ahora que es nuestro turno también, acompáñanos.

ROSARIO ALFONSO PARODI

Ahora es tu turno...

un libro hecho para el diálogo

Como toda compilación, esta constituye una osadía porque implica articular escritos que difieren por las circunstancias en que se elaboraron, sus objetivos, sus perspectivas culturales e ideológicas. Hemos asumido el reto respetando los criterios de los autores, con el deseo de que la diversidad estimule el acto de hurgar críticamente en la memoria.

Resulta imposible trasladar el espíritu del coloquio acogido en diciembre de 2014 por el Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello. Las emociones, el quiebre de la voz de algunos protagonistas, la identificación de los más jóvenes y el ecumenismo revolucionario, se resisten a ser apresados en una edición. Es por eso que este libro es punto de partida, no cierre.

En “Una memoria sobre el MIR. Construcción colectiva” se recogen las ponencias presentadas. El hilo conductor es la experiencia revolucionaria chilena entre las décadas de los años sesenta y ochenta del pasado siglo y el papel desempeñado por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y su líder Miguel Enríquez.

El tema central se convierte en plataforma y abre otros caminos: el contexto mundial y latinoamericano en aquellos años; los vínculos de la Revolución cubana con el proceso chileno, este último marcado por las relaciones con el gobierno de la Unidad Popular, el presidente Salvador Allende y el propio MIR; los reflejos que tuvo la época en el cine; las peculiaridades de las denominadas fuerzas de izquierda en Chile; el devenir del MIR después de la caída de Miguel Enríquez; la recepción en la contemporaneidad de aquellas experiencias y de las ideas y la práctica revolucionaria de Miguel, entre otros.

Sobre todos los temas mencionados hay posiciones diversas. Uno de los asuntos más enconados tiene que ver con las relaciones entre el MIR y el Partido Comunista de Chile, así como los efectos que tuvieron para la unidad de las fuerzas revolucionarias y el desarrollo del período presidencial de Salvador Allende

Acerca de ese particular contraponen en sus exposiciones la investigadora cubana Caridad Massón y el historiador y antiguo miembro del Frente Patriótico “Manuel Rodríguez” Luis Rojas. El trasfondo del problema se presenta aquí en dos líneas fundamentales: por un lado, la acumulación de una cultura política en la izquierda chilena que jerarquiza la vía electoral; por el otro, el planteamiento de una de las disyuntivas más cargadas de sentido hasta los años ochenta del siglo pasado: ¿cuáles son el carácter y la vía para una revolución en los países latinoamericanos? como revela en su exposición el Premio Nacional de Ciencias Sociales Fernando Martínez Heredia.

La ponencia de Martínez Heredia nos permite acceder, además, a un valioso documento que ha permanecido inédito hasta la fecha: una carta enviada a él desde Chile por Miguel Enríquez. El documento tiene especial significación por su condición inédita y porque expresa detalles del ámbito en que se tuvieron que desenvolver los miristas desde la propia perspectiva del líder del MIR.

El desarrollo de la resistencia al golpe de Estado con el paso del MIR a la clandestinidad y las dificultades que les tocó afrontar a los miembros del movimiento, llegaron en la voz de uno de sus protagonistas, Guillermo Leiva, quien invitó a tener en cuenta, en cualquier análisis histórico y político, las circunstancias en que tuvo que actuar el MIR en su lucha contra uno de los regímenes más crueles de toda Latinoamérica.

Si tuviéramos que mencionar un tema de consenso general, este sería el del apoyo de la Revolución cubana al proceso chileno, arraigado en el pueblo y expresado por los dirigentes revolucionarios. Una buena parte de las exposiciones tiene el interés adicional de reflejar las vivencias de protagonistas de esa relación. Por ejemplo, Germán Sánchez recuerda su presencia en el país austral en 1971, en medio del arribo de decenas de pensadores sociales atraídos por lo que se consideraba un intento de cambio con signo socialista por la vía pacífica. Como cubano, el investigador y posteriormente diplomático, dedica especial atención a la visita realizada por Fidel Castro a Chile entre el 10 de noviembre y el 3 de diciembre de 1971.

En rigor, ese consenso general no constituye una apología. Los nexos entre los procesos cubano y chileno están mediados por el conflictivo contexto de la Isla entre finales de la década de los años sesenta y el inicio de los setenta. La primera ponencia de esta compilación, “La encrucijada de 1968 para Cuba y el mundo”, del investigador Rafael Acosta de Arriba, jerarquizó el tema cubano durante las primeras sesiones del coloquio. Réplicas y contrarréplicas evidenciaron la diversidad de criterios y pusieron nuevamente sobre la mesa el relativismo del concepto “verdad histórica” o, al menos, de las lecturas que se hacen de los procesos históricos.

Otros autores se movieron en el espacio latinoamericano; en los asideros que encontraron los actores del proceso chileno en general, y Miguel Enríquez y el

MIR en particular; en el pensamiento revolucionario y anticolonial; o agregaron el componente de la política de dominación continental de Estados Unidos. Son los casos de José Antonio López, Alexander Correa, Félix Valdés y Luis Suárez, respectivamente.

Uno de los aportes significativos del evento, muy difícil de trasladar en letra impresa, se encuentra en el papel desempeñado por los jóvenes. Más allá del aspecto de la organización formal –nunca despreciable–, que descansó casi completamente en los nuevos miembros de la Cátedra de Pensamiento “Antonio Gramsci”, y de la participación en el coloquio de estudiantes, recién graduados y dirigentes juveniles, se generó una sinergia entre estudio, recepción crítica y producción teórica que tuvo en los más bisoños a los principales protagonistas. Es por ello, que los trabajos “La osadía revolucionaria del MIR”, de Frank García Hernández, y “El MIR: síntesis de tradiciones revolucionarias”, de Luis Emilio Aybar –jóvenes investigadores del Instituto Juan Marinello– unen a su solidez teórica y rigor metodológico, la condición de señalar un camino de ruptura con los temas tradicionalmente abordados por la historiografía, el pensamiento y la educación cubanas.

La sección cierra con las palabras de la única testigo del combate librado por Miguel el 5 de octubre de 1974, su compañera Carmen Castillo, quien afirma que si la memoria es un instrumento de reflexión y no de legitimación, la única manera de no secuestrar la herencia de Miguel, es perseverar en la acción política radical.

Todos los paneles organizados entre el 2 y el 3 de diciembre generaron amplios debates. Por razones de espacio y de interés editorial, es imposible recogerlos íntegramente, pero no quisimos renunciar a ofrecer a los lectores una selección que presentamos en “Palabras cruzadas: debates y opiniones”. Los temas generales están en consonancia con las ponencias, pero su riqueza debe valorarse en dos sentidos: por un lado, las ideas se presentan sintéticamente, en algunos casos incluso a manera de axiomas, y ello ofrece un particular aporte discursivo por el dinamismo que le imprime a la lectura, además de reflejar el carácter dialógico que definió todo el evento; por el otro, irrumpen participantes con experiencias diversas, en algunos casos vinculados directamente a los acontecimientos que sirvieron como punto de partida del coloquio. Entre estos últimos puede mencionarse a los miembros del Departamento América Juan Carretero y Néstor León, y al mirista Manuel Gahona.

Como apoyo esclarecedor de las ideas manejadas en el coloquio, seleccionamos varios documentos agrupados bajo el título “Miguel Enríquez con voz propia”. El lector podrá encontrar textos incluidos por su importancia y la visión que ofrecen del desarrollo del proceso chileno, del MIR, de las ideas y el carácter de Miguel y de la complejidad del escenario en que se desarrolló aquella batalla por Chile. Hay por lo menos dos temas que resultarían incompletos si no se contrastan

los criterios de los ponentes y los participantes en el coloquio con los textos de Miguel Enríquez recogidos en esta sección: las relaciones entre el Partido Comunista y el MIR, y el carácter, las vías y objetivos de una revolución en Chile.

En esa recuperación del pensamiento de Miguel, se incluye excepcionalmente el homenaje del Subcomandante Marcos a treinta años de la caída del líder mirista. Desde las montañas mexicanas llega la voz de un movimiento heredero de las tradiciones revolucionarias chilenas.

Cerramos el libro con la “Muestra gráfica” que, aunque breve, intenta trasladar el espíritu del coloquio y servir de referente visual a los temas abordados. En esta época de imágenes, el simbolismo se convierte en punto de partida para algunos. Quizás un lector apurado (o potencial), comience por la armazón y de la mano de esas fotos, decida adentrarse en el libro.

Ha sido difícil presentar este libro en las partes que lo integran. Esconde el peligro de disminuir el recuerdo de Miguel Enríquez a cuarenta años de su caída, un homenaje que aunque parezca paradójico es a un hombre vivo y no a una víctima. Un homenaje que fue acto de reivindicación con nosotros mismos y con lo mucho que queda por hacer en Cuba.

FERNANDO LUIS ROJAS LÓPEZ

Una memoria sobre el MIR

construcción colectiva

La encrucijada de 1968 para Cuba y el mundo

RAFAEL ACOSTA DE ARRIBA

Doctor en Ciencias, profesor titular de la Universidad de La Habana y del Instituto Superior de Arte e investigador titular del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.

Intentaré brindar un rápido esbozo del contexto de Cuba a finales de los años sesenta e inicios de los setenta, en los momentos en que el MIR chileno, creado en 1965, entró en acción de manera protagónica en el escenario político de su país. De igual forma, apuntaré algunas cuestiones relativas al acontecer internacional de ese momento. Estas interrelaciones son importantes para poder juzgar el cuadro geopolítico de entonces.

El recuento, a mi juicio, debe iniciarse con la muerte de Ernesto Che Guevara, en octubre de 1967. Para algunos estudiosos, la década de los sesenta en Cuba quedó clausurada con ese fatal hecho. Obviamente no fue así, quedaron aún por transcurrir casi tres años de sustanciales acontecimientos, pero el peso de lo ocurrido en la Quebrada del Yuro signó todo lo que sucedió posteriormente. Muchos proyectos estratégicos fueron cancelados a partir de ese lamentable suceso. Fue un golpe demoledor para los planes revolucionarios en el continente. Analizar esos hechos a casi cuarenta y siete años de distancia es un ejercicio de memoria y de análisis que plantea complejos desafíos. Como expresó Walter Benjamin, a través de la memoria se abren expedientes que el derecho y la historia dan por cancelados, y de eso se trata en el presente texto, de hurgar en el pasado, en esos expedientes sobreseídos, llenos del polvo del tiempo y el olvido, y desempolvarlos. No se ha dicho aún con la fuerza necesaria que los sesenta cubanos han recibido una desatención historiográfica y política injusta y dañina, hoy lo digo con la intención de que se repare en ello.

En enero de 1968 la Revolución cubana comenzaba su décimo año de existencia. En los nueve anteriores había cumplido un ciclo de asunción, consolidación y desarrollo del poder político con no pocos obstáculos vencidos y muchas zonas de aspiraciones sociales apenas abordadas por el impulso revolucionario. Al iniciar su décimo año de edad el huracán político social cubano se aproximaba a un punto de inflexión en su recorrido, una esquina o recodo donde la acelerada

trayectoria no permitía vislumbrar el viraje que luego se hizo apreciable en todas las cartografías posibles.

En 1968 ya se había puesto en marcha la larga cadena de preparativos para lograr en dos años lo que debería ser la gran proeza económica del pueblo: la zafra de los 10 millones de toneladas de azúcar. De esta macrozafra dependerían muchos beneficios no solo en el plano de la economía, según se informaba recurrentemente a la población. Para la dirección del país estaba claro que el curso estratégico a nivel de política exterior dependería en buena medida del éxito de esa cosecha azucarera.

En el discurso del 2 de enero, en la Plaza de la Revolución, después del tradicional desfile militar, Fidel advirtió a la población de inminentes recortes de combustible para los autos privados, ocasionados por las reducciones de suministro de petróleo al país aplicadas por la Unión Soviética, una evidente presión de la gran potencia aliada (*hermana* era el eufemismo de la publicidad) hacia la díscola isla. También informó sobre las próximas graduaciones de cientos de ingenieros, subrayó el desfase que el balance económico de 1967 provocaría entre el aumento de las necesidades de la población y en las posibilidades de mejores abastecimientos, analizó la guerra de Vietnam como el tema dominante en la agenda política internacional y bautizó el año con el título de “Año del Guerrillero Heroico”, en honor al Che, una decisión esperada y ovacionada por la enorme concentración que le escuchaba con atención en la plaza.

Un rápido repaso a la situación del país nos puede ayudar a apreciar y reconstruir los fragmentos de aquel paisaje. Probablemente el signo principal en lo social que define este momento es la declaración expresa de Fidel Castro, dos años antes (en octubre de 1965), de que Cuba construiría paralela y simultáneamente el socialismo y el comunismo. Tal aspiración, unida a otra no menos significativa y trascendental, la de gestar al Hombre Nuevo que haría posible esa hazaña, signaban el rumbo político-social de la Cuba de entonces. Puede decirse también, interpretando estas direcciones utópicas, que lo que se intentaba desarrollar paralelamente eran dos proyectos más pragmáticos que los anteriores, aunque convergentes en sus finalidades últimas: la nación epicentro de la revolución latinoamericana a la vez que la patria socialista y próspera, un díptico cuyos presupuestos entrarían en franca contradicción desde sus inicios. Estamos hablando de una sociedad que, enfebrecida por el entusiasmo revolucionario de la inmensa mayoría destinado a conseguir un futuro mejor, se fue militarizando progresivamente sin mucha conciencia crítica del fenómeno.¹ Según Fidel Castro, esta militarización es lo que necesitaba la nación para conse-

¹ En otro discurso, este del 15 de marzo de 1968, Fidel hará pública dicha voluntad de militarizar el trabajo como determinación de la dirección de la Revolución ante los bajos niveles productivos mostrados en el país en los últimos años.

guir sus altas metas, y por tanto hacia ella se trabajaría en lo adelante. El entusiasmo popular se encauzó pues hacia los fines antes mencionados, con la sensación mayoritaria de estar construyendo el proyecto de un país nuevo, con un sentido de pertenencia muy articulado y la conciencia de contribuir a la gestación del Futuro y del Hombre Nuevo, entusiasmo que se alentaba con métodos de movilización que, en ocasiones, pugnaron con tradiciones y esquemas asentados en la cultura y la idiosincrasia del cubano. Se anularon así, de un plumazo, las fiestas navideñas y se trasladaron hacia la fecha del 26 de Julio, una fractura notable dentro de la reestructuración completa de la historia ceremonial del país con asiento en la definición de *tabula rasa* sobre todo lo anterior.

En el plano de las relaciones exteriores, los vínculos entre la Revolución cubana y la Unión Soviética se encontraban, en enero de 1968, en uno de sus puntos más bajos desde que estas se iniciaron en los meses siguientes al triunfo del primero de enero de 1959. Con la excepción del colosal disgusto de octubre de 1962 cuando Nikita Jrushchov decidió poner fin a la Crisis de los Misiles (conocida también como Crisis de Octubre) retirando las armas estratégicas sin consultar a la dirección cubana, nunca antes se había producido un período tan crítico en las relaciones bilaterales entre ambos países. Es decir, Cuba pretendía ser y se autoproclamaba socialista, pero no se conducía literalmente según los cánones del socialismo burocratizado soviético (y de los demás países del Este). Cuba había proclamado la vía tercermundista, apostaba por las luchas anticoloniales (las conferencias de la Tricontinental, 1966, y de la Organización Latinoamericana de Solidaridad –OLAS–, 1967, habían tenido fuerte repercusión internacional y legitimaron esos esfuerzos), por lo cual para muchos la Revolución desarrollaba un camino al socialismo más humano y solidario que el dogmático conocido hasta entonces, a la vez que ayudaba efectivamente a los movimientos guerrilleros en América Latina y apoyaba decididamente a Vietnam en su guerra de liberación nacional contra el agresor norteamericano.

En el campo cultural, nada sucedía con tranquilidad y con frecuencia ocurrían sucesos que alteraban su precario equilibrio. Las diversas polémicas culturales habían favorecido las opiniones contrarias a la divulgación del marxismo-leninismo a partir de los obsoletos manuales editados en la Unión Soviética, traducidos y distribuidos como sagrados y canónicos en la Isla. La revista *Pensamiento Crítico* dotaba al proceso de una fuente de ideas revolucionarias y marxistas a tono con lo que la nueva izquierda asumía como necesario en ese momento. Al mismo tiempo, las *redes de intelectuales* germinaban en todas las direcciones y latitudes con su centro en La Habana. El Salón de Mayo en 1967 y el Congreso Cultural de La Habana, de enero de 1968, apuntaban hacia una dirección de independencia de criterios de la Revolución cubana en materia de política cultural, arte, estética y pensamiento político en general, que en nada sintonizaba con el dirigismo de la política cultural del gusto del Partido Comunista de la Unión Soviética y de muchos

de los militantes cubanos del viejo partido. Las depuraciones a lo largo de la década de importantes dirigentes provenientes del Partido Socialista Popular,² no fueron del agrado de Moscú.

La institucionalización del proceso no había comenzado (por esos años un intelectual francés le preguntó a Fidel por qué no convocaba a elecciones si era más que evidente que de hacerlo arrasaría en ellas) y la turbulencia de los sucesos de la realidad cubana y su relación, de cierta autonomía, con el poderoso sistema socialista europeo, fascinaba a más de un amante de la justicia social en el mundo. Se trataba ciertamente de una poderosa fascinación. Haber capitalizado el tema del Tercer Mundo le había granjeado a la Revolución la rápida atención de la nueva izquierda internacional. Por demás, el enfrentamiento con el imperialismo norteamericano, la clásica pugna entre David y Goliat, concitaba la admiración general por la bravura y la insolencia del pequeño pueblo ante el más poderoso imperio del mundo.

El liderazgo de Fidel Castro se seguía consolidando y su talla como dirigente crecía en la medida en que se resguardaban los valores propios del nacionalismo cubano; la Revolución “verde como sus palmas”, una frase que apuntaba hacia la autenticidad e independencia del proceso (y que motivó que Sartre dijera que se trataba de una revolución sin ideología), ganaba adeptos en todos los puntos cardinales del orbe. Para finales de los sesenta ya ese verde había ido cambiando su coloración hacia un rojo aún no demasiado intenso, pero era todavía una coloración auténtica. Algunos estudiosos han llamado a esta fase la “etapa castrista” de la Revolución, debido a que la forma centralizada y verticalista de gobierno se desplegaba desde un diálogo permanente entre el líder y las masas, una suerte de relación plebiscitaria a partir de los extensos discursos ante multitudinarias concentraciones de pueblo, y habían puesto el énfasis crítico en esa legitimidad de un socialismo con rasgos particulares y propios. El apoyo mayoritario del pueblo cubano a Fidel y al proceso complementa un paisaje de mucha coherencia para el observador extranjero.

A la altura de 1968, Cuba era, para muchos especialistas, uno de los fenómenos político-sociales más curiosos e interesantes del convulso panorama mundial. La solidaridad y el internacionalismo fueron instrumentos para lograr una voluntad de cambios. Combatir al imperialismo yanqui, en cualquier lugar del mundo, era proclamada como una de las más caras empresas para cualquier revolucionario cubano; el heroico pueblo de Vietnam, situado en el punto de intersección de las coyunturas internacionales más importantes del orbe, marcaba el

² Me refiero a Aníbal Escalante, Joaquín Ordoqui, Edith García Buchaca y Lázaro Peña, este último desbancado de la dirección de la CTC. Escalante se decantó en dos plazos. Su liquidación definitiva, en el llamado Proceso de la Microfracción, se hará pública en enero de 1968, solo unos días después de concluido el Congreso Cultural de La Habana.

ejemplo. Era la época de las revoluciones y Cuba, un faro irradiante en el panorama mundial.

El entusiasmo, la euforia masiva, una auténtica efervescencia revolucionaria, comprobable entonces a simple vista, se resistían a acusar los golpes que la escasez, el bajo nivel de los servicios, la ausencia de medicinas y las precariedades de todo tipo propinaban cotidianamente al ciudadano común. La esperanza encontraba cobija en medio del fragor de la vida diaria empeñada en la construcción de la nueva sociedad. Todo sería resuelto, empleando una frase al uso, más temprano que tarde, era el pensamiento común, y no había tiempo para lamentaciones, era la hora de marchar con la Revolución, o mejor todavía, la hora de hacer la revolución. El FUTURO, así con mayúsculas, se convirtió en espuela del entusiasmo, en una suerte de oasis próximo. La inmediatez del “cáncer avanzado” con que se diagnosticó –según se decía por la repetitiva propaganda política– al capitalismo en general y al imperialismo norteamericano en particular, también formaba parte, como complemento perfecto de este cuadro de advenimientos, del capital simbólico que encerraba ese porvenir al alcance de las manos. Visto desde la distancia, es sorprendente apreciar hoy el nivel de ilusión e imaginación candorosa que denotaron algunas de aquellas quimeras.

Probablemente, una de las cuestiones más resaltantes de todo este cuadro sea la del moralismo extremo que signó aquellos años, en particular para los jóvenes, aspirantes y potenciales *hombres nuevos*, es decir, los férreos marcos de eticidad, altruismo y espíritu de sacrificio que rigieron sus vidas, las de todos en realidad.

La Revolución ofrecía pues, simultáneamente, esas dos imágenes, tanto a los ojos externos (más abiertos y avisados, desde luego) como a los internos (semicerrados por el esfuerzo agotador); es decir, por un lado, el espectáculo magnífico y emocionante de todo un pueblo cohesionado en torno a su líder y a sus elevados propósitos colectivos, y por el otro, la creciente cerrazón de una sociedad uniformada, *cuasi* militarizada, en la que hombres y mujeres, y en particular los jóvenes, se movían con espíritu de cruzados por las causas más altruistas de la época.

La construcción simultánea del socialismo y el comunismo, y al mismo tiempo la del hombre nuevo, la conversión del Estado en el único empleador (ocurrió el 13 de marzo de 1968), la represión de las diferencias, cualesquiera que estas fueran (sexuales, de credo, de modas o aspecto personal, de gustos musicales y principalmente las ideológicas), la educación orientada exclusivamente bajo los principios del marxismo-leninismo, ofrecían una expresión y un contenido de análisis para unos y lo contrario para otros, según la perspectiva desde la que se realizara dicha mirada. Pero para los revolucionarios del continente Cuba era, por encima de cualquier consideración, el bastión indiscutible para poder desarrollar sus acciones políticas y armadas. Un colosal suministro de recursos económicos y financieros del país se destinó por años a pertrechar a los guerrilleros y combatientes de los movimientos independentistas en Suramérica y África.

El violento enfrentamiento entre las direcciones cubana y soviética se agudizó a raíz de la muerte del Che. Una idea de la envergadura de dicho desencuentro, que tiene su propia historia y su primer episodio en la solución de la Crisis de Octubre, no cabe en estas páginas, pero en 1968 la relación cubano-soviética estaba en su punto más crítico. En enero de ese año, la situación era de virtual incomunicación entre ambos gobiernos y partidos. El Partido Comunista de Cuba, no había enviado a los festejos por el Cincuentenario de la Revolución de Octubre a un dirigente de primer nivel, sino a su ministro de Salud Pública, solamente miembro del Comité Central, con lo que bajaba ostensiblemente la jerarquía de representación estatal y partidista. La Unión Soviética había retirado a su embajador (llamado a consultas) y la misión diplomática estaba a cargo de un funcionario de menor nivel. Por otra parte, las negociaciones intergubernamentales relativas a la actualización del convenio trienal firmado en 1964, que debían realizarse por esos días, se encontraban en un punto muerto, nada funcionaba entre Cuba y la Unión Soviética, y esta vez en La Habana ni siquiera se escondía el hecho, como apreciaron algunos observadores extranjeros bien enterados de las interioridades de la política cubana.

Una muestra significativa de cómo se ponderaba por algunos dirigentes el desencuentro entre las direcciones cubanas y soviéticas puede hallarse igualmente en el libro de memorias de Lionel Soto, quien al hablar del denominado “Proceso de la Microfracción”, revelado a inicios de 1968, dice algo que pone a reflexionar seriamente a cualquiera, tanta es su gravedad: “En lo internacional hubo momentos de tensión con la Unión Soviética, incluso algunos dirigentes del Partido y del Estado llegaron a pensar que ese país nos declararía un bloqueo similar al de los Estados Unidos; otros elucubrarón en torno a un Estado cubano sin energía —o sea, sin el petróleo que se importaba de la Unión Soviética—, con la perspectiva de grandes apagones y la paralización de la labor agrícola.”³ Una revelación que ciertamente tiene el efecto de detener la lectura, pues si se llegó a pensar— según el testimonio de Soto— por algunos cuadros del gobierno en la posibilidad de una acción de fuerza por parte de los soviéticos y que esta pudiera ser un bloqueo económico similar al que tenía establecido el gobierno norteamericano, era indicio serio de un estado de alarma y suma preocupación entre figuras bien colocadas en la dirección del país a inicios de ese año.

A su vez, los sabotajes contra la Revolución mantenían una actividad intensa (se computaron varias decenas en 1968), que elevaron la temperatura del clima interno. Cuba seguía siendo una plaza sitiada en todo rigor. Los gobiernos norteamericanos no cedían ni un ápice en sus tentativas de golpear al país utilizando, como siempre, a cubanos residentes en su territorio, armados y financiados por

³ Lionel Soto, *De la historia y la memoria*, t. II, Editorial Si-Mar, La Habana, 2008, pp. 225-226 y la 237.

la CIA. Rossana Rossanda, comunista italiana que visitó Cuba en 1967 y 1968, recordó muchos años después, cuando redactó sus memorias, que la gente andaba uniformada y armada como si “esperaran un desembarco cada diez minutos” y lo resumía de esta forma, “se sentía en el cuello el aliento de los Estados Unidos”.⁴

El imaginario cultural resultante del denominado Tercer Mundo se nutrió, mediando los sesenta, de los conceptos de revolución, lucha armada, violencia anti-sistema, anticolonialismo, batallas por reivindicaciones étnicas y raciales, y la aspiración, en los casos más radicales, de un socialismo que no miraba demasiado hacia el referente soviético. El libro *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon [Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1963], alimentó dicho imaginario como ningún otro texto del momento. Amplificado por Sartre, que fue ganado por las tesis de descolonización y otras de Fanon, el libro hurgaba en una antropología cultural del subdesarrollo y realizaba una apología de la violencia, vertientes muy necesarias para nutrir dicho pensamiento emancipador. La Revolución cubana sintonizaba por completo con estos discursos y al enarbolar los tópicos del tercermundismo, el anticolonialismo y el apoyo resuelto a los movimientos de liberación, intentó liderarlos, y como han señalado varios especialistas, fueron los ingredientes idóneos para atraer poderosamente a la nueva izquierda.

La autodenominada “herejía cubana”, basada, como mencioné anteriormente, en la quimera de la construcción simultánea del socialismo y del comunismo, también acumuló, repito, en su voluntad política, la decisión de liderar al Tercer Mundo contra el imperialismo norteamericano.

A inicios de 1968 el punto de intersección entre la radicalización de la Revolución cubana, el concepto de Tercer Mundo y la proximidad con la nueva izquierda configuraba el perfil de lo que en la práctica podía denominarse espíritu revolucionario de la época, unido, desde luego, a la guerra que sostenía Vietnam contra el ejército norteamericano, el otro epicentro de dicho espíritu. El concepto de Tercer Mundo, que tuvo variaciones durante la década, alcanzó una gran radicalidad entre 1967 y 1968. La Revolución cubana encabezó esta mutación de manera práctica, mientras la nueva izquierda le dio sustento teórico. La naturaleza cambiante del Tercer Mundo fue moldeada en parte por la praxis de la Revolución cubana y por la radicalización obtenida a fines de 1967 e inicios de 1968. Es este el preciso momento en que la política de apoyo a los movimientos de liberación coloca a Cuba en una zona exterior de las coordenadas china y soviética, y al frente de la batalla antimperialista y anticolonialista a nivel global.

Es importante subrayar una cuestión: la Revolución cubana fue solidaria e internacionalista desde sus inicios. Ya en la Segunda Declaración de La Habana, en febrero de 1962, se había decretado la inevitabilidad de la revolución en el continente, con lo que se expresaba una suerte de filosofía rectora para la región

⁴ Rossana Rossanda, *La muchacha del siglo pasado*, Editorial FOCA, Madrid, España, 2008, p. 387.

(como le gustaba decir al Che cuando se refería a ese documento). A partir de ahí quedaba dibujada más claramente la estrategia continental. Después, los diferendos con la Unión Soviética y China, las propias exigencias de ayuda de los revolucionarios de diferentes países del continente, así como las situaciones políticas en estos, y la decisión irrevocable en 1965 del Che de partir a otras tierras a extender la revolución, dieron la luz verde definitiva a lo que se había madurado por años.

El discurso de Fidel Castro en la clausura del Congreso Cultural, en enero de 1968, año crucial, es una pieza que debe resaltarse en este panorama que dibujo a grandes trazos. Ante un auditorio expectante, medio millar de intelectuales pro chinos, surrealistas, “situacionistas”, trotskistas, anticolonialistas, guevaristas y de todas las tendencias existentes en la izquierda del momento, comenzó por analizar la situación de Vietnam y el papel dinamizador de las conciencias de hombres y mujeres de todo el mundo que estaba desempeñando la lucha de los vietnamitas contra las fuerzas militares norteamericanas. Acto seguido comenzó a reconocer y, mejor aún, alabar, el papel desempeñado por los intelectuales ante ciertos hechos y acciones criminales del imperialismo, en detrimento de la actuación de organizaciones políticas (léase los partidos comunistas que gobernaban en el campo socialista) de las que se esperaba una mayor combatividad. Concluyó su idea con esta formulación: “¡En ocasiones hemos visto supuestas vanguardias en lo más profundo de la retaguardia en la lucha contra el imperialismo!”⁵ Atacó con dureza al bloque soviético, sin mencionarlo explícitamente, pero era muy difícil no advertir las referencias cuando dijo que el marxismo tenía que salir de cierto anquilosamiento y desarrollarse, que debía comportarse como una fuerza revolucionaria y no como una iglesia ortodoxa y seudorrevolucionaria. La fuerte expresión “¡No hay nada más antimarxista que el dogma y el pensamiento petrificado!”⁶ eran una sentencia y una alusión crítica demasiado claras. Hasta ese punto jamás había llegado Fidel, al menos públicamente, en sus enfoques críticos acerca de la pasividad del bloque socialista y de su centro, la Unión Soviética, en relación con la situación revolucionaria internacional. Las ironías y los ataques al marxismo dogmático fueron tan enfáticos y agresivos que se preguntó sardónicamente si merecería la excomunión: “Esperamos, desde luego, que por afirmar estas cosas no se nos aplique el procedimiento de la *Excomunión* y, desde luego, tampoco el de la *Santa Inquisición*; pero ciertamente debemos meditar, debemos actuar con un sentido más dialéctico, es decir, con un sentido más revolucionario”⁷ Se colocaba así, voluntariamente, en zona de herejía total, desafiante y fuera de toda medida política según el canon ortodoxo. Todas las referencias a la Unión Soviética y a la ortodoxia socialista planteadas esa noche por el líder, fueron hechas con muy pocas intencio-

⁵ *Granma*, tercera edición, 13 de enero de 1968, pp. 2-3.

⁶ Ídem.

⁷ Ídem.

nes de ocultación o de un mínimo sentido metafórico; eran diáfanos, plenamente identificables, abiertas a la más elemental comprensión; una rebelión transparente y frontal, sin ambages, a la que convidaba a participar a los escritores y artistas allí presentes una vez que regresaran a sus países de origen.

Los ecos de este discurso en la prensa internacional fueron inmediatos y muy amplificadas. La radicalidad de los pronunciamientos y la idea clara de que se estaba abriendo un nuevo frente político a nivel mundial, acapararon los cintillos. Un ejemplo representativo de estos reportajes es el de Michel Bosquet (alias de André Gorz) en *Le Nouvel Observateur*, de 24 de enero de 1968, en el que bajo el título de “Castro abre un nuevo frente”, especulaba abiertamente sobre una posible Quinta Internacional, no formal, planteada por Cuba con el evento, una acción contra el imperialismo norteamericano –por cierto, demandada por los vietnamitas desde hacía mucho–. Inobjetablemente, cuando se revisan los despachos de aquellos días, el enfoque mayoritario de los medios coincide con el de Gorz, es decir, la posibilidad de que en Cuba se hubiese abierto un nuevo frente internacional de apoyo a la revolución y al Tercer Mundo. Este fue sin dudas el clímax de aquel acercamiento y compenetración entre la Revolución cubana y las izquierdas mundiales.

Coyunturas internacionales que se produjeron a lo largo de 1968 y el posicionamiento de Cuba ante estas, crearon condiciones para pensar que se entraba en el mencionado punto de inflexión. En primer lugar, en agosto de 1968, se produjo la decisión de Fidel Castro de apoyar la invasión de la Unión Soviética a Checoslovaquia, decisión que, aunque expresada desde el reconocimiento de su total ilegalidad, sorprendió a todos dentro de Cuba y a muchos de los aliados en el exterior, en primerísimo lugar a los mismos intelectuales que escucharon a Fidel en las conclusiones del Congreso Cultural pronunciarse violentamente contra la ortodoxia y el inmovilismo soviéticos.

No menos ayudaron a este sesgo de los acontecimientos los dos prolongados silencios de la dirección cubana ante los hechos del Mayo Francés⁸ y la matanza de estudiantes mexicanos en la Plaza de las Tres Culturas, de Tlatelolco. Silencios ambos que nunca han tenido y, probablemente no lo tendrán por ahora, una explicación oficial, pero que en aquel largo año sumaron suspicacias entre los amigos de la Revolución.

Digo algo con total convicción: los siete meses que van de enero a agosto de 1968 son determinantes para analizar el curso posterior de la Revolución cubana. Es un cambio tan brusco y en tan poco tiempo, que necesita de mayores y más profundos análisis; necesita también de documentos desclasificados,

⁸ Graziella Pogolotti dirá en sus memorias que los delegados al Congreso marchaban de La Habana con los gérmenes de los acontecimientos parisinos, quizá pensando en alguno de los intelectuales franceses a los que atendió personalmente.

una práctica aún inexistente en el país. Parece lógico, como han señalado algunos analistas, que una decisión de *realpolitik* movió a la dirección cubana a regresar lenta y gradualmente al abrigo de la Unión Soviética y del campo socialista so pena de poner en riesgo la ayuda económica que aportaba dicho bloque y, por ende, comprometer la sobrevivencia de la Revolución. Como es natural, una torcedura de rumbo de tal magnitud, un golpe de timón como ese, implicaba altos costos en las políticas internas y en la recepción internacional del proceso revolucionario. No se puede olvidar, en el análisis de este complejo panorama, que el enfrentamiento entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos no había mermado para nada en ese instante, sino todo lo contrario, se había agravado a partir de la política de ayuda cubana a los movimientos de liberación en el continente y en otras regiones del orbe. Es bueno subrayar esto: la ayuda eficaz y decidida a los movimientos de liberación y a los partidos políticos de izquierda por parte de la dirección cubana no decayó jamás, aunque de 1969 a los primeros años setenta parece haberse producido una temporal ralentización de esta.

Al mismo tiempo, hacia el plano interno, el concepto de “plaza sitiada” se hizo más recurrente en el discurso oficial y contribuyó a hacer más cerrado y difícil el clima político y social en la Isla.⁹ Los artículos firmados por un alias, Leopoldo Ávila,¹⁰ en la revista de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, *Verde Olivo*, desde el mes de noviembre de ese año, comenzaron a atacar a figuras y obras de la cultura cubana, en una intromisión que daba a entender que miradas foráneas al campo cultural decidían hacer su irrupción en este de forma expresamente agresiva. Según Jorge Fonet, “Apelar al órgano de las Fuerzas Armadas, en resumidas cuentas, era como sacar los tanques a la calle de la ciudad... letrada”.¹¹ Lo cierto es que con dichos ataques se estaba cuestionando o contradiciendo todo lo que la Revolución había realizado en materia de política cultural durante la primera década.

En ese mismo mes de octubre, varios centenares de jóvenes fueron arrestados (recogida fue el término empleado) en La Habana por poseer pantalones apreta-

⁹ Isaac Deustcher en su ya clásico análisis de la Revolución de Octubre a sus cincuenta años, *La revolución inconclusa* (Editorial ERA, 1968), había dicho: “Las fortalezas sitiadas difícilmente han sido gobernadas alguna vez en forma democrática”.

¹⁰ La verdadera identidad de este Leopoldo Ávila sigue siendo uno de los enigmas mejor protegidos de la historia cultural de la Revolución. Fonet, en su libro *El 71. Anatomía de una crisis* (Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2013, p. 42) dice que su identidad real se le ha atribuido por lo general a Luis Pavón y, en menor medida, a José Antonio Portuondo y Félix Pita Rodríguez, aunque probablemente haya sido “una creación colectiva” que pudo incluir a estos y otros no mencionados, tesis con la que es difícil discrepar. Conozco a personas que apuntan a Lisandro Otero como otro de los posibles usuarios del misterioso seudónimo.

¹¹ *Ibidem*, p. 44.

dos y melenas, y las muchachas, por usar faldas muy cortas, y acusados públicamente por Fidel de creer que vivían en un régimen liberal burgués y no en una revolución enfrentada a muerte con el imperialismo.

Desde 1969 cesaron las críticas públicas a la Unión Soviética, como anotó Piero Gleijeses en documentado libro.¹² En el discurso del 2 de enero de ese año, Fidel reconoció la determinante ayuda económica y financiera de la Unión Soviética, aunque expresara al mismo tiempo que “a veces tuvimos criterios diferentes”. En ese verano un destacamento de la flota naval soviética visitó la Isla y fue recibido con todos los honores. El discurso de Armando Hart, en septiembre, en la facultad de Humanidades de la Universidad de La Habana, en el que afirmó que era “imprescindible estudiar profundamente la experiencia del primer Estado proletario de la historia; creemos más: esa experiencia es factor decisivo para aprender qué debemos hacer”,¹³ ofrecía una pista segura sobre cuál sería el futuro más inmediato. Se regresaba, gradual pero inexorablemente, al esquema soviético, ahora como redescubiertas las “bondades” y beneficios de este. Nada o muy poco parecía quedar vigente de los duros enjuiciamientos hechos por Fidel a la “seudoiglesia esclerosada”, lenta, apática y colocada en la retaguardia de la política mundial, realizados en enero del año anterior, durante el Congreso Cultural; ahora se hablaba enfáticamente de aprender de la enorme experiencia soviética. En el plano exterior la consigna de la lucha por la paz y la coexistencia pacífica, promulgada por la Unión Soviética se simultaneó con la secreta colaboración con los guerrilleros y movimientos políticos emancipadores del continente.

En 1970, con el fracaso de la zafra de los 10 millones se pasaba página a la aspiración de financiar la Revolución apelando a recursos propios. En agosto de ese mismo año, luego de haber firmado en febrero un acuerdo comercial con el gobierno democristiano de Chile, Fidel reconoció que era posible llegar al socialismo por la vía electoral. Chile iba emergiendo a los primeros planos de la política del continente. Se hacía evidente que una nueva situación política hacia el interior del país, se conformaba aceleradamente. Para muchos, entre 1968 e inicios de los setenta, se cerró un período en la historia de la Revolución, quizá el más auténtico y genuino y, sin dudas, al menos para el que esto escribe, el más creativo como proceso político de carácter popular.

Los sesenta llegaron a su final. Para algunos especialistas –Frederic Jameson y Néstor Kohan, entre otros–, lo que se vivió no fue otra cosa que una revolución cultural a escala internacional. En su decurso se modificó aceleradamente el mapa político del orbe. 1968 fue el punto más elevado de un decenio que latió poderosamente a nivel mundial. En esa cartografía encontramos a la Revolución

¹² Piero Gleijeses, *Misiones en conflicto*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.

¹³ *Granma*, resumen semanal, 5 de octubre de 1969, p. 5.

cubana pugnando por atravesar las dificultades inherentes a su enfrentamiento con los gobiernos norteamericanos y a sus propios errores económicos, el movimiento guerrillero de América Latina contrayéndose pero en activo, el despegue del feminismo y el comienzo del encrespamiento *gay* junto con la revuelta sexual, la proliferación de los campamentos y comunas *hippies*, el minuto de esplendor del existencialismo, Argelia y su batalla por consolidar la independencia, los procesos descolonizadores africanos, el difícil y complejo concepto de Tercer Mundo encarnando en acciones que le insuflaban oxígeno vital, el surgimiento de la videoesfera, el auge de las nuevas izquierdas, las luchas por los derechos civiles de los negros (una suerte de rebelión antirracista) y otras minorías en Estados Unidos, la guerra de liberación vietnamita hiriendo de gravedad a las fuerzas más agresivas y retrógradas de los grupos de poder económico norteamericanos (con la consiguiente merma del poderío e influencia imperiales), la primavera de Praga con sus truncados advenimientos, el turbulento Mayo Francés protagonizado por los estudiantes. En fin, el despliegue del rostro de la rebeldía sesentiana, místico y romántico a un tiempo, el rostro del Che, inmortalizado por la fotografía de Korda,¹⁴ emergiendo como bandera, cambiar al hombre, cambiar el mundo, la vieja fórmula rimbodiana y marxista, rebelde, levantisca y revolucionaria anidada en un rostro.

¹⁴ Iván de la Nuez, en el libro *Fantasia roja* (Editorial Debolsillo, de Random House Mondadori, Barcelona, 2010, p. 72), dice algo muy interesante sobre esta fotografía: "Con esta foto, quizá América Latina haya entrado, por la puerta grande, en la era de la imagen. Aquel semblante del Che supuso, entre otras muchas cosas, una frontera visual entre los usos modernos y posmodernos".

Miguel Enríquez: una mirada a su contexto histórico

LUIS SUÁREZ SALAZAR

Doctor en Ciencias Sociológicas. Escritor y profesor titular del Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa García”.

Siento una profunda satisfacción porque los jóvenes de la Cátedra “Antonio Gramsci” del Instituto Juan Marinello, hayan convocado este evento, no solo para rendir un merecido homenaje a Miguel Enríquez, sino también a todas y a todos los que en Chile y en otras partes de América Latina y del Caribe, entregaron sus vidas luchando por aquello que la Segunda Declaración de La Habana del 4 de febrero de 1962 denominó “verdadera independencia” de nuestro continente.

Como he dicho en otros momentos, esa declaración puede ser considerada como el Manifiesto Comunista de la Revolución Latinoamericana y tiene una importancia cardinal para entender toda la política de la Revolución cubana hacia América Latina y el Caribe. Y digo “todá” porque aunque fue una declaración que surgió en un contexto político concreto, específico, todavía tiene muchas reverberaciones y vigencias. Entre ellas, su llamado a lograr la unidad lo más amplia posible en las luchas que actualmente se están librando contra el imperialismo y las clases dominantes en diferentes países del mundo.

Realmente considero un privilegio encontrar este espacio para contribuir a reverdecer y a enriquecer la memoria histórica de las luchas de nuestros pueblos. A veces cuando hablamos de esto solo se piensa en las nuevas generaciones. Desgraciadamente, incluso para las no tan jóvenes, la memoria histórica de todos estos años y de los posteriores está bastante sumergida, opacada o totalmente ausente. Entre otras razones, porque –aunque hay algunos textos publicados en nuestro país– todavía no se ha escrito ninguna historia de la Revolución cubana; ni siquiera una “historia oficial” a la que seguramente tendremos que agregar muchas historias críticas de esa epopeya del pueblo cubano, de sus vanguardias políticas y de sus sucesivos gobiernos revolucionarios.

El triunfo de la Revolución cubana actualizó y colocó en un nuevo contexto histórico las utopías “nuestramericanas”, debido en buena medida a su proyección internacionalista. En ocasiones se ha intentado negar esta práctica acudiendo a

determinados acontecimientos y análisis puntuales. Así ocurrió después del discurso de Fidel Castro en relación con los sucesos de Checoslovaquia en 1968 y el ingreso de Cuba al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME) en 1972.

En los años que siguieron a estos acontecimientos se creó una especie de espejismo, de que la política internacionalista de la Revolución cubana había cambiado a causa de su alianza estratégica con la URSS. Esa afirmación no tiene en cuenta varios datos históricos. Primero que, según Carlos Rafael Rodríguez, Cuba ingresó al CAME casi que involuntariamente, porque ese no era el propósito que llevaba la delegación cubana que asistió a esa reunión. Fueron los soviéticos los que, para tratar de satisfacer todas las demandas cubanas, impulsaron la inmediata integración de Cuba al CAME. Segundo, a pesar de su ingreso al CAME el gobierno de nuestro país siempre mantuvo su objetivo de integrarse con América Latina y el Caribe.

Si recorremos la historia, encontraremos que en la década de los setenta el internacionalismo de la Revolución cubana se colocó en la cúspide de su proyección externa. Incluso, en ocasiones, contra la opinión de los soviéticos y, sobre todo, de buena parte de los países socialistas de Europa Central y Oriental. Nunca se nos puede olvidar que en esos años se desplegó el decisivo respaldo político-militar del pueblo y el gobierno cubanos a las luchas por la independencia de Angola, a la defensa de la integridad territorial de Etiopía (entonces gobernada por un gobierno revolucionario), al igual que a las luchas que se desarrollaron en varios países africanos contra el *apartheid*. Y, al menos en sus inicios, todo ese esfuerzo se emprendió al margen de la voluntad de la dirección soviética.

Al mismo tiempo, la Revolución cubana rechazó todos los condicionamientos que, para mejorar sus relaciones con el gobierno, trataron de imponerle las administraciones de Gerald Ford y James Carter. Como ya está documentado, esta última más de una vez le planteó a los negociadores cubanos que para “normalizar” las relaciones oficiales bilaterales las fuerzas militares cubanas tenían que retirarse de África. También planteó que el gobierno cubano tenía que abandonar su solidaridad con las luchas por la independencia del pueblo de Puerto Rico. El liderazgo político de nuestro país jamás aceptó esos y otros condicionamientos.

A la inversa, durante los dos primeros años de la administración de Carter la máxima dirección de la Revolución cubana, y en particular Fidel Castro, construyó de manera paciente y totalmente discreta las diversas alianzas con algunos gobiernos latinoamericanos y caribeños, al igual que con diversos destacamentos de la izquierda de este continente que contribuyeron a la victoria de la Revolución sandinista y al posterior desarrollo de la lucha armada revolucionaria en El Salvador y en Guatemala. Esto, a pesar de las desembozadas amenazas de algunos altos funcionarios de la reaccionaria administración de Ronald Reagan de eliminar “la fuente” de los conflictos regionales que entonces se estaban desarrollando en

diversos países del mundo y especialmente en Centroamérica. En esos años el Partido Comunista de Cuba y el gobierno cubano también desarrollaron múltiples acciones de solidaridad (algunas de ellas muy audaces) con todas las fuerzas políticas chilenas que estaban combatiendo contra la dictadura de Pinochet.

Siempre tiene que mencionarse la influencia de la Revolución cubana, pero también las ideas internacionalistas de otros revolucionarios, entre ellos Miguel Enríquez. El MIR chileno y Miguel no solo levantaron un proyecto y una discusión que tuvo que ver con la situación entonces existente en Chile, sino también con la necesidad de formar una coordinadora revolucionaria suramericana con la que, en la década de 1970, trataron de recuperar la herencia de la Revolución cubana y específicamente el legado del Che. En tanto, las organizaciones integrantes de esa coordinadora comprendían que lo que estaba ocurriendo en aquellos años en Chile, Argentina, Uruguay o Bolivia formaba parte de un proceso mayor: la revolución latinoamericana, como le llamábamos en los años sesenta.

Dicho esto, trataré de colocar la vida, la obra y las luchas de Miguel Enríquez dentro del contexto histórico en que se desarrollaron. Insisto mucho en analizarlo porque es la única forma de entenderlos mejor y de no dogmatizarlos, de no pretender que las ideas que defendieron, por las cuales entregaron sus vidas en un momento histórico determinado, son verdades eternas, absolutas, aplicables en cualquier tiempo y lugar. Estoy seguro que si Miguel y otros destacados dirigentes del MIR hubieran tenido el privilegio de sobrevivir, probablemente estarían reflexionando con una nueva mirada los acontecimientos que en la actualidad están ocurriendo en el mundo y, en particular, en Nuestra América.

En las nuevas circunstancias históricas, tenemos que repensar esas ideas, recuperarlas, reutilizarlas, pero sin un sentido dogmático, sino colocándolas en la realidad que actualmente está viviendo el continente. Y en esa tesitura, obviamente, cuando hablemos de los años sesenta, setenta y ochenta –porque la historia no se acabó en la década de los sesenta–, siempre tendremos que tomar como punto de partida lo que el Che denominó esa gran “rebelión contra las oligarquías y los dogmas revolucionarios” que fue la manera en que el 26 de julio de 1967 definió a la Revolución cubana. Esta fue una ruptura con todo el pensamiento revolucionario precedente, una ruptura creativa que no solo tenía que ver con la discusión en torno al problema de las formas de lucha –como tanto se insiste y creo que a veces unilateralmente–, sino en relación con un problema de mayor calado: el carácter mismo de la revolución latinoamericana.

Y digo esto porque hasta la victoria de la Revolución cubana lo que había predominado en el pensamiento de los partidos comunistas y también de cierta manera en los trotskistas, así como en los llamados partidos o movimientos nacional-populares, era la idea de una revolución por etapas. Según esos conceptos, primero había que transitar por una etapa democrático-burguesa, agraria y antitimperialista en la cual las llamadas burguesías nacionales tenían que desempeñar

un papel protagónico, que creara las condiciones para desarrollar el capitalismo en América Latina, y luego vendría la etapa socialista de la revolución.

De modo que la primera gran herejía de la Revolución cubana fue desechar el concepto de “revolución por etapas” y tratar de demostrar en su praxis que en la dinámica misma del proceso revolucionario, si se quería llegar a una revolución verdadera, esas etapas tenían que superponerse y trascenderse. Creo que de eso ya se ha hablado bastante en la misma medida en que se ha ido avanzando en la divulgación del pensamiento de Fidel y, sobre todo, del Che. Pero esas discusiones no solo atravesaron las décadas de los sesenta y los setenta, sino las posteriores. En lo personal, creo que todavía siguen planteadas en el momento actual, ya que el Che dejó dicho para la posteridad que en América Latina solo podría haber “revolución socialista o caricatura de revolución”, que era imprescindible una revolución radical, antimperialista, anticapitalista, para superar el subdesarrollo (o el “mal desarrollo”) latinoamericano y caribeño.

Obviamente, esa comprensión colocó en el orden del día la discusión de otros temas: lo que pudiéramos llamar “la sociología de la revolución latinoamericana”, al igual que el de las formas de lucha. ¿Cuáles eran las “fuerzas sociales motrices”, las formas de lucha y los escenarios en los que se podría derrotar la maquinaria burocrático-militar de las clases dominantes y lograr el poder político?

En la década de los sesenta se concibió que la vía fundamental, no la única, era la lucha armada revolucionaria. Y, a partir de las experiencias y de la divulgación (muchas veces unilateral) que tuvo la historia de la insurrección cubana, se generalizó la idea de que –en las “condiciones objetivas” de América Latina– la lucha armada tenía que ser predominantemente guerrillera y rural.

Esas discusiones se desplegaron en dos eventos internacionales que se realizaron en Cuba y que las historias que hasta ahora se han escrito los tienen colocados en una esquina. Me refiero a la Primera Conferencia Tricontinental y, como resultado de ella, la fundación en enero de 1966 de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAL) –que todavía sigue trabajando aquí desde La Habana–, al igual que de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Esta, dieciocho meses después, celebró en La Habana su primera y, a la postre, única conferencia. En esos eventos históricos se debatieron estos temas: el carácter de la revolución, las formas y los escenarios de lucha, las posibilidades de que se dieran o no triunfos por vías electorales en el continente latinoamericano.

En ese contexto, siempre recuerdo que ni Fidel ni el Che negaran la posibilidad de que, en determinadas condiciones concretas, se pudieran producir victorias de la izquierda por las vías legales, electorales; pero ambos estaban convencidos de que inmediatamente después que estas se produjeran el imperialismo, las clases dominantes, iban a atacar, una y otra vez, tal y como ya se había visto en Cuba y más tarde se confirmó en la experiencia de la Unidad Popular en

Chile. No se negaba la posibilidad de que eso pudiera ocurrir, lo que se negaba era que esa revolución pudiera llegar a sus últimas consecuencias por vías pacíficas, ya que se entendió que cualquier revolución que triunfara en América Latina y el Caribe inmediatamente iba a ser atacada, independientemente de la manera en que llegara al poder político. Esa convicción llevó a la máxima dirección de la Revolución cubana a expresar su multiforme solidaridad con el pueblo de Chile, con el MIR, con todos los partidos integrantes de la Unidad Popular y especialmente con el compañero presidente Salvador Allende.

Mucho más porque durante la década de 1960 se presentó una situación que nunca se nos puede olvidar: los gobiernos demócratas estadounidenses, encabezados por John F. Kennedy y, después de su asesinato, por Lyndon B. Johnson desplegaron una política contrarrevolucionaria, feroz, en todo el mundo. En América Latina y el Caribe esa política se había exteriorizado en la poderosa conspiración organizada entre 1963 y 1964 por el gobierno de Estados Unidos contra el gobierno encabezado por Cheddi Jagan en la entonces llamada Guyana Británica y, sobre todo, en la invasión militar a República Dominicana en 1965. Se había difundido la llamada “doctrina Johnson”, según la cual no se iba a permitir “otra Cuba” en este continente. Posteriormente, la administración de Richard Nixon —representante de los sectores más reaccionarios de la derecha norteamericana—, al igual que había hecho su antecesor en los comicios presidenciales de 1964, trató de evitar a toda costa el triunfo electoral de la Unidad Popular chilena. Como se ha documentado, antes que Allende asumiera la presidencia, se comenzó a preparar la contrarrevolución que más tarde cristalizó con el golpe de Estado fascista encabezado por Augusto Pinochet.

Las historias que se escriban nos tienen que recolocar en esos y en otros acontecimientos, precisamente para volver a discutir lo que a veces ha desaparecido del pensamiento y del lenguaje en nuestro país: “el imperialismo”. Y toda la historia del imperialismo, en particular del norteamericano, ha estado vinculada a la preparación de contrarrevoluciones en todo el mundo y en América Latina y el Caribe, para impedir que se destruya o se desmorone su sistema de dominación global.

La generación de Miguel Enríquez captó muy bien todo eso, como también lo captaron con claridad otros muchos revolucionarios latinoamericanos y caribeños. Ello contribuye a explicar por qué el MIR, apenas unos meses antes del triunfo electoral de la Unidad Popular, estaba diciendo que si el proyecto de la revolución chilena se había definido por su carácter socialista, no podría desarrollarse por vías pacíficas ni por otros caminos que no fueran los de la lucha armada revolucionaria, predominantemente urbana. Para comprender las causas de esa opción, hay que recordar que, después de la caída en combate del Che en Bolivia, se había desplegado la lucha armada revolucionaria urbana en diferentes países de América del Sur. Estas ganaron una visibilidad continental a partir de la experiencia

de los Tupamaros, en Uruguay, y de las luchas armadas y sociales urbanas contra las dictaduras militares instaladas en Argentina entre 1966 y los primeros meses de 1973. Sin dudas, esas luchas –encabezadas por los Montoneros– propiciaron las elecciones presidenciales de ese año, la victoria de Héctor Cámpora y el retorno triunfal de Juan Domingo Perón después de más de dos décadas en el exilio. Eso explica por qué el MIR (al igual que posteriormente hicieron los luchadores del Frente Patriótico “Manuel Rodríguez”) optara por esa forma de lucha, en combinación con otras, contra la sanguinaria dictadura pinochetista.

Esas son páginas de la historia a las cuales tenemos que retornar una y otra vez para entender no solo a Miguel Enríquez en sus aciertos y hasta en sus errores, sino también para comprender el contexto histórico concreto en que tuvo que desarrollarse la Revolución cubana. Esta, al margen de todos los errores que se han cometido, se siguen y seguramente se seguirán cometiendo, surgió, existe y creo que existirá en la misma medida en que siga siendo una “rebelión contra las oligarquías y contra los dogmas revolucionarios”. De igual modo, en la misma medida que en las actuales y previsibles condiciones históricas la Revolución siga proclamando –como se indicó en la entonces llamada Asamblea General del Pueblo de Cuba que el 2 de septiembre de 1960 aprobó la Primera Declaración de La Habana– “el deber de las naciones oprimidas y explotadas a luchar por su liberación; el deber de cada pueblo a la solidaridad con todos los pueblos oprimidos, colonizados, explotados o agredidos, sea cual fuere el lugar del mundo en que estos se encuentren y la distancia geográfica que los separe”, ya que: “¡Todos los pueblos del mundo son hermanos!”

Algunas condiciones para el marxismo latinoamericano en los años sesenta

ALEXANDER CORREA

Historiador, licenciado en Historia del Arte,
máster en Ciencias Políticas.

El tratamiento del marxismo, entendido así en singular, y con ese rubro identitario latinoamericano en los años sesenta no solo es inabarcable, sino que también me parece imposible.

La pretensión de un marxismo latinoamericano es un acto de abstracción y al mismo tiempo una jugarreta taxonómica que obliga a caracterizar como unitaria una tradición intelectual y política muy diversa, y sometida ella misma a constantes luchas fraccionarias. Marxistas en América Latina hubo de todo tipo: trotskistas, anarquistas, socialistas, liberales, eurocentristas, nacionalistas, latinoamericanistas, feministas y autoritarios.

La expresión de los diversos marxismos tuvo lugar tanto en el ámbito de la política democrática como dentro de las diversas formas de autoritarismo. Su praxis estuvo condicionada por las necesidades políticas y académicas, de tal manera que sus resultados no pueden ser inferidos como mera consecuencia de la militancia.

Existen algunas condiciones que facilitaron o impidieron el desarrollo de un pensamiento latinoamericano crítico. Indicaré algunas de estas e intentaré, más que un inventario de las propuestas políticas y académicas, realizar una descripción del contexto en que se desarrolla cada una de las diversas corrientes marxistas y revolucionarias.

Entre 1930 y 1950, el Estado nacional sufrió una serie de rápidas transformaciones que terminaron por afectar la institucionalidad política y las funciones de esta en la economía doméstica de los territorios latinoamericanos. Este período, que podríamos llamar de construcción de un Estado social en América Latina, supuso el descrédito del viejo régimen oligárquico y el nacimiento de una forma de socialismo nacionalista: el populismo, que se promovía –al igual que hizo el fascismo en su momento– como una alternativa tanto al Estado liberal como al burocrático socialista.

Es el economista brasileño Celso Furtado quien afirma que el Estado se convirtió en esos años en el director de la respuesta regional a la crisis mundial, cuyo momento emblemático fue la quiebra de la bolsa de valores en 1929. Esta crisis significó un proceso de devaluaciones, recesión, desempleo, que desde los años veinte afectaba a los países centrales, y cuyas consecuencias inmediatas fueron la adopción de políticas proteccionistas por parte de las economías centrales, la contracción de las inversiones en América Latina y de la demanda de materias primas. Este fenómeno, estudiado unos años después por la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL), determinó el tipo de respuesta que desde Latinoamérica se ofreció a la crisis y de cuya coyuntura surge la idea de que el proceso de *desarrollo hacia afuera* de los países latinoamericanos había llegado a su fin.

Más tarde, Raúl Prebisch, quien fuera secretario ejecutivo de la CEPAL, llega a la conclusión de que el crecimiento de la demanda de los productos manufactureros es desigual en relación con la demanda de las materias primas, y como las economías latinoamericanas son productoras de materias primas y el valor de estas se encuentra sometido a las fluctuaciones del crecimiento de los países centrales, toda política de desarrollo implica revolucionar la estructura productiva mediante un proceso de industrialización a partir de la sustitución de importaciones. Entre las décadas de los años cuarenta y sesenta, este proceso convirtió al Estado en una institución nueva y central para el proyecto de desarrollo.

Una participación tan activa del Estado en la economía doméstica, tuvo que ser complementada con una serie de nuevas instituciones: bancos centrales –el control monetario será un dogma del desarrollismo–, ministerios de economía y planificación, seguridad social, etcétera.

La opción de un Estado altamente racionalizado y una dirección científica de la economía, trajo como consecuencia un proceso –poco estudiado quizás– que inician los países latinoamericanos a mediados de los años cincuenta: la institucionalización de la sociología en los estudios superiores. Si bien existen esfuerzos anteriores, no es hasta los años cincuenta cuando aparecen simultáneamente facultades de Sociología en la Universidad Central de Venezuela, en la Nacional de Colombia, en San Marcos de Perú, en la Universidad de Chile o en la de Buenos Aires. Entre los nombres más relevantes de este empeño se encuentran Gino Germani, sociólogo italiano radicado en Argentina, y el político y sociólogo brasileño Florestan Fernandes.

Lo que parece ser una constante en las facultades mencionadas, es la influencia de la sociología norteamericana. Edmundo Hamuy, fundador de la Facultad de Sociología en Chile, había realizado estudios en Estados Unidos; el sociólogo colombiano Orlando Fals, realizó estudios doctorales en universidades norteamericanas; el propio Gino Germani visitó universidades norteamericanas y estudió los programas de la disciplina antes de fundar la carrera de Sociología en la Uni-

versidad de Buenos Aires. Este proceso es resultado, por una parte, de la conclusión de una serie de iniciativas que buscaron renovar radicalmente la cultura de las ciencias sociales en los Estados latinoamericanos; y por otra, de diversas presiones externas de parte de una serie de organizaciones internacionales o regionales, dispuestas a participar en el proceso de reorganización de las economías latinoamericanas.

En el contexto de los años desarrollistas, las universidades, y en especial la investigación científica, comenzaron a ser consideradas por las fuerzas políticas y la opinión pública como un factor estratégico en el desarrollo nacional. Fue quizás Gino Germani quien mejor logró conectar la producción científica con la causa nacional. De estos años son sus trabajos dedicados al peronismo, la modernización y el desarrollo económico.

Ahora bien, el contexto de una práctica reformista y modernizadora desde las instituciones estatales, queda agotado en la segunda mitad de los años sesenta, cuando tiene lugar un proceso de radicalización política en las universidades públicas y privadas latinoamericanas, a causa del descrédito al que había llegado el modelo desarrollista clásico y el influjo de la Revolución cubana sobre el pensamiento progresista.

La radicalización significó una ruptura con la tradición sociológica norteamericana y un duro cuestionamiento a la sociología latinoamericana identificada con esta. A partir de esa ruptura, el marxismo quedará ligado a la sociología del subcontinente y comenzará a desplazar las orientaciones reformistas de la sociología del desarrollo y de la modernización.

Varios factores propiciaron el cambio: en primer lugar, el triunfo de la Revolución cubana significó una crisis para el predicamento marxista-leninista formulado por los partidos comunistas latinoamericanos, que pretendían cumplir etapas específicas en el desarrollo antes de la transición socialista. Es curioso comprobar cómo esto no significó una ruptura inmediata, los partidos comunistas –si bien en crisis de credibilidad en las sociedades latinoamericanas– siguieron desempeñando un papel fundamental en la cohesión de las fuerzas progresistas. Estoy pensando en Vittorio Codovilla, que fue secretario general del Partido Comunista Argentino, pero también en Raúl Ampuero, secretario del Partido Socialista Chileno, aunque de la sección procomunista. No obstante, es Ampuero el hombre que boicotea el intento de los jóvenes socialistas chilenos de lanzar el manifiesto Insurrección Socialista. Ellos lo iban a presentar en un congreso del Partido Socialista Chileno y él hace una jugarreta unos días antes y lo destruye.

La Teoría de la Dependencia –sobre todo sus autores más radicales, Ruy Mauro Marini, André Gunder Frank y Theotonio dos Santos– al insistir en la función de América Latina dentro del capitalismo global se enfrentaba a la idea, muy aceptada en el período estalinista, de presentar las economías y sociedades latinoamericanas como semif feudales, no plenamente capitalistas. Los teóricos de

la dependencia igualmente niegan el sistema político soviético. Para emplear una taxonomía al uso por estos años, eran auténticos revisionistas de izquierda, y por lo tanto los partidos comunistas los combatían tanto a ellos como al anticomunismo de derecha.

Esa ruptura con el marxismo-leninismo significó una revolución epistemológica, que para Enrique Dussel, teórico de la dependencia, permitió que cierto marxismo, de alguna manera –nunca incompatible con los fundamentos de la fe– se hiciera presente en los teólogos de la liberación. Estos hicieron uso del instrumental teórico de una parte del marxismo y de la sociología latinoamericana. Para Dussel, la Teología de la Liberación es el primer movimiento teológico cristiano que asume el marxismo.

La Teología de la Liberación produce una negación del materialismo dialéctico, al menos en la forma en que fue entendido por los epígonos de Marx. Difícilmente haya un acuerdo entre estos y el Engels de la *Dialéctica de la naturaleza*, o Lenin, Bujarin, Stalin. A Marx se le acepta y asume como crítico social.

El acceso a Marx, desde las corrientes descritas, es doble: una vía directa, mediante la lectura de sus obras, y otra indirecta, resultado de la influencia de algunas zonas del pensamiento francés, así como de la Revolución cubana y la lectura crítica de autores como Antonio Gramsci, Georg Lukács, etcétera.

El althusserismo, por otra parte, tuvo un fuerte calado en la izquierda latinoamericana. Su influencia llegó tanto por la vía directa, mediante la traducción de las obras de Louis Althusser, como por su discipulado. Marta Harnecker, alumna de Althusser, es quizás en este caso la figura principal, su obra *Los conceptos elementales del materialismo histórico* ha recibido hasta la actualidad más de sesenta ediciones desde que en 1969 llegara a las librerías del continente. Se ha intentado sugerir que ese texto abre un campo de oposición al marxismo soviético. Sin embargo, al igual que la obra de su maestro y los intentos de Adolfo Sánchez Vázquez de entender el marxismo como una filosofía de la praxis, se podría pensar que estos autores adaptan los postulados soviéticos del marxismo a las condiciones históricas latinoamericanas. Son divulgadores dogmáticos, incapaces de ofrecer soluciones creativas a los problemas de estas sociedades.

El marxismo latinoamericano en los años sesenta forma parte de un contexto en el que la centralidad del Estado en la política es un hecho consumado, y la nueva institucionalidad política posibilita la intervención de los diversos proyectos intelectuales y políticos en el espacio público. Las dos formulaciones más originales de este marxismo, opuestas al dogmatismo soviético: la Teoría de la Dependencia y la Teología de la Liberación –no siempre comprendidas cabalmente–, tendrán amplia repercusión en la manera de entender los cambios posibles en el ámbito latinoamericano. Constituyen ellas el capítulo más original del pensamiento marxista en la región, y su influencia se deja sentir hoy en muy diversos espacios, desde las oficinas de planificación fiscal hasta en los movimientos sociales.

El proceso chileno durante la Unidad Popular. Importancia para experiencias revolucionarias posteriores

GERMÁN SÁNCHEZ OTERO

Sociólogo y profesor universitario. Fue embajador en Venezuela y funcionario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Tenía veinticinco años en 1971 y trabajaba en el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana –en aquel momento en disolución–. Ahí, como en toda Cuba, habíamos disfrutado el triunfo electoral de Allende en noviembre de 1970. La aventura de la llamada “vía chilena al socialismo” despertó en nosotros, profesores de marxismo, una enorme curiosidad. Admirábamos aquel acontecimiento, y a la vez nos brotaron inquietudes y deseos de que las cosas marcharan bien.

En mayo de 1971 me informaron que, junto al compañero José Bell Lara, había sido seleccionado para una labor académica en el país austral. Debíamos cumplir el convenio acordado entre nuestra Universidad y la Pontificia Universidad Católica de Chile, cuyo rector era Fernando Castillo, un honorable patriota, padre de Carmen, a quien saludo con especial afecto. Así comenzó nuestra andanza.

Llegué a Chile con Bell unos días antes del 26 de julio. Éramos jóvenes intelectuales con muchos deseos de aprender, y nos movíamos en dos mundos: el del pueblo chileno, el de a pie, y al propio tiempo ejercíamos como profesores invitados en el Centro de Estudio de la Realidad Nacional (Ceren), adscrito a la mencionada universidad. Tal centro lo integraban varios jóvenes de la izquierda chilena, por ejemplo Tomás Moulián, y pensadores muy connotados de otras partes del mundo como Frank Hinkelamert. Establecimos nexos amistosos con ellos y nos integramos a fecundos debates en el ámbito de las ideas, al igual que nos sucedió con otros intelectuales que se aglutinaron en el Centro de Estudios Socioeconómicos, de la Universidad de Chile.

En tan original coyuntura llegaron a Santiago decenas de pensadores de primerísimo nivel, atraídos por un tipo de acontecimiento que los periodistas dicen que es la noticia: cuando el hombre muerde al perro. El hombre había mordido al perro en Chile, porque por primera vez en la historia de la humanidad se intentaría un proyecto de cambio con signo socialista por la vía pacífica. En palabras

de Fidel Castro tal hecho era insólito y se convirtió en la *rareté* –como dicen los franceses–, algo nuevo que había que analizar, estudiar y evaluar.

Los científicos sociales de entonces se dieron un banquetazo y muchos trataron de ayudar a encontrar las fórmulas para que aquella intención resultara viable. Incluso existían analistas y dirigentes políticos críticos, que aunque creían que el proyecto no era plausible, apoyaron para que sí lo fuera. Ello explica que se reunieran a trabajar y vivir en Santiago de Chile investigadores y profesores del patio y extranjeros de altos quilates como: Manuel Antonio Garretón, Luis Maira, Sergio Ramos (premio Casa de las Américas 1971, por un ensayo formidable sobre la transición al socialismo en Chile), Carlos Altamirano (máximo dirigente del Partido Socialista) y, por supuesto, Miguel Enríquez, quien desde su trincherita analizaba y exponía ideas, a la vez que dirigía el MIR y otros frentes de masas revolucionarios, que los miristas fueron creando.

El Chile de aquellos años, tuvo por consiguiente el privilegio de contar con decenas de pensadores quienes generaron fructíferos debates e hicieron aportes a la teoría revolucionaria. Gente con excelente preparación, que además tenían militancia revolucionaria. Sigo la lista: André Gunder Frank –en aquel momento uno de los investigadores más creativos sobre el tema del subdesarrollo y la dependencia– al igual que Theotonio dos Santos y Frank Hinkelamert. Habría que mencionar también de Brasil a Rui Mauro Marini (vinculado al MIR), Emir Sader y Vania Bambirra; Tomás Vasconi, de Argentina; Armand y Michèlle Mattelart, de Bélgica y Francia, respectivamente; y Norbert Lechner, de Alemania. Casi todos, por cierto, intelectuales no solo comprometidos con el proceso chileno, sino actuantes en algunas de las organizaciones de la izquierda nacional y la mayoría de ellos militantes en sus propios países.

Ironía de la historia. Mientras que en Cuba se cerraba un exitoso ciclo de pensamiento crítico, desarrollado por jóvenes forjados en el fogón revolucionario durante la epopeya de los años sesenta, en Chile entre 1971 y 1973 se vivía una etapa de florecimiento de los debates y de las ideas. Allí surgió la Teoría de la Dependencia y se escribieron libros y ensayos sobre la transición socialista, al igual que respecto de los medios de comunicación, los aparatos de dominación y en torno al papel de los cristianos en la revolución. Además, se celebraron seminarios internacionales y simposios sobre el Estado, la transición socialista y otros temas de teoría revolucionaria.

¿Por qué surge esta expectativa respecto de la vía chilena al socialismo a partir del triunfo electoral de Allende? En primer lugar, se trata de una experiencia y un proceso muy específico de Chile. Lo singular siempre atrae.

Allende y el proyecto de la Unidad Popular fueron resultados de la frustración de la “revolución sin sangre” del presidente democristiano Eduardo Frei. Esta alternativa, como se sabe, la concibió Estados Unidos frente a la Revolución cubana en los años sesenta e “hizo agua” entre 1968 y 1969. Frei no cumplió con la reforma agraria ni con casi ninguna de sus promesas. La gente tuvo cada vez menos em-

pleo, vivía más mal desde todos los puntos de vista: material, ético y político. La “revolución sin sangre” terminó en un desastre.

Allende, ayudado por tal circunstancia, rompió la tradición: a la tercera no fue la vencida, sino en la cuarta ocasión en que aspiró a la presidencia. Logra el triunfo a contrapelo de lo que creía la mayor parte de la izquierda radical en el mundo. Miguel Enríquez fue uno de ellos. Alertó sobre el peligro de un golpe militar y analizó los imponentes obstáculos que era menester vencer para que el proyecto socialista avanzara de manera exitosa. Insistió en que ganar el gobierno no significaba tener el poder del Estado ni haber alcanzado la hegemonía social. Aunque apoyó el programa de la Unidad Popular, buscó que se radicalizara y avanzara más rápido.

Muchos creían posible que Allende ganara los comicios con una mayoría relativa en torno a treinta y cinco por ciento, pero no con cincuenta por ciento o más, que le permitiera de inmediato ser el presidente, sin votación en el Congreso, porque ahí dominaban el derechista Partido Nacional y el Partido Demócrata Cristiano. Allende obtuvo el primer lugar con treinta y seis por ciento de los votos y el segundo fue Jorge Alessandri, del Partido Nacional. Entonces ocurrió lo inesperado: un acuerdo de la Unidad Popular con la democracia cristiana, que respaldó a Allende en el Congreso. Así llegó el veterano político socialista a la presidencia, con condiciones y condicionado.

No obstante, los cambios en Chile se aceleraron de manera impresionante, en una circunstancia latinoamericana en la que sucedían novedosos procesos. En especial, las experiencias militares-nacionalistas inéditas de Velasco Alvarado en Perú, Omar Torrijos en Panamá y Juan José Torres en Bolivia. Ello ocurría después de varias frustraciones de lucha armada –Bolivia, Venezuela, Guatemala, Perú y otras.

En Cuba, al comenzar los setenta, se iniciaba el llamado “quinquenio gris” y se cerraba un ciclo de pensamiento crítico –incluida la revista homónima–. Sin embargo, nuestro principal dirigente adoptó una posición no dogmática frente a los nuevos procesos latinoamericanos, a los que la Revolución cubana le brindó toda la solidaridad posible, a partir de una comprensión cabal de su significado. Recordar además el nexo de Cuba con los cristianos: la alianza tiene que ser estratégica entre los revolucionarios marxistas y los revolucionarios cristianos. Con Chile predominó igual amplitud, matizada por una fraterna amistad entre Fidel y Allende, que incluía gestos personales.

Es importante decir que la primera etapa del gobierno de la Unidad Popular fue algo extraordinario. En el primer año, Allende adoptó más medidas radicales que en el primero de la Revolución cubana: en noviembre de 1971, su gobierno había nacionalizado las principales riquezas y empresas fundamentales, y se había creado el área de propiedad social; se redujo a la mitad la cifra de desempleados y se garantizó medio litro de leche a cada niño –se dice fácil, pero en las condiciones aquellas, después de Cuba, era la primera vez que ocurría.

En el plano de la cultura hubo un florecimiento de la estética de la revolución: la nueva canción chilena, el cine nuevo, la Editorial Quimantú (“sol del saber”, en lengua mapuche), con doce millones de ejemplares en dos años y casi trescientos títulos –entre ellos, por cierto, *Historia de la revolución rusa*, de León Trotski–, y otras obras de distintos autores que en Cuba no se habían publicado, y creo que hoy todavía es así. ¿Por qué ocurre esto en Chile? Repito, el experimento forjado por la Unidad Popular, el pluralismo que defendía Allende en el plano del desarrollo de las ideas se convirtió en un escenario fecundo a través de diferentes expresiones, por ejemplo, de esta formidable empresa editorial.

Una anécdota. ¿Saben adónde fuimos los diplomáticos y varios cubanos que vivíamos en Chile?, a una fábrica de textiles para hacer trabajo voluntario. Recuerdo que lo hicimos cantando y jaraneando, como somos los cubanos, y los obreros nos decían: “¿Cómo es posible que ustedes vengan de Cuba y hagan esta actividad voluntariamente y con tan buen humor?” Lo que deseo exaltar es que en Chile, a través del trabajo voluntario, también estuvieron presentes el Che, Fidel y la Revolución cubana. Fueron expresiones emblemáticas de los eslabones más fuertes del proceso chileno.

¿Qué decir de la histórica visita de Fidel a Chile durante veinticuatro días? ¿Un récord Guinness? Hasta donde conozco, ningún jefe de Estado en la historia de la diplomacia mundial ha permanecido veinticuatro días en una visita oficial a un país (del 10 de noviembre al 3 de diciembre de 1971). Se había hecho una campaña por los medios de difusión diciendo que Fidel llegaría en un submarino, que iba a venir oculto, de noche, etc. Sin embargo, arribó con un sol luminoso por el aeropuerto de Pudahuel.

Tuve la suerte de ir a La costanera¹ y junto con Bell Lara observamos que Fidel venía con Allende en un carro descapotable, en el que se desplazaban hasta el sitio de destino saludando a decenas de miles de ciudadanos y Fidel iba tocándoles las manos a muchas personas. Las mujeres se admiraban de su color blanco, el largo de las manos, su rostro rosado y la barba legendaria. Él tenía cuarenta y cinco años y su figura real impactó a muchas personas sometidas a las fotos y comentarios de la prensa y la televisión, que por aquellos días se esmeraban en presentarlo como un tirano grotesco. Cuando llega a Chile en noviembre de 1971, los medios de difusión estaban casi todos desplegados contra Allende, y por supuesto tronaban contra la Revolución cubana y su líder, y querían hacer de la visita suya un gran fracaso.

Aquella memorable tarde nuestro querido José Miyar Barruecos (Chomy), entonces rector de la Universidad de La Habana, nos llamó desde la casa del embajador Mario García Incháustegui. Chomy formaba parte de la delegación y

¹ Especie de malecón en la ribera del río Mapocho, cuyo cauce se extiende a lo largo de la ciudad de Santiago de Chile. (N. de la E.)

cuando le conté la anécdota de lo que vimos en La costanera, corrió de inmediato a repetírsela a Fidel, quien se encontraba hospedado en una habitación del primer piso, en la residencia del embajador. Al escuchar a Chomy, Fidel se interesa por oír nuestra versión y pide que subiéramos a contársela. Además, nosotros le hablamos de la campaña mediática que desde hacía meses se había levantado contra Cuba y su visita, y le dijimos que nuestra compañera del extinto Departamento de Filosofía, Marta Núñez, estaba haciendo en Santiago una investigación sobre la prensa chilena, que evaluaba las imágenes distorsionadas de Cuba. Luego de escucharnos, nos dice en broma –aunque la orientación era cierta–: “Ustedes van a ser mis asesores, mis profesores aquí. Hagan un equipo y empiecen a analizar todo lo que publique la prensa sobre la visita, y durante el tiempo que dure. Me hacen cada día un reporte sobre lo que dice la prensa”.

Pensábamos que serían dos, tres o cuatro días ¡y resultaron 24! Todas las noches y madrugadas que él estuvo en Santiago, tuvimos el privilegio de informarle lo que sacaba la prensa y de escuchar sus lecciones de historia en vivo y en directo, casi siempre a las tres o cuatro de la madrugada.

Creo que vale la pena algún día realizar un encuentro como este, que examine esa visita, las circunstancias en que se desarrolló, las ideas que aportó Fidel y la confrontación que se produjo en Chile con motivo de su presencia. Él fue allí, primero, a solidarizarse; segundo, a aprender, a hacerse una idea en el propio terreno sobre lo que estaba ocurriendo, a fin de estar en mejores condiciones de conducir nuestro apoyo a Chile. Existen dos ediciones cubanas de un grueso libro con las intervenciones suyas durante las reuniones que sostuvo, piel a piel, con miles de estudiantes, obreros, campesinos, intelectuales y diversas personalidades.

Con nosotros trabajaba en el Ceren de la Universidad Católica el cura Gonzalo Arroyo, que dirigía un movimiento de sacerdotes del Tercer Mundo, y como buen cristiano nos pidió con humildad saludar a Fidel. Cuando se lo dijimos, él nos respondió: “Saludar no, vamos a tener un encuentro con ellos”. Y se reunieron en el jardín de la casa del embajador.

Había que ver a aquellos sacerdotes sentados sobre el césped con las piernas cruzadas, para hablar con Fidel de cuantos temas ellos decidieron y él responderles sus preguntas. ¡Era la primera vez que nuestro líder tenía un contacto personal tan importante con sacerdotes revolucionarios y progresistas de nuestra América! Entre otros asuntos, al responder una pregunta, habló de que no le recomendaba a nadie la llamada “Ofensiva revolucionaria”, llevada a cabo en Cuba tres años antes, en 1968, en particular, la expropiación de pequeños empresarios. Fue muy interesante.

Fidel realiza su último encuentro público en el famoso Estadio Nacional de Chile. La noche anterior, había salido a las calles del barrio alto de Santiago la primera manifestación burguesa con cacerolas y de la organización fascista Patria y Libertad, que desplegaron sus cadenas y fueron muy agresivos. Vi y sufrí el fascismo directamente en Chile mucho antes que en Venezuela en 2002, siendo embajador

en ese país. La similitud es extraordinaria, la agresividad es increíble, el odio y las pasiones de los pudientes son terribles cuando sienten que peligran su poder.

La visita del líder cubano precipitó el conflicto, fue como un catalizador de las luchas que se estaban desarrollando. Fidel sintió tal impacto que no pudo dejar de decirlo en su discurso en el Estadio: “He visto el fascismo en las calles de Santiago”. Ahí expresó sus impresiones antes de marcharse del país. Enfatizó que en la historia de la humanidad jamás había ocurrido lo que estaba sucediendo en Chile, que habría que ver si efectivamente no se producía una reacción brutal de los adversarios del cambio, como había sucedido en todas las épocas de la historia, desde Espartaco hasta el 18 Brumario.

En su discurso, Allende también habló del fascismo, pero bajo la perspectiva de que sería posible amarrarle las manos. En mi opinión, él tenía la certeza de que una parte de las Fuerzas Armadas no iba apoyar un golpe de Estado, por ejemplo los generales René Schneider, Carlos Prats y otros, que habían sido leales. Confía en las tradiciones democráticas chilenas y en el supuesto desempeño neutral de la institución militar.

Allende no tenía información de inteligencia de lo que acontecía tras bastidores, y en particular de la conspiración que ya estaba montada. No sabía, por ejemplo, que Henry Kissinger se había reunido por instrucciones de Nixon en noviembre de 1970, seis días después de que Allende asumiera la presidencia, para iniciar un proyecto de conspiración, ni que la ITT –principal empresa de comunicaciones en Chile, de propiedad gringa–, había financiado el asesinato del general Schneider, jefe del ejército.

La decisión del gobierno estadounidense de “degollar” el proceso revolucionario chileno, tiene que ver además con la política exterior independiente desarrollada por Allende: restableció de inmediato relaciones con Cuba, la República Democrática Alemana y China –hechos espectaculares en época de la Guerra Fría–; expresó su solidaridad ardiente con Vietnam; adoptó posiciones antimperialistas claras y un proyecto socialista explícito; buscó fortalecer los nexos con la Unión Soviética, aunque sin éxito debido al temor de esta gran potencia de crearse más problemas con Estados Unidos en su área de influencia.

A pesar de la ofensiva reaccionaria desatada desde finales de 1971, que incluía fuertes golpes al abastecimiento y a la moneda, y una feroz campaña anticomunista, en marzo de 1973 la Unidad Popular avanza en las elecciones parlamentarias, al ganar cuarenta y tres por ciento de los escaños.

Pero lejos de reducir la ofensiva de la derecha chilena y de Estados Unidos, esta se acelera y empiezan a sumar *rounds* a su favor. Uno de ellos se produce en junio de 1973 con el intento de golpe militar (conocido como el “Tancazo” o “Tanquetazo”). Entretanto, crecen las disputas y la desunión entre los partidos de la Unidad Popular, y las tensiones de esta y Allende con el MIR, en medio de una creciente desestabilización de la economía y de movilización de sectores contro-

lados por la derecha, respaldados por una campaña de medios muy bien orquestada y la complicidad del importante Partido Demócrata Cristiano.

¿Cuáles fueron las razones y las causas del golpe fascista del 11 de septiembre? ¿Podía evitarse? ¿Qué papel desempeñó en la derrota de la Unidad Popular la desunión de sus dirigentes y las posiciones del MIR? ¿Cuáles son los componentes políticos y éticos principales que nos legaron Allende y Miguel Enríquez? Es imposible que lo podamos dilucidar todo en este coloquio, pero sí es imprescindible que continuemos preguntándonos y que sigamos encontrando respuestas, pues para los revolucionarios de hoy y de mañana ese proceso es una formidable fuente de enseñanzas.

Una vez que ocurren el golpe de Estado y los desenlaces posteriores, se empiezan a producir fenómenos increíbles. Por ejemplo, el MIR había sostenido una posición muy consecuente y certera sobre la imposibilidad de desarrollar exitosamente una revolución socialista en Chile por la vía pacífica; consideraba que era necesario además del apoyo popular y del control del gobierno, disponer del poder sobre las armas. Sin embargo, cuando se produce el golpe de Estado y Miguel llama a Allende para extenderle su solidaridad y le dice que cuente con ellos para ir a buscarlo inmediatamente a fin de preservar su vida –porque tenían posibilidades de hacerlo, en hermoso gesto– Allende se niega a abandonar La Moneda y le dice: “Ahora es tu turno, Miguel”.

Después del golpe fascista y la salida de nuestros diplomáticos –quienes sin titubear resistieron la embestida de los uniformados–, quedan doscientas armas en la sede diplomática y se decide entregárselas al MIR. Pero, ¿cómo se les traslada tal armamento al MIR, en medio de una ciudad tomada por los militares? ¿Cómo sacarlas y protegerlas después por el MIR en aquellas circunstancias? Miguel Enríquez sabía lo que estaba pasando, y las armas se entregaron de una manera muy complicada y riesgosa. Es, aunque explicable, una paradoja: el MIR adopta la lucha armada y no tiene casi armas ni suficientes efectivos preparados. Trata de conspirar con algunos militares de baja jerarquía, sin tiempo para lograrlo, debido a la naturaleza prusiana de la fuerza armada chilena y su sometimiento a Estados Unidos.

Reitero, la experiencia de Chile es un laboratorio formidable. Valió la pena estar aquí hoy. Se debe seguir aprendiendo de esa maravillosa lección de la historia, no solo porque es honroso exaltar la heroicidad de miles de combatientes y del pueblo antifascista, también por tratarse de un intento sumamente complejo, que ocurrió en una coyuntura adversa –incluso la Unión Soviética le dio la espalda–, pero que nos deja saldos de un gran valor y nadie sabe todavía en el futuro los aportes que entregará.

Por ejemplo, Hugo Chávez, con diecinueve años y siendo cadete en la Academia Militar, durante un ejercicio en unas lomas cerca de Caracas, el 28 de septiembre de 1973, tarde en la noche escuchaba la radio con dos cadetes y, de repente, oye una voz desconocida y luego aplausos. Era la velada en la Plaza de la Revolución

y la voz de Fidel, quien le hablaba a nuestro pueblo acerca de los acontecimientos de Chile. Chávez, luego de identificar al orador escucha una frase del discurso que después repite, como para no olvidar jamás la moraleja: “Si cada trabajador, si cada campesino hubiese tenido un arma en sus manos, el fascismo no habría podido dar ese golpe de Estado”.

Para el joven Chávez resultó una lección de tal magnitud, que se aprendió de memoria la frase y cada vez que veía al cadete que lo acompañaba aquella noche, uno de los dos empezaba diciéndola y el otro la terminaba. Esa expresión le ayudó sin dudas a desarrollar la idea de una concepción de lucha cívico-militar.

Después, el 11 de abril de 2002, a media noche, cuando las garras fascistas y de la traición se acercaron al cuello del presidente Chávez, Fidel lo llama por teléfono. ¿Cuál fue el primer recuerdo del experimentado amigo en ese momento? Chile y la resistencia heroica de Allende. ¿Qué le dijo Fidel a Chávez?: “No te inmoles, ven para Cuba con un grupo de tus hombres, vamos a enviarte de inmediato un avión”. Fidel quería preservar la vida de Chávez, pues estaba seguro que él revertiría en breve plazo la traición de unos pocos altos oficiales.

Chávez aceptó viajar a Cuba, pero las circunstancias lo obligaron a otra opción. Fidel le había sugerido que no renunciara y él optó por no hacerlo. Fue preso con riesgo de que lo mataran, pero confiado en los uniformados dignos y patriotas. Él conocía a cientos de jefes militares, nombres, apellidos, dónde habían nacido, qué sentían y pensaban; algunos lo traicionaron, pero la inmensa mayoría de las Fuerzas Armadas no lo hizo, porque Chávez, su comandante en jefe, era un líder castrense además de serlo del pueblo civil. Dualidad muy difícil de alcanzar.

En la base más profunda de la estrategia bolivariana de Chávez está su concepción de que la revolución en su país debe ser cívico-militar o no podría ser viable. Él estudió mucho el proceso chileno, sus aciertos y falencias: por ejemplo, promovió también, como en Chile, una revolución pacífica y democrática, pero agregó que Venezuela no estaba desarmada. Además comenzó por lograr que se aprobara en referendo popular una nueva constitución, más acorde con el proceso bolivariano, y logró aislar y derrotar políticamente a los viejos partidos del sistema.

La resistencia y la muerte heroica de Miguel Enríquez, que tanto nos impactó, y lloramos por él y por todos nuestros hermanos chilenos, demostró que el golpe fascista desató una hora decisiva de combate, y que no había tiempo para medir correlación de fuerzas ni hacer cálculos fríos. Solo existía una disyuntiva: encarar “la hora de los hornos”.

Hay unos versos de Neruda, escritos en aquellos días en su lecho de enfermo, impactado por lo que estaba pasando, que dicen: “Sí, camaradas, es hora de jardín y es hora de batalla”. Hoy tenemos la satisfacción de que esté con nosotros Carmen Castillo, flor y brasa, quien embarazada permaneció junto a Miguel hasta su última mirada. Te reitero, Carmen, mi amor y admiración. Sé que junto a tu admirable pueblo, seguirás ardiente: es hora de jardín y de batalla.

Miguel Enríquez Espinosa: el MIR y la revolución en Chile

JOSÉ ANTONIO LÓPEZ RODRÍGUEZ

Licenciado en Ciencias Políticas, periodista y analista internacional.

Fue miembro del Departamento América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

A cuarenta años de la caída en combate de Miguel Enríquez Espinosa, los chilenos, cubanos y hermanos latinoamericanos aquí reunidos, rendimos merecido homenaje a uno de los más fieles exponentes de un pensamiento revolucionario, antimperialista y unitario de nuestro continente.

El 5 de octubre de 1974 la tierra chilena se tiñó con la sangre de este valeroso líder revolucionario y la de su compañera Carmen Castillo, la que, milagrosamente, salvó su vida. En la casa azul de la calle Santa Fe, en Santiago de Chile, que daba abrigo al Secretario General del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), a dos de sus compañeros de la Comisión Política y a Carmen, su compañera en la vida, Miguel defendió fieramente esta trinchera, hasta que cayó abatido por las hordas sangrientas de la dictadura pinochetista.

Con la muerte de este extraordinario hombre de pensamiento y acción, llamado a convertirse en jefe de la revolución chilena, nuestra América toda perdió a uno de sus más preclaros hijos.

Conocí a Miguel durante un encuentro en la Comisión de Relaciones Exteriores de la Unión de Jóvenes Comunistas, a finales de 1967. Me impresionó su carisma y su interés por conocer todo lo relacionado con la Revolución cubana. Preguntó con insistencia, sobre las formas organizativas y cómo se estructuraba políticamente nuestra juventud desde sus organismos de base, su incorporación a las milicias y a la defensa de la Revolución, y la manera en que se interrelacionaba con nuestras Fuerzas Armadas, algo por lo cual sentía especial curiosidad.

Explicó que ellos venían de un proceso interno y de cambios en la dirección del MIR a partir del Segundo Congreso, evento en el cual fue elegido secretario general, que dio paso a una definición muy clara en la proyección político-militar de la organización. Fue muy cuidadoso al comentar las razones del cambio, pero evidentemente la esencia de este obedecía a diferencias en el papel que la joven organización naciente había impulsado desde que se fundó el MIR el 15 de agosto

de 1965 en el Primer Congreso, realizado en Santiago de Chile, y que no satisfacía completamente a su militancia.

Aquella primera dirección política del MIR agrupaba a diferentes sectores que se habían desprendido de sus partidos u organizaciones políticas y sociales, por diferencias que tenían en la estrategia y la táctica política para la toma del poder, y consideraban que no hacían más que convivir y, en algunos casos, respaldar o hacerle el juego a la burguesía y sus instituciones políticas, claramente de derecha.

Importantes líderes sindicales como Clotario Blest formaron parte de aquella primera Comisión Política del MIR, también jóvenes provenientes de la Juventud Comunista –como es el caso de Luciano Cruz, quien estaba en desacuerdo con la línea electoral y de masa de su partido–, sectores trotskistas encabezados por Luis Vitale, y otros muchos y destacados luchadores sociales. Su secretario general en ese congreso constitutivo lo fue el doctor Enrique Sepúlveda.

La declaración de principios fundacional del MIR en su Primer Congreso expresaba cómo los partidos tradicionales de la izquierda chilena, mediante sus directivas burocráticas, defraudaban las esperanzas de los trabajadores, porque en lugar de luchar por derrocar a la burguesía se limitaban a plantear reformas al régimen capitalista, en el terreno de la colaboración de clases, y engañaban a los trabajadores con una “danza electoral permanente”, olvidando la acción directa y la tradición revolucionaria del proletariado chileno. Incluso, sostenían que se podía alcanzar el socialismo por la “vía pacífica y parlamentaria”, como si alguna vez las clases dominantes hubieran entregado voluntariamente el poder.

En ese congreso constitutivo se aprobaron tres documentos, en este orden: 1) La conquista del poder por la vía insurreccional, 2) Declaración de principios y 3) Programa. El primer documento fue elaborado por Miguel, su hermano Marco Antonio y Marcelo Ferrada de Noli.

Miguel tenía claro que ese escenario era propicio para desarrollar la lucha armada. En lo filosófico y teórico los miembros de la dirección del MIR también lo consideraban así, pero a pesar de los esfuerzos de él y de otros cercanos compañeros, no se daban pasos para estructurar los destacamentos armados y poder comenzar a operar militarmente. Obviamente se requería logística y recursos financieros, por eso los primeros comandos del MIR operan en la recuperación financiera desarrollando asaltos a bancos y/o a entidades financieras.

Por otra parte, Miguel estaba convencido de que las condiciones objetivas en Chile estaban dadas para desarrollar la lucha y el enfrentamiento con el sistema. El gobierno de Eduardo Frei Montalva, había incumplido sus promesas electorales, la pobreza y la miseria seguían creciendo, la reforma agraria –por él proclamada– quedaba en palabras, la discriminación y el absoluto abandono de la población mapuche por parte de un gobierno elitista, la profundización en las diferencias sociales, el abandono por el gobierno de grandes zonas fuera de la ca-

pital y de algunas regiones, y la entrega al capital extranjero de la riquezas minerales, especialmente el cobre, eran factores que hacían crecer la insatisfacción y el descontento popular, lo cual allanaba el camino para el inicio del proceso revolucionario por una vía distinta a la electoral: la lucha armada.

Trascurridos esos dos años de intensas labores organizativas y con vistas a la implementación de los acuerdos, el MIR no avanzaba en concretar la tarea de desarrollar una fuerza que le permitiera forjar un destacamento que fuera el motor impulsor de la lucha insurreccional y se debatía en discusiones políticas y teóricas, lo cual dio paso a la convocatoria de un segundo congreso.

Un importante núcleo estudiantil proveniente de la Juventud Socialista de la Universidad de Concepción, donde Miguel ostentaba la vicepresidencia de la Federación Estudiantil, presidida en ese entonces por Nelson Gutiérrez y que integraba Luciano Cruz –todos fundadores del MIR–, influyó en el cambio político y en el de esa primera dirección, que se hace efectiva en su Segundo Congreso a principios del año 1967. A los ya mencionados se unen en ese claro pensamiento insurreccional Bautista van Schouwen, Sergio Pérez Molina (el Chico), Andrés Pascal Allende y Arturo Villabella (el Coño), entre otros.

Todo este movimiento político y el renacer de una organización revolucionaria como lo fue el MIR de Chile, se produce al calor de los nuevos aires que soplan en América Latina y el Caribe a partir del triunfo revolucionario en Cuba el 1ro de enero de 1959, cuando se producen los profundos cambios estructurales en nuestro país, al promulgarse leyes y medidas por el gobierno revolucionario en beneficio del pueblo; la nacionalización de sus recursos económicos, industriales y agrarios; y la liquidación de las prácticas políticas de partidos totalmente corruptos.

Cuba demostraba, bajo la dirección del líder cubano Fidel Castro, que no había otro camino para lograr justicia social y alcanzar el poder que la vía armada, y con ello aniquilar el aparato militar de las clases dominantes y de las oligarquías nacionales.

Debe saberse que antes del asalto al cuartel Moncada el 26 de julio, Fidel Castro Ruz presentó ante el Tribunal Supremo una acusación de inconstitucionalidad contra la pandilla militar que ejecutó el golpe de Estado en Cuba el 10 de marzo y, agotadas las formas legales de la democracia burguesa, decidió organizar el destacamento de jóvenes que asaltaron los cuarteles Moncada en Santiago de Cuba y Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo, es así como, luego de la prisión fecunda, el exilio en México y el desembarco del Granma, arranca la lucha guerrillera en la Sierra Maestra, que estuvo siempre acompañada popularmente y contó con el apreciable apoyo de los combatientes en las ciudades. Símbolos y fieles exponentes de ese ejemplo lo fueron Frank País y José Antonio Echevarría.

Estos hechos calaron en muchos hombres y mujeres, profesionales, estudiantes, jóvenes, obreros y campesinos latinoamericanos, que se miraban en ese espejo,

bebían de ese manantial revolucionario y no pocos de ellos se aprestaron a emprender el camino de la emancipación de sus pueblos.

En Venezuela, Argentina, Nicaragua, Guatemala, Colombia, Brasil, Uruguay y Bolivia, entre otros países, se abrían frentes guerrilleros y surgían organizaciones revolucionarias que se enfrentaban, en algunos de estos países, a dictaduras militares, tanto en la lucha guerrillera urbana como rural, de acuerdo con las condiciones de cada país. En Chile las circunstancias y las condiciones objetivas y subjetivas no eran distintas.

Es precisamente en ese escenario, que surgen corrientes internas a favor de la lucha armada dentro de algunos de los partidos políticos tradicionales de la izquierda chilena. Partidos que venían desde hacía muchos años desarrollando una política de masas y electoral sin lograr modificaciones estructurales ni verdaderos cambios socioeconómicos. En aquel momento se impusieron las corrientes políticas que defendían la lucha armada, en respuesta a las dictaduras militares instaladas en América del Sur, con el pleno respaldo y complicidad de Estados Unidos, o incluso golpes de Estado organizados y ordenados desde Washington, como sucedió en el caso de Chile donde estuvieron seriamente vinculados el ex-presidente Richard Nixon y su secretario de Estado Henry Kissinger. Las corrientes o disidencias políticas mencionadas, se llegan a encauzar y es así como se alcanza la unidad de muchas de ellas y surge el MIR de Chile, en agosto de 1965.

Todo esto ocurre un poco como respuesta a la derrota que sufren los partidos de la izquierda chilena en las elecciones presidenciales en septiembre de 1964. El prestigioso político, médico y senador Salvador Allende pierde la presidencia frente a Eduardo Frei Montalva, candidato del Partido Demócrata Cristiano, quien fue apoyado por el conservador Partido Nacional y sectores liberales. Allende había sido postulado por una alianza electoral de comunistas y socialistas.

Las reacciones ante la derrota electoral de ambos partidos, fueron totalmente divergentes. Los comunistas consideraron que el fracaso fue consecuencia de la falta de amplitud y que en el futuro la coalición debía incluir incluso a sectores o corrientes internas de la Democracia Cristiana, el Partido Radical y otras fuerzas. Mientras que el Partido Socialista radicalizó su posición, y hubo sectores que cuestionaron la vía electoral y plantearon que no había otra opción que adoptar la lucha armada, todo lo cual se manifestó en los dos congresos de esta agrupación: Linares (1965) y Chillán (1967). Sin embargo, hay que señalar que estos pronunciamientos nunca se hicieron efectivos y el Partido Socialista lo que sí logró fue organizar un aparato militar, pero bajo el concepto de una organización de autodefensa, de ningún modo como una estrategia político-militar para la toma del poder.

Sin embargo, para entender lo que venía sucediendo en Chile, es importante contextualizar el escenario regional. Con el triunfo de la Revolución cubana y el surgimiento de diferentes movimientos guerrilleros en América Latina, el go-

bierno de Estados Unidos toma medidas represivas contra Cuba, que no solo se manifiestan en el campo económico con el bloqueo –aún vigente–, sino que se produce una ofensiva en el campo diplomático y logran expulsarla de la OEA con el propósito de aislarla.

Desde el punto de vista militar, habían intentado derrocar al gobierno revolucionario con la invasión por Playa Girón en 1961 y, un año más tarde, con la amenaza nuclear estadounidense, en respuesta a la instalación en Cuba de misiles con ojivas nucleares soviéticas con carácter defensivo, en el marco de la Guerra Fría, que la opinión pública mundial conoció como la “Crisis de Octubre”.

Debo afirmar que pese a toda esa política agresiva imperialista contra nuestro país, la solidaridad y el internacionalismo de la Revolución cubana estuvo presente, no hubo un movimiento revolucionario al cual no se le apoyara, un partido de izquierda al cual no se le tendiera la mano, aunque no comulgara con nuestra política tercermundista e independientemente de la manera en que interpretaran las formas de lucha para la toma del poder.

El gobierno del presidente Kennedy se percató de que frente al programa político y la declaración de Fidel de que llevábamos adelante una revolución socialista, no solo había que enfrentarla atacándola directamente, sino que era necesario emprender acciones para combatir el abandono a que los gobiernos de la región sometían a sus pueblos, y es así como da paso a la Alianza para el Progreso y además comienza a enviar los Cuerpos de Paz, cuya tarea no solo era buscar información, sino también desarrollar un trabajo de influencia política y social en esos países.

En 1962 gobernaba Chile el presidente conservador Jorge Alessandri, quien aceptó la política de Washington y, a tal efecto, promulgó la Ley de Reforma Agraria, la cual fracasó y fue objeto de burla por parte de la población, que la llamó “Reforma de maceteros”. Por supuesto que el descontento del campesinado y de otros muchos sectores acrecentó la oposición a ese gobierno derechista.

Pero debe recordarse que el gobierno de Chile fue utilizado, en aquella época por Estados Unidos y en alianza con la derecha chilena como punta de lanza en contra de la Cuba revolucionaria, especialmente, el gobierno del Partido Demócrata Cristiano, presidido por Eduardo Frei Montalva, quien proclamaba que en su país se hacía una “revolución en libertad”. Las campañas mediáticas en toda la prensa internacional eran impresionantes, comparando la revolución de Frei con la Revolución cubana, a la cual calumniaban vergonzosamente y calificaban como una dictadura.

No obstante, la cacareada “revolución en libertad” terminó en un verdadero fracaso. La profundización de la crisis política, económica y social en Chile abrió el espacio para que en este caso el MIR, bajo la dirección de Miguel Enríquez, comenzara un importante crecimiento de su militancia y paralelamente fuera conformando los destacamentos y comandos revolucionarios que desarrollarían numerosas

acciones armadas, lo cual fue fogueando a esas fuerzas que devinieron más tarde en las conocidas Fuerzas Centrales, las cuales contaron con heroicos combatientes que cayeron en ciudades y calles chilenas.

La impronta de Miguel Enríquez no solo marcó a la militancia del MIR y a la sociedad chilena, sino también a hombres y mujeres de nuestra América Latina.

Me contaban algunos de los compañeros de lucha de Miguel, como Luciano Cruz, Andrés Pascal Allende, su hermano Edgardo, Hernán Aguiló y Roberto Moreno, entre otros, que Miguel era un educador, un forjador de cuadros revolucionarios, con una enorme capacidad organizativa. Fue quien dotó a la organización de su política estratégica y táctica. Era un hombre antidogmático y flexible, pero estaba convencido de que en algún momento el factor militar en la lucha política para la toma del poder era absolutamente necesario. Consideraba que para lograr una revolución socialista en Chile no había otra opción que aplicar una política rupturista frente a la burguesía y el sistema, y esa fue una buena parte de la que aplicó.

Miguel fue leal y sincero con el presidente Salvador Allende. Siempre le manifestó que no creía en la vía electoral para la toma del poder, le alertó de que en algún momento la burguesía, utilizando su maquinaria militar, daría al traste con el gobierno de la Unidad Popular, pero supo en su momento parar todas las acciones de carácter militar cuando Allende asumió la presidencia, y trabajó por fortalecer su aparato de seguridad, el conocido Grupo de Amigos Personales (GAP).

Cuando el Palacio de La Moneda estaba siendo atacado, Miguel estuvo dispuesto a rescatar al Presidente. Exponiendo su vida, salió de la casa de seguridad donde estaba concentrada la dirección política del MIR para ir a reunirse con los compañeros de los partidos Socialista y Comunista, en la mañana del 11 de septiembre y, unas horas más tarde, volvió para una segunda reunión, pero Allende se negó a salir del Palacio. En esta ocasión tuvieron que replegarse a tiro limpio enfrentando a una patrulla de carabineros, en cuya acción cayó abatido uno de sus compañeros. Ese era Miguel Enríquez Espinosa el joven y valiente líder revolucionario chileno que yo conocí.

El cine chileno en la época de la Unidad Popular y durante la resistencia a la dictadura

MANUEL PÉREZ PAREDES

Guionista y director de cine. Premio Nacional de Cine 2013.

Los cineastas chilenos dejaron una huella indeleble para el cine latinoamericano desde unos años antes de la llegada al poder de la Unidad Popular, durante el reformismo democristiano de Eduardo Frei, en 1967. Eso me provoca pensar en lo complejo e interesante que es el problema de cómo vemos el pasado, con qué prisma lo revisamos, no solamente en lo que respecta al cine, sino también en otras zonas de la realidad, la cultura y la política en general: las posibilidades que a veces se dan o se conquistan en espacios no necesariamente revolucionarios ni progresistas.

Vale la pena recordar que en esos momentos Cuba solamente tenía relaciones diplomáticas con México. Los países de América Latina habían sido presionados para romper con nosotros y aislarnos en todos los órdenes. Pero también existía aislamiento entre los cineastas de los diferentes países del continente. Para reunirnos, ver nuestras obras y debatir ideas teníamos que encontrarnos en festivales u otros eventos cinematográficos de Europa.

En febrero de 1967, por primera vez en el continente se dan las condiciones para que cineastas de distintos sectores de la izquierda chilena y de otros países de la región organicen un festival de cine y un encuentro entre colegas latinoamericanos en Viña del Mar e, incluso, tomen una decisión que se puede calificar de retadora: nombrar a Ernesto Che Guevara presidente de honor de ese evento, en el momento en que este iba a iniciar la experiencia de la guerrilla en Bolivia.

Es en ese festival donde se reconoce la identidad en la diversidad de lo que desde entonces se ha dado en llamar Movimiento del Nuevo Cine Latinoamericano, y que constituyó una alternativa al cine comercial, tradicional, producido mayoritariamente en México, Argentina, Brasil. Por lo tanto, con el Festival de Viña del Mar 67, los organizadores chilenos entran de manera protagónica en la historia de este nuevo cine y en hermandad con los cubanos.

En el terreno político, el nacimiento del MIR es inseparable del triunfo de la Revolución cubana en 1959 y de circunstancias en que, en el mejor sentido de la palabra, la impaciencia es el rasgo dominante de toda una generación en este continente, la cual se siente urgida de cambios inmediatos en la década de los años sesenta del siglo pasado. Los cineastas sienten y participan de esa urgencia de transformaciones radicales, porque el nuevo cine estaba muy vinculado a las ideas revolucionarias en América Latina.

En 1969, todavía sin haber llegado la Unidad Popular al poder, se realiza un segundo festival en Viña del Mar, donde se intensifica y fortalece la unidad del movimiento, y se comparten experiencias de lo ocurrido en esos dos años. Prima el espíritu de lucha y el optimismo, y los cineastas chilenos enriquecen nuevamente, de manera destacadísima, la historia del Nuevo Cine Latinoamericano.

Cuando la Unidad Popular triunfa en las elecciones, las relaciones de la Revolución cubana con los cineastas chilenos son extraordinariamente buenas. Alfredo Guevara tiene relaciones directas con Salvador Allende y Miguel Littín, nombrado al frente de la empresa estatal Chile Films. Compañeros cubanos van a Chile a filmar y compartir la experiencia de los cineastas chilenos. Existe una importante correspondencia entre Alfredo, Littín y otros compañeros chilenos —algunos miristas o cercanos al MIR, otros identificados en diversos grados con el programa de la Unidad Popular.

En todo este proceso, que se extiende de 1970 a 1973, las relaciones entre el MIR y la Unidad Popular se hacen sentir en el mundo de los cineastas. No se había llegado al poder con las características que se habían dado en la Cuba de 1959, y por tanto la fragilidad de la unidad y la lucha de intereses de grupo o personales impedían avanzar y crear condiciones para tomar medidas radicales y, al mismo tiempo, preservar la unión entre las fuerzas progresistas. La idea de hacer un Chile Films unitario no fue posible. Por otra parte, en ese contexto, con las presiones de la derecha y el sectarismo entre las organizaciones, se crearon las condiciones para que a Littín le fuera imposible mantenerse al frente de la institución y renunció en relativo corto tiempo. Todos los intentos de ayudar al cine chileno desde Cuba tuvieron limitaciones porque en Chile Films se reflejó también lo que sucedió en el interior de la Unidad Popular a escala nacional.

Es decir, la enseñanza de fondo de la terrible experiencia del fracaso de la Unidad Popular con el golpe del 11 de septiembre está vinculada, en primer lugar, con el trabajo del imperialismo y la contrarrevolución interna, pero también con las debilidades de las fuerzas revolucionarias. Posteriormente, Cuba fue retaguardia y apoyo cuando muchos cineastas chilenos tuvieron que partir al exilio.

Acá estuvo Patricio Guzmán para poder concluir *La batalla de Chile*. También estuvieron Littín y otros cineastas chilenos, unos por etapas cortas, otros por

períodos más largos. Recibieron nuestra solidaridad y nos aportaron su talento con sus obras como cineastas, realizadores, fotógrafos o editores.

La Revolución cubana, bien con la presencia de ellos aquí o ayudando para que filmaran en otros lugares, contribuyó a la existencia de un cine de la resistencia –que se dio en México y en otros lugares– y desempeñó un papel muy importante para crear una sensibilidad en todo el mundo de lo que fue la experiencia frustrada de la Unidad Popular y de rechazo a la dictadura pinochetista.

Para concluir, quisiera comentarles que además del libro de Carmen Castillo, *Un día de octubre en Santiago*, en el 36 Festival del Nuevo Cine Latinoamericano se presentará el de Sergio Trabucco Ponce, *Con los ojos abiertos* [LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2014]. Sergio –que fue militante del MIR– hace un recuento del nuevo cine latinoamericano entrelazado con las tres últimas generaciones de cineastas chilenos: cómo vivieron su cine antes de la Unidad Popular, durante esta y en la resistencia, tanto desde el exterior como dentro del país, en los años de la dictadura y cuando se iniciaron los retornos hasta llegar al Chile de hoy.

Entre las narraciones de ese libro hay dos anécdotas que quiero compartir brevemente con ustedes.

Sergio cuenta que cuando la clandestinidad se hacía muy compleja, costosa e inútil para mantener resguardados a artistas cuyos rostros eran conocidos, el MIR decidió crear un grupo de apoyo en el exterior, donde los militantes conocidos podían hacer una buena labor, y se autorizó y organizó la salida de algunos, entre ellos Nelson Villagra, actor extraordinario y muy popular en Chile. Es increíble que en medio de un país donde están torturando y asesinando, cuando Villagra llega al aeropuerto, conocida su militancia revolucionaria, es tratado con cortesía y hasta tiene que firmar autógrafos a militares chilenos. Algunos le llegan a decir: “Buen viaje, don Nelson. Que le vaya bien”. ¡Es el colmo del surrealismo!

La otra anécdota también es inaudita, pero en otra dirección, y hace pensar en hasta dónde puede llegar el comportamiento de determinados tipos de seres humanos en un contexto como el del Chile de Pinochet. A Sergio lo han detenido y uno de los días en que estaban sometiéndolo a una sesión de torturas coincide con la celebración y transmisión por la televisión del combate revancha de Joe Frazier con Cassius Clay. Lo tienen encapuchado y le están propinando golpes, pero los sicarios han llevado un televisor al local y detienen las torturas para ver cada *round*, y las recomienzan en el minuto de descanso.

Independientemente de estas y otras anécdotas muy interesantes, el libro es un aporte invaluable de Sergio, por lo que ha vivido e investigado la historia del cine chileno y su relación con el Nuevo Cine Latinoamericano, tema al cual me he referido aquí de manera muy sintética.

El MIR: síntesis de tradiciones revolucionarias

LUIS EMILIO AYBAR TOLEDO

Licenciado en Sociología. Investigador del Instituto Cubano
de Investigación Cultural Juan Marinello.

El hecho de que le dediquemos este coloquio a la figura de Miguel y al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de 1965 a 1974, no desconoce que la izquierda chilena como un todo es la gran protagonista de los tremendos aportes de este proceso revolucionario y, en particular, el pueblo chileno, que defendió su revolución hasta con los dientes, adquirió una conciencia de clase poco frecuente en la historia de América Latina y desarrolló una creatividad enorme al calor de la lucha de clases.

Es indudable que la acumulación de trabajo político de concientización y difusión del ideario socialista por parte de los partidos de la Unidad Popular, que llevaron al triunfo de Salvador Allende, aun cuando reconozcamos sus limitaciones teóricas y de estrategia, creó las condiciones para una posible revolución en Chile, y para el repunte del propio MIR como organización revolucionaria. El hecho de que más de treinta por ciento de los chilenos –y en lo sucesivo, más del cuarenta por ciento– votaran por un programa que se planteaba explícitamente la construcción del socialismo, y de que Salvador Allende pudiera decir en su primer mensaje al Congreso en 1971 que estaba seguro de que pocas veces en la historia se había presentado al Parlamento de cualquier nación un reto de tal magnitud que entrañaba la superación del capitalismo, lo cual es solo explicable a partir de aquella acumulación de fuerza social e ideológica.

Luego, en este contexto, ¿cómo entender los aportes del MIR? ¿Por qué dedicarle el presente coloquio al MIR y al pensamiento de Miguel Enríquez? Pienso que la organización de izquierda que mejor dio cuenta de enfoques y estrategias revolucionarios, y en particular de las formas que la revolución debe adoptar en América Latina, fue el MIR. Aquí inevitablemente, en el juicio que podamos hacernos, entra en juego el paradigma al que uno se adhiere, y si no tomamos esto en cuenta podemos estar horas en un diálogo de sordos.

El MIR se inserta en una tradición de organizaciones latinoamericanas que han entendido que la burguesía no puede desempeñar un papel revolucionario

en nuestro continente, al beneficiarse de la situación estructural de subordinación que cumplimos en el sistema mundo capitalista. Esta misma situación es la que explica la heterogeneidad del sujeto popular, la débil e inestable formación de una clase obrera y la coexistencia de diversas formaciones económicas no reducibles a meros rezagos feudales.

Este enfoque está en la base de tres ideas básicas para comprender la postura revolucionaria del MIR: 1) necesidad de simultanear las tareas democráticas y de liberación nacional en un proceso continuo conducido por los actores revolucionarios, sin conciliación con la clase burguesa, una postura que los desmarcaba del “etapismo” propio del paradigma estalinista; 2) reivindicación de un sujeto revolucionario plural –el sujeto-pueblo de la Revolución cubana–, que el MIR entendía como una articulación entre la clase obrera, el campesinado y los llamados “pobres de la ciudad y el campo”; y 3) inevitabilidad del uso de las armas para conquistar el poder y defenderlo.

A esos tres elementos se le suman otros dos, provenientes casi exclusivamente de la influencia de los clásicos europeos del marxismo: 1) el carácter de clase del Estado burgués, que impone innumerables obstáculos en el uso de sus instituciones con fines revolucionarios (la prensa, el parlamento, el ejército, el sistema judicial), e impide el tránsito pacífico por la vía parlamentaria –en este aspecto la polémica con la Unidad Popular alcanzó altos niveles–; 2) la acción revolucionaria no se puede reducir a las instituciones o partidos, es necesario desatar las fuerzas del pueblo, de manera que se constituya en actor del cambio mediante sus propios órganos de poder, llámensele sóviets, consejos obreros o comandos comunales, los cuales van erosionando el poder burgués desde la base. El horizonte no es, por tanto, la construcción de un “Estado al servicio de”, sino el empoderamiento del sujeto popular que toma control de las fuerzas sociales.

Todas estas ideas y posturas, provenientes de diversas tradiciones, el MIR las expresa en una síntesis sui géneris, que solo podremos comprender si las analizamos por separado. Me concentraré en las tres fuentes fundamentales: el trotskismo, la influencia de la Revolución cubana y el leninismo. Hay otras más periféricas, como por ejemplo el maoísmo, que por razones de tiempo no podremos abordar.

El trotskismo

El MIR surge en 1965 como unión de un conjunto de fuerzas diversas, trotskistas, pero también jóvenes militantes descontentos de la política de los partidos Comunista y Socialista de Chile, entre los cuales estaba Miguel. Tenían en común el rechazo al reformismo de estos dos partidos tradicionales de la izquierda chilena, que confiaban en los canales de la democracia representativa como vía para construir el socialismo. De esta manera, el adjetivo “revolucionario” entre los miristas no es gratuito, lo usan para distinguirse de otras fuerzas a las que llamaban “refor-

mistas”. Por ejemplo, cuando hablan de “las fuerzas revolucionarias de Chile” no están incluyendo a los sectores hegemónicos de aquellos dos partidos.

Estos primeros años del MIR hasta 1967, en que Miguel asume la Secretaría General, o en todo caso hasta 1969, en que son expulsados los trotskistas, se caracterizan por el gran peso numérico y orgánico de estos últimos.

El trotskismo era reconocido internacionalmente por su disidencia con la línea estalinista de los partidos comunistas, por sus posturas críticas al modelo soviético y la política internacional de la URSS, por su defensa de la lectura directa de los clásicos y el acercamiento a una mayor diversidad de corrientes de pensamiento. De cualquier forma, debemos distinguir entre la influencia del pensamiento de Trotski sobre Miguel y sus compañeros, que constituyó una fuente permanente de orientación teórica y estratégica, y el trotskismo como corriente política.

Luego de la división interna en 1969, la crítica a estos grupos fue bastante fuerte por parte de Miguel. En un documento interno de 1970 describe el MIR en el período anterior a su mandato como “una ‘bolsa de gatos’ compuesta por fracciones en disputa, sin niveles orgánicos mínimos, aislado de las masas y con predominio del más puro ‘ideologismo’.”¹

En las entrevistas a un grupo de aquellos trotskistas realizadas por el joven Álvaro Pérez Jorquera,² se aprecia su resentimiento por la forma poco democrática en que fueron marginados de la organización. Sin embargo, a partir de esta división, es notable el despegue del MIR como organización cohesionada, integrada en sus puntos de vista y eficaz. Los grupos trotskistas intentaron articularse en los años posteriores para crear un polo revolucionario que pudiera disputar la conducción a la Unidad Popular, pero fueron soberanamente ignorados por el MIR, que prefirió promover la alianza con sectores radicalizados del Partido Socialista, la Izquierda Cristiana y el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU).

En el texto ya citado sobre los antecedentes de la organización, Miguel parece dar poco crédito a la importancia del trotskismo en la formación revolucionaria del MIR, pero lo cierto es que constituyó una especie de matriz nutricia donde se fraguaron muchos de sus enfoques y actitudes políticas. Tanto el trotskismo como la influencia de la Revolución cubana permitieron eliminar la mediación estalinista en la incorporación de las tradiciones revolucionarias de pensamiento, acercarse a las fuentes originales del marxismo y a una diversidad de pensadores posteriores

¹ Véase “Algunos antecedentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)”, marzo de 1970, en Miguel Enríquez, *La consecuencia de un pensamiento. Recopilación de escritos* (s. e.), publicado en Suecia en 1989.

² Véase Álvaro Pérez Jorquera, “El debate de estrategias al interior del MIR. Elementos para una reconstrucción histórico-crítica sobre el Movimiento Izquierda Revolucionaria (1965-1990)”, tesis para optar por el grado de licenciado en Historia, Universidad de Chile, Facultad de Historia y Humanidades, enero, 2014.

como Rosa Luxemburgo, Antonio Gramsci, José Carlos Mariátegui, Frantz Fanon, todos marginalizados por los partidos comunistas.

El trotskismo influyó también en la crítica al modelo de socialismo de Europa del Este, y en la apuesta a la construcción de poder popular, que expresaba una línea esencialmente antiburocrática.

Por último, la tradicional crítica del trotskismo a la teoría del foco guerrillero condicionó que la propuesta militar del MIR en estos años se diferenciara del foquismo simplificador extendido en varios lugares del continente, y en que hubiera una preocupación visible por ajustarla a las condiciones de Chile.

El influjo de la Revolución cubana

La Revolución cubana marcó profundamente a los jóvenes de la generación de Miguel. Su mística, sus símbolos, sus hazañas, su ejemplo, eran parte inseparable del espíritu de la época. En los nombres de algunos de los asentamientos urbanos construidos por el MIR se refleja esto: 26 de Julio, Fidel Ernesto, Nueva La Habana. La figura del Che Guevara era fuente permanente de inspiración para estos jóvenes, por la dignidad, el espíritu de sacrificio, el ejemplo de hombre nuevo que su vida misma representaba. El Che constituyó el ideal de militante que guiaba la organización y la fuente de contenidos éticos y políticos que nutría la alternativa civilizatoria en la que creían.

La Revolución cubana, el trotskismo y el maoísmo, eran las tres fuentes de disidencia en la América Latina de los sesenta en relación con el paradigma hegemónico de la URSS y los partidos comunistas. La influencia de la Revolución cubana sobre los enfoques y estrategias del MIR se puede rastrear en tres elementos fundamentales: 1) el carácter que debía adoptar la revolución en América Latina, 2) el papel de la lucha armada y 3) el alcance de las transformaciones.

En el primer elemento confluye además la influencia de los teóricos de la dependencia, igualmente influidos por la Revolución cubana como acontecimiento histórico. Varios de ellos, André Gunder Frank, Theotonio dos Santos y sobre todo Rui Mauro Marini, mantuvieron estrechas relaciones con el MIR y ayudaron en la formación política y la elaboración de los posicionamientos de la organización. La Teoría de la Dependencia vino a calzar, profundizar, ampliar la comprensión sobre la peculiaridad de las formaciones sociales latinoamericanas. Eran planteos esencialmente antietapistas y por tanto, antieurocéntricos, puesto que explicaban cabalmente el carácter capitalista-periférico y no feudal de nuestras sociedades, reclamando el socialismo de manera directa y continua, como única opción de desarrollo para Latinoamérica.

El capitalismo periférico se vale de una diversidad de formas económicas y ocasiona múltiples situaciones de desarrollo en una misma sociedad, de manera que es muy difícil encontrar esa clase obrera extendida y homogeneizada

de Europa. Así el MIR, al igual que la Revolución cubana, defiende la unidad del pueblo en la lucha por encima de las diferencias existentes en su composición social. De hecho, creció como organización capitalizando las luchas de sectores menos atendidos por el Partido Comunista y el Partido Socialista (obreristas) como los campesinos, los mapuches, los pobladores sin casas, los desempleados y los estudiantes. La mayor influencia y las más novedosas experiencias de poder popular las logró allí, no porque excluyera al sujeto-obrero –también comprendían a la clase obrera como fuerza motriz–, sino porque no lograron ganar la disputa de este sector a los partidos históricos. Solo llegaron a hegemonizar a los grupos más radicalizados y fundamentalmente en pequeñas y medianas industrias que fueron ocupadas autónomamente por los trabajadores, mientras los partidos Comunista y Socialista conservaron su influencia histórica sobre las grandes fábricas y sobre la Central Unitaria de Trabajadores.

La propuesta básica del MIR para lograr la unidad y empoderamiento de las fuerzas populares fueron los *comandos comunales*, inspirados en los sóviets rusos, que debían articular a campesinos, pobladores, estudiantes y obreros de un determinado territorio. Promovieron con celo esta articulación, y en ello no encontramos solo la influencia del sóviet, sino también la del sujeto-pueblo que defendía la Revolución cubana: la unidad de los oprimidos.

En relación con el papel de la lucha armada, el MIR adoptó muy poco del modelo cubano de la guerra de guerrillas, menos aun después del triunfo de la Unidad Popular, que ofreció un escenario mucho más favorable para la izquierda. Sin embargo, hay una claridad básica que aportaba el ejemplo reciente de la Revolución cubana: la imposibilidad de la transición pacífica y la necesidad de poder defender con las armas el proceso revolucionario. De cualquier manera, el MIR se volcó al trabajo de masas durante el período de la Unidad Popular y desarrolló pobremente su capacidad militar, lo que explica la limitada resistencia que pudieron hacer al golpe de Estado.

Sobre el alcance de las transformaciones, me remito a un fragmento de un discurso de Miguel en homenaje a la Revolución cubana: “Solo destruyendo la legalidad y las instituciones que impiden el avance de los trabajadores puede avanzarse en el camino de la Revolución”³ Era esta justamente la concepción, inspirada en la radicalidad destructivo-creativa de la Revolución cubana, que resaltaba el MIR ante los partidos de la Unidad Popular, bajo el entendido de que no es posible hacer una revolución sin transformar instituciones creadas para dominar al pueblo. Esto fue también el motivo de una discusión que hubo entre Nelson Gutiérrez, siendo este líder estudiantil del MIR, y Salvador Allende,

³ “Hay que crear una nueva legalidad”. Discurso en la comuna de San Miguel, en Miguel Enríquez, ob. cit.

con motivo de la visita que hiciera a la Universidad de Concepción, donde Nelson cuestionaba el reformismo del gobierno, poniendo como ejemplo a Cuba.⁴

Vale decir que no había una distancia tan grande entre el horizonte de cambios al que aspiraba el MIR y los que pretendía Allende. De hecho, la intención de este último era lograr una correlación de fuerzas en el Parlamento que le permitiera convocar una constituyente como vía para sentar las bases del socialismo –de ahí el intento de conciliación con la Democracia Cristiana–. Las mayores discrepancias estaban relacionadas con la vía para lograr los objetivos revolucionarios, y con el hecho de que, en todo caso, la conciliación disminuía el alcance transformador del proceso.

El leninismo

Puede decirse que el triunfo del grupo encabezado por Miguel dentro del MIR en 1969 fue, entre otras cosas, el triunfo de un modelo leninista de construcción del partido sobre otras tendencias organizativas. La intención de Miguel era construir un partido homogeneizado en sus puntos de vista, objetivos y estrategias, con estricta disciplina partidaria, profesionalización y selección de los militantes. Era un partido de vanguardia que tenía el propósito de orientar teórica, táctica y estratégicamente las luchas populares, para lo cual se valía de un trabajo de inserción en el movimiento social. En las declaraciones y documentos internos del MIR se evidencia un trabajo fino de análisis y seguimiento de la coyuntura, caracterización del período y definición de estrategias, digno de la mejor tradición leninista.

Había una relación jerárquica entre la dirección partidaria, la militancia de base (los llamados Grupos Político-Militares, o GPM) y el movimiento social.⁵ La estructura creada para la organización y orientación del movimiento social por la militancia mirista fueron los llamados frentes de masas (Frente de Trabajadores Revolucionarios, Movimiento de Campesinos Revolucionarios, Movimiento Universitario de Izquierda y Movimiento de Pobladores Revolucionarios).

El elemento que completa la construcción del MIR como partido leninista es su estímulo y orientación a los órganos del poder popular. La experiencia de los sóviets rusos brindaba un excelente ejemplo histórico de la posibilidad y ne-

⁴ Véase "Nelson Gutiérrez. Debate con Salvador Allende en la Universidad de Concepción", en Cristian Pérez (comp.), "EL MIR visto por el MIR. Primera Parte", en *Estudios Públicos* 83, invierno de 2011 (Archivo Chile del Centro de Estudios Miguel Enríquez).

⁵ Para profundizar en este aspecto, véase Sebastián Leiva Flores, "Teoría y práctica del poder popular: los casos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR, Chile, 1970-1973) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP, Argentina, 1973-1976)", tesis para optar por el grado de magíster en Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2007.

cesidad de erigir desde el pueblo un poder con capacidad de usurpar funciones al Estado burgués, que mine las bases de su hegemonía, contribuya a una correlación de fuerzas favorable en vísperas del momento revolucionario y permita ejercitar las capacidades culturales y organizativas necesarias para desarrollar un Estado de nuevo tipo en las condiciones de la dictadura proletaria, aquel Estado “organizado de tal modo, que comience a extinguirse inmediatamente”⁶ del que hablaba Lenin. Este “poder paralelo”, “doble poder”, que materializan los sóviets, ha quedado como un referente básico dentro de las estrategias revolucionarias, cuya vigencia reivindicaba el MIR para las condiciones particulares de Chile, aun con la existencia de una fuerza popular en el gobierno.

Se trata de una orientación estratégica que fue madurando paulatinamente, según se producían los acontecimientos. El MIR venía desarrollando formas rupturistas de acción desde el período anterior a la presidencia de Allende, con apoyo y participación en las tomas de tierras del espacio rural, tomas de fábricas y ocupaciones de terrenos urbanos por pobladores sin casa. En este sentido, destaca el campamento 26 de Enero, “primera ocupación de terrenos articulada con una clara participación del MIR”⁷ a principios de 1970, y el campamento Nueva La Habana, principal experiencia de poder popular desarrollada por el MIR en el sector poblacional.⁸

Pero lo que marca el inicio de una orientación estratégica mucho más estructurada en relación con el poder popular es la reunificación de las clases dominantes y el inicio de una contraofensiva reaccionaria que tiene lugar a partir del asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, exministro de Eduardo Frei Montalva, a mediados de 1971, por un grupo de izquierda radical. La lectura que hace el MIR de la nueva correlación de fuerzas surgida a partir de este incidente es que la táctica de colaboración de clases impulsada por la Unidad Popular había agotado ya sus posibilidades históricas para hacer avanzar los cambios, y que tocaba “recuperar a través de la movilización de masas la guerra perdida en el campo parlamentario”⁹

Aquí se evidencia una de las disyuntivas que caracterizarían el proceso de distanciamiento político que tiene lugar entre el MIR y la Unidad Popular desde

⁶ Vladimir Ilich Lenin, *El Estado y la revolución*, Editora Política, La Habana, 1963, p. 35.

⁷ Véase Sebastián Leiva Flores, ob. cit., p. 128.

⁸ Para el presente análisis sobre la estrategia de construcción de poder popular del MIR me basé en las tesis de Sebastián Leiva y Álvaro Pérez Jorquera citadas y en Pedro Alfonso Valdés Navarro, “Elementos teóricos en la formación y desarrollo del MIR durante el período 1965-1970”, tesis de licenciatura en Historia, Universidad de Valparaíso, 2006; y José Leonel Calderón López, “La política del Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR) durante los dos primeros años de la dictadura (1973-1975)”, tesis de licenciatura en Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2009.

⁹ Véase “El MIR responde a Frei”, julio de 1971, en Miguel Enríquez, ob. cit.

entonces: acumulación de poder por la vía parlamentaria e institucional, o acumulación de poder desde el propio pueblo mediante la organización comunal y la confrontación con la burguesía.

Ante cada ofensiva de la reacción, el sector hegemónico dentro la Unidad Popular (Allende y el Partido Comunista) intentará un nuevo acomodo de la correlación de fuerzas a través de la conciliación interparlamentaria y cívico-militar, mientras que el MIR y los sectores radicalizados de la Unidad Popular (Izquierda Cristiana, un sector del MAPU y gran parte del Partido Socialista) apelarán a la necesidad de atacar los factores de poder a través de la expropiación y la movilización de masas. En el desenlace, los primeros nunca lograron la anhelada correlación de fuerzas, ante una clase burguesa cohesionada que mantuvo bajo su control el Parlamento, los medios de comunicación, el sistema judicial, el ejército y gran parte de la economía. Los segundos, por su parte, no lograron hacer primar la política rupturista, mientras los órganos de poder popular que impulsaron no llegaron a ser lo suficientemente sólidos para resquebrajar las bases del Estado burgués y frenar el golpe militar.

Desde entonces, el discurso mirista ha achacado el fracaso a la política conciliadora y reformista del Partido Comunista, y este último ha identificado en la política “ultraizquierdista” del MIR y otros, uno de los factores desestabilizadores que produjo un clima propicio para el golpe. Más allá de la existencia de culpables, no cabe duda que la falta de unidad de la izquierda, o la imposibilidad de que una orientación estratégica se impusiera sobre el resto y permitiera avanzar, fue la principal carencia del proceso revolucionario chileno.

Pero, ¿cuál es el legado que nos deja esta hermosa y dolorosa historia a los revolucionarios y revolucionarias de hoy? Esta pregunta es sin duda una de las razones que nos reúne hoy aquí. Pienso que entre todas las respuestas posibles, la experiencia de construcción de poder popular protagonizada por el pueblo chileno bajo el estímulo del MIR, el Partido Socialista y otros partidos, es una de las más importantes. Continuemos entonces esbozando algunos de sus perfiles.

Desde finales de 1971, el MIR define dos líneas estratégicas básicas para una política revolucionaria en la coyuntura chilena: el reagrupamiento de las fuerzas de izquierda (articulación entre el MIR y sectores radicalizados dentro de la Unidad Popular, encaminada a disputar al sector institucionalista la conducción del proceso), y la política de poder popular. Esta última consolida su formulación en el primer semestre de 1972. Veamos dos textos básicos en ese sentido. El primero, una declaración pública del MIR del 10 de marzo de 1972, donde se llama a disolver el Parlamento, expropiar todas las grandes industrias sometiéndolas a control obrero y, en general, impulsar el poder de los trabajadores mediante la creación de los Comandos Comunales Campesinos, y los

Comandos Comunales de Trabajadores. El texto, en la práctica, convoca a establecer la dictadura del proletariado:

Si los reaccionarios rompen las reglas del juego agrediendo a los trabajadores bajo cualquier forma, entonces todo desaparecerá, la legalidad, el estado de derechos (sic), instituciones. La soberanía vuelve, entonces, automáticamente, al pueblo. El pueblo establecerá su propia legalidad, ejercerá directamente el poder, ocupará todas las fábricas y fundos, tomará posesión de todas las zonas del país y asumirá su administración y gobierno [...]¹⁰

Aquí se evidencia la apelación permanente del MIR al poder popular como base de la revolución: “[...] hay que partir siempre de las masas y sus luchas para ganar la fuerza necesaria que permita aplastar y derrotar a los enemigos del pueblo en cada batalla y en la gran lucha final por el Poder y el Socialismo.”¹¹ Su punto de vista era que la conciliación y el institucionalismo desmoralizaban a las masas, sustituyéndolas en funciones que debían desempeñar por sí mismas y disminuyendo la confianza en sus propias fuerzas.

Ya en julio de 1972 la formulación de la estrategia de poder dual es aún más clara: “Una nueva institucionalidad debe comenzar a crearse, simultáneamente. Las masas deben comenzar a dotarse, ellas mismas, de formas orgánicas propias que les posibiliten el ejercicio directo y creciente del poder político, en todos sus aspectos. Ellos son los Consejos Comunales de Trabajadores, en la ciudad y el campo”.¹²

Así, el MIR venía impulsando estos órganos desde antes del paro patronal de octubre de 1972, pero con dificultades para lograr la múltiple articulación propia de estos órganos (obreros, poblaciones, estudiantes, campesinos) debidas a la desigual inserción del MIR por sectores. Sin embargo, la coyuntura del paro ofrece una oportunidad única para demostrar al resto de la izquierda la necesidad práctica de los comandos. Los patrones boicotean el transporte, el comercio y la producción, con lo cual amenazan la continuidad del gobierno y llevan al extremo la creatividad del pueblo, obligado a oponerle sus propias soluciones. Los vecinos toman bajo su control el abastecimiento ante el cierre de los comercios y organizan la vigilancia nocturna en las comunidades; los obreros mantienen funcionando las fábricas y ponen a disposición sus camiones para transportar a la población. La posibilidad de respuesta creativa y eficaz proviene de la extensión de las Coordinadoras Comunales en casi todo

¹⁰“Declaración Pública: El MIR a los obreros, campesinos, estudiantes y soldados”, en Miguel Enríquez, ob. cit., p. 105.

¹¹ Ibídem, p. 106.

¹²“El reformismo y el MIR”, Comisión Política, 11 de julio de 1972, en Cristian Pérez (comp.), “El MIR visto por el MIR. Segunda Parte”, ed. cit.

el territorio, a cuyo impulso se suman todos los partidos de izquierda, incluido el Partido Comunista.

De esta manera se resuelve coyunturalmente la gran limitación de los Comandos Comunales¹³ promovidos por el MIR, que era la insuficiente capacidad de estos últimos para lograr la hegemonía sobre todos los sectores populares de un determinado territorio de manera extensiva en el país, al estar repartidas las zonas de influencia entre las diferentes fuerzas de izquierda. Con la confluencia de todas ellas para enfrentar el paro patronal, las Coordinadoras Comunales alcanzan una fuerza y una creatividad asombrosas; se conforman unos cien Comandos Comunales a lo largo del territorio nacional.

Lamentablemente, una vez conjurada la amenaza reaccionaria, cesó el impulso a esta experiencia por parte del Partido Comunista, y el Partido Socialista se concentró en el desarrollo de los Cordones Industriales –experiencia de que sin dudas fue el principal protagonista–. Esto revela las diferencias existentes entre estos dos partidos y el MIR en relación con el significado y el papel que debían desempeñar los comandos. El texto “El MIR y los Comandos Comunales: poder popular y unificación de la movilización social”, de Sebastián Leiva, aporta mucha claridad en este sentido. Reseñaré sus ideas fundamentales, que demuestran la complejidad del problema.

El Partido Comunista y un sector del Socialista rechazaban la tesis de la dualidad de poderes a la que se adscribía el MIR, bajo el entendido de que la clase obrera ya estaba en el gobierno. Reconocían la importancia de estos órganos para enfrentar los ataques de la oposición, mas para evitar su constitución como un poder paralelo, proponían subordinarlos a la autoridad gubernamental de la zona. La postura del MIR y del sector del Partido Socialista que impulsaba los Cordones Industriales, se basaba en una lectura distinta del escenario chileno. De cualquier forma, la existencia de una fuerza de izquierda en el gobierno planteaba complejidades al posicionamiento de una estrategia de poder dual, no contempladas por la experiencia de la revolución rusa. Veamos, de la mano de Sebastián Leiva, cuál fue el planteo del MIR:

Si bien dentro de la lógica de la dualidad de poder se debe conformar un poder no solo independiente al otro sino en franca y abierta disputa con él, aquello no era trasposable a la relación que debía existir entre el poder que pretendía conformar el MIR y el poder que ostentaba la UP, es decir el Ejecutivo. Para el MIR, la dualidad de poder se debía conformar en relación al (sic) poder que conservaba la burguesía, es decir, el parlamento, la contraloría y los tribunales. Ahora bien, el MIR siempre señaló los límites que se había auto-impuesto la UP al hacer un uso “institucional” del poder ejecutivo, lo que había quedado reflejado, entre

¹³ Se les llamaba indistintamente Comandos, Consejos y Coordinadoras Comunales, aunque este último término se usó más extendidamente en el contexto del paro patronal, cuando el resto de las fuerzas de izquierda se sumó a estimular dichos órganos.

otros, en la forma en que había enfrentado y resuelto la crisis generada por el paro patronal (reestructuración del gabinete integrando a mandos de las FFAA). De esta forma, si bien el MIR reconocía la importancia de que la UP controlara el Ejecutivo, también reconocía los límites que tendría el desarrollo del poder popular al subordinarse a la dirección de un gobierno que, más allá de sus intenciones, seguía actuando dentro de los marcos del aparato estatal burgués.¹⁴

Así, las diferencias de enfoque estaban relacionadas con el carácter del Estado chileno, las tácticas de poder para hacer avanzar la revolución (vía institucional *versus* pueblo organizado) y por tanto el papel sustantivo o instrumental / coyuntural que debían desempeñar los órganos de poder popular.

Los Comandos Comunales tuvieron otra oportunidad para demostrar su relevancia política ante la coyuntura del “Tanquetazo”, intentona golpista ensayada por el ejército el 29 de junio de 1973, cuando todas las organizaciones de izquierda se abocaron a su organización con una intensidad incluso mayor que en octubre de 1972. Pero era ya demasiado tarde.

El MIR logró interesantes experiencias de poder popular en Comandos Comunales como Barrancas, Las Condes, Estación Central, Conchalí-Área Norte, La Florida, pero los límites en la capacidad de convocatoria y organización de este movimiento, así como la oscilación del resto de los partidos en torno a la importancia de tales órganos, imposibilitaron su mayor desarrollo. Las experiencias de poder popular chilenas son muy valiosas en un nivel micro, en sectores como el poblacional y el fabril, pero no alcanzaron el grado de coordinación y control territorial de los sóviets rusos.

Los mayores aprendizajes, a la luz de los aportes realizados por los movimientos sociales latinoamericanos desde la década de los años ochenta en adelante, parecen concentrarse en la trayectoria general del proceso revolucionario chileno y, en particular, en la estrategia política defendida por el MIR. En efecto, los nuevos movimientos sociales han reivindicado el poder como una construcción compleja, y han apostado a construir nuevas territorialidades como forma de acumulación política y cultural. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria, con su estrategia de poder dual y su apuesta al empoderamiento de los oprimidos, tiene entonces mucho que decir todavía a los revolucionarios latinoamericanos.

¹⁴ Sebastián Leiva Flores, ob. cit., p. 56.

Vínculos e influencias de Miguel Enríquez y el MIR en la lucha contra la dictadura en el período 1983-1987

LUIS ROJAS NÚÑEZ

Historiador chileno residente en Cuba. Fue miembro del Frente Patriótico "Manuel Rodríguez".

Me referiré a la enorme influencia que tuvo, y aún tiene, Miguel Enríquez y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en sectores de la juventud chilena posterior a esa generación. Para entender esto, hay que ubicarse en el período histórico en el que nace, vive y muere Miguel Enríquez; nace y crece el MIR como organización, en relación con los distintos y recientes períodos de la lucha en Chile.

El MIR nace en 1965. Tiene un proceso de crecimiento y de organización, y de ir puliendo su política hasta el año 1970, cuando triunfa Salvador Allende y hay un cambio evidente en el país. Entonces necesariamente esta organización también tiene que cambiar, y vive otro período de 1970 a 1973 dentro de ese proceso tan extraordinario que vive Chile en los años del gobierno de la Unidad Popular. Del golpe de Estado en adelante, el MIR vive un período corto, terriblemente corto, de un año en el que Miguel Enríquez conduce y organiza la resistencia hasta su caída en combate. Con posterioridad, esta organización decae en su actividad ante una persecución implacable. Más adelante tiene otro período de rearticulación y de lucha efectiva a partir del Plan Retorno. Es cuando regresan del exilio algunos miristas, más preparados, y desarrollan sus acciones aproximadamente desde el año 1979 hasta 1984, cuando comienza otro declive de la actividad política y militar del MIR, principalmente de su accionar armado tras la caída o el desmantelamiento de sus principales grupos combativos.

Si nos damos cuenta, todos estos breves períodos son escasísimos para una organización política y en momentos tan convulsos de la vida política chilena. Es necesario tener eso en consideración para poder entender las dificultades con que tropieza esta organización y la complejidad que implica poder insertar su política en un país como Chile, con la tradición que tiene. Este elemento, el arraigo y la tradición de las formas de lucha no armadas, para nosotros, militantes comunistas de ese entonces, hace entendibles los años ochenta, cuando recién el Partido

Comunista comienza un giro en su política que lo lleva a realizar algún tipo de acciones armadas, como parte de un nuevo diseño dado a conocer en septiembre del año 1980, conocido como la “Política de rebelión popular de masas”.

Estamos hablando de siete años después de instalada la dictadura, o sea, el MIR ya ha vivido parte importante de todo lo que he señalado en breves palabras. En ese minuto donde los comunistas recién comienzan con su proyecto, el MIR ya está en su fase de Plan Retorno, su último gran proyecto combativo como una segunda oportunidad. Y desde sus inicios tiene grandes dificultades. Es imposible relatar aquí los serios conflictos que vive la organización con posterioridad a la muerte de Miguel Enríquez y precisamente en los años ochenta con este Plan Retorno que tiene un evidente contenido combativo, armado. Coincidentemente, repito, es el momento cuando emerge en Chile la política del Partido Comunista que incluye formas armadas de combate, dentro del concepto de “todas las formas de lucha y violencia aguda”. En realidad, hasta hoy se polemiza, si se trató de “cambio” o “adecuación” de la línea política tradicional. Aunque se realizaron acciones francamente armadas y se logró construir toda una estructura militar para tal efecto, nunca este tipo de lucha estuvo en el centro de la política del Partido Comunista Chileno. Era y fue concebida como un apoyo a la lucha política de masas.

Una parte decisiva de aquellos que le dieron vida a esta política militar del Partido Comunista, fue una generación de sus militantes que habían vivido toda la etapa del gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende (1970-1973); militantes que tienen un sentimiento, una postura de búsqueda dentro del Partido Comunista que venía incubándose desde el mismo golpe de Estado; muchos de ellos eran miembros de los llamados “equipos de seguridad” de ese partido en los tiempos de Allende.

Nada nace de un día para otro, simplemente el año 1980 se pone como punto de partida del “cambio o adecuación”, por ser en septiembre de ese año cuando Luis Corvalán, desde Moscú lanza la política de rebelión popular de masas y habla *de asumir todas las formas de lucha, incluso la violencia aguda*, como enunciados claves de esta nueva política de los comunistas chilenos. A partir de eso, un importante sector del Partido Comunista –que llamo “revolucionario”– asume esto y coincide, participa, se incorpora a un novísimo aparato militar y es protagonista de todo un gran período de lucha de masas desde 1983 hasta 1987, en grandes jornadas nacionales de protestas de un pueblo sublevado en contra de la dictadura, donde las formas armadas desempeñaron un destacado papel. Se produjeron sabotajes, ajusticiamientos, hostigamiento a fuerzas represivas y mucha propaganda armada. Las acciones más relevantes: el intento de ajusticiamiento al dictador, y el ingreso masivo de armas por el norte de Chile. Un período impresionantemente agudo y único en la historia de la lucha de clases en Chile.

Hay cierta similitud de hechos, de fenómenos del MIR, lógicamente con grandes diferencias, con las que viven las estructuras militares del Partido. ¿Por

qué digo estructuras militares del Partido?, porque el Partido Comunista, no crea únicamente el Frente Patriótico “Manuel Rodríguez” como organización militar independiente, crea una estructura general, de la cual el Frente forma parte. La estructura más grande del Partido se llamó Trabajo Militar de Masas y tenía mucho más número, capacidad y fuerza que el Frente Patriótico “Manuel Rodríguez”. Era el trabajo militar dentro del propio partido que tanto quiso impulsar Miguel Enríquez en las épocas precedentes, pero no tenía un partido fogueado ni miles de militantes para hacerlo. Toda esta estructura militar del Partido Comunista estaba conducida por una Comisión Militar, que a su vez, y por intermedio de su jefe, se subordinaba a la Comisión Política, máxima autoridad de los comunistas chilenos. Este partido, por tener todas esas capacidades, lo impulsa con gran fuerza y es uno de los protagonistas del gran proceso de rebelión popular, de protestas populares en Chile que acabo de señalar, entre los años 1983 y 1987. En este tipo de sublevación popular, que se realizaba casi mensualmente en las principales ciudades del país, los barrios populares quedaban tomados dos o tres días por el pueblo organizado. Esas protestas desempeñaron un papel destacadísimo para acabar con la dictadura. Es una falacia decir que un aparato propagandista que aparece en una película vista por los cubanos hace muy poco, habría sido el gestor de la salida del dictador y del triunfo del NO. El peso fundamental, sin desestimar esas campañas propagandistas, fue esta fuerza popular, donde estaba el Partido Comunista, otros partidos de la izquierda, y también el MIR.

Son años después de la muerte de Miguel Enríquez; se trata de lo que quedaba del MIR después de su ocaso relativo. Es precisamente a partir de 1983-1984, que comienza un declive de las acciones combativas del MIR, que venían gestándose mucho antes de que el Partido Comunista hablara de rebelión popular. Es lamentablemente paradójico, declina militarmente justo cuando comienza la lucha popular masiva, las protestas. Es en ese contexto que muchos militantes comunistas recogen no solo el legado de la memoria, del discurso, sino también a los militantes miristas que están combatiendo en los mismos barrios populares donde se produce esta suerte de sublevación de masas que, por cierto, nunca llegó a ser una rebelión.

Todo aquel que conoce lo sucedido en el país de 1983 a 1987 –imposible de relatar aquí–, sabe que se trata de la experiencia más grande que ha tenido Chile en las gestas combativas de los movimientos populares. Es cuando ese Partido Comunista, y la izquierda en general, han tenido la mayor fuerza política y militar estructurada, organizada y dirigida centralmente, en toda la historia de las luchas populares del país. El MIR entonces, en los barrios populares, también desempeña un papel destacado en esta etapa de lucha de masas, venía de vuelta de su Plan Retorno y logra influir y organizarse en algunos sectores juveniles de pobladores y trabajadores urbanos. El MIR y su historia de combate aún fresca influyen en jóvenes comunistas y del Partido Socialista, pero sobre todo, en jóvenes

sin militancia. Surgen entonces las Milicias Rodriguistas en los barrios populares. Ahí está el espíritu de Miguel Enríquez: la opción del enfrentamiento. ¿Cómo decirlo con franqueza? Todos esos sectores de jóvenes que asumen ese ideario, lo que recogen, más allá de la filosofía de la gran política, de la complejidad de la política teórica, es su espíritu en la acción, la defensa de la dignidad, la imitación nacida del decoro.

Hay un libro de la escritora chilena Mónica Echeverría,¹ sobre un miembro de la DINA, el capitán Miguel Krassnoff, donde ella entrevista a un soldado que participó en casi todos los “combates” después de 1973 y él afirma que el único combate real que hubo durante todo ese período fue el de Miguel Enríquez. Los que ocurren dos o tres días posteriores al asalto a La Moneda, al golpe de Estado, son escasos, dispersos, inconexos, sin planes, de puro espíritu y pocas armas. La inmensa mayoría fueron supuestos, es decir, asesinaban a los combatientes y les ponían armas como si hubieran caído combatiendo. En numerosos libros sobre la historia de Miguel Enríquez están los relatos de la orfandad en que quedan los miristas en los días posteriores al golpe. Eso es lo que queda en los jóvenes de esa época, que después vuelven a combatir a la dictadura en otras condiciones entre 1983 y 1987, con las estructuras político-militares del Partido Comunista.

En muchos de esos combatientes de nueva generación se produce la influencia del MIR en términos subjetivos, es decir, la experiencia, la validez de lo que hace Miguel Enríquez, independientemente de la filosofía, de su planteamiento político, ese es el espíritu que los guía. Es lo que marcó el propio Allende con su aislado combate en La Moneda, es también lo que legó Miguel Enríquez al combatir en condiciones tan desventajosas el trágico 5 de octubre de 1974. Es preciso decirlo, en la etapa 1983-1987, hubo determinados barrios populares donde el MIR conducía el enfrentamiento popular, en la gran mayoría de los focos de enfrentamiento popular y miliciano, se producía una suerte de articulación militante ante el enemigo común.

Un asunto que quiero destacar, es que el MIR nace en un contexto internacional que ya fue relatado aquí por los panelistas, pero además se debe tener en cuenta la situación existente en Chile cuando se funda el MIR en 1965. Por cierto, debo aclarar que el MIR no es resultado de unos grupos de estudiantes de Concepción, como muchos todavía en Chile creen; eso está lejos de ser verdad; es un grupo enorme, principalmente de jóvenes, muchos exmilitantes comunistas y socialistas, pero también de un contingente de hombres mayores, por no decir viejos, entre los cuales están Luis Vitale y otros que sería extenso recordar. El MIR nace con todas esas influencias externas que se han relatado, pero también en el terreno nacional acababa de triunfar en 1964 el proyecto reformista de la democracia cristiana chilena. En mi opinión, ese gobierno es el reformismo más clásico, es la

¹ Mónica Echeverría Yáñez, *Krassnoff, arrastrado por su destino*, Catalonia, Santiago de Chile, 2008.

opción que se materializa en Chile del proyecto norteamericano de la Alianza para el Progreso con la llamada “Revolución en libertad”. Era mejorar el capitalismo, reformarlo para quitarle las posibilidades, las opciones revolucionarias, a la izquierda chilena, que venían acumulándose desde hacía muchos años. Es una forma de hacer política en Chile que venía desde las primeras décadas del siglo xx. O sea, es muy complejo lo que encuentra el MIR con esta tradición política chilena.

Como sabemos, la lucha de clases es un fenómeno general en Latinoamérica, pero también es particular en cada país. Esto es un principio. La particularidad chilena es que hay un tipo de acumulación de fuerzas, por décadas, en la cual existe un sincretismo dentro de la política. Se trata de la confluencia de los llamados “Frentes Populares” de la década de los años treinta impulsados por el movimiento comunista internacional, con las formas electorales de hacer política y de acumulación de masas en la lucha sindical, laboral, en Chile desde los años veinte, desde los tiempos de Recabarren.² El fundador del Partido Comunista es el primer candidato a diputado en la historia de ese partido. Después, casi todos los grandes líderes del Partido Comunista de Chile fueron senadores o diputados, hay una acumulación electoral psíquica, subjetiva, arraigada, terrible de romper. Eso está en el corazón –no únicamente de los comunistas–, sino en el de las grandes masas populares chilenas. En ese ambiente es que nace el MIR con su proyecto revolucionario.

Fíjense lo que significa una organización que nace en 1965 en medio del resultado creciente de esta acumulación de décadas. Recuerden que la primera postulación de Allende a la presidencia fue en ¡1952! y de ahí son tres postulaciones más, dos de ellas derrotadas: 1958 y 1964, y la de 1970, donde por fin triunfa el candidato popular. Es increíble cómo se acumula eso en la psicología del chileno; para la sociología es un tema muy complejo. Nace el MIR con esta política rupturista, violenta, en oposición a esa tradición política, que también es cultural, es conductual, es valórica. A ese contexto hay que tenerlo muy en cuenta para poder entender por qué entre 1972 y 1973, el MIR hace lucha pública con el gobierno de la Unidad Popular y, por ejemplo, en las elecciones de la Central Única de Trabajadores, el MIR sacó un solo representante, por decenas y decenas del Partido Comunista y del Partido Socialista.³

¿Qué significa eso? Significa que hay un arraigo, un profundo anclaje de los partidos tradicionales. El MIR enfrenta esto con el discurso que ya conocemos, y

² Luis Emilio Recabarren, fundador del Partido Obrero Socialista de Chile en 1912, adherido a la Internacional Comunista en 1921 y convertido en Partido Comunista en 1922. (*N. de la E.*)

³ Por decirlo de otra manera, y las cifras son aproximaciones, de 560 000 votos de trabajadores, el MIR sacó 10 000; el Partido Comunista, algo más de 100 000; el Partido Socialista, 150 000, una barbaridad. El resto corresponde a otros partidos, donde la Democracia Cristiana –tégase en cuenta– supera individualmente a cada uno de los partidos de la izquierda.

la construcción aceleradísima de un partido que no tenía. Las acciones armadas previas a 1970 las hacen los propios dirigentes: Miguel Enríquez con Andrés Pascal, y otros dirigentes del primer nivel. Son ellos los que hacen las acciones, los que asaltan los bancos, y solo después intentan construir un partido, entre 1970 y 1973, que son los años del gobierno de Salvador Allende.

Siempre el MIR habló de los problemas del poder y de la lucha armada, y no es lo mismo lucha armada y poder. No necesariamente para la opción de poder tiene que estar la lucha armada, o estando esta, obligatoriamente se tiene que estar pensado en el poder. El Partido Comunista asume formas armadas, pero nunca resolvió el problema del poder.

En la etapa de 1980-1987 hubo muchas más acciones que el MIR no pudo ejecutar. Las estructuras militares del Partido Comunista realizaron acciones militares impresionantes, pero nunca, a pesar de eso, el Partido resolvió teóricamente ni se planteó el problema del poder. Hay un documental de Gladys Marín aquí en Cuba, realizado por Roberto Chile poco antes de la muerte de ella, que lo dice claramente. O sea, hay un fenómeno del problema del poder. Es uno de los problemas fundamentales que lleva al Partido Comunista a insertarse finalmente en la solución negociada a la existencia de la dictadura en 1988-1989, y que lo tiene hoy, después de más de cuarenta años de esta larga etapa posdictatorial, con cinco o seis diputados en un regreso a su tradición centenaria. Esa es la esencia, y un sector de estas estructuras militares comunistas diverge de esa inserción, disiente, y en 1987 se escinde, y se fraccionan las estructuras. Los “disidentes” del Partido Comunista se aglutinan en el Frente Patriótico “Manuel Rodríguez”, que se le llamó “autónomo” a partir de que otro grupo de este mismo frente se mantiene fiel al partido madre, el Partido Comunista. A este grupo del Frente Patriótico que se opone a la solución negociada de la dictadura, le ocurrió lo mismo que al MIR, le sucedió exactamente igual.

Qué dramático ha sido entonces lo que le pasó al MIR durante la época de la Unidad Popular, lo decían con enorme claridad: “Viene golpe de Estado”, “viene la dictadura”. Está en todos los discursos. Y uno dice, pero ¿cómo es posible?, y nunca pudieron –los partidos conductores de izquierda–, no podían a esa hora cambiar el rumbo. Siempre me pregunto: ¿no podían cambiarlo? Es como imposible, setenta u ochenta años anclados en una forma de hacer política... y continúa así hasta nuestros días.

En esencia, para mí el proyecto de Salvador Allende era revolucionario, lo dijo Fidel, y no porque lo haya dicho él fue revolucionario; lo fue por la fuerza popular y obrera que acumuló, por las medidas que tomó, a quién afectó, por la base trabajadora que representó y participó. Por ser revolucionario le dieron el golpe de Estado, por ser una verdadera amenaza a la oligarquía chilena. El asunto es que ese proyecto es revolucionario por su esencia anticapitalista, antioligárquico y antimperialista. No es así en sus métodos, su forma de hacer política. Hay un

asunto clave: las formas de lucha que influyen directamente en la defensa de ese proyecto revolucionario. La carencia fundamental fue no haber resuelto el problema de cómo defenderse. Es injusto calificarlo de reformista tal cual lo fue el gobierno democristiano precedente. De ser así, no hubiese habido golpe. El absurdo está en que este proyecto popular intentó hacer revolución y con perspectiva al socialismo, apoyado en un gran movimiento de masas, pero con los instrumentos políticos e institucionales de la democracia burguesa.

Otro aspecto, que no puedo dejar de señalar es que hay un punto de contacto entre el MIR y el Frente Patriótico “Manuel Rodríguez”. Solamente lo voy a enunciar: la apreciación de la realidad y la capacidad de traducir en medidas concretas esa apreciación. El MIR hace una apreciación política absolutamente clara antes, mucho antes, y durante el golpe de Estado. Nunca eso se pudo traducir –lo dicen por cierto miembros del propio MIR– en planes, en medidas, en soluciones. No puedo relatar todo lo que se dijo, lo que se planteó, lo que brillantemente se dijo... pero en esencia es eso: nunca tradujo en toda su magnitud sus ideas. Sí combatió, pero nunca coincidió ese análisis con medidas, planes, tareas, organización, partido, capacidad de lucha, logística, etc. Eso es terrible a la hora del golpe de Estado en relación con su capacidad de respuesta.

¿Por qué digo todo eso? Porque el Partido Comunista con muchísima más capacidad, hizo cien veces más acciones unos pocos años después, porque tenía muchos más militantes, muchos más recursos, mucho más de todo, y un grupo impresionante de comunistas se lanza a esa lucha y muere. La historia está llena de comunistas muertos, o sea, no es el problema de si hay más coraje aquí o allá. Eso es falso, hay un problema profundo en la concepción de hacer política, que también se prolonga en el Partido Comunista cuando estamos en esta etapa de la rebelión popular. Hay contradictoriamente capacidad militar y de masas, y carencias fatales en la estrategia del poder. En brevísimos plazos, en el transcurso de 1987, se desmantela todo y el Partido Comunista se suma a la solución negociada de la dictadura.

Finalmente, en el Frente Patriótico “autónomo” ya escindido del Partido Comunista se produce esta similitud con el MIR. También esta organización, ahora sin el inmenso paraguas protector del Partido, tiene y vive el mismo drama de apreciar la realidad a partir de sus deseos, de los grupos más cercanos, de interpretarla y no poder hacer política, no poder materializarla. Esa frontera tan terrible que existe en los revolucionarios entre voluntad política y voluntarismo. O sea, ahí hay un tema para estudiar, porque ocurre en el Frente Patriótico “Manuel Rodríguez”, y el jefe de este, Raúl Pellegrin, dice: “La solución negociada a la existencia de la dictadura es la perpetuación del modelo, es la continuación del proyecto de Pinochet sin Pinochet”. ¡Brillante! Y así ha sido. Tal cual las sentencias de Miguel Enríquez cuando anunciaba el golpe militar, pero no fue suficiente plantear cosas brillantes que después

han ocurrido, sino que nunca se ha podido traducir eso en un partido revolucionario con capacidad real. Y nos mataron a Miguel Enríquez en 1974, y nos mataron después en el año 1988 al comandante José Miguel (Raúl Alejandro Pellegrin), el jefe del Frente Patriótico “Manuel Rodríguez”, en circunstancias, por decirlo así, similares en su esencia.

Apuntes sobre las relaciones entre el MIR y el PC de Chile

CARIDAD MASSÓN SENA

Doctora en Ciencias Históricas. Investigadora titular del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.

El Partido Obrero Socialista de Chile, fundado por Luis Emilio Recabarren, se adhirió a la Internacional Comunista en 1921 y, al año siguiente, se convirtió en Partido Comunista. Según un informe de M. A. Komin, representante de la Comintern en América del Sur, el movimiento obrero en Chile era muy unido, tenía un carácter más proletario que en otros países de la región y, al mismo tiempo, varios representantes en el Parlamento.¹ Su línea política se basó en la conquista del poder no por medios insurreccionales, sino a través de las instituciones democrático-burguesas, fundamentalmente. Es por ello que en 1924 se involucró seriamente en la campaña electoral.²

Durante los años de la dictadura de Carlos Ibáñez (1927-1931), el Partido vivió un período de gran represión, sin embargo se convirtió en un actor político con gran arraigo entre los mineros y otros sectores proletarios. Esta es la etapa en que comienza una relación más directa con la Internacional Comunista. En ese contexto de clandestinidad, el Comité Central del Partido se dividió ante la ambigüedad de aquel gobierno que se movía entre las posiciones anticomunistas y los propósitos de modernización económica, desarrollo nacional y medidas a favor de las capas más pobres. Algunos de sus miembros pensaban que el gobierno tenía carácter fascista y había que luchar contra él, mientras que otros querían apoyar el proyecto corporativista del Presidente. Por su parte, el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista, en un lenguaje que pretendía impedir la división, orientó que debían ser muy cuidadosos con las vacilaciones y

¹ Olga Ulianova, "Primeros contactos entre el Partido Comunista de Chile y Comintern: 1922-1927", en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme Segovia (eds.), *Chile en los archivos soviéticos 1922-1991*, t. 1, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2005, p. 98.

² Eugenia Palieraki, *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años 1960*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2014, p. 12.

los elementos dudosos. El secretario del Partido Comunista, Rufino Rosas, viajó a Moscú en busca de orientaciones. ¿Debían pactar con la pequeña burguesía para derribar al gobierno o combatir solos contra él? Rosas consideraba imposible que en aquellos momentos se pudiera establecer un gobierno obrero y campesino, por eso sugirió apoyar a la burguesía y enarbolar un plan de demandas populares inmediatas. La Internacional Comunista no dio mucha importancia a lo que pasaba en Chile entonces.³

Entre 1928 y 1929, la mayoría de la dirección del Partido estaba en prisión, sus filas desmembradas y con múltiples contradicciones internas. Sin embargo, en 1929 empezó a implementarse la “bolchevización”⁴ encauzada directamente desde el Secretariado Sudamericano por el comunista ítalo-argentino Vittorio Codovilla, quien pretendió llevar la dirección del Partido hacia Valparaíso, donde se encontraba el grupo liderado por Galo González. En esa época, se daban fuertes contradicciones entre Codovilla, representante además de la táctica “clase contra clase”⁵ y el grupo residente en Santiago, dirigido por Manuel Hidalgo, el cual era favorable a realizar asociaciones con otros sectores políticos. Esta situación fue muy discutida, y Codovilla desautorizó las intenciones de crear un partido legal y las posiciones hidalguistas, asunto que terminó con la intervención directa del Secretariado Sudamericano y expulsiones de algunos militantes y dirigentes.⁶

Durante el período que va de la caída de Ibáñez a la formación del Frente Popular en 1938, el Partido osciló entre actitudes muy radicales y la política de colaboración de clases, a la par que sufrió una grave crisis interna con la escisión de un sector afín al trotskismo.

Al gestarse el golpe de Estado de 1932 y la proclamación de una república socialista, la dirigencia comunista trató de instaurar una dictadura del proletariado basada en los sóviets. Ello sembró mucha confusión en su militancia. Posterior-

³ Olga Ulianova, “El PC Chileno durante la dictadura de Ibáñez (1927-1931): primera clandestinidad y ‘bolchevización’ estaliniana”, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme Segovia (eds.), ob. cit., pp. 215-232.

⁴ La bolchevización fue una directiva de la Internacional Comunista que en términos generales, indicaba a los partidos comunistas que debían adquirir un carácter de masas a través de su reestructuración por medio de células dentro de las empresas, del impulso a la labor en los sindicatos obreros y entre el campesinado. En cuanto a la organización interna, esta debía basarse en un fuerte centralismo y una severa disciplina.

⁵ La política de “clase contra clase” prohibía alianzas con grupos de otras tendencias ideológicas y el trabajo dentro de los sindicatos reformistas y en los parlamentos burgueses. El frente único solo se podría concertar con elementos de la base de las organizaciones sindicales y partidistas.

⁶ Olga Ulianova, “El PC Chileno durante la dictadura de Ibáñez (1927-1931): primera clandestinidad y ‘bolchevización’ estaliniana”, en Olga Ulianova y Alfredo Riquelme Segovia (eds.), ob. cit., pp. 233-258.

mente, en julio de 1933, dio un giro importante al pasar a otra estrategia basada en la revolución democrático-burguesa, agraria y antimperialista, que facilitaba alianzas con otras clases y los frentes amplios. Pasó a considerar a la burguesía nacional como el principal aliado del proletariado, cuya tarea iba a ser el desarrollo del capitalismo. Lucharían juntos contra tres enemigos esenciales: el imperialismo estadounidense, el latifundio y la oligarquía nacional. Se adoptaba así una línea más moderada, alejándose del izquierdismo y el sectarismo.

La política de un Frente Popular, adoptada por el VII Congreso de la Internacional Comunista en 1935, ya era conocida en Chile. Su aplicación tenía por objetivo impedir el desarrollo del fascismo; frenar la fuerza de la derecha; unir a la clase obrera con las clases medias; impulsar la liberación nacional, la industrialización y la renovación del país. También permitió crear una coalición que en 1938 eligió como presidente al político del Partido Radical Pedro Aguirre Cerda, quien organizó su gabinete acompañado de socialistas y democráticos, pero exceptuando a los comunistas.

Aquella táctica frentepopulista resultó positiva en lo inmediato. El Partido Comunista logró aumentar sus votos parlamentarios y más adelante logró el nombramiento de tres ministros. A largo plazo quedaron beneficios en los sectores de educación y salud, y la experiencia de aquel esfuerzo democrático. Sin embargo, la Guerra Fría impuso un realineamiento gubernamental contra los comunistas. Estos fueron desalojados del gobierno y su organización declarada ilegal por la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, en septiembre de 1948.

En las circunstancias descritas, se produjo un repliegue combativo y se formaron dos tendencias: una minoritaria sostenida por el secretario de Organización, Luis Reinoso, orientada a la lucha armada y cuyo objetivo era implantar una democracia popular; y otra mayoritaria seguida por el secretario general, Galo González, que impulsaba un llamado “Programa de emergencia” para poder unificar las fuerzas de oposición y realizar la revolución democrático-burguesa. Las desavenencias entre González y Reinoso acabaron resolviéndose con la expulsión de este último.⁷

Ante la proximidad de las elecciones presidenciales de 1952, muchas organizaciones y dirigentes políticos trataron de buscar apoyo del Partido Comunista para los comicios. En su novena conferencia, este adoptó la línea de Frente de Liberación Nacional, partiendo de la tesis de un gobierno de coalición amplia, capaz de llevar adelante la revolución democrático-burguesa, la cual tenía similitudes con las anteriores, aunque entre sus especificidades estaba la pretensión de alianzas con algunos sectores de la burguesía, pero con hegemonía obrera, y la adopción de la vía pacífica como medio para hacer las transformaciones. El XX

⁷ Manuel Loyola, “Los destructores del Partido: notas sobre el *reinosismo* en el Partido Comunista de Chile”, *Izquierdas*, año 1, no. 2, en <http://www.izquierdas.cl/images/pdf/2011/07/Reinosismo.pdf>, consultado en diciembre de 2014.

Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética aprobó a nivel internacional dicha política.

Según Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista, la vía pacífica no estaba necesariamente vinculada a las elecciones, era una lucha de masas para acceder pacíficamente al poder de distintas maneras. Una de ellas podría ser la elección del presidente de la república. Además, no excluía totalmente las acciones violentas.⁸

Los comunistas consideraban que la contradicción principal en la sociedad chilena se reflejaba en dos bloques: el pueblo –que incluía prácticamente a toda la sociedad– y el poder económico y estatal, o sea, los latifundistas y la burguesía monopólica. Consideraban ineludibles la modernización y democratización para llegar al socialismo a través de la democracia. Esa estrategia fue revalidada en 1962 y, ante la derrota del socialista Salvador Allende en las elecciones de 1964, el Partido Comunista inició la ampliación de sus coaliciones para los próximos sufragios.

El tema de la vía pacífica se situó en el centro de la polémica en los años sesenta. En América Latina tuvo además sus singularidades por las influencias de la Revolución cubana, la teoría del foco guerrillero, las concepciones fundamentales de Ernesto Che Guevara y las ideas de Mao Tse-Tung. El triunfo en Cuba contribuyó a que desde la URSS se elaboraran nuevos conceptos como el de “Estado nacional democrático”, en el cual el liderazgo no debía corresponder al Partido Comunista en particular, sino a las fuerzas progresistas de cada nación.

Precisamente en ese período se fundó el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) el 15 de agosto de 1965. Sus miembros salieron de varios grupos de izquierda: trotskistas, disidentes socialistas, maoístas, militantes expulsados del Partido Comunista, anarco-sindicalistas y cristianos de izquierda. El trotskista Enrique Sepúlveda fue su primer secretario general.⁹

Para la investigadora griega Eugenia Palieraki, los orígenes del MIR hay que buscarlos en el contexto de la historia de la izquierda chilena durante los años veinte y treinta del siglo pasado. Los políticos, dirigentes de izquierda y sindicalistas que se reunieron para formarlo servirían de puente entre aquella y la joven generación de los sesenta, núcleo que asumiría la dirección del movimiento.

[...] Solo las trayectorias militantes y las motivaciones políticas de los fundadores del MIR pueden aportar respuestas, ya que –salvo algunas excepciones– habían sido militantes sindicalistas o de izquierda mucho tiempo antes de crear el movi-

⁸ Luis Corvalán, “Los comunistas y el MIR”, 15-12-1970, en <http://www.socialismo-chileno.org/aps-jb/1970/Corvalan%20los%20comunistas%20y%20el%20Mirdic70.pdf>, consultado en diciembre de 2014.

⁹ Eugenia Palieraki, “La opción por las armas. Nueva izquierda revolucionaria y violencia política en Chile (1965-1970)”, *Polis*, 19, 2008, publicado el 23 de julio de ese año en <http://polis.revues.org/3882>, consultado en diciembre de 2014.

miento. Por lo tanto, su acción política no dependió tanto de unas determinadas condiciones económicas y sociales como de un compromiso militante personal o generacional de larga data [...]¹⁰

Por su parte, Luis Reinoso, expulsado del Partido Comunista por promover la lucha armada, había desarrollado una visión crítica con respecto a las relaciones entre ese partido y la URSS, al tiempo que simpatizaba con los principios de la revolución china y la teoría maoísta de las “dos piernas”, que le otorgaba un rol esencial a los campesinos como fuerza revolucionaria. Algunos de sus seguidores contribuyeron a la formación de un pequeño aparato militar y fomentaron sus ideas dentro del MIR.

También Clotario Blest, experimentado líder sindicalista, se unió al MIR y tras una visita a Cuba, invitado por el comandante Guevara, radicalizó su posición. Él provenía de la corriente del cristianismo social. Pensaba que la moral constituía un elemento central de la identidad de la izquierda, tenía desconfianza en los partidos y era partidario de la unidad de todos los revolucionarios, la acción directa y la insurrección de los trabajadores de las ciudades.¹¹

Un grupo de jóvenes, dentro de ellos el líder estudiantil Miguel Enríquez, hizo suyas aquellas ideas. Él y sus seguidores habían pertenecido al Partido Socialista y a Vanguardia Revolucionaria Marxista. Después del Segundo Congreso del MIR, realizado en 1967, este grupo ganó posiciones y Enríquez asumió la Secretaría General. Los trotskistas comienzan a apartarse hasta que finalmente son expulsados en 1969.

Paralelamente, la falta de apoyo del Partido Comunista de Bolivia a la guerrilla del Che y el respaldo del Partido Comunista de Chile a la invasión soviética a Checoslovaquia provocaron un gran desencanto entre muchos jóvenes militantes chilenos, y una parte de ellos se unió al Movimiento.

En definitiva, desde su fundación, las relaciones entre el MIR y el Partido Comunista fueron muy conflictivas. El MIR había intentado, en un primer momento, acercarse al Partido, pero ante la desconfianza hacia los miristas, cambió de posición, y comenzó un proceso de críticas recíprocas. En criterios de Palieraki:

[...] la transición de un comunista al MIR podía ser interpretada por el militante como una ruptura violenta de su trayectoria, lo que no era el caso de los demócratacristianos o de los católicos. La adhesión a la Democracia Cristiana o la pertenencia a una organización juvenil católica estaba ante todo motivada por consideraciones éticas. En cambio, la adhesión al Partido Comunista comportaba una sólida formación teórica marxista y la adhesión a unos principios ideológicos concretos. Por lo tanto, la transición a otro partido de izquierda que tenía desacuerdos teóricos con el PC podía ser vista como una ruptura radical con la

¹⁰ Eugenia Palieraki, *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años 1960*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2014, p. 11.

¹¹ Ídem.

militancia comunista. La segunda razón era la tradición política familiar. La DC era un partido relativamente nuevo y, por consiguiente, carecía de fidelidades partidistas intergeneracionales. Los jóvenes militantes comunistas, en cambio, provenían con frecuencia de familias de larga tradición partidista, familias con dos o tres generaciones de militantes del PC. Por tanto, el peso de la tradición familiar es un factor a tener en cuenta para explicar por qué apenas hubo jóvenes militantes del PC que eligieran al MIR como opción.¹²

Ambas organizaciones compitieron en la búsqueda de nuevas afiliaciones entre la juventud. Sus tácticas de lucha se excluían mutuamente, por lo que si un militante se decidía por el Partido Comunista o por el MIR, ello implicaba rechazar al otro. Y es importante destacar cómo la influencia de los cristianos se fue haciendo mayor, cuando un grupo de jóvenes de la Democracia Cristiana se incorporó al Movimiento.¹³

Durante las sesiones de su XIV Congreso, el Partido Comunista de Chile buscó la unidad entre obreros, campesinos, capas medias, pequeños y medianos productores, y en su Manifiesto al Pueblo consideró que dentro del Partido Radical y la Democracia Cristiana también se podían encontrar sectores populares. En consecuencia, ayudó a fundar la Unidad Popular, en la cual también participaron socialistas, radicales, socialdemócratas, ibañistas, democristianos y miembros del Movimiento de Acción Popular Unitaria. Con un programa de gobierno antimperialista y antioligárquico, la Unidad Popular declaró como su candidato presidencial al socialista Salvador Allende.

Mientras tanto, el MIR realizaba sus primeras acciones armadas en junio de 1969 al asaltar varios bancos y, luego de algunas polémicas sobre la pertinencia de una guerrilla rural, focalizó sus combates en el sector urbano, con poca influencia entre el campesinado y los obreros.

Según Andrés Pascal Allende –quien fuera posteriormente secretario general del MIR, y también por revelaciones de la hija de Salvador Allende–, en plena campaña presidencial el candidato de la Unidad Popular realizó una reunión secreta con Miguel Enríquez, quien le explicó que el MIR había dejado en libertad a sus militantes para que decidieran votar o no por su candidatura y que estaba preocupado por su seguridad. Salvador le pidió que detuvieran las acciones armadas para no perjudicar la campaña, y aceptó que militantes miristas formaran el llamado Grupo de Amigos Personales para que lo protegieran.¹⁴

El triunfo de la Unidad Popular en septiembre de 1970 constituyó la plasmación de la política del Partido Comunista de Chile. Por primera vez, una

¹² *Ibidem*, pp. 221.

¹³ *Ídem*.

¹⁴ Andrés Pascal Allende, "El MIR y Allende", *Punto Final*, no. 665, 26 de junio de 2008, en <http://www.puntofinal.cl/665/mir.php> Punto final, edición 665 (26 de junio-10 de julio 2008), consultado en noviembre de 2014.

coalición de izquierda gobernaba ciertamente, aunque no tenía todo el poder. Sus medidas más importantes fueron la nacionalización de ramas básicas de la economía, la expropiación de los monopolios y la banca, la liquidación del latifundio, la real implantación de reforma agraria, la atención a los reclamos de los trabajadores, el mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores más pobres.

Con el ascenso de Salvador Allende a la silla presidencial, el MIR suspendió sus operaciones armadas, abandonó la clandestinidad y trató de insertarse en la vida política a través de los Frentes Intermedios de Masas. Además, colocó su estructura militar a disposición de la seguridad del Presidente. Pocas semanas después de que Allende asumiera la presidencia, se produjo un altercado entre el MIR y el Partido Comunista en la ciudad de Concepción, durante el cual murió un mirista. Allende intervino personalmente exigiendo a la dirección del Partido que dialogara con el Movimiento para impedir nuevas pugnas. Ante esa situación, el secretario general del Partido, Luis Corvalán, declaró públicamente el 15 de diciembre de 1970 que el MIR tenía una concepción completamente diferente a la de los comunistas sobre las formas de lucha revolucionaria, sin embargo había comprendido el rumbo que debía seguir la revolución chilena y estaba apoyando al gobierno de la Unidad Popular. Por lo tanto, creía que se iba a dar “una suerte de entendimiento” entre ambas alineaciones políticas, aunque subsistían diferencias en muchos aspectos y la lucha ideológica continuaría en un plano más fraternal.¹⁵

A finales de ese año, se produjo una amnistía presidencial para los miembros del MIR, y posteriormente se le ofreció a Miguel Enríquez que ocupara la cartera de ministro de Salud. Pero este no aceptó alegando que no creía posible llevar a vías de hecho los cambios revolucionarios a que aspiraba, por medios institucionales.¹⁶

Los partidarios de la Unidad Popular, que en el momento en que Allende fue elegido eran poco más de un tercio de la sociedad chilena, fueron aumentando su volumen hasta llegar a 43,85 % en las elecciones parlamentarias de 1973; sin embargo, la oposición (la Democracia Cristiana y el Partido Nacional) unió sus fuerzas y formó la Confederación de la Democracia, que aumentó la polarización del país.

En mayo de 1972 se realizaron varias conversaciones entre el MIR y la Unidad Popular que fueron ineficaces, según criterio de Pascal Allende. Posteriormente, en el mes de julio, el MIR y todos los partidos de la Unidad Popular, con la

¹⁵ Luis Corvalán, “Los comunistas y el MIR,” 15-12-1970, en <http://www.socialismo-chileno.org/aps-jb/1970/Corvalan%20los%20comunistas%20y%20el%20Mirdic70.pdf>, consultado en diciembre de 2014.

¹⁶ Andrés Pascal Allende, ob. cit.

excepción del Comunista, convocaron una asamblea popular en Concepción, y ello provocó el crecimiento de las tensiones con el Presidente.

El 5 de agosto la policía de Investigaciones –que estaba encabezada por dirigentes comunistas y socialistas partidarios de reprimir al MIR– allanó el campamento Lo Hermida –donde la influencia mirista era muy fuerte– y dispararon sobre los pobladores que se resistieron a la incursión policial, matando e hiriendo a varios de ellos. El MIR advirtió al gobierno que si no detenía la ofensiva represiva usaría las armas de que disponía para defenderse. Una vez más, el presidente Allende intervino para evitar el conflicto [...]”¹⁷

Por otra parte, la derecha antigubernamental iba tomando fuerzas y en octubre de 1971 realizó un paro patronal. Los medios imperialistas estaban dando apoyo a la oposición más reaccionaria y particularmente a sus elementos dentro de las Fuerzas Armadas. Cuando en junio de 1973 se produjo un intento de levantamiento militar –cuenta Pascal Allende– “las banderas rojinegras del MIR ondearon junto a la bandera chilena y las banderas de los partidos de toda la Izquierda, cuando miles de hombres y mujeres del pueblo rodearon el palacio de La Moneda para defender al compañero presidente y exigir castigo a los golpistas.” Pero,

[...] ni el MIR se decidió a repartir las armas al pueblo [...] por temor a provocar un enfrentamiento con el gobierno y dividir el movimiento popular; ni el gobierno aprovechó esta victoria para intervenir dentro de las FF. AA. [...] A partir de entonces, el inmovilismo del conjunto de la Izquierda y del gobierno creció, junto con la desmoralización y el temor, en el movimiento de masas.¹⁸

Aunque el presidente Allende intentó una salida política institucional, convocando a un plebiscito, ya el golpe era imparable. La mañana del 11 de septiembre, Miguel Enríquez y Allende se comunicaron por última vez. Miguel le ofreció el apoyo de combatientes del MIR para proteger su salida de La Moneda y continuar la resistencia en los barrios populares. Allende no aceptó y le mandó a decir: “Yo no me muevo de aquí, cumpliré hasta mi muerte la responsabilidad que el pueblo me ha entregado. Ahora es tu turno, Miguel...”¹⁹

Los propósitos del Partido Comunista al involucrarse en el proyecto de la Unidad Popular no eran iniciar una lucha por el socialismo, sino conseguir objetivos antimonopolistas, antilatifundistas y antimperialistas por medios colaboracionistas, incluso con la Democracia Cristiana. Mientras que el MIR, que reconocía teóricamente la necesidad de atracción de las clases medias, en la práctica no se mostró dispuesto a hacer concesiones para conseguirlo; su plan de alianzas era

¹⁷ Ídem.

¹⁸ Ídem.

¹⁹ Ídem.

esencialmente entre obreros y campesinos con las capas pobres del campo y la ciudad. Así pues, el Partido Comunista y el MIR fueron las dos organizaciones que más claramente mostraron su desacuerdo sobre la concepción del poder popular y las dos proyecciones de la izquierda más contrapuestas.²⁰

Los Cordones Industriales –analiza Luis Corvalán– surgieron, por iniciativa del MIR y de un sector del Partido Socialista en 1973 y fueron proclamados como órganos de poder alternativo. El Partido Comunista los objetó al comienzo. Después de varias conversaciones, socialistas y comunistas llegaron a la conclusión de que era necesario apoyar dichos cordones, para darles el carácter proletario y no como órganos paralelos ni opuestos a la Unidad Popular. El MIR, que fue una de las organizaciones más activas dentro de los Cordones, sin embargo tenía una visión totalmente diferente, pues los consideraba un poder autónomo en lucha contra el Estado burgués y sus instituciones. Por eso su línea de orientación era construir un poder dual que abriera paso a un Estado proletario.²¹

Según el criterio del estudioso francés Franck Gaudichaud, en busca de la moderación para aplicar el programa de la Unidad Popular, el Partido Comunista desempeñó un papel esencial. Sus objetivos eran garantizar la estabilidad del gobierno y no asustar “a la burguesía nacional”. Y a la larga, impuso una hegemonía sobre el gobierno con el lema “Consolidar para avanzar”. Es por eso que Orlando Millas, ministro comunista, llamó a devolver las industrias ocupadas por sus obreros y el Partido Comunista frenó la constitución del “poder popular” (en particular de los Cordones Industriales). Mientras que la posición del MIR fue más radical: entregando un apoyo crítico al gobierno y pronunciándose por un “poder popular alternativo” al Estado burgués. El Frente de Trabajadores Revolucionarios (tendencia sindical del MIR), criticó el “control burocrático” de la Unidad Popular sobre el movimiento obrero.

Pero la mayoría de este sector político continuó dependiente de las iniciativas gubernamentales y no logró ocupar un espacio político copado por los dos grandes partidos del movimiento obrero (el PC y el PS). Además, el MIR chileno adoptó en algunas ocasiones posicionamientos infantiles, producto de su desesperación por tratar de tener más influencia en una clase obrera que tenía depositadas mayoritariamente sus esperanzas en el gobierno.²²

Si bien es cierto que el gobierno de Allende no capituló ante la reacción, ocurrió otra de las posibilidades previstas por el MIR, el golpe de Estado, que encon-

²⁰ Jesús Sánchez Rodríguez, *Reflexiones sobre la revolución chilena*, en <http://www.rebellion.org/docs/52569.pdf>, consultado en diciembre de 2014.

²¹ Ídem.

²² Franck Gaudichaud, “Pensar las alternativas y el socialismo en la América Latina del siglo XXI”, en http://www.nodo50.org/cubasigloXXI/congreso04/gaudichaud_290204.pdf, consultado el 9 de febrero de 2015, p. 6.

tró a la izquierda dividida y desorganizada, por lo cual no pudo emprender una resistencia popular masiva. En esas circunstancias, y consecuente con sus principios, el MIR decidió que sus miembros no debían asilarse, sino presentar una batalla frontal contra la dictadura pinochetista.

Como hemos señalado, tanto el Partido Comunista como el MIR fueron actores políticos importantes durante el período de la Unidad Popular. Fatalmente, siendo ambas organizaciones de la izquierda política, no pudieron concertar un compromiso de lucha común, pues primaron por encima de todo las divergencias de tipo estratégico-tácticas que cada una enarbolaba. El costo político de esta situación fue altísimo. La reacción arremetió contra el pueblo chileno y, en especial, contra sus organizaciones representativas. Los partidos tuvieron que pasar a la clandestinidad, miles de sus integrantes fueron asesinados, torturados, encarcelados o tuvieron que salir del país, y se instauró una tiranía, cuyas secuelas aún pueden verse en la sociedad chilena.

El carácter y la vía de la revolución

FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA

Investigador social e historiador. Profesor titular e investigador titular.
Director general del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.

I. Política de izquierda y reformismo

Entre los que se ocupaban de política y se consideraban de izquierda, la proposición del título, sintetizada de manera más breve, era una de las más cargadas de sentido hasta los años ochenta del siglo pasado. Para revolucionarios como Julio Antonio Mella, José Carlos Mariátegui, Antonio Guiteras, Fidel Castro, Ernesto Che Guevara, Miguel Enríquez, el carácter y la vía eran lugares de las alternativas cruciales y las creaciones imprescindibles. Pero como hoy la mayoría no sabe lo que quiere decir, debo desplegarla en sus interrogantes en aquel momento: ¿Puede ser o no de carácter socialista una revolución que se haga en países como Cuba o de América Latina y del llamado Tercer Mundo en general?, ¿qué forma de lucha será la más acertada para que en esos marcos una revolución pueda triunfar?

Los que respondimos socialista a la primera pregunta e insurreccional a la segunda, o pusimos nuestra vida en la balanza, no albergábamos dudas: hay cuestiones que no las admiten. Quizás eso nos hizo confiar mucho en el valor de la praxis. Los que poseían sobre todo su decisión política y su determinación personal confiaban en tener razón, porque consideraban muy factible arrastrar mediante el ejemplo de la acción y del sacrificio a los que todavía no habían advertido que ese era el único camino para las mayorías oprimidas del mundo colonizado y neocolonizado. Los que poseían cierta formación más intelectual también confiaban, por tener la misma entrega que los primeros, pero además por saber que no había otro camino, porque la burguesía de cada país es ante todo explotadora de su propio pueblo y cómplice subordinada dentro del sistema imperialista, y porque las clases dominantes jamás entregan pacíficamente su poder.

En realidad, la cuestión no había nacido en el mundo colonizado. Desde que en Europa la hegemonía burguesa sobre las sociedades comenzó a incluir a socialistas organizados y marxistas, se presentó una alternativa muy descarnada a estos: ser o dejar de ser revolucionarios. La mayoría escogió lo segundo. Pedir,

exigir y negociar reformas a favor de sectores amplios y organizados de la población europea fue entonces su acción más radical, la sistematizaron y se volvieron socialistas reformistas. No es desdeñable lo que una parte de ellos obtuvieron, pero a costa de apoyar la permanencia del sistema, del bienestar y los derechos de los no incluidos, y de la explotación y el dominio colonialista más inicuo de la mayor parte del planeta. Al mismo tiempo, los reformistas desarrollaron organizaciones políticas y sociales, hicieron estudios a veces muy notables y divulgaron ideas socialistas y marxistas.

Fue abandonada la idea marxiana de la necesidad de la insurrección y de la violencia revolucionaria en general como condición sin la cual no será posible la liberación de las sociedades y las personas. No habría necesidad de choques revolucionarios, porque la propia evolución económica y civilizatoria del capitalismo, el progreso que está obligado a ir implantando, terminarían volviéndose contra él. Esa sería la vía por la cual la humanidad llegaría al socialismo.

El triunfo de la revolución bolchevique desprestigió a fondo el edificio reformista y abrió paso a una nueva época. Las palabras y los hechos de esa época eran: comunismo como objetivo y lucha a muerte contra el capitalismo, revolución socialista, dictadura proletaria, gobiernos soviéticos, una internacional de organizaciones comunistas. No puedo abordar aquí la historia de lo que sucedió, pero sí afirmar que a partir de los años veinte el bolchevismo y el comunismo que alentó influyeron fuertemente a escala planetaria en la radicalización de representaciones, ideas y movimientos de resistencia y de rebeldía contra las opresiones coloniales y neocoloniales.

Sin embargo, la revolución fue liquidada desde dentro en la Unión Soviética y se estableció un Estado muy fuerte y muy aislado, que logró vencer en una epopeya grandiosa al fascismo alemán, pero no consiguió crear las bases de una nueva cultura. En su lugar, fue echando mano a rasgos del mundo que la revolución había querido abatir, entre ellos el reformismo político. Al mismo tiempo, implantó un régimen dictatorial que no vaciló en asesinar a una parte de los militantes e impuso el más absoluto control de la conducta y el pensamiento políticos. Y convirtió a la Internacional Comunista –nacida como instancia de universalización combatiente del socialismo marxista y expresión de la grandeza internacionalista del bolchevismo– en camisa de fuerza de los comunistas del mundo y seguidora de las orientaciones del Estado soviético.

En el terreno de las ideas se creó el más grave confusionismo de la izquierda a escala mundial: el llamado marxismo-leninismo, que era de rigurosa observancia para miembros y simpatizantes, delimitaba férreamente la línea política a seguir, lo cierto y lo falso, lo correcto y lo incorrecto, los hechos y la nada, el pasado y el futuro. Todo en él era presentado como una continuidad de los ideales y el pensamiento de Marx, Engels y Lenin, encarnados en la URSS y en el magisterio de su líder y sus ideólogos.

Lo más grave en el caso que analizo es que después de 1935 la orientación general que se dio y se mantuvo fue reformista, incluso en lugares y circunstancias en que los comunistas se enfrentaban con las armas a los peores enemigos. Desde 1945 en adelante, los revolucionarios del que pronto llamarían Tercer Mundo tuvieron que afrontar, entre otras complejidades, una cultura de izquierda acumulada respecto a los problemas del carácter y la vía de la revolución que pretendían.

Aunque la represión, la coerción e innumerables formas de violencia son características de las sociedades de dominación, cuando ellas están bien estructuradas elaboran una hegemonía capaz de impedir, neutralizar, prevenir, absorber o incorporar como actos inocuos las resistencias o las rebeldías que pudieran poner en riesgo su dominio. En su mundialización, el capitalismo construyó hegemonías en las regiones colonizadas con rasgos muy diferentes a los de sus países centrales; de otros modos, también fue así en los países neocolonizados. Pero las ideas y los movimientos de independencia o de liberación fueron ganando terreno en el siglo xx y se multiplicaron después de 1945. Un aumento notable de influencias externas modernizadoras o revolucionarias favorecía aquellas pretensiones.

La más profunda crisis económica y la más abarcadora guerra de la historia del capitalismo lo obligaron a poner en práctica nuevas políticas. Entonces el reformismo adquirió para las clases dominantes y el imperialismo una importancia mucho mayor como instrumento de control hegemónico y arma antisubversiva. Al mismo tiempo, buena parte de sus demandas podían ser esgrimidas como necesidades y avances a obtener en los países colonizados o neocolonizados. En estos países el reformismo, aunque tiene una dimensión nacional que es fundamental y sin la cual no funcionaría, posee notables rasgos que pertenecen a la más páfida y resistente forma de colonización: la de la mente y los sentimientos.

El reformismo debe ser estudiado para poder actuar seriamente. Hay que abandonar el uso de la expresión como una devaluación o un insulto, y las clasificaciones “de izquierda” que derivan las posiciones e ideas políticas de la pertenencia a sectores “económicos” que ellos llaman clases sociales. Investigar, por ejemplo, los modos prácticos de sentir y ser reformista de los que viven y actúan como tales. El peso enorme que tiene el orden vigente en una sociedad solo por serlo, el hábito de reconocerlo como intangible y obedecer, la tranquilidad que produce el “curso normal de las cosas”. El respeto al orden, e incluso el amor a él, no es para nada privativo de los dominantes mientras no haya una coyuntura de crisis, y lo usual es que la mayoría espere confiada que se tomen decisiones y medidas, a las cuales atribuye una entidad superior o ser ajena a intereses parciales.

Lo personal se traslada a la práctica de muchas organizaciones sociales y políticas integradas por personas procedentes de sectores bajos y que postulan sus anhelos e intereses. Tener actitudes y propósitos comedidos y “serios” hace que

uno sea respetable, “a pesar de ser de izquierda, o de ser pobre”. Así se puede afirmar de una organización popular “que tiene palabra”. En la vida que viven los de abajo no es nada desdeñable lo que se expresa en frases como “tuvieron que sentarse a negociar con nosotros” o “más de una vez le hemos arrancado al capital / a los poderosos...”

Una de las maneras de ser reformista es la conversión de una de las formas de lucha y de concientización, apta para un estadio del movimiento o para una coyuntura muy específica, en el modo general de actuar y pensar, en algo que es considerado, a la vez, lo factible y lo correcto.

II. Los desafíos que enfrentan los revolucionarios

Miguel Enríquez y el MIR debieron enfrentarse resueltamente a la represión y el reformismo burgueses, desde el nacimiento de la organización durante el gobierno democristiano de 1964-1970 que –en evidente contraposición a Cuba– se autobautizó “revolución en libertad”. Ese reformismo tenía una implantación y un peso extraordinarios en el sistema de dominación en Chile, y durante el sexenio del presidente Frei su desempeño fue realmente notable. Su función principal era impedir la identificación de la naturaleza del sistema y la toma de conciencia que pudieran conducir a la insurgencia y la organización populares; es decir, a la capacidad de las mayorías para emprender y llevar a cabo de manera autónoma los cambios sociales que el país necesitaba.

El triunfo en 1970 de una coalición electoral que llevó a la presidencia a Salvador Allende y el gobierno de la Unidad Popular implicaron, por primera vez en la historia de Chile, una alternativa de generar cambios decisivos a favor del campo popular, si lograba consolidarse como un poder autónomo y movilizar y organizar fuerzas populares que fueran protagonistas y garantía de los cambios sociales a conquistar. Pero predominó la posición que creía factible conseguir esos cambios sociales –que para la burguesía y el imperialismo eran funestos e inaceptables–, mediante la institucionalidad y las reglas y prácticas políticas de aquel mismo sistema, a través de una evolución que sería singular, un “camino chileno”. Podría concluirse que al resultar incapaz de romper los controles del orden vigente, cambiar la correlación de fuerzas y acumular y desatar fuerzas revolucionarias suficientes, el gobierno de Allende estaba destinado a sucumbir ante sus enemigos, que optaron por la vía de la implantación de una dictadura militar criminal en septiembre de 1973.

Sin embargo, ese frío dictamen dejaría fuera toda la materia viva de la historia que sucedió, el proceso real al que aportaron sus actuaciones, motivaciones, ideas, creencias, polémicas, experiencias, dudas, peleas, esperanzas, angustias –sus vidas–, tantos miles de seres humanos durante tres intensos años. Los esquemas generales acerca de los hechos históricos –incluso los más acertados– no son más que guías parciales dentro de las labores del estudioso.

Este coloquio ha estado presentando y debatiendo con gran hondura y riqueza aspectos fundamentales de aquel proceso histórico, y lo seguirá haciendo. Eso me ha permitido acotar mi intervención a algunos comentarios respecto al reformismo y su contrario, la posición revolucionaria socialista de liberación en el pensamiento de Miguel Enríquez, y las cualidades políticas y personales que desplegó en sus ideas y su praxis.

A todas las personas las va formando el medio, o los medios, en que desarrollan las primeras etapas de su existencia, y después la mayoría le deja su impronta personal a su vida, sin dejar de adecuarse a factores que se le imponen. A las grandes personalidades revolucionarias les sucede lo mismo en sus primeras etapas, pero quiebran su destino previsible al volverse contra el cerco de sus circunstancias, romperlo e impulsar cambios profundos, o al menos marcar a fuego el orden vigente para facilitar que otros lo hagan. Sus propuestas y su proyecto general también trascienden mucho a la reproducción esperable de la vida de su tiempo, lo que conduce a menudo a que después se les alabe sin comprenderlos, y a que algunos pretendan manipular su memoria.

Miguel Enríquez fue uno de estos. Se convirtió en un anticapitalista y antimperialista totalmente consecuente, un insurrecto contra el orden explotador y opresor, un profundo pensador marxista y uno de los más destacados dirigentes revolucionarios latinoamericanos.¹

III. Una carta de Miguel, de 1968

En la fase inicial de los movimientos revolucionarios hay momentos casi mortales, y todo resulta sumamente difícil. Después sigue sucediendo lo mismo, pero ya no es igual, y es más factible sobrevivir y avanzar. Miguel tuvo que aprender a ser revolucionario al mismo tiempo que postulaba otra acción y concepción políticas que las usuales, una posición revolucionaria singular que parecía irreal –o desatino juvenil– en el Chile burgués democrático de predominio democristiano, pero también se consideraba izquierdismo sin base por el que considerara a Chile una excepción respecto a la vía insurreccional. Recuerdo cuando me entregó un texto suyo escrito a mano que argumentaba la concepción revolucionaria, que tituló “La violencia en Chile”.

Para darles a conocer una muestra de la fase temprana en que Miguel comienza a ser dirigente y su joven organización pelea a contracorriente, he decidido leerles gran parte de una carta que él me envió desde Chile, el 10 de julio de

¹ He escrito una parte de mis criterios y valoraciones sobre Miguel en “Recuerdo de Miguel Enríquez”, Fernando Martínez Heredia, *Si breve...*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2010, pp. 24-29, y en “Miguel Enríquez apunta al futuro”, prólogo a Carmen Castillo, *Un día de octubre en Santiago*, Ediciones ICAIC, La Habana, 2014, pp. 3-7.

1968. Comparto con ustedes un documento valioso que ha permanecido inédito, y un homenaje al amigo querido que jamás morirá en mí.

Además de su entrega sin límites a la revolución, en la carta se expresan las cuestiones en detalle y los condicionamientos, el terreno cotidiano en el que se ejercen las prácticas y el pensamiento de los revolucionarios, las concreciones de los grandes temas en forma de problemas de todo tipo, actitudes personales, niveles de conciencia, diferencias y conflictos, caminos que hay que desbrozar y muchos asuntos más. No olviden que este tipo de comunicaciones tiene sus reglas, por lo cual, por ejemplo, datos relativos a la preparación o los elementos de la lucha armada no aparecen, aunque haya menciones generales a ella, como en el término alusivo de “radicalización de los métodos”. Dice Miguel:

Te envío también la revista “Revolución”. Tiene ya 6 años de existencia, en ella nos iniciamos, en este último número escriben una serie de compañeros jóvenes, y más nuevos. (Les llamamos los “jóvenes”, la “segunda generación”, nosotros somos los “viejos” de la “primera”). Esta es la Revista del MIR universitario de Concepción; también te envío “Polémica”, que es la Revista de la FEC (Federación de Estudiantes de Concepción); allí ya escriben algunos de los “viejos” (no por ello mejor); te incluyo un número del periódico a mimeógrafo que se edita para los mineros del carbón del Sur (El Rebelde) y otro para los obreros del Sur en general (Concepción) “Barricada”, más algunos panfletos que tengo a la mano.

3) Nosotros en general bien; en gran crecimiento y habiendo ganado un enorme prestigio, casi ya perfilándonos como alternativa revolucionaria a la izquierda tradicional. Hemos crecido especialmente en el sector poblador y estudiantil en Santiago, en el Sur el crecimiento es más uniforme en obreros, estudiantes y pobladores; lo que aún no hemos empujado con suficiente fuerza y solidez es el crecimiento en el sector campesino; evidentemente lo hemos hecho cerca de Santiago, al centro del país y especialmente al Sur; pero no en la forma en que lo necesitamos. Recién acabamos de tomar las medidas orgánicas necesarias para solucionarlo.

En el medio año que llevamos como dirección hemos progresado mucho, tanto en el plano político, como en todos los otros. Hoy en realidad vivimos casi una crisis de crecimiento; a lo que pondremos freno; tarea nuestra ahora es organizar y formar los sectores que han llegado.

Más de 5 organizaciones de jóvenes revolucionarios han pedido su ingreso al MIR; constituimos el ala de extrema izquierda en la lucha universitaria de la U. de Chile en Stgo, y provincias, con un enorme crecimiento.

Muchas cuestiones nos quedan por resolver; aún no hemos sido capaces de sacar un periódico; nuestro crecimiento en campesinos es débil aún, hemos crecido demasiado; etc., un poco estamos haciendo una experiencia, el problema es que los plazos son cortos y cada vez se acortan más.

Aquí el ascenso del movimiento obrero, la radicalización en los métodos, etc., cuestión que dada la crisis económica perspectiva, nos abre toda una perspectiva

de empujarlos, profundizarlos, más aún, agudizarlos por los métodos; empujándolos a romper la legalidad y la institucionalidad.

El otro proceso político que se nos aproxima son las elecciones, las que los partidos tradicionales tratarán de utilizar para encerrar las luchas de los trabajadores y su combatividad creciente. Nosotros categóricamente no participaremos en el proceso electoral del punto de vista de llevar o apoyar candidatos (incluso si son del P. S.); pero por otro lado, no por ello dejaremos de actuar en pleno del proceso: combatiendo un Frente Popular, las candidaturas de derecha y radicalizando la lucha electoral introduciendo la violencia en su seno; a la vez que impulsamos a la ruptura con la legalidad a las luchas reivindicativas de la clase obrera. Paralelamente penetramos en el campo, nos organizamos en el plano político y en todo otro necesario; para poder en realidad luchar directamente por conquistar el poder (esto es, tratamos de acortar los plazos para iniciar la lucha armada).

Juega en contra nuestra el problema de la represión, lo que estamos viviendo desde hace tres meses, a raíz del problema del "terrorismo". Ha estado dirigida casi exclusivamente hacia nosotros, de verdad poco han obtenido, y a nosotros nos ha servido para mejorar nuestra seguridad, y para un poco ponernos a prueba como organización y como personas: unos 30 allanamientos y más de 20 detenciones de Investigaciones, sin nada positivo para ellos. Otras organizaciones se han visto quebradas (FAR) o al menos implicadas.

Es bastante difícil pretender preparar la lucha armada sobre las tareas que nosotros nos proponemos; eso de penetrar en algunos y muy bien elegidos frentes obreros, estudiantiles y campesinos, con la organización de una estructura política previa; y con desarrollo ideológico y de propaganda suficiente; aun cuando todo ello esté subordinado a una estrategia de lucha armada prolongada y guerrillera, como única y definitiva arma política que nos permita ser en realidad vanguardia revolucionaria. Juegan en contra nuestra los riesgos de diluirnos en los frentes de masas; institucionalizarnos como "oposición de izquierda al reformismo", o por último, ser rehenes de la represión policial. Son riesgos contra los cuales hemos dirigido nuestras mejores fuerzas en este periodo; creemos que en la medida en que la dirección esté consciente de todo ello, y en que esta y sus militantes se estén forjando, nada de todo lo anterior será de importancia. Por último está el que la clase dominante chilena y norteamericana, hoy como nunca, está decidida a que si le amenazan sus perspectivas de encontrarse en el poder, no vacilará en romper la legalidad (te trataré de enviar los acuerdos del Secretariado Nacional, levemente modificados y enriquecidos en un Congreso Regional, en el que uno de los nuestros, mi hermano, resultó elegido jefe Regional Stgo, casi parece nepotismo).

Nuestro común amigo D. me dice que tú preguntas si hay correcciones que hacer al trabajo que dejé allá; te envía el documento más reciente que actualiza la cuestión nacional, pero creo que si algo tiene algún interés son los tres últimos capítulos "Posibilidades de ...", "Carácter de..." y "Condiciones necesarias para el inicio de..." Estoy seguro que debe haber repeticiones, fallos de redacción, etc.; si para algo sirve, puedes modificarlo y corregirlo como gustes, conservando, evidentemente, lo fundamental.

Soy ya un médico; me recibí en mayo; me casé en enero; vivo en Stgo desde junio; trabajo 4 horas al día de médico, lo que me permite vivir, y el resto lo dedico a tratar de “curar a la sociedad”.

Sin más, perdona lo extenso, espero recibir noticias tuyas

Miguel

P. D. 1) si saliera la “Economía Política” de E. Mandel, o la “Acumulación del capital”, de R. Luxemburgo, te ruego me los envíes, o cualquier otro libro interesante.

IV. Luchar abre las puertas al futuro

En las experiencias se ponen a prueba las proposiciones y las tesis teóricas, y de sus choques surgen modificaciones y cierto número de ideas nuevas que, en tiempos en que predominan acontecimientos trascendentes, pueden ser decisivas para la teoría. Nada puede sustituir el estudio en detalle de esas experiencias y los análisis acerca de ellas, si queremos obtener conocimientos válidos y útiles. Lenin, el más grande de los pensadores políticos de la tradición revolucionaria marxista, dijo una vez que el centro del marxismo es el análisis de la situación concreta. En Chile, aquel fue un tiempo de prácticas en conflicto y de encendidos e interminables debates, de extraordinaria batalla de ideas en la cual participaron por igual los doctos y los legos, en asambleas, reuniones, medios de comunicación, hogares y plazas.²

Me permito, al menos, dos citas de texto de Miguel durante el gobierno de la Unidad Popular: “un marxista no debe guiarse jamás por lo que le gustaría que las cosas, instituciones, partidos, fueran, sino por lo que estas son verdaderamente en la práctica de la lucha de clases.”³ Y la segunda:

El problema real es cómo la vanguardia asegura, mediante una conducción correcta, que el proletariado y las masas puedan vencer en los distintos enfrentamientos de la lucha de clases, y aun en la guerra civil a la burguesía si esta la desencadena, como respuesta de una clase que ve amenazados sus privilegios e intereses. Así, es necesario poner el énfasis en la movilización de las masas y en

² Una muestra tomada del terreno académico es el Programa del X Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), celebrado en Santiago de Chile en agosto de 1972. Sus cuatro temas eran: “La lucha antimperialista en América Latina”, “Las experiencias reformistas en América Latina”, “Las luchas por el socialismo” y “Perspectiva en la construcción del conocimiento científico acerca de la realidad social latinoamericana”. Los subtemas del tema 2 eran: “El reformismo obrero” y “El reformismo burgués”. (Original en el archivo del autor).

³ Miguel Enríquez, *La consecuencia de un pensamiento. Recopilación de escritos* (s. e.), publicado en Suecia en 1989, p. 215.

su organización en formas de poder independiente para cambiar favorablemente la correlación de fuerzas.⁴

Su llamado desafiante al combate, un mes después del golpe militar, va mucho más allá del desastre, la derrota y la sangre. “La lucha será larga y dura –dice–, pero estamos seguros de vencer”. Y anuncia que partiendo de la restauración de libertades democráticas y la defensa del nivel de vida de las masas se transitará un camino de lucha, uniones, organización de masas, derrocamiento de la dictadura, restauraciones, que “abrirá la vía a un poderoso proceso revolucionario, obrero y campesino, que culminará en la revolución proletaria y socialista”⁵

Su palabra me recuerda las de otro joven revolucionario, Antonio Guiterras, a la prensa cubana, cinco días después del golpe militar que derribó al Gobierno Provisional Revolucionario, en enero de 1934. Contra toda evidencia, Guiterras anuncia que hay que prepararse para enfrentar “en un futuro no lejano la inmensa tarea de la revolución social [...] rompiendo todas las barreras que la burguesía ha levantado para impedir su paso”. Y promete que luchará “por el establecimiento de un gobierno donde los derechos de los obreros y campesinos estén por encima de los deseos de lucro de los capitalistas nacionales y extranjeros”⁶

Ellos, los comunistas guerrilleros latinoamericanos que trajeron la partera de la historia en forma de guerra revolucionaria, que despojaron de sus disfraces al progreso y a la evolución civilizatorios, que denunciaron y enfrentaron al colonialismo capitalista e imperialista, y supieron que el único camino es la revolución socialista de liberación nacional, ellos son los maestros de hoy. Es hora de estudiarlos, de rescatar y sacarle provecho a su legado, plantear bien con su ayuda los nuevos problemas, los nuevos conceptos y las vías y los métodos necesarios. Y sobre todo, es hora de emular con ellos, para hacer realidad las revoluciones socialistas que vendrán.

⁴ *Ibíd.*, p. 217.

⁵ “Llamado a los revolucionarios y a los trabajadores”, 11 de octubre de 1973, *ibíd.*, p. 266.

⁶ Declaraciones al diario *Luz*, 20 de enero de 1934, en Fernando Martínez Heredia, *La Revolución cubana del 30*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, p. 38.

Miguel Enríquez y la precisión de un pensamiento en tiempos de cambio

FÉLIX VALDÉS GARCÍA

Doctor en Filosofía e investigador
del Instituto de Filosofía de Cuba.

En agosto de 1967, la revista *Punto Final* reseñaba la visita de un cubano, profesor de filosofía y director de la revista *Pensamiento crítico*, a Chile: Fernando Martínez Heredia. Con él viajaba, tal vez sin saberlo, la significación de una revista teórica nacida ese mismo año, que pretendía poner en un plano nuevo el pensamiento revolucionario cubano y dar cabida a las mejores investigaciones marxistas, sobre todo de aquellos que comenzaban a leer desde otro “lugar de enunciación” que es el Tercer Mundo. “En nuestra revista queremos hacer ‘nacionales’ todas las luchas de liberación del mundo, especialmente la lucha continental de nuestra América” –le decía Fernando al entrevistador de la revista chilena.¹

A Chile viajaba el entusiasmo de creación revolucionaria de un grupo de jóvenes cubanos involucrados en la prueba, el ensayo y el error de un proceso que impactaba al mundo. Era la vida nueva que cada día se intentaba en el bregar herético de la revolución triunfante, el pensamiento revolucionario de Fidel Castro, del Che Guevara, en medio de la puja frente a teorías probadas, tantas veces repetidas, alejadas y adormecedoras, llegadas allende el Atlántico, pero de las cuales Miguel estaba advertido en Chile. No obstante, el reto de los jóvenes intelectuales cubanos era tratar de incendiar el océano.

Unos meses después, en noviembre, por primera vez llegaba a Cuba Miguel Enríquez. Ardía de pasión. Sabía que había transcurrido demasiado tiempo sin hacer ese viaje, pues el suceso de la Revolución cubana había reforzado sus inquietudes políticas; era el molde primordial, la piedra abrasiva de su formación como marxista crítico y revolucionario.

El Movimiento de Izquierda Revolucionaria no había estado representado en la Conferencia Tricontinental, efectuada en La Habana en enero de 1966, ni en el

¹ *Punto Final*, no. 35, 2da. quincena, agosto, 1967, p. 13.

congreso de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, impulsado por la izquierda latinoamericana, que sesionó en agosto de 1967 en la capital cubana y donde se proclamó el deber y el derecho de los pueblos de América Latina a hacer la revolución; la importancia de enfrentar al imperialismo y a las oligarquías burguesas y terratenientes en el camino al socialismo. A pesar del guiño de desaprobación por parte de las izquierdas conservadoras e inmovilizadoras, sus participantes escucharon que *la lucha revolucionaria armada* constituía una línea fundamental.

La visita de Miguel a Cuba transcurre días después de haberse dado a conocer la muerte del Che en Bolivia, y que le había dolido tanto que, como dijera su padre, enfermó tras conocer la noticia. A su regreso a Santiago, asiste al congreso del MIR que lo elige como su secretario general, momento en el que dan a conocer la táctica y la estrategia, conocidas como *línea del MIR*. Se apura para terminar su carrera de medicina, y con su amigo Bautista van Schouwen,² viaja en tren una noche a Santiago para rendir exámenes. Luego comienza su especialidad médica, y se sumerge desde 1968 como nunca antes en la vida política.

Tal vez en el equipaje de regreso de su primer viaje a Cuba, Miguel llevara algunos libros esenciales, discursos que eran programas de lucha, y quién sabe si algunos textos publicados por la Editora Política, Ediciones Venceremos o aquellos editados al calor de las visitas de Fidel Castro a los profesores del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, y entre ellos —es muy probable—, *Por la revolución africana* y *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon; *Por Marx*, de Louis Althusser; *El Capital* en tres tomos, o alguno otro de Herbert Marcuse.

Seguramente en la carga iban también los primeros números de *Pensamiento Crítico*, esa revista que invertía el sentido de las publicaciones tradicionales —aupadas siempre por filósofos de estirpe fría—, que nació en febrero de ese año con atractivas cubiertas, combativas viñetas y contenidos que incluían análisis de comprometidos revolucionarios de América Latina, África, Asia, tales como Camilo Torres, Fabricio Ojeda, Américo Pumaruna, Amílcar Cabral, Frantz Fanon, o de autores marxistas franceses, italianos y de otras latitudes, que se sumaban al debate sobre la revolución en el Tercer Mundo y los sucesos en Estados Unidos: el impacto del Movimiento por los Derechos Civiles, el Poder Negro y el Partido Pantera Negra. Pero sobre todo, debió llevar el número 8, correspondiente a septiembre, salido de imprenta en el momento que se anunciaba la muerte del Che en Bolivia, al cual se le agregaba una nota que decía que ese número ya listo, constituía una gota más en el odio al imperialismo. Todo estaba

² Compañero de estudios, detenido por agentes de la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) en la parroquia Los Capuchinos y desaparecido desde el 13 de diciembre de 1973.

acorde con el espíritu abierto y crítico y al activismo político del joven líder chileno, que venía a Cuba y distinguía el grano de la paja.

Este encuentro es una forma de salvarnos de la amnesia y de conocer lo inmediato, algo que generalmente se hace lejano. Es traer a nuestro entorno, la vida y la obra crítica nuestra, y de hermanos chilenos como Miguel, Bautista, Edgardo, Marco,³ Carmen Castillo, quienes arriesgaron sus vidas por una causa, por un ideal, frente a innumbrables sanguinarios fascistas, torturadores como los despreciables Osvaldo Romo y su jefe Miguel Krassnoff, autores del fatídico suceso que pusiera fin hace cuarenta años, a un líder de la altura y entereza de Miguel, el 5 de octubre de 1974, en la casa de la calle Santa Fe no. 725, entre Chiloé y San Francisco, en Santiago de Chile.

Además, leer y hacer labor arqueológica en los documentos del MIR, rastrear la perspectiva de Miguel, es hacer notar la peculiaridad de una obra de pensamiento que asiste a una acción y que crece con notable nitidez, para desarrollar críticamente la teoría, justo desde las coordenadas de la sociedad chilena y del desarrollo capitalista en Suramérica. Su pensamiento crecía al calor de la acción y se inspiraba en los grandes acontecimientos y símbolos de la historia cubana, en momentos en los que en la Isla se empezaban a ahogar las posibilidades de llevar a término un pensamiento filosófico-político revolucionario, comprometido y desde el Tercer Mundo, como había venido sucediendo.

El empuje e interés teórico de los primeros ocho años de la Revolución quedaba aplazado, o hundido como brasas ardientes bajo las cenizas de una hoguera, o como ese tronco que deja sus raíces sumergidas para luego retoñar. Desde entonces, en las ciencias sociales y en la filosofía empezaba a reinar una exánime teoría basada en presupuestos y epistemes que irradiaban todo debate y cundía los programas de estudio.

Para el pensamiento revolucionario era innegable cuáles eran las condiciones de desarrollo del capitalismo dependiente, caracterizado por la presencia hegemónica de Estados Unidos, con una banca incautada, una reforma agraria aplazada, un desarrollo desigual de la ciudad y el campo, y la existencia de sectores empobrecidos de la población, al mismo tiempo que sumidos todos en el juego formal democrático, del cual no escapaban los partidos de izquierda. La revolución y el enfrentamiento armado, no el reformismo ni el juego electoral, se convertían en la opción que empujaba al desafío teórico y no a su aplazamiento.

De la historia y las posiciones alentadas desde Cuba, Miguel y los fundadores del MIR, tomaban sus enseñanzas. No obstante, después de la muerte del Che en Bolivia, y ya desde mediados de 1968, la Cuba revolucionaria mejoraba las relaciones con la URSS y con ello se comprometía, sobre todo de

³ Edgardo y Marco Antonio, hermanos de Miguel, desde muy jóvenes vinculados a la lucha estudiantil y a la izquierda chilena. (*N. de la E.*)

forma manifiesta, el ardor por la revolución latinoamericana que tanto había sido divisado y debatido antes y durante la Conferencia Tricontinental, la OLAS, o el Congreso Cultural de La Habana, en enero de 1968. En lo fundamental, la tendencia conservadora se imponía sobre la revolucionaria. La herejía cubana, los debates sobre la revolución latinoamericana y en el Tercer Mundo comenzaban a ceder ante la fuerza de las posiciones defendidas por la izquierda tradicional, apegada a la política exterior del socialismo burocratizado soviético.

Las verdades refugiadas en conceptos universales abstractos, afincadas en un estructuralismo ganado y la pretensión de ciencia a lo que era dogma refrendado, negaban la dialéctica y toda la riqueza que nacía desde las lecturas del Tercer Mundo, desde una América Latina, que aprendía a leer sus días desde otras experiencias y presupuestos.

Al mismo tiempo que las cosas eran “entendidas” de otro modo y se fijaban estrategias y tácticas divergentes de las tradicionales, quedaba claro la especificidad de las trazas del capitalismo dependiente en Chile, pero también, aunque de otro modo, en la isla mayor del Caribe, pues unos eran los olores de la sal y el cobre, y otros, los de la caña de azúcar exprimida por esclavos africanos.

El enfrentamiento violento al gran capital, a la banca privada, al poder de la burguesía, sería por medio de la violencia revolucionaria y la construcción de poder popular, pues: “Son los pobres, son la clase obrera, / los que cumplen la clara misión, / de decirle al conjunto del pueblo, / que han tomado ya su decisión” –como se afirma en las primeras estrofas de la letra de *Trabajadores al poder*, el himno del MIR.

Si bien obraba la puja entre los axiomas consabidos de un socialismo resultante de condiciones objetivas y subjetivas, urgido de recorrer etapas, o dado por la vía pacífica –ajustado a la política exterior soviética de coexistencia pacífica–, estaba latente la guerra de guerrillas, la convicción del Che de que “al imperialismo ni un tantico así”, la certeza de la toma del poder por medio de la lucha armada, y un NO rotundo al reformismo o al pacto con el enemigo de clases. Se reafirmaba la necesidad de una revolución proletaria y el establecimiento de un Estado de obreros y campesinos, ajustado a las condiciones del Tercer Mundo, en particular de Chile, auxiliados por las ideas de Marx desarrolladas en la Europa del siglo XIX, o en las de Lenin en las condiciones de la Rusia zarista. Todo ello se iba ajustando por los líderes del MIR. La práctica revolucionaria en el Caribe, África y América Latina ponía en juego y corregía la teoría que se necesitaba, haciendo afinar la revolucionaria, desposeída de verdades empobrecidas.

“La era está pariendo un corazón” era canto que inundaba. La revolución latinoamericana arrastraba a Miguel, Marco, Edgardo e Inés Enríquez, a Bautista van Schouwen, Marcello Ferrada, Luciano Cruz, Mary Ann, Carmen Castillo y

a tantos y tantas jóvenes de Concepción y Santiago, a hacerse de la teoría justa, aquella que le permitiera leer su mundo.

Se requería de una vanguardia que llevara a los obreros al poder popular, con banderas rojinegras, sin las posiciones y compromisos de la izquierda “tradicional”, según lo evaluaran los miristas, pues estas una vez más en 1964 y en 1969 ajustaban sus monturas, para disponerse al galope electoral, estableciendo alianzas con la derecha y el dominio del gran capital, al mismo tiempo que confundían y se apropiaban de la chispa revolucionaria de las masas.

El MIR, creado en 1965, fue en sus inicios una “bolsa de gatos” como dijera Miguel. A partir de 1967 comenzó a recobrar otro semblante, para verse involucrado en crisis que le hacen crecer en años sucesivos. 1969 y 1970 fue un lapso de organización, de acciones como la toma de bancos, y de creación de estructuras propias y de masas. A ello le siguió la campaña electoral de Allende y la Unidad Popular, a la que el MIR no se suma como fuerza política formal, pero sí participa de otros modos. Luego vino el reñido triunfo electoral de septiembre de 1970 y el inicio de toma de medidas radicales en su primer año, tales como la nacionalización del cobre. Estos tiempos estuvieron siempre acompañados por la creciente movilización popular. No obstante, hubo medidas tibias frente al problema agrario y la gran industria, como dijeran los miristas.

El triunfo en las urnas de la Unidad Popular no limitó la convicción revolucionaria de Miguel ni cegó la crítica revolucionaria. Para ellos era sabido que Chile atravesaba una aguda crisis económica y también una crisis de dominación (o de gobernabilidad), argumentándolo a partir de estudios recientes de economistas y sociólogos que hacían visibles sus análisis. “La superestructura está resentida”, se asegura en documentos del MIR de inicios de 1970. Hay serias fisuras y un derrumbe de institucionalidad. Se ha generado un amplio movimiento de masas ante la incapacidad y la agresividad del gobierno de la democracia cristiana. El triunfo en las urnas se convierte para el joven partido –sin más empaque–, en un *impasse*, y no en un triunfo final en sí. Esta es la etapa que puede generar conciencia y crear capacidades organizativas para hacer la revolución. Junto con el triunfo electoral “hay que concienciar, organizar al pueblo, prepararlo política y militarmente”,⁴ hay que dejarle claro quién es el enemigo y hacerlo sujeto consciente del cambio.

A su vez, para los miristas estuvo claro siempre que las alianzas electorales ante la crisis no hacen cambiar la situación, así sea para elecciones presidenciales o parlamentarias. La burguesía arremeterá si ve afectado luego sus intereses.

⁴ Muchas de las notas entrecomilladas aquí y en lo sucesivo, salvo que indique lo contrario, provienen de Miguel Enríquez, *Recopilación de escritos*, edición mimeografiada en cuatro volúmenes, publicada por Ediciones Resistencia Popular, México D. F., 1985, que recoge documentos del MIR, declaraciones, llamamientos, memorándums, etcétera.

Si se ve la posibilidad de un triunfo popular, las clases dominantes chilenas se decidirían por el golpe militar a cualquier costo. Así lo augura Miguel tan temprano como se debate en las calles el programa de la Unidad Popular.

Miguel considera –tal vez como Frantz Fanon en África o Roque Dalton en El Salvador–, que el enfrentamiento al poder, al colono, no puede ser pacífico ni por etapas. Es violento como violentos han sido la dominación y el colonialismo, los cuales han arrasado al mundo colonial, dejando a su paso estatuas de uno u otro héroe de la dominación. La violencia revolucionaria es necesaria como mecanismo de construcción de un Estado nuevo, en lugar del Estado burgués dominante. No es solo la toma del gobierno, sino la toma del poder del Estado que haga cambiar la legalidad, el aparato de represión, el ejército, para crear otro que esté en función de los intereses de los obreros y los campesinos, las víctimas del poder burgués. La destrucción del aparato estatal burgués se hacía tan actual como lo fuera para Lenin en 1917.

Miguel como el Che, Fidel o Fanon, creyó en la lucha armada, no en la perspectiva fácil y conveniente del socialismo por vía pacífica, en el reformismo propuesto en alianzas con la dominación. Ellos tampoco se convencieron de la ampliación de la coexistencia pacífica soviética en las condiciones de la Guerra Fría a partir de 1956, frente a la realidad objetiva del Cono Sur, las islas del Caribe o la independencia africana. El triunfo de la Unidad Popular les dejaba claro que este momento sería un paso intermedio que debía ser aprovechado, como lo analizan los jóvenes del MIR cuando afirman: “La conquista del poder por los trabajadores solo será posible mediante la lucha armada.”⁵

A esa visión radical, peyorativamente nombrada como ultraizquierda, se le hace culpable de los fracasos de la Unidad Popular en Chile. El MIR siempre se enfrentó a ellos, como guevaristas que eran. Se consideraron a sí mismos como “izquierda revolucionaria”, surgida de la necesidad de un nuevo partido que representara los intereses de los más desfavorecidos en la conducción del cambio revolucionario violento para llegar al socialismo en Chile y crear un poder popular. No obstante, se hizo frecuente juzgarle de terroristas, malhechores, excedidos, tanto desde la izquierda como desde las derechas.

Tan temprano como en enero de 1969, Miguel, Bautista, Luciano, Andrés Pascal, lanzaron la consigna: “No a las elecciones, lucha armada único camino”. Quienes participan en ellas buscan la conquista del poder por la vía electoral. Mientras tanto, ellos afirman: “Creemos que ese es un camino equivocado, por lo menos no es el nuestro”. Pero por diferir no se hacen enemigos, sino que anduvieron por caminos distintos. Con el gobierno de Salvador Allende trabajaron y polemizaron. Muchas fueron las diferencias, como hubo acuerdos y apoyos mutuos. El propio Allende se

⁵Ver “El MIR y el resultado electoral”, en Miguel Enríquez, *ob. cit.*, vol. I, p. 27. Originalmente el documento fue publicado en *Punto Final*, no. 115, 13 de octubre de 1970.

lo decía a su hermana Laura ya en los días sombríos, previos al golpe: “No tengo el menor resentimiento contra el MIR. Los desacuerdos que tenían conmigo, aquí mismo los discutían, los exponían. ¡Cuántas veces vino Miguel a este despacho! Nunca me dieron un golpe por la espalda, nunca me atacaron por detrás, me advertían con anticipación cuando iban a combatirme públicamente. Los respeto.”⁶

La fragua en el trabajo durante el gobierno de la Unidad Popular, las diferencias, la necesidad de mantener siempre limpia la posición del MIR, además de las amenazas y los agravios constantes, hizo que el nuevo partido afinara la puesta en ruedo de sus perspectivas y estrategias. Decenas de documentos así lo muestran. La situación favorecía el camino revolucionario en Chile. Tras el *impasse*, “vendrá el enfrentamiento violento entre los pobres del campo y la ciudad contra los dueños, pues las riquezas no se cederán pacíficamente.”⁷ Por eso la lucha armada estaba plenamente vigente. La meta fue siempre la conquista del poder por los trabajadores, que querrán ser gobierno, mientras que las clases dominantes defenderán sus intereses. Entonces, el enfrentamiento terminará con el *impasse*.

Aunque el gobierno de la Unidad Popular golpeaba núcleos vitales del sistema capitalista, como las empresas extranjeras, la industria monopólica, el capital financiero y el latifundio, ante los ojos de Miguel y sus amigos se mantenía el vínculo entre el capital extranjero y la burguesía nacional, y pese a la “ola nacionalista”, la gran burguesía chilena no desarrollará una política antimperialista. Eso no sucederá ni en Cuba, ni en Chile, como tampoco en la Argelia o el África que vaticinara Fanon como peligro. El imperialismo optará por aceptar gobiernos reformistas, pero no en su traspatio. Hay que ver las experiencias de Guatemala o Brasil —señala Miguel—. Por ello es de esperar la intervención.

Para el MIR, hay que emprender un programa antimperialista, anticapitalista en lo fundamental, socialista en sus líneas principales. Ellos defienden la pequeña propiedad: la del pequeño agricultor, el pequeño comerciante y el pequeño industrial, pero es imposible aliarse o defender a los sectores de la gran burguesía industrial o agraria, mucho menos que el Estado y el gobierno la proteja. Hay que nacionalizar también la banca. Y si la Unidad Popular golpea a esferas vitales del capitalismo, como las empresas extranjeras, el capital financiero, el sector monopólico de la industria y el latifundio, entonces ello obligará a una rápida radicalización del proceso y, entonces “apoyaremos estas medidas de la UP, aunque hayan diferencias de programas.”⁸

La pervivencia del ejército fue siempre un riesgo de golpe de Estado, según el MIR. La democracia cristiana pondrá a Allende a gobernar “amarrado en la

⁶ Testimonio dado por Laura Allende a Carmen Castillo, para su libro *Un día de octubre en Santiago*, Ediciones ICAIC, La Habana, 2014, p. 159.

⁷ Miguel Enríquez, *ob. cit.*, vol. I, pp. 88-91.

⁸ *Ibíd.*, p. 34.

maraña del legalismo vigente”⁹ El golpe militar es una amenaza permanente, le asevera el MIR.

Miguel y el MIR quisieron hacer otro uso de la teoría, quisieron ir mejor desde el análisis meticuloso del desarrollo del capitalismo en Chile a la teoría necesaria. No obstante, la fuerza crítica de su pensar les hizo distinguir un modo distinto de leer y actuar, en cuanto a la creación de un partido alejado del reformismo y los compromisos con la institucionalidad burguesa. Para él y sus compañeros del MIR, había que pasar de la lucha legal y parlamentaria en la que estaban sumidos los comunistas y socialistas de la izquierda tradicional, a la concepción guevarista herética, donde la lucha armada y la violencia revolucionaria eran convicción.

Cuando el 11 de septiembre de 1973 las contradicciones hicieron inevitable el golpe militar y ese día ardió La Moneda, Salvador Allende no abandonó el palacio, ese era su lugar. Prefirió no salir para dirigir la lucha de resistencia clandestina desde las comunidades o barrios populares.¹⁰ No obstante, como acto de última voluntad o muestra de la confianza en la admirada visión de líder de Miguel y del MIR, quedó esa frase de Allende: “Ahora es tu turno, Miguel...”

Tal vez a resguardo del MIR y la movilización popular, del pueblo chileno que lo tomara como guardián y no desde la fría responsabilidad institucional en el palacio, desde la fábrica Indumet con Miguel y los miristas, acompañado de todas las fuerzas revolucionarias contrarias, el impacto del golpe y la lucha hubiesen tenido otro desenlace.

Tras el golpe, la decisión fue “El MIR no se asila, lucha y resiste”. Ello era inflexible.

Si el MIR se exilia, de hecho deserta; lo que no solo tiene valoraciones éticas negativas, sino que en el caso particular de Chile es renunciar a cumplir con tareas que son hoy posibles y necesarias en Chile. Si el MIR exilia a sus cuadros, atrasa por decisión consciente la revolución en Chile, desaprovecha condiciones favorables concretas, renuncia a su papel histórico, abandona, cuando puede y debe cumplir su papel, a la clase obrera y al pueblo a su suerte. El temor a la represión no justi-

⁹ *Ibíd.*, p. 59.

¹⁰ Andrés Pascal Allende, exsecretario general del MIR, en homenaje de *Punto Final* por el centenario de Salvador Allende, recuerda que su tío y presidente intentó una salida política institucional, convocando a un plebiscito, cuando ya el golpe era imparable. En la mañana del 11 de septiembre, Miguel Enríquez y Allende se comunicaron por última vez. Miguel le ofreció el apoyo de los combatientes del MIR para proteger su salida de La Moneda. Allende no aceptó y le mandó a decir: “Yo no me muevo de aquí, cumpliré hasta mi muerte la responsabilidad que el pueblo me ha entregado. Ahora es tu turno, Miguel...” (Andrés Pascal Allende, “El MIR y Allende”, Edición especial de *Punto Final*, no. 665, junio-julio de 2008).

fica esto. La deserción histórica es siempre condenable por más que se disfrace de las más eufemísticas argumentaciones políticas.¹¹

A partir de entonces, la década del setenta pareció ser más dura para el continente. Tal parecía que se cancelaba una etapa, que se imponía otra. La Cuba revolucionaria entraba en el CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica), tras la imposible meta de alcanzar diez millones de toneladas de azúcar en una zafra que movilizó a todos. Persistían serias dificultades económicas, a la vez que se implementaban políticas sociales y la Isla continuaba asediada siempre por la política de Estados Unidos. Un tiempo gris comenzó a eclipsar el espíritu del cual pudo brotar un pensamiento enriquecido. Al marxismo no se le hizo girar ni darle una vuelta al revés, necesaria para apoyar la herejía, que no era tal. El aguardiente de la caña se puso a reposar en odres viejos. Tal vez por ello un biógrafo de Miguel deja dicho de paso que el joven revolucionario chileno siempre amó a Cuba, pero nunca de modo incondicional. Es probable, y a su vez consecuente con su advertida visión, que no gustara del camino de la radicalización iniciado sobre todo a partir de la década de los setenta, al menos en las formas aparentes e institucionales.

Miguel y el MIR siempre fueron críticos implacables del estalinismo, de la extensión de sus métodos al Partido Comunista Chileno –ello es notable en cada escrito referido al Partido Comunista o al Partido Socialista al definir sus posiciones prácticas–. Cuestionaron las fallas de la URSS, sobre todo la agresión a Checoslovaquia de 1968, tan pronto como ello sucedió, ante la cual reaccionaron, convencidos de que los comunistas chilenos les desaprobaban su posición, con sus consabidos métodos de descalificar y tildarlos de traición o de “agentes al servicio del enemigo”. Pero no titubearon en catalogarla de intervención, sin sumarse a la crítica que Occidente urdía, cuando como él dice “armaba su gritería de no intervención”, sin haber dicho nada cuando se intervino en Cuba, Santo Domingo o Vietnam. No se trata –como intentan los imperialistas– de descalificar el socialismo, sino “de lo que se trata es de una desfiguración heredada de los períodos más negros de las primeras repúblicas socialistas del mundo”.¹² Los soviéticos no invadieron en agosto de 1968 para defender al socialismo, dice Miguel, sino a los intereses de la burocracia soviética, con un claro contenido opuesto a los procesos de democratización socialista y lo salvable de socialismo en aquel país.

Miguel fue médico como el Che y Fanon. Los tres, de una sensibilidad humana y una entereza, una fortaleza de espíritu, a prueba de fuego. A los tres les

¹¹ Ante la represión dictatorial, dirigentes y militantes de la izquierda optaron por el exilio. El MIR desde el comienzo rechazó esta práctica. Ver “Respuesta a un documento emitido por la ‘colonia Valparaíso’ (1974), en Miguel Enríquez, *ob. cit.*, vol. IV, p. 124.

¹² Miguel Enríquez, *ob. cit.*, vol. I, pp. 116-118.

caracterizó la inmersión profunda en sus realidades, la zambullida como condición única para la teoría, para aprehender los hilos insondables de su mundo. Las ideas de Marx y de Lenin no fueron en ellos adorno, reflexión pausada y erudita, verdades leídas desde una cátedra sin más, sino ideas para el trabajo militante, para explicar y fundamentar la acción, para comprender su tiempo y transformarlo. Es el acto por la emancipación que reclama la teoría emancipadora. Por eso en ellos el marxismo encontró formas significativas y posibilidades nuevas de desarrollo.

Miguel no cesaba de leer y de atender la labor del Partido. Tanto durante el gobierno de Allende como en la clandestinidad, estudiaba, leía para fundamentar y justificar la perspectiva que se deshacía de verdades inalterables. A su vez, amaba y disfrutaba cotidianamente, dedicaba tiempo a sus hijas y les leía cuentos. La última noche con ellas, cuando ya era inaplazable ponerlas en la incertidumbre del exilio, les fantaseaba el reencuentro de la familia en una isla de palmeras y largas playas. Miguel reía contagiosamente, argumentaba en ráfagas dejando escasos recursos a su contendiente. Según Laura Allende, era de bromas finas, una rapidez inaudita de palabras atropelladas y una pasión que le dominaba.

En el arduo batallar de los setenta, Miguel atravesó fuertes golpes: el suicidio de Alejandra, la mamá de Javiera, la muerte de su sobrino Edgardito por razones insólitas de la clandestinidad y la de su amigo Luciano Cruz. También los días del desconcierto del golpe militar y la muerte de Allende, que hicieron de la represión y el desamparo un hecho cotidiano, con la apariencia de escasa respuesta popular en las calles de Santiago, vaciadas y mudas, inundadas de terror los días tras el golpe. Un hecho demoledor fue la muerte de su gran amigo Bautista van Schouwen, a manos de la DINA.

Pero el sábado 5 de octubre de 1974, tras dos horas de enfrentamiento, cayó en combate en la casa azul celeste de la calle Santa Fe. El militante de la revolución chilena y latinoamericana se hizo héroe. En él se divisaba la figura de un jefe de revolución, como asegurara Armando Hart.

Dicen que Pablo Milanés escribió unas horas después de conocer la noticia, esa canción que fue himno: “Yo pisaré las calles nuevamente, / de lo que fue Santiago ensangrentada / y en una hermosa plaza liberada / me detendré a llorar por los ausentes”.

No obstante el paso del tiempo, Miguel está ahí, vivo, como le saliera alto, en un torrente de voz a su mamá, aquel amanecer del 7 de octubre cuando era sepultado acompañado por pocos, en un sepelio vigilado en extremo y en el silencio de un frío amanecer.

Pero a Chile aún no han retornado –como dijera el poeta–, “los libros, las canciones / que quemaron las manos asesinas”. Tampoco ha renacido “el pueblo de su ruina, / ni han pagado su culpa los traidores”.

El Subcomandante Marcos en un homenaje a Miguel dijo que: “Donde había una bandera, hoy hay un centro comercial. Donde había una historia, hoy hay un puesto de comida rápida [...] Donde había memoria, hoy hay olvido.”¹³

Por eso, sirva este encuentro justamente para hacer presente a Miguel, para salvar la memoria y su espíritu revolucionario, su carácter previsor, su advertida perspectiva, su preclaro pensamiento, del amenazante entumecimiento y la desmovilización que nos impone un mundo raptado por veleidades de la tecnología y las imágenes, por los brillos y las alharacas de un mundo que es incierto y provisorio, mientras en apariencias se cancelen las certezas y las utopías.

Sirva este encuentro a los jóvenes de Nuestra América, que conviven aún con las mismas esencias de medio siglo atrás, donde la presencia entre nosotros de los amigos de Miguel, de testigos de la intensidad en aquellos días de Chile así como de su compañera Carmen Castillo con su encomiable recopilación y sus sentidas reflexiones de estos días, nos devuelve enriquecido el conocimiento y la sensibilidad.

Es con estos jóvenes con quienes tenemos el compromiso de entregar el legado de Miguel, para que no sea estatua fría, retrato o ícono distante, revolucionario trasladado a la galería de los inmortales; sino para que al abrir aún más su abrazo, cobije –como le dijera Carmen en una reciente nota–, “a cada mujer y hombre, a cada muchacha y muchacho, a cada niña y niño que se abre camino para alcanzar ese sueño que era el tuyo.” Ella aún insiste en que: “Los crepúsculos nunca vencerán a las auroras”, mientras tiene la certeza de que Miguel puede, y le asegura: “tu vida lava la sangre que no calla.”¹⁴

¹³ Ver texto completo en la página 217 de este libro. (*N. de la E.*)

¹⁴ Carmen Castillo, *Un día de octubre en Santiago*, p. 32.

La osadía revolucionaria del MIR

FRANK GARCÍA HERNÁNDEZ

Licenciado en Sociología. Trabaja en el Centro de Documentación e Información del Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.

Me gustaría comenzar recordando aquella consigna de cierta guerrilla brasileña: “Atreverse a luchar, atreverse a vencer”. En portugués sería *ousar lutar, ousar vencer*. Una lastimera traducción al español deviniese en osar luchar, osar vencer. Viéndolo de esta manera, cobra una significación un tanto diferente, cuando nos propone que tengamos la osadía de luchar, que tengamos la osadía de vencer.

Si bien osadía y atrevimiento no son sinónimos, pueden derivar en el sùmmum de la irreverencia. La irreverencia, es el *sine qua non* del revolucionario, no se puede comprender un revolucionario, sin la irreverencia en sí.

Desde la irreverencia nacen los hombres y mujeres que nos resultan imposibles de ubicar en el mínimo plano de la sumisión. Así surgen los Sendic, los Santucho, los Miguel Enríquez; así surgen casi en el mismo año el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, en Uruguay; el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo, en Argentina; y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, en Chile. Los tres, tienen en común la amalgama de las izquierdas heterodoxas. Ellos no colocaron limitación para aceptar en su constructo ideológico a los marxismos, al leninismo, al trotskismo, ni fuentes del anarcosindicalismo.

Es sobre los rojinegros chilenos, y su correlación no solo con el momento de ellos, sino con nosotros, los jóvenes cubanos de hoy, que acercaré mis ideas a ustedes.

Asumir a Trotski ya era de por sí, en esos tiempos, una solemne impertinencia a la nieve moscovita con que jugaba Brezhnev. Pero esos muchachos, ya habían leído, ¡qué pecado!, *La revolución traicionada*, y se dispusieron a hacer una revolución donde al menos no fuesen ellos los termidorianos.

Y no fueron los muchachos que conducía Miguel, precisamente, los medrosos termidorianos chilenos. Me los imagino encontrándose con el fragmento del

libro redactado por Lev Bronstein¹ en 1937, en específico cuando se hace referencia a cómo fue sofocada la rebelión de Kronstadt en marzo de 1921, represión que condujo, como medida excepcional, a la eliminación de las fracciones dentro del Partido Bolchevique, pero de manera excepcional sin que se ahogara, al decir del autor, “la vida interior del partido”. A recordar, no eran marinos blancos, sino bien rojos los que se habían hecho de la guarnición.

Por desgracia, sabemos lo que continuó, el bolchevismo concluyó asfixiado por los mismos burócratas que engendraron sus más altos dirigentes, algo que Rosa Luxemburgo les había prevenido.

Cito a Trotski: “La prohibición de los partidos de oposición produjo la de las fracciones, la prohibición de las fracciones llevó a prohibir el pensar de otra manera que el jefe infalible”²

Para nada era esta la nueva sociedad que la izquierda revolucionaria nucleada entorno a Miguel Enríquez, Bautista van Schouwen o Nelson Gutiérrez proponían a Chile. No existía el jefe infalible, no se proponían eliminar a estos o aquellos. Existían, sí, y existen, los enemigos de clase, los imperialismos, que no tienen bandera porque hay dos, tres, muchos imperialismos; esos eran y son los enemigos, pero se pensaba y se piensa en el amigo, existía y existe la palabra compañero. Y a los compañeros no se les lleva al paredón por pensar diferente.

Estamos hablando de una organización que nace en la ciudad de Concepción. Los hermanos Enríquez eran hijos del entonces rector de la Universidad allí, quien en el gobierno de la Unidad Popular fungiría como ministro de Educación. En tanto que Nelson Gutiérrez a la sazón era el presidente de la Federación de Estudiantes de Concepción. Salvando ciertas distancias, pudiéramos entender al MIR como el Directorio Revolucionario 13 de Marzo en Cuba, aunque hallaríamos en esta comparación sustanciales diferencias en el plano del cuerpo ideológico, no así en su accionar como organización armada y de jóvenes revolucionarios. Organizaciones que, para más similitud, ni esta o aquella fueron jamás anticomunistas, pero sí, y que no quepa duda alguna, antiestalinistas.

Los Comandos Comunales guardan una gran semejanza con la democracia de los primeros sóviets, los llamados Consejos de Obreros, Soldados y Campesinos. No en balde se llamó a construir otra legalidad, no en vano se examinaba con profundidad *El Estado y la revolución*.³ Era preciso y con urgencia la construcción de otro Estado revolucionario, como mismo era preciso y con urgencia comprender la estrategia a seguir frente a un Estado burgués al

¹ Lev Davidovich Bronstein (León Trotski, 1879-1940). (*N. de la E.*)

² León Trotski, *La revolución traicionada*, Pathfinder Press, Nueva York, 1992, p. 116

³ V. I. Lenin, publicado en *Obras escogidas en tres tomos*, t. 3, Editorial Progreso, Moscú, 1979.

que por voluntad democrática se forzaba a iniciarse en el socialismo por vías legales.

El pensar con diferencia y desde la diferencia, los condujo al antidogmatismo. Otro pecado. En épocas donde las organizaciones políticas de izquierda se suscribían a la línea soviética, china, albanesa o cubana; donde aparecían libros verdes y libros rojos, leer tanto a Lenin como a Trotski y a la vez incorporar al Che en su pensamiento y acción, no era la norma. O coexistencia pacífica o la guerra popular prolongada. Mas, ni eran maoístas, ni trotskistas, ni existió casilla alguna para engavetarles su ideología en este o aquel escaparate.

Una valentía de ese pensamiento libre es el que requerimos con urgencia en la Cuba actual, cuando se atemorizan algunos por ver *graffitis* en las calles, con alto valor artístico, pero como el autor no ha pedido permiso, pues no sabe ni sabrá qué es pedir permiso, se le mira mal. Cuando lo que está mal, es el mal mirarles, el no creerles. Ha sido nuestra culpa. Y es de revolucionarios creerles porque ellos son jóvenes, y son jóvenes cubanos, irreverentemente revolucionarios, osadamente cubanos.

Obviaré por razones decorosas el nombre de cierto centro donde, durante una velada en un no lejano nueve de octubre, *in memoriam* de nuestro argentino mayor, tras proyectar fotos de Che Guevara y, junto a ellas, desnudos de Tina Modotti y palabras del Subcomandante Marcos, no faltaron quienes tildaran a la actividad de desviación ideológica.

Bien sabemos los que nos hemos colocado esta digna camisa de once varas, que la revolución no es un paseo por el jardín. Tampoco estoy deseoso de convertirme en una fría máquina de matar, ciertamente no. Me vienen a la mente esos versos de Fina García Marruz, de su poema *En la muerte de Ernesto Che Guevara*, que recogen una frase guevariana, “[...] retrocedimos espantados. / El respeto se convirtió en recelo, todo se volvió aún más confuso”.

De esa confusión provengo. Ese es mi parto. Para colmo, nací en los ochenta, cuando creíamos que era la época dorada y realmente gozábamos sin saberlo de los estertores de lo que fue el sueño de los bolcheviques. Yo también vengo de ese sueño. Yo también asumo tanto el bolchevismo como la mambisada.

Como bolchevique cubano, se me encrespan más las ideas que los cabellos. ¿Puedo acaso ser martiano y ser leninista a la vez? Vaya neurosis la mía, vaya herencia ideológica neurótica, pero no la rechazo, habrá que ser muy irreverente para asumirse en esta Cuba, martiano y leninista. Irreverente, para asumir a la Cuba de hoy. Ambas se complementan, siempre y cuando sepamos articularlas.

Con la duda y la irreverencia al hombro, me topé hace años con la historia de los miristas, con su bandera roja y negra, bien un guiño a la Revolución de Fidel, bien un guiño a los milicianos de Durruti.⁴

⁴ Buenaventura Durruti (1896-1936). Fundador y máximo dirigente de la Federación Anarquista Ibérica-Confederación Nacional del Trabajo.

El MIR, que en un principio solo era aquella foto de Miguel en el periódico *Granma* durante una entrevista, creció hasta saberle en carne y hueso y oírle hablar de la población Nueva La Habana. Más tarde, me lo topaba en el testimonio de Paulo Freire.

Pues hasta esa población llegaría Paulo Freire, cuando acá, en esta Habana, la educación popular se prohibía de manera tácita. Ya sabemos que los años setenta en Cuba fueron grises, ese no es el tema que nos convoca hoy. Pero saltando aquella grisura, otra comuna, quizá del mismo coraje de la parisina, se levantaba en Santiago de Chile. De esos nuevos comuneros, digámosle así, dijo Freire en *Pedagogía de la esperanza*:

Tuve oportunidad, en 1973, de pasar una noche con la dirigencia de la población de Nueva La Habana, que, al contrario de lo que se esperaba, al obtener lo que reivindicaban, su vivienda, continuaba activa y creadora, con un sinnúmero de proyectos en los campos de la educación, la salud, la justicia, la seguridad, el deporte. Visité una serie de viejos ómnibus ofrecidos por el gobierno, cuyas carrocerías, transformadas y adaptadas, quedaban bonitas y eran convertidas en escuelas que atendían a los niños de la población. En la noche, los ómnibus-escuelas se llenaban de alfabetizados que aprendían a leer la palabra a través de la lectura del mundo. A pesar de la incertidumbre, Nueva La Habana tenía futuro, por eso, el clima que la envolvía y la pedagogía que en ella se experimentaba era la de la esperanza.⁵

La cita habla por sí sola de quiénes eran esos comuneros santiaguinos.

Ya sabemos que nunca fue el sectarismo lo que caracterizaría al MIR. Incluso, ante la muerte de Arnoldo Ríos, estudiante de la Universidad de Concepción, a manos de jóvenes comunistas, el pronunciamiento del Secretariado Nacional mirista, recogería en su tercer punto:

Entendemos que la serie de acontecimientos que llevaron a la muerte del compañero Ríos no representa la línea política del Partido Comunista ni de la Unidad Popular. También entendemos hoy como siempre que el enfrentamiento entre la izquierda solo favorece a la derecha y al imperialismo que hoy busca crear las condiciones para una contraofensiva reaccionaria y sediciosa, los que evidentemente intentarán aprovechar el incidente para servir a sus intereses reaccionarios.⁶

Cabría destacar que el asesinato del compañero Ríos fue a solo tres meses de la victoria electoral de la Unidad Popular que encabezaba el compañero presidente Salvador Allende. Con solo cinco años de fundado, el MIR daba una fuerte muestra de madurez política, ante una situación en la cual otros aparatos políticos hu-

⁵ Paulo Freire, *Pedagogia da esperança*, Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1992, p. 12. (Traducción de F. G. H.)

⁶ Cristian Pérez (comp.), *El MIR visto por el MIR*. Primera parte, Escaparate Ediciones, Santiago de Chile (s. f.), p. 368.

bieran contestado con la ley del talión. Sin embargo, esto no significaría que habían envejecido ni olvidado a los suyos. Nelson Gutiérrez, en el discurso de bienvenida al Comandante Fidel cuando visitó la Universidad de Concepción, haría mención del suceso al recordar que: “Este movimiento estudiantil, en el camino de su historia, ha tenido que entregar su cuota de mártires al sectarismo, como Arnoldo Ríos”⁷ Y termina lanzando la consigna: “La izquierda unida jamás será vencida”.

Es preciso hacer este llamado de atención, este recordatorio, pues en disímiles ocasiones se ha pretendido tildar a los militantes del MIR de extremistas que desajustaban el proceso democrático chileno.

El pueblo unido no sería vencido, pero para lograr la unidad de ese pueblo era preciso que las organizaciones de las izquierdas entrevieran la unidad.

El discurso de acogida a Fidel en la Universidad de Concepción dista de los clásicos homenajes donde al visitante se le muestra todo limpio e impecable. En aquel discurso Nelson Gutiérrez fue bien claro al exponer: “Comandante, este es un país en guerra [...] que no podrá terminar sino con la victoria o la derrota de los dos grandes campos en pugna”.

Aquel enfrentamiento de clases, en ocasiones abierto, en otras, soterrado, tuvo un desenlace fatal. Quizá más de lo esperado.

Esos hombres y mujeres, que por amargas circunstancias casi se tornan frías máquinas de matar, a qué mentirnos, en el fondo hoy sabemos que no lo eran, porque a ellos mismos no les gustaba ir hablando de esa maquinaria, aunque Carlos Marx afirmara que la violencia es la partera de la historia.

Hoy, esos hombres y mujeres se encuentran en las palabras atrevimiento y osadía, y atrevidos y osados. Desde donde estén, pintan un sueño, más atrevido, más osado, se lo regalan a otros jóvenes, y el sueño es nuestro, y la vida es vida, y la muerte es nunca.

⁷ *Ibidem*, p. 407.

Miguel Enríquez: juramento y profecía

RICARDO ALARCÓN DE QUESADA

Doctor en Filosofía y Letras. Fue ministro de Relaciones Exteriores y presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular.

“Juro que viviré sin temor ni pusilanimidad, siguiendo sólo los dictados de mi conciencia, sin temor al ridículo, al qué dirán o a la opinión ajena. Si no fuera constitucionalmente valiente, me haré valeroso por la vía racional”. Lo prometió, en un cuaderno privado que nunca pensó publicar. La anotación es del primero de enero de 1962. Miguel Enríquez, tenía entonces diecisiete años.

Ya vivía conforme a lo que le dictaba su conciencia y por eso fue a juntarse con otros, también muy jóvenes, entre los alumnos de la Universidad de Concepción que querían hacer de Chile una tierra de justicia, libertad y solidaridad. Se acercaron a los trabajadores, a los pobladores, a otros jóvenes cuyas familias no podían costearles estudios superiores. Y en 1965 crearon el Movimiento de Izquierda Revolucionaria que pronto se convertiría en instrumento indispensable para la causa popular.

En 1967 Miguel asumió la Secretaría General de la organización y la dirigió hasta el día que libró su último combate.

El MIR había nacido en el centro de una década caracterizada por la prodigiosa rebeldía juvenil que en todos los rincones del planeta se empeñó por transformar el mundo y hacerlo a su manera, sin dogmas ni estereotipos, con la vitalidad, la frescura y el optimismo de quienes se sabían dueños del futuro. Eran tiempos en que muchos entonaban un nuevo himno revolucionario: *All you need is love*. Solo necesitas amor, coreaban multitudes que se imaginaban capaces de conquistar el cielo.

El mundo era complejo y contradictorio. La Guerra Fría con su amenaza de aniquilación universal y la erección de bloques sometidos a rígidos patrones sectarios; las disputas entre dos potencias que reclamaban para sí la paternidad del socialismo y contaminaban con su antagonismo a las fuerzas progresistas; la rebelión de pueblos largamente silenciados que en África y Asia iluminaban la senda hacia una Humanidad nueva.

El imperio estadounidense, entonces en el cenit de su hegemonía, mantenía indiscutido dominio sobre América Latina aunque enfrentaba el insólito desafío de una pequeña isla del Caribe. La Revolución cubana impactó con fuerza en un continente que Washington trataba cual traspatio seguro. En la izquierda tradicional, Cuba encontró cuestionamientos y sospechas; en la derecha y su amo foráneo, el odio vengativo; en la nueva generación, a émulos románticos y altruistas. Diseñar una estrategia propia y forjar instrumentos capaces de hacerla realidad era una misión tan difícil como riesgosa y necesitaba de una estirpe de constructores diferentes, capaces de pensar por sí mismos y actuar siempre guiados por auténticos sentimientos de amor. Así fue Miguel y así fue el MIR.

El MIR fue ejemplo de búsqueda perseverante de una ruta certera en aquel entorno enmarañado. Nació luchando contra la represión de un engendro demagógico fabricado por Washington para privar al pueblo chileno de una victoria que pareció cercana aun antes del 59 cubano. Creció, convencido de que el socialismo no sería “calco ni copia”, como dijera Mariátegui, sino “creación heroica”, bregando junto a los explotados. Con ellos, estuvo después, defendiendo el triunfo popular que llevó a La Moneda a Salvador Allende y esforzándose por hacer avanzar su proyecto renovador.

El Presidente mártir tuvo en Miguel siempre al aliado más sincero y desinteresado. Supo ver los riesgos que afrontaba el gobierno legítimo y advirtió los peligros provenientes de la traición y la inconsecuencia.

Anticipándose a la tragedia que se acercaba, convocó al pueblo a la resistencia y a marchar “adelante con toda la fuerza de la historia”.

A partir del golpe militar del 11 de septiembre de 1973 fue alma y motor de la resistencia a un régimen que no conoció límites en su atrocidad. En la más dura clandestinidad, afrontando el terror y el desánimo, agrupó fuerzas dispersas y durante más de un año dirigió personalmente la lucha armada. Su hazaña, síntesis del heroísmo colectivo, fue prueba suprema de fidelidad perenne a los ideales y sueños que animaron su vida desde la más temprana juventud.

Los fascistas lo señalaron como a su peor enemigo. Contra él y su partido crearon destacamentos especiales que los persiguieron con saña perversa. “El MIR no se asila”. Así de simple fue su respuesta.

La tiranía desató contra él una verdadera cacería. Finalmente, valiéndose de la tortura, la desaparición y muerte de militantes, el 5 de octubre lograron ubicar la modesta vivienda de la comuna San Miguel donde había hallado precario refugio. No era una fortaleza, pero el lugar fue sitiado por un nutrido contingente de agentes, fuertemente armados, incluyendo una tanqueta y un helicóptero, que atacaron sin cesar la casa donde resistía un hombre solitario. Solo se atrevieron a entrar cuando ya Miguel no podía defenderse, yacía con diez balazos en el cuerpo.

Miguel, sin embargo, seguía causando pavor a sus cobardes asesinos. Secuestraron su cuerpo y solo accedieron a entregarlo a su familia, que lo reclamó con insistencia, el día 7. Lo acompañaron al cementerio ocho familiares y un ramo de flores. Y centenares de esbirros, uniformados o con atuendo civil, mostrando, temblorosos, sus ametralladoras.

Se escuchó allí, entonces, la voz de una mujer valerosa: “Miguel Enríquez Espinosa, hijo mío, tú no has muerto. Tú sigues vivo y seguirás viviendo para esperanza y felicidad de todos los pobres y oprimidos del mundo”.

Cuarenta años después, nadie lo dude, Miguel sigue presente y estará con nosotros hasta la victoria siempre.

Nuestra memoria¹

RÉGIS DEBRAY

Escritor y filósofo francés.

Fue Chile, hace cuarenta años –como decir mil años–, otro mundo, otro tiempo. La esperanza tenía un nombre que brillaba en el horizonte: Revolución. Y en lo inmediato, apareció un asesino con anteojos negros, un tal Pinochet.

Miguel Enríquez, el líder del MIR, se había quedado en su país después del golpe de Estado el 11 de septiembre de 1973, teniendo a su lado a su compañera Carmen Castillo, que esperaba un hijo.

Una calle llamada Santa Fe, una pequeña casa azul...

Detectado, fue rodeado. Se negó a rendirse; intentó una salida disparando para proteger a los suyos. Fue abatido de inmediato.

¿Quién era Miguel? Un joven intelectual de origen acomodado, también un gozador de la vida, que no tenía nada de fanático, que se pasó con armas y bagajes desde el campo de la revolución no armada (al menos no todavía) a una revolución social, política y militante, en desacuerdo pero manteniendo una discusión constante y leal con el presidente electo, Salvador Allende, que había elegido, con todos sus riesgos y peligros también para él, la vía legal, es decir, reformista.

Yo no evocaré hoy su figura y el gran eco que suscita todavía, si Miguel no me hubiera honrado con su amistad durante mi estadía en Chile, que me concedió hospitalidad después de mi liberación en 1971.

Un militante que muere expone su vida en defensa de sus ideas. En ese sentido es una víctima, como hubo miles en América Latina durante esos años de plomo. Nuestra Europa pacificada, llena de compasión poshistórica y sin convicción firme, prefiere las víctimas a los héroes. Les consagra un culto infinito en nombre de sus buenos sentimientos, pero retrocede resueltamente ante los héroes y desarma sus estatuas una a una, en nombre de su espíritu crítico. Ese mal comportamiento hace que nuestro tiempo sea ciego o tuerto. Si bien es cierto que el culto

¹ Ponencia enviada vía correo electrónico a los coordinadores del coloquio.

santificador, escolar y simplificador de los panteones oficiales significa a menudo una empresa de autosantificación de los sobrevivientes, sería malo olvidar a las víctimas de abominables represiones pasadas que merecen seguir presentes entre nosotros en la memoria de los héroes. Sin grandilocuencia, sin transformarlos en santos de iglesia, sino porque ellos encarnan los valores plenos de futuro que cada uno tiene derecho a sentir, por tarde que sea.

Miguel Enríquez forma parte de esos desaparecidos que se deben arrebatarse a los avatares siempre demasiado interesados por la promoción oficial en convertirlos en leyenda para insertarlos en nuestro presente; de esos profetas a pesar de sí mismos, cuyo valor ético supera las circunstancias estrechamente políticas de su existencia; de esos difuntos cuyo recuerdo entre nosotros es como un llamado a romper nuestras limitaciones.

Cuando vuelvo a pensar en esa época y en nuestras discusiones de antaño, vuelvo a ver en él dos rasgos excepcionales que no parecieron ejemplares y prometedores.

El primero: se puede, se debe, ser radical sin ser sectario. Se puede armonizar la integridad, es decir un cierto extremismo moral con una apertura de espíritu hacia otras corrientes de pensamiento. Se puede combatir políticamente una posición (en su caso, el reformismo, la prudencia, la transacción) sin cubrir de oprobio a los que sostienen posiciones diferentes. Así fue su diálogo siempre mantenido, directa o indirectamente, con los defensores de la Unidad Popular.

El segundo: creer en lo que se dice y hacer lo que se dice. Es decir, lo contrario del cinismo. En una época que impulsa la distancia entre el decir y el hacer hasta la comedia o la hipocresía, un ejemplo de coherencia de ese tipo entre lo que se cree y lo que se practica merece, sin duda, ser recordado. El compromiso político desinteresado no está condenado a seguir siendo una fantasía o mera gesticulación.

Reflexionemos. En nuestro mundo mercantil en que el djihadismo está en el centro de la actualidad, el no radical toma la triste figura de un enajenado de Dios. El primero no aprecia la vida sino para expandir la muerte en torno suyo, y decapitar con cuchillo a los refractarios o a los disidentes. Es un camino errado para convertirse en ejemplo. Es algo siniestro no tener más que la elección entre dos formas de nihilismo: el consumo y la destrucción. El economicismo a este lado, y el fanatismo en el otro. Terrible círculo vicioso entre dos formas de humillación. Es bueno recordar que no siempre fue así, y que la resistencia a lo que parece normal puede tomar formas sencillamente más humanas. Los vencidos de ayer pueden dar su testimonio para hacer mejor el presente.

El paso del MIR a la clandestinidad

GUILLERMO LEIVA NARVÁEZ

Militante del MIR directamente involucrado
en la actividad de la resistencia a la dictadura en los primeros años de esta.

Quisiera retrotraer la mirada hacia el año 1974, en el Chile ya dominado y sometido a una de las dictaduras más feroces que Suramérica haya conocido. No voy a entrar en consideraciones políticas generales o detalladas, ni en un análisis histórico de carácter académico, sino simplemente abordar algunos aspectos de lo que nos tocó vivir como militantes del MIR en esa época.

El advenimiento del golpe de Estado de 1973 no fue ninguna sorpresa para los militantes del MIR. Tanto los análisis globales como el trabajo de inteligencia que la Dirección del MIR venía realizando con casi un año de anterioridad, habían preparado el terreno para una comprensión cabal de que el proceso de la Unidad Popular inevitablemente iba a culminar en un enfrentamiento armado de envergadura. Sin embargo, el creciente desarrollo de la radicalización del movimiento popular que se fue plasmando en ese período –que calificamos como prerrevolucionario–, y que se mostró en la construcción de incipientes formas de poder dual desde las bases, nos llevaba a entrever que una combinación adecuada de lucha política con apoyo armado podía generar condiciones para entrar en un período revolucionario y continuar avanzando hacia conquistas de poder real mediante el uso de todas las formas de lucha.

Hasta antes del “Tanquetazo” del 29 de junio, imaginábamos que la correlación de fuerzas políticas y sociales alcanzadas a mediados de 1973 sería suficiente para poner un freno a las intentonas golpistas que se visualizaban. Pero este evento nos mostró que la incipiente capacidad de las fuerzas populares más avanzadas y organizadas, la vacilante disposición de las fuerzas políticas de la Unidad Popular frente a lo que se avecinaba y el bajísimo estado de desarrollo de nuestra propia capacidad político-militar, eran factores que situaban al pueblo en una posición extremadamente débil. Percibimos entonces que sería muy difícil evitar una nueva intentona golpista.

Lo que no imaginábamos era la magnitud que podía adquirir la sedición militar contra el Estado de derecho ni el carácter de la guerra terrorista contrainsurgente extrema que habrían de aplicar las Fuerzas Armadas, la burguesía y el imperialismo norteamericano contra el pueblo chileno y todas sus fuerzas progresistas organizadas.

La brutalidad, extensión y profundidad que habría de alcanzar el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973, la comenzamos a sentir en carne propia desde los primeros momentos. A comienzos de 1974, ya percibíamos muy claramente que el Movimiento de Resistencia Popular que el MIR llamó a constituir tenía que desarrollarse en condiciones de absoluta clandestinidad y en un contexto de ocupación militar de todo el territorio nacional, y de una guerra total desatada por las Fuerzas Armadas contra un “enemigo interno”, el propio pueblo de Chile. Esto significó entender que el MIR, como organización de vanguardia que llamó a sus militantes a resistir en Chile y a no asilarse, debía replegarse y reconstruirse en una clandestinidad rigurosa para poder mantenerse organizada y con capacidad de actuar.

La tarea era ardua, pues en el período anterior, la mayoría de los militantes del MIR se habían desplegado en los frentes de masa, eran activistas abiertos que impulsaron la lucha ideológica y organizativa por la creación de poder popular durante los tres años de existencia del gobierno de la Unidad Popular.

Excepto en algunas instancias internas de apoyo a la Dirección, como Fuerza Central y Tareas Logísticas “Especiales”, la gran mayoría de los militantes y simpatizantes no contaba con una formación que se adecuara a la utilización de los métodos de trabajo clandestino en estado de guerra.

Sin embargo, entramos en el año 1974 con la percepción de que había que aprender rápido. Una inmensa fuerza moral nos acompañaba y comenzamos a acopiar y hacer circular documentos sobre todas las experiencias de lucha clandestina que encontrábamos a mano y que estudiábamos con ahínco: la resistencia del pueblo y los partisanos soviéticos detrás de las líneas del ejército nazi, los *maquisards*¹ de la Resistencia francesa, la guerra de liberación en Vietnam, las batallas libradas por el Frente de Liberación Nacional en Argelia, la lucha en las ciudades del Movimiento 26 de Julio en Cuba, la guerrilla urbana de los Tupamaros en Uruguay y muchas otras experiencias similares. Todo eso fue muy útil, pero insuficiente para paliar la debilidad organizativa y metodológica que heredamos del período abierto: nuestros militantes de provincia, muy conocidos por su activismo en los diversos territorios, no estaban en condiciones de replegarse creando capacidad de sobrevivencia local en sus lugares de origen y tuvieron que desplazarse hacia Santiago. Se formaron así lo que llamamos las “colonias”: grupos de com-

¹ Grupos de guerrilleros. El término deriva de la palabra *maquis*, que significa “resistente”. (N. de la E.).

pañeros desplazados hacia la capital para intentar confundirse en la multitud y escapar así a la cacería organizada por los servicios de inteligencia de la dictadura en todo el territorio nacional. Pero las estructuras partidarias capitalinas no tenían la capacidad de acogerlos ni de procurarles refugio, y ellos llegaban a un territorio desconocido donde no disponían de recursos propios individuales para sobrevivir. Esto engendró un enorme flanco débil desde los inicios.

En las circunstancias descritas, los miembros de la Dirección Nacional, aparte de trabajar en la elaboración de la política y la formulación de la táctica para el período, debían desgastarse excesivamente en múltiples tareas de reconexión de militantes, de recuperación de recursos materiales de sobrevivencia, etc., que los exponían constantemente a la represión.

Aunque algunos militantes de “colonias” cuestionaron la línea oficial y elaboraron el documento “Acerca de la derrota en Chile”, en el cual se proponía la salida del país de todos los compañeros que se encontraran prófugos, la Dirección hizo prevalecer y reafirmar la determinación de que *el MIR no se asilaba*. Esto fue posible porque entre muchos militantes la moral de combate se mantenía alta, pese al conocimiento que comenzamos a adquirir sobre la caída y el martirio de cuadros y militantes importantes, como el caso de Bautista van Schouwen, arrestado el 13 de diciembre de 1973, y otros compañeros y compañeras. Este conocimiento se fue ampliando durante los primeros meses de 1974, cuando aprendimos que el destino general de los caídos era invariablemente la tortura brutal, seguida de muerte o desaparición, excepto el de algunos militantes que fueron procesados y condenados a prisión por tribunales militares.

La existencia de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) dirigida por el ya conocido verdugo de Tejas Verdes, el coronel Manuel Contreras, y la utilización sistemática de sus métodos criminales aprendidos de la Doctrina de Seguridad Nacional impartida en el tristemente “célebre” Centro de Entrenamiento para Latinoamérica, División de Tierra, del ejército de Estados Unidos en Panamá, fue una condición que empezó a calar en nuestra percepción de militantes clandestinos. Pero en ese entonces no sabíamos nada de tal doctrina, de modo que asimilamos su contenido manifiesto en el comportamiento de las fuerzas represivas bajo la noción de “terrorismo de Estado”. Entendimos que ya no estábamos enfrentados a una represión policial clásica, por brutal y sangrienta que fuera, sino a una estrategia de aniquilamiento de las organizaciones populares y revolucionarias, concebida con perspectivas duraderas.

Para nosotros, el carácter que adquiriría así la persecución contra la Resistencia era el de una lucha a muerte y de envergadura total, pues se aplicaba no solo a la militancia sino a todo su entorno social a lo largo del país.

Desde nuestros puestos de combate, la visibilidad era reducida, y esta dimensión más vasta, aplicable a todo el Cono Sur, solo la vinimos a percibir con mayor claridad a lo largo de 1975, a medida que nos llegaban las informaciones de los

golpes represivos contra militantes revolucionarios involucrados en las tareas de la Junta Coordinadora Revolucionaria, ocurridos en Uruguay, Paraguay y Argentina, como los casos de Edgardo Enríquez, Roberto Santucho y otros.

Es importante señalar que el hecho de no tener todavía una visión global de la correlación de fuerzas tan inmensamente desfavorable que nos afectaba, no significó que los militantes que trabajamos desde los inicios en la construcción de la Resistencia no percibiéramos el carácter mortal de esa confrontación en términos concretos. Ya sabíamos que la cuestión de la represión no se planteaba en términos de un riesgo de ser encarcelados, sino en términos de vida o muerte. Pese a ello, en nuestro entorno militante primaba la preocupación central por la realización de las tareas de construcción, tanto de un partido combatiente, como de una vasta red de comités de resistencia popular en la cual poder sumergirnos clandestinamente y disminuir así el riesgo de ser detenidos. Esta necesidad se planteaba tanto en términos de sobrevivida individual, como en términos de generar capacidad para albergar a los militantes prófugos y desprovistos de retaguardia personal.

En mayo y junio de 1974 hubo fuertes oleadas represivas que significaron cientos de militantes y resistentes muertos o desaparecidos, y las estructuras centrales se redujeron en cuarenta por ciento. Pero muchos veíamos eso como una carrera contra el tiempo: avances en la construcción de capacidades de sobrevivida y acción *versus* un aniquilamiento progresivo que se manifestaba día a día. La veíamos como una batalla en la cual nuestro objetivo primordial consistía en alcanzar las condiciones necesarias para disminuir la eficacia represiva, que al comienzo se basaba mucho en la captura de militantes sin recursos ni clandestinidad organizada. Pero en esa carrera comenzamos a sufrir también muchas bajas en las estructuras centralizadas, cuya clandestinidad era a veces puramente formal. Sus miembros fueron denunciados bajo tortura por militantes capturados, otros fueron víctimas de las denuncias de traidores y traidoras que colaboraron con la DINA.

Sin duda, en esa batalla perdimos demasiados camaradas, pero el tesón por avanzar permaneció vigente en un vasto núcleo de militantes, incluso frente a golpes devastadores y a los ingentes esfuerzos de guerra psicológica que la dictadura puso en práctica para inducirnos a deponer las armas.

Al analizar esta historia retrospectivamente, puede resultar fácil argumentar que desde un punto de vista estratégico se imponía una flexibilización de la política de no asilarse, pero hay que considerar y valorar que la consigna del *no asilo* era, en esos momentos, uno de los argumentos centrales que nos permitía reclutar personas del pueblo y de otros partidos de izquierda para integrar las redes de los comités de Resistencia o trabajar como ayudistas de militantes clandestinos. Esa era precisamente la determinación básica, resumida en una consigna clara y entendible por todo el mundo, que nos permitía acercarnos a quienes de-

seaban contribuir de una u otra forma a la resistencia contra la dictadura. Sin esa consigna, la noción misma de “resistencia” era impensable, y eso era válido tanto para los dirigentes como para los militantes que estábamos en condiciones de luchar. Fue también la determinación que llevó a Miguel Enríquez a permanecer en Chile a la cabeza de ese esfuerzo, titánico, pese a las múltiples recomendaciones que según sabemos hoy él recibió en el sentido de replegarse al exterior.

Como excombatientes de ese período, podemos testimoniar que esa fuerza moral se nos imponía por esta acogida popular a la determinación del MIR. Solo en el período de 1974 a fines de 1975, por ejemplo, algunas de nuestras células militantes clandestinas llegaron a construir redes de apoyo al movimiento de Resistencia que contaban cientos de simpatizantes desconocidos para los represores. Pese a que esas células fueron desarticuladas y sus militantes asesinados, desaparecidos, presos o expulsados del país, la mayoría de esas personas anónimas del pueblo continuó trabajando durante años, creando refugios para prófugos, ayudando solidariamente a los presos políticos, aportando apoyo a la lucha por los derechos humanos, haciendo agitación y propaganda, reproduciendo y haciendo circular manuales, etc. Son ellos quienes, finalmente, diez años más tarde, participaron activamente con sus familias en las asonadas callejeras que prepararon las condiciones para la pérdida del miedo y condujeron al triunfo del NO en el plebiscito que obligó a Pinochet a retirarse de la presidencia.

Es indudable que en 1974 la caída en combate de Miguel Enríquez fue un golpe devastador. Lo fue para la continuidad de la capacidad organizativa del MIR, y también para el espíritu combatiente de muchos antiguos militantes que lo conocieron de cerca y sabían muy bien la capacidad que con él habíamos perdido. Pero su ejemplo consecuente imprimió también un acicate a la determinación de los militantes y simpatizantes más recientes que no conocieron directamente al Secretario General, que reaccionaban instintivamente con espíritu de emulación a su arrojo, y muchos de los cuales manifestaron abierta y espontáneamente un desafío simbólico: había que “recoger su fusil” y continuar en la trinchera.

El 5 de octubre de 1974 se abrió un período de represión en el cual el núcleo central del MIR fue casi desarticulado. Ese período se prolongó por oleadas durante todo el año siguiente y, golpe tras golpe, los sobrevivientes se endurecieron para resistir. Sin embargo, no fueron desarticuladas todas las redes de resistencia que la militancia logró constituir en tan adversas condiciones.

La represión se había hecho más selectiva sobre los militantes, y los ayudistas reclutados se “congelaban” para reactivarse después. Algunos se reorganizaban, pues habían aprendido reglas de clandestinidad; otros formaban células desconectadas, etc. Resumo sus resultados: a fines de 1975 contábamos con alrededor de trescientos cincuenta militantes ejecutados o hechos desaparecer, mil doscientos detenidos y varios centenares de exiliados. Algunos califican esto como la “gran derrota del MIR”, pero pocos hacen resaltar el hecho de que un puñado de

militantes logró sobrevivir y darse una Dirección Nacional, manteniéndose en una rigurosa clandestinidad durante más de un decenio en el territorio nacional y que contribuyó, junto a los militantes retornados del exilio, a relanzar nuevos e importantes combates de la resistencia popular contra la dictadura.

En el año 1974, pues, el MIR dio un combate en condiciones de notoria y objetiva inferioridad de correlación de fuerzas contra un enemigo que desplegaba en gran parte de América Latina una estrategia contrarrevolucionaria global. Con visión de futuro, y para disminuir esta inferioridad, la Dirección del MIR levantó también una estrategia que permitiera eludir al cerco en un territorio restringido: propuso y participó en la creación de la Junta Coordinadora Revolucionaria del Cono Sur, integrada por el Partido Revolucionario de los Trabajadores y su estructura militar, el Ejército Revolucionario del Pueblo, de Argentina; el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros, de Uruguay; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, de Chile; y el Ejército de Liberación Nacional, de Bolivia.

Para nosotros, los militantes, enfrentados como estábamos a nuestras evidentes falencias en una guerra contra un enemigo superior, la perspectiva de integrar una organización revolucionaria de dimensiones continentales constituyó un gran aliento, no solo por el significado político de tal unidad, sino también por sus consecuencias prácticas previsibles en el desarrollo de nuestra capacidad efectiva de acción. Esto nos llevó a reafirmar nuestra voluntad de combate en el territorio nacional y nos permitió también imaginar alternativas de repliegue a retaguardias cercanas organizadas en caso de gran dificultad, y de intercambio de combatientes, en caso de necesidad. Sabíamos que esas alianzas eran incipientes y que se necesitaba tiempo para que fructificaran en el terreno, pero el impacto de su formulación explícita fue importantísimo para afianzarnos en nuestra determinación.

Hoy sabemos que la Junta Coordinadora Revolucionaria no alcanzó sus objetivos, pues fue destruida en sus orígenes a través de la aplicación del “Plan Cóndor”, la operación internacional represiva nacida en octubre de 1975 a partir de una iniciativa de Pinochet, apoyada por la CIA, que permitió que los militares de las dictaduras de Chile, Argentina, Brasil, Uruguay, Bolivia, Perú y Paraguay se coordinaran para intercambiar información con el fin de arrestar, torturar, matar o hacer desaparecer, en sus respectivos territorios, a los militantes revolucionarios de los países vecinos. Pero en 1974 no disponíamos aún de los elementos necesarios para visualizar esa perspectiva en gran escala.

Lo que quiero hacer resaltar hoy, ante los múltiples análisis críticos de los errores estratégicos y tácticos cometidos por el MIR y otras organizaciones revolucionarias de la época –muchas veces atacadas ideológicamente–, es que muchos de esos análisis se fundamentan en conocimientos adquiridos con posterioridad. “Después de la batalla, todos son generales”, dice el adagio. Pero hay que romper con esta actitud. La insurrección de la Comuna de París se recuerda hoy por lo que

aportó al movimiento obrero de Europa, y pocos se detienen a considerar críticamente que fue brutalmente aplastada en una sangrienta derrota que le costó la vida a miles de ciudadanos. ¡No! Se rescatan sus virtudes y se sacan las lecciones positivas de ese hecho histórico. Es lo que corresponde hacer.

Hoy nos interesan los análisis y las críticas que se hacen desde una perspectiva revolucionaria, que sirven para plantearse la estrategia y las tácticas del presente, enfrentados, como estamos, a una situación global muy diferente a la de los años setenta. En este mundo actual globalizado a través de la dominación capitalista neoliberal y financiera –de cuya implantación, Chile fue el laboratorio–, donde no existe ya más un campo socialista, es importante rescatar lo que el sacrificio de tantos combatientes revolucionarios del Cono Sur dejó como legado. Eso lo están entendiendo hoy los jóvenes chilenos que se movilizan en los movimientos sociales y se plantean, como el MIR lo hizo entonces, la construcción de un poder popular autónomo, independiente de los juegos políticos institucionales enmarcados por la dominación de las oligarquías de siempre y limitados por las inconsecuencias meramente reformistas.

Esos jóvenes rescatan hoy esta noción esencial de construcción de ese tipo de poder que solo se puede construir desde abajo, en una diversidad de colectivos y organizaciones politizadas y radicalizadas, de un “pensamiento revolucionario”. Muchos se nutren de lo que llaman “el mirismo”, sin hacer referencia a la organización MIR, y ponen de relieve el hecho de que se encuentran en la continuación de la misma lucha. Quieren repensarlo todo, pero no desde cero, sino desde lo que toda una generación de revolucionarios fue capaz de elaborar con vigencia permanente, pese a todas las falencias que podamos distinguir retrospectivamente.

El Antaño encuentra el Ahora

CARMEN CASTILLO ECHEVERRÍA

Historiadora y cineasta. Miembro del MIR
y compañera en la vida de Miguel Enríquez.

No me hace falta recordar la belleza de su rostro el día de su muerte. Miguel no se ha ido. Hoy me pregunto qué debo hacer con la vida de Miguel Enríquez, militante e intelectual revolucionario, no con su muerte.

Tal vez mi vivencia en esa casa ubicada en el número 725 de la calle Santa Fe, comuna de San Miguel, sea un punto de partida. Diez meses de vida y todo lo que uno puede esperar a lo largo de esta, allí lo viví. Cada acción de nuestros días, el menor gesto en ese lugar, realizado como si fuera el último. Ni una componenda, ninguna ligereza, ninguna flaqueza que hubiera que reparar al día siguiente. No teníamos tiempo para eso.

El espacio vibra de gestos cotidianos. El murmullo de los juegos infantiles, los ladridos del perro se mezclan con el tecleado de la máquina de escribir y con un concierto o una canción. Entre la cocina, la limpieza y las tareas militantes percibo las páginas que Miguel voltea buscando una frase en libros que hubo que rescatar de sus escondites, camuflar y trasladar hasta sus manos. Miguel trabaja, y para pensar convoca las experiencias históricas, los filósofos marxistas, los escritos revolucionarios, la literatura y la ciencia. En esa casa habitan junto a nosotros muchos muertos, no hay frontera entre ellos y nosotros. Nos ayudan a descifrar la máquina de matar de la dictadura, nos educan el oído y los ojos para comprender las voces bajas de la sociedad aplastada y dibujar una perspectiva más allá de la oscuridad.

Un verano, un otoño, un invierno y en la primavera, ese 5 de octubre, el soplo de su vida dejó la casa y se fue hacia las nubes. Las nubes en perpetuo movimiento están formadas de cristales de hielo minúsculos, uno de ellos contiene mis horas compartidas con él, uno pequeñito que se fusiona con aquellos de ese Nosotros, múltiple y potente que formábamos todos. Militantes del MIR insertos en los movimientos sociales hasta el golpe de Estado y cada célula en resistencia renaciendo de las cenizas del bombardeo a La Moneda, de la sangre de Salvador Allende.

No hubo para nosotros otra alternativa. Había que luchar para salvar el futuro de nuestro pasado reciente, las conquistas sociales, la democracia, nuestra visión de la historia, nuestro sueño.

Miguel muere en combate. Su AK empuñada para vivir, no para morir.

Es un deber conmemorar sin fin el combate heroico, pero es necesario también nutrir nuestra memoria de los “porqué”, *con toda conciencia y conocimiento de causa, el ser amado murió, él que no era ni víctima ni inocente*. Buscar aproximarnos al misterio de este hombre, un revolucionario, no convertir su ser en un cliché formateado “héroe”, no reducir su experiencia de la libertad en acción, “la libertad sin acción no existe, la libertad es la experiencia del deseo reconocido, elegido y perseverado de cambiar el mundo, el deseo es querer, querer ahora”, a la palabra “sacrificio”.

Biografías de Miguel Enríquez se están publicando o escribiendo. Una historia del MIR se encuentra en su fase de investigación. Existen relatos, testimonios, poemas, canciones.

Yo, que no pude morir con él ni morí por su ausencia, tengo que reinventar la herencia, restablecer la circulación sanguínea, entre ese pasado y mi futuro.

Si la memoria es un instrumento de reflexión y no de legitimación, la única manera a mi alcance de no desviar o secuestrar la herencia de Miguel, es perseverar en la acción política radical. La vida de Miguel y lo que su muerte contiene de vida, son una brújula que me ayuda a mantener el rumbo en medio de la tormenta de este nuevo siglo.

El encuentro entre el Antaño y el Ahora es un movimiento continuo, dialéctico, diría.

El presente de mi vida en Chile se ha ido poblando de amistades nacientes y para siempre. Es caminando en busca de las huellas de nuestro pasado, el MIR, donde mis pasos cruzaron los de mujeres y hombres que considero hoy mis amigos. Son jóvenes y no tanto, tienen la postura del combatiente, aquel que dice no, un no rotundo a la desigualdad, la injusticia, el simulacro de democracia, aquel que crea a la escala de su vida y allí adonde está, una forma de lucha y nuevos vínculos.

Nombro a algunos al correr de la pluma, pero son ya una multitud. Cada uno es un colectivo organizado, pequeño a lo mejor, pero tan potente en estos tiempos sombríos de tiranía económica que vivimos. Aliwén Antileo y José Huenchunao, en las tierras mapuches; Carlos Aguilar, Verónica y Luis, en Atacama; ellos, exigiendo el derecho a existir y recuperar lo expoliado me abrieron, en los noventa, la puerta de regreso a mi país.

A partir de 2003, cuando los viejos andábamos pensando cómo rendir homenaje a Miguel en ese octubre por venir, a treinta años de su muerte, me fui entre otros, detrás de Pedro Pedro y Marcos Muñoz, sobrevivientes del MIR, hacia las poblaciones de Santiago. Despuntaron junto a mujeres como Blanca en La Victoria, quien condujo las protestas contra la dictadura en los ochenta,

o Luisa y Manuel Vergara en Villa Francia, clamando justicia y un mundo solidario. Aparecieron, digo, algunos jóvenes, nuestros hijos, el Bombero, el Punto, Abner, Tamara, el Tejo, Alondra... Entre ellos revoloteaba Miguel, los miristas desaparecidos o asesinados, invisibles bajo los proyectores del consumo y el divertimento, se erguían como un faro iluminando el camino de rebeliones, resistencias, construcciones de conciencia y voluntad.

A pesar de la fallida transmisión de mi generación, en los territorios populares encontré tesoros de archivos audiovisuales, relatos, lágrimas y risas, brasas encendidas en el desierto de la modernidad. Supe que Borges tenía razón contra mi melancolía: “Todo nos dice adiós, / todo se aleja, / la memoria no acuña su moneda, / y sin embargo hay algo que se queda, / y sin embargo hay algo que se queja”.

Entre 2006, Revolución de los pingüinos y la explosión de 2011, son los muchachos quienes crearon la sorpresa, abriendo bifurcaciones inesperadas, mostrando que la historia nunca está escrita de antemano. Ellos con sus marchas, sus ocupaciones de liceos y universidades, su grito exigiendo educación pública y gratuita, irrumpen contra el tiempo lineal, fijo y vacío del liberalismo triunfante. Una brecha se abre, en pocas semanas, en 2011 pasamos de la demanda educativa a la demanda de nacionalización de los recursos naturales. Con ellas comenzó la batalla por una nueva constitución y una reforma tributaria.

Un viento fresco limpió el aire contaminado de bombas lacrimógenas y destruyó el miedo. Las calles inundadas de banderas rojas y también negras, de consignas reactualizadas, la alegría de descubrirnos numerosos, la juventud y “nuestra juventud”, unidos, el eco de nuestros mártires tomándose la Alameda como lo presagió Salvador Allende en su último discurso.

En esos días, Gabriel Iturra, vocero de la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios, me invita a participar en talleres. Seguirán los de cine popular, organizados por Carolina y José Luis Sepúlveda, en Concepción, junto a Felipe Quezada, presidente de la Federación de Estudiantes de esa ciudad. La sed de aprehender la vida de Miguel y nuestras experiencias. Esos momentos compartidos me rejuvenecen.

A pesar de la historia oficial de los vencedores, del precio del libro y del secuestro de los medios de comunicación, esa generación se ha forjado una cultura política sólida y ha creado las herramientas indispensables para resistir al sortilegio del mercado y a la servidumbre voluntaria. Así, guiada por esos nuevos actores políticos –y pido disculpas a todos los que no nombro–, fui vinculando mis pasos al caminar de “los de abajo”. Me estremece la dureza de sus vidas, me maravilla el coraje, la perseverancia, el humor, la astucia de cada uno.

Ese presente en lucha aclara mi pasado, es como si Miguel se volcara hacia esa energía naciente y que su ser tocado por esa irradiación, nutriera la conciencia de los que se rebelan hoy. Esa energía, como luciérnagas en la noche, son las luchas mismas, “no una sociedad utópica predefinida sino la utopía que las inspira”.

¿Pero cómo transmitir nuestra historia a los que se reconocen en ella? Humildad, rigor y mucho trabajo.

Pienso como mi amigo Daniel Bensaïd, filósofo y militante, fallecido a los sesenta y cinco años, que nuestra fidelidad testaruda a los compromisos radicales, democráticos, sociales, internacionales de los años sesenta no es para nada la inmovilidad de una juventud que no supo envejecer ni adaptarse. No abandonar no significa encerrarse en una ciudadela sectaria o en una postura reclusa. Solo aprender, para nosotros que estábamos apurados, la lentitud de la impaciencia.

Sabemos que entre el Antaño y el Ahora el mundo cambió, irremediablemente. Nuestra religión de la historia basada en el progreso continuo de la humanidad se derrumbó y aunque siempre denunciemos el “modelo soviético”, en sus ruinas quedaron muchas de nuestras ilusiones y certezas.

Para la generación de los años sesenta, el compromiso político organizado era una evidencia. Avanzábamos convencidos de librar la batalla final. La revolución se concretaría a la escala de nuestras vidas. A pesar de los golpes y la dictadura militar, nuestra visión perduró. Sin embargo, a fines de los ochenta y en todo el planeta, muchos insolentes rebeldes, seducidos por los espejismos de una globalización feliz, renunciaron a cambiar el estado de las cosas y se sumaron a la fila de los vencedores.

Pero la proclamación arrogante del “fin de la historia” y en consecuencia la desaparición de la lucha de clases –aunque nadie niega la existencia de los ricos y de los poderosos–, no mejoró la situación de los pobres ni de “los del medio”. La búsqueda del consenso despolitizó y destruyó el tejido social. Chile es hoy uno de los países más desiguales del mundo.

El neoliberalismo impone sus reglas, brutales pero cubiertas de azúcar, al conjunto del planeta. Eso lo sabemos todos. Solo logré comprender su funcionamiento leyendo a John Berger. Él es un escritor que tiene más de ochenta años, pero su juventud atrae como un imán. Lo conocí gracias a los zapatistas que él visitó en sus comunidades. Su inmensa obra no le impide publicar un folleto militante: *En el entretiem po, reflexiones sobre el fascismo económico*, donde propone un punto de referencia para describir el período en que vivimos: la prisión. No se trata de una metáfora, dice, el encierro es real, pero para describirlo hay que pensar en términos históricos. Su texto es preciso. El capitalismo financiero ha encarcelado al mundo. Utiliza a los gobiernos nacionales –y a sus políticos– como capataces de esclavos, y a los medios mundiales, como sus distribuidores de droga. Esta tiranía, cuyo único fin es la ganancia y la incesante acumulación, nos impone una visión: un diseño de la vida febril, precario, despiadado e inex-

plicable. ¿Cómo podemos nosotros, prisioneros todos, por lo tanto todos camaradas, actuar como seres libres en esta nueva situación? John entrega pistas inauditas por su claridad y sencillez en ese libro. Nos dice que si el poder es débil por ignorar lo que sucede en los rincones de la prisión, debemos escuchar las múltiples experiencias locales porque ninguna es caduca, sino que toda acción de sobrevivida es respetada y resulta banal decir que la sobrevivencia depende a menudo de la solidaridad entre los prisioneros. El poder sabe eso y utiliza todos los métodos para mantener el aislamiento y cortar la vida de cada persona de la historia, la herencia humana, la tierra y fundamentalmente, de un futuro común.

Tras los muros de la prisión, las palabras pronunciadas por los guardianes están desprovistas de sentido y ya no son útiles para reflexionar. Hay que arrojarlas fuera de nuestros pensamientos más íntimos. Desprenderse de la palabrería de los carceleros, afirma John, saber que es “mierda”. Sus himnos, sus consignas, sus palabras vertidas en una letanía cautivante: *seguridad, progreso, democracia, identidad, civilización, flexibilidad, productividad, integridad, terrorismo, libertad*, repetidas y repetidas con el fin de confundir, de distraer y calmar al conjunto de los detenidos.

El grado de lo aparentemente inexplicable aumenta de día en día. La política del sufragio universal pierde su sentido porque el discurso de los políticos nacionales no tiene conexión alguna con lo que hacen o puedan hacer. Las decisiones fundamentales del mundo de hoy las toman los especuladores financieros y sus agencias, seres innumbrables y políticamente enmudecidos. “Faltan palabras para nombrar o explicar el flujo diario de los problemas, las necesidades no cubiertas y los deseos frustrados”, dice John Berger citando a Chaplin.

Me pregunto lo que pasaría si volviéramos a poner en circulación nuestras viejas palabras hundidas en los escombros de la historia.

Las palabras de la emancipación, socialismo, revolución, comunismo, no salieron indemnes de los tormentos del siglo pasado. Pero, de todas las que antes eran portadoras de grandes promesas, la de comunismo es la que sufrió mayor daño por sujetarse a una empresa totalitaria. Y sin embargo, es la que mejor evoca lo común en el reparto y la igualdad, la puesta en común del poder, la solidaridad en oposición al cálculo egoísta y a la generalización de la competencia, la defensa de los bienes comunes de la humanidad, naturales y culturales, contra la deprecación generalizada y la privatización del mundo.

Inventemos en el “entretiempos” donde vivimos, otras palabras. Comencemos por lo que nos une, sin negar las discordias, pequeñas expresiones que sin embargo dan cuenta de todo un mundo, aquel de los sufrimientos inútiles, del aguante y de las pillerías. Poco a poco, murmullo tras murmullo, reaprendemos a informarnos sobre lo que realmente está sucediendo y escuchamos las historias borradas del pasado, entonces volvemos a encontrarnos, espalda con espalda, con nuestros muertos.

Eso es lo que hoy sucede en Chile: un encuentro luminoso entre el Antaño y el Ahora. Una conexión secreta entre los nuevos actores políticos, constelaciones de rebeldía y creación de espacios realmente democráticos, con los acuíferos subterráneos de los movimientos revolucionarios del mundo. Ese caudal es más fuerte que la amnesia impuesta o que las reescrituras de la historia. Lo nuevo surge del flujo continuo, a veces imperceptible, de las memorias movilizadas de las luchas del pasado.

La historia por venir es incierta, el compromiso político es entonces una apuesta, un reto a lo incierto. Pero nada está escrito de antemano, la historia la hacemos nosotros, cada día, para preservar la irrupción de lo posible, la chispa revolucionaria.

La lucha es colectiva, no obstante la decisión de luchar es personal, íntima. Miguel conoció de niño ese sentimiento de indignación frente a la injusticia, su empatía con los que sufren, los humillados, los pobres, fue tal vez primero un sentimiento antes de ser racional. El afecto es hoy más necesario que nunca, teje solidaridades, fidelidades, que no pueden ceder ante el primer revés o los más grandes obstáculos.

En Miguel, el compromiso revolucionario, era una manera de ser, una forma de vida, una moral. Su vida se encarna para mí en la voz zapatista que dice: “Para luchar se necesita un poco de vergüenza, un tanto de dignidad y mucha organización”.

¿Cómo? ¿Con quién? Todo es válido, puesto que todo es política. Sin ninguna certeza de ganar, los movimientos sociales, locales y específicos entregan una energía total en objetivos inmediatos. Oscar Olivera, con voz suave y pausada me cuenta cómo ganaron la Guerra del Agua, en Cochabamba, en el año 2000: “Quitándonos el miedo. En la acción colectiva, creando espacios de recuperación de la confianza en nosotros, en el otro, se diluyó el miedo, esa fuerza invisible, nuestro principal enemigo más poderoso que la multinacional o el FMI.”²

La prisión, el mundo impuesto por los poderosos, amenaza incluso a los muertos. “No venderse, no rendirse, no claudicar”.

Miguel y nuestros caídos en la lucha de resistencia contra la dictadura y por un mundo de justicia y verdadera democracia, esperan de nosotros, los viejos y las nuevas generaciones de luchadores, la realización de su sueño.

Si continuamos siendo fieles a una visión de la historia como lucha permanente entre oprimidos y opresores, lo que es mi caso, esa exigencia es un mandato de vida, una manera de vivir sin reconciliación posible. “Continuar y de ser posible, consumir el combate emancipador; la realización de lo que habría podido ser pero no fue”. Se trata siempre no solo de restituir el pasado sino de trans-

² En el documental de Carmen Castillo, *Aún estamos vivos*, 2014. (N. de la E.)

formar activamente el presente. Eso lo aprendí leyendo el libro de Michael Löwy, *Aviso de incendio*.

La fidelidad a Miguel Enríquez se juega en el presente de nuestras vidas políticas. Con las lecciones de Miguel y del MIR en la cabeza, lúcidos y con mucho humor, revolucionarios repletos de dudas, sin certezas, apostemos desde las incertidumbres del siglo, levantando el coraje como un valor no negociable, poniendo una energía absoluta al servicio de certezas relativas, inventemos las nuevas formas de la lucha anticapitalista.

Ese sábado 5 de octubre de 1974 habita siempre el presente. Con su acto libre de resistencia a la muerte, Miguel nos dice: “Resistir a lo irresistible es ejercer el poder indestructible de resistencia a la destrucción. Solo se resiste a aquello que tememos no poder resistir.”

Afuera es un hermoso día y otras voces reinventan el encantamiento del mundo.

Palabras cruzadas

debate y opiniones

DEBATES

Rosario Alfonso (ICIG Juan Marinello): Con la idea de reflexionar y abordar toda la riqueza intelectual y revolucionaria de Miguel, sobre todo con una perspectiva de futuro, le damos la palabra a los ponentes y participantes para seguir construyendo, desde el debate, este conocimiento colectivo, transformador y revolucionario.

Fernando Martínez (ICIG Juan Marinello): En la ponencia de Rafael Acosta, un texto que tuvo tantas cosas importantes, respecto a la invasión soviética a Checoslovaquia quiero aclarar que fue el Buró Político cubano el que tomó la decisión que expresó Fidel la noche del 21 de agosto. No fue una decisión personal. Fue una larga, buena y dura discusión, no porque estuvieran en desacuerdo, sino por lo duro de la cuestión entendida como una “amarga necesidad”. El discurso de Fidel es un discurso muy desafiante por lo que plantea –incluso directamente–; dice: “¿y los tanques del Pacto de Varsovia van a defender a Vietnam?, ¿y los tanques del Pacto de Varsovia van a defender a Cuba?”

Luis Suárez (ponente): Existen diferentes interpretaciones acerca del discurso de Fidel en relación con Checoslovaquia. Al respecto, con toda franqueza, quiero decir que mi interpretación está muy cerca de la expresada por Fernando Martínez: ese discurso no fue una aceptación complaciente de la ocupación de ese país por parte de las tropas soviéticas y de algunos países integrantes del Pacto de Varsovia. Fue un desafío, un reto, a los soviéticos.

Rafael Acosta (ICIG Juan Marinello): Valdría la pena decir lo siguiente sobre el apoyo de Cuba, o mejor, del gobierno cubano a la invasión soviética a Checoslovaquia: sobre eso se ha escrito muy poco, hay muy poca literatura. Que recuerde ahora, en la revista *Temas*, en los dos números dedicados al cincuentenario de la Revolución cubana, hay un texto de Manuel Yepes con mucha información y algunas cosas sesgadas que se pueden entreleer; también las *Memorias* de Rossana Rossanda y el libro *Los guerrilleros en el poder* de K. S. Karol, uno de los más importantes

que se publicó sobre la Cuba de los sesenta; son comentarios y citas, repito, muy fragmentarios. Pero también hay muchos testimonios de gente que dice “bueno, sucedió esto o lo otro”. Se habla de una reunión convocada por Fidel ese día, con un grupo de dirigentes para sondear la opinión, tomar el pulso de por dónde andaban los comentarios que había y, según aparece en los libros mencionados, es que realmente el sentido mayoritario que existía en el país era condenar la invasión soviética a Checoslovaquia.

Creo, también, que esa noche la oratoria de Fidel demostró su talento político, su capacidad de mantener un equilibrio en situaciones realmente muy complicadas. Pero tengo la impresión de que el sentimiento mayoritario que había en Cuba en ese momento era el de condenar la invasión. Lo que sucedió es que la relación entre el líder de la Revolución y el pueblo cubano era de un carácter tan biunívoco, había un respeto tan grande por Fidel, gozaba de una autoridad tan grande en ese instante, que la gente iba actuar y pensar conforme él lo planteara, en la dirección que él estableciera, no importa que la gente entendiera o no. Escuché ese discurso en casa de Luis Buch, una persona de una militancia total, y recuerdo que nos quedamos muy convencidos.

En las memorias de Max Aub, residente entonces en México, se plantea que Federico Álvarez y Roberto Fernández Retamar escucharon el discurso en su casa, y que la opinión unánime (incluso la de Álvarez y Retamar) era que Fidel iba a condenar la invasión. Y como se sabe, la condena se convirtió en un apoyo condicionado y crítico a la URSS, pero apoyo al fin. Eso costó muchas críticas de los intelectuales que asistieron al Congreso Cultural de La Habana, solo siete meses antes, y de otras personas en el mundo, personas amigas, que no entendieron la posición de Fidel. Es lo que puedo decir. El sentimiento general que había en Cuba y lo que se esperaba de Cuba –aunque eso es muy difícil de demostrar hoy– era condenar la invasión, sin embargo, la manera en que esa noche Fidel expresó sus ideas, realmente demuestra –repito– su talento como dirigente; pero lo que se esperaba de la Revolución cubana, a seis meses de lo dicho por Fidel en el Congreso Cultural de La Habana, que fue un ataque violento contra la política exterior de la URSS y el campo socialista, no era un apoyo crítico ni condicionado a la invasión soviética a Checoslovaquia; se esperaba una condena a la invasión. Esa es mi opinión.

Gabriel Molina (periodista): Es bueno recordar la voluntad revolucionaria de Fidel por los problemas que abordamos hoy de la Unidad Popular, de Chile, del MIR, de los sucesos de 1968, de Checoslovaquia. Para analizar este último acontecimiento, hay que situarse en el momento histórico mundial cuando se produce la intervención de la Unión Soviética en Checoslovaquia. Tuve el privilegio de vivir todo aquello muy de cerca porque estaba al frente del Noticiero de Radio y Televisión. Recuerdo que Fidel en esos días, en privado, expresaba cosas tremendas de la situación allí, que él repudiaba muchísimo toda la actuación de los soviéticos en ese caso;

y ese mismo día, tuve la oportunidad de llevarle la información de que se había producido la intervención, la invasión. Él se quedó pensando y dijo una expresión fuerte. Yo pensaba que el discurso iba a ser terriblemente inflamado, pero realmente fue una lección más de Fidel, porque yo sabía cómo se sintió en ese momento. Sin embargo, estaban sus responsabilidades de jefe de Estado, la situación que tenía Cuba.

Ya se ha mencionado aquí la ofensiva revolucionaria de los años 1967 y 1968, que había traído una serie de problemas, porque no había nada en Cuba. Estábamos, además, todavía bajo la influencia de la Crisis de Octubre, y recuerden que Fidel repudió su desenlace de una manera tremenda. Lo repudió tanto, que cuando al año siguiente por primera vez fue a la Unión Soviética, hubo una recepción popular en la calle y luego un almuerzo con Nikita Jrushchov, y lo primero que hizo fue decirle lo disgustado que estábamos todavía y que rechazábamos el final que tuvieron los acontecimientos. Esto se siguió reflejando durante los próximos años, las relaciones entre la Unión Soviética y Cuba eran tensas, pero muy tensas; y la situación con el pueblo cubano también era tensa porque había una gran escasez de todo. Esto explica bien cómo el jefe del Estado, el jefe del país, hace un discurso tremendo donde explica sus principales ideas sobre el asunto.

Alexander Correa (ponente): Si uno revisa la prensa cubana del año 1968, me pongo en la cuerda de que había un intenso intercambio –lo llamaría de esa forma– entre las dirigencias checoslovaca y cubana. En el *Granma*, desde enero de 1968 hasta mayo del propio año, hay como tres o cuatro noticias de acuerdos bilaterales entre Cuba y Checoslovaquia; por ahí podría indagarse un poco cuál era la percepción que se tenía de Checoslovaquia en esos momentos.

Creo que hay una circunstancia central, que es el intento de la práctica de un golpe de Estado a Fidel Castro por la vía de la microfracción, y ese intento es importante, porque para mí demuestra dos cosas: una, que el liderazgo de Fidel Castro se había vuelto incómodo, no solo por su influencia en Cuba, sino por la influencia tan grande que tenía en América Latina; y dos, que en el proceso de ruptura de la dirigencia revolucionaria con el socialismo del PCUS, se estaba a un mismo tiempo intentando conservar la institucionalidad que venía del Partido Socialista Popular (PSP).

Cuando se formula lo de la microfracción, Carlos Rafael Rodríguez tuvo un discurso de defensa total al PSP y explica cómo este no había tenido nada que ver con la microfracción. Eso dicho hoy parece un chiste, pero había una intención de conservar una cierta institucionalidad que ya estaba consolidada.

Y la última cuestión, es que a mí me parece que en el momento en que Cuba es más dependiente de la Unión Soviética –y la dependencia es un asunto bien caro a la tradición progresista cubana–, es cuando a su vez Cuba se vuelve más reacia a la Unión Soviética en términos de discurso político. O sea, hay que ver si estoy atrapado por las condiciones económicas que me están imponiendo

y

al mismo tiempo, te voy a “hacer la contra” a nivel discursivo y a nivel político práctico.

Me parece que esa etapa tampoco puede ser comprendida si no se entiende un proceso subterráneo y del cual no se habla prácticamente: la institucionalización del Partido Comunista en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR); que es el que continúa el avance del marxismo soviético dentro de la sociedad cubana.

Entre 1968 y 1970 el Partido Comunista creció mucho y yo tengo la hipótesis de que este es un proceso de la consolidación de la organización del Partido en las FAR. Y casualmente, dentro de la heterodoxia cubana, cuando las revistas como *Teoría y práctica*, por ejemplo, son defenestradas; y cuando todo un sector del marxismo más soviético es desplazado de espacios públicos, ese mismo sector y muchos de los integrantes de la revista *Teoría y práctica* y de las Escuelas de Instrucción Revolucionaria pasan a los órganos de prensa de las FAR y a la institucionalización del Partido allí. El supuesto de que Cuba era heterodoxa de 1965 a 1966 se puede volver una media verdad si no tenemos en cuenta que subterráneamente se está produciendo un proceso de institucionalización de un partido altamente disciplinado, muy dogmático, y es el espíritu que toma el resto de la sociedad a partir de los años setenta.

Félix Valdés (panelista): Al tema que me quiero referir es al de la memoria, que es el móvil principal para hacer este encuentro y por qué. Precisamente fueron los jóvenes quienes hicieron cercana toda esta realidad y supieron ver, leyendo a Miguel, cómo tenía una posición limpia, clara, revolucionaria, desprovista de todo dogma, crítico del Partido Comunista y de las posiciones a que tendía el Partido Socialista en Chile en ese tiempo, y era totalmente coherente con las líneas guevariana y la de Fidel, o sea, con lo más revolucionario, lo más auténtico, propio, y que nacía en el continente latinoamericano.

Siempre me quedó esa preocupación cuando vi en el documental de Carmen Castillo que estaban tratando de recuperar la casa de Santa Fe donde fueron baleados ella y Miguel, y que tras dos horas de resistencia terminó con la muerte de él, y le preguntan a Carmen: “¿Qué sentido tiene recuperar la casa? ¿Para qué la queremos, para un museo, para colgar íconos, para dejarla muerta, tenerla para qué? ¿Qué vamos a hacer?” Entonces, a mí lo que me preocupa de todo esto y es lo que quiero dejarle a cada joven, es el sentido que tiene recuperar esta memoria –que no es distante– es una memoria de solo cuarenta años y tiene los sentimientos profundos de un pueblo –el chileno– que pasó mil problemas, y los sigue pasando. Es decir, a veces cuando leo algún trabajo de Carmen o algo de Patricio Guzmán del tema de la memoria, me doy cuenta de que tenemos que salvar nuestra memoria para depositarla en manos de los jóvenes. En esa labor de padre, de profesor, de maestro, es que veo esta preocupación, que veo la belleza y también la grandeza de hacer este tipo de encuentros.

Fernando Luis Rojas (ICIC Juan Marinello): Nos dio mucha alegría que hoy el Comité Municipal de la UJC de Plaza de la Revolución decidiera venir a acompañarnos aquí, sobre todo porque está en la línea de lo que estamos defendiendo y de lo que decía Félix hace un momento. En ese sentido, en una síntesis muy breve, de julio a aquí pueden mencionarse cuatro actividades del Marinello que llaman mucho la atención: Taller sobre el pensamiento, vida y obra de José Carlos Mariátegui; presentación del ensayo-documental realizado por Rosario Alfonso, *Los amagos de Saturno*; Taller por el aniversario de la obra *El Ingenio*, de Manuel Moreno Fraguas; y este coloquio sobre el MIR y Miguel Enríquez. A no dudarlo, hay un mensaje de por dónde vamos los jóvenes del Marinello, porque para nadie es un secreto que todavía tenemos aquí algunos silencios y que no es solamente un acto de reivindicación de la figura de Miguel Enríquez, es un acto de reivindicación que estamos pensando los jóvenes con nosotros mismos. Al menos los jóvenes del Instituto vamos por ahí.

Luis Emilio Aybar (ICIC Juan Marinello): Justamente nuestra intención con este evento ha sido rescatar la memoria histórica. Aprender de estas experiencias porque entendemos que tienen muchas cosas que decirnos a los desafíos actuales de Cuba, América Latina y, en general, del mundo; y si no contamos con esa historia, estaremos condenados siempre a repetirla una y otra vez. También porque, obviamente, eso pasa por una cuestión generacional, si no se dan espacios como estos, las generaciones más jóvenes no pueden contar con ese acumulado.

Néstor León, Ibrahim (Departamento América): Primero que todo quiero decir que tuve el privilegio de conocer a Miguel y ser testigo de otro hecho muy importante: la relación de Miguel Enríquez con Manuel Piñeiro, jefe de la Dirección de Liberación Nacional y primer jefe del Departamento América del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Por tanto, quiero recordar eso aquí como un homenaje a Piñeiro y a Miguel.

Fui testigo también de reuniones privadas en Cuba de Fidel con el MIR. Incluso un día salimos con Miguel para el Punto Cero, que era donde se entrenaba a los combatientes revolucionarios, y estuvimos disparando, más o menos desde las once de la mañana como hasta las once de la noche. De ahí fuimos a una casa con Fidel y empezamos a conversar, y ya como a las dos de la mañana Miguel no podía más, se estaba quedando dormido y agarró una caja de fósforos, empezó a encenderlos y los apagaba en su brazo para despertarse. Fue una prueba de respeto.

Quiero referirme también al problema de unas armas que no se le entregaron al MIR, esto fue resultado de un hecho histórico muy concreto, que imposibilitó que Allende diera permiso –como hacía siempre– para que la gente de otras fuerzas cogiera armas. Ahí no se entregaba una pistola, si no era con la aprobación de él. Hubo un incidente entre Allende y el MIR por un tema de armas, que provocó que el Presidente no estuviera de acuerdo con darle al MIR más armas. Si no,

se las hubieran entregado. Porque además, armas se repartieron en Chile en grandes cantidades. Se calcula que fueron más de tres mil armas, sin contar las pistolas y otras. Allí cogieron armas hasta los cristianos de izquierda. Es decir, la Revolución cubana cumplió el compromiso con los chilenos de armarlos y entrenarlos.

Un elemento que quiero resaltar, es que todos le echamos la culpa al imperialismo de las derrotas en América Latina, y creo que es el gran culpable, pero el otro culpable es la izquierda revolucionaria en este continente, porque en Chile, en El Salvador, en Granada, en la derrota electoral sandinista, donde quiera que hay una derrota, está la ausencia de una conducción estratégica de la revolución como consecuencia de las divisiones y de las contradicciones entre los factores actuantes. Creo que nunca se le podrá quitar la responsabilidad a la izquierda en ese contexto y de lo cual se habla muy poco. No sé qué razón hay de fondo en esto, pero realmente no está la autocritica de los actores, ni la explicación histórica de esos hechos, y lo concreto es que la ausencia de una conducción estratégica dentro del proceso revolucionario ha sido también decisiva en los fracasos vividos.

Dayana Murguía (Instituto de Historia de Cuba): Lo que exponía Néstor, también me parece un análisis necesario porque a veces miramos hacia el pasado, buscamos responsabilidades, sin un análisis histórico serio, sin un análisis más profundo de la relación, de las causas de los fenómenos, y nos queda la impresión de que o los sueños fueron muy grandes y la generación quedó por debajo o corta, según sus expectativas, o existieron factores que imposibilitaron y torpedearon sus proyectos, porque tanto el MIR se propuso una lucha armada sin contar con las fuerzas suficientes de masas o los recursos, las armas para emprender ese proyecto, como Allende se propuso transformar desde el gobierno, digamos desde la estructura política republicana burguesa que heredó de tiempo, de décadas, y no pudo. O sea, es más allá, o es todo, y creo que por eso la crítica es necesaria e imprescindible, la crítica de los procesos desde la ciencia histórica y desde otras ciencias.

Fernando Martínez (ICIC Juan Marinello): Bueno, son demasiadas cosas. Pero estaba recordando a un campesino de Centroamérica, que dice: "No es lo mismo mirarla de lejos que conversar con ella", algo de una sabiduría profunda. Es decir, acabamos de hablar aquí de las grandes ideas, de los grandes procesos, y también estábamos hablando de que hay que hacerlos, de que no hay nada más difícil que hacerlos, pero además, que todas las revoluciones parten de un imposible, ninguna parte de lo posible.

Toda esa cosa de que haya condiciones es la teoría que nos enseñaron en los libros de marxismo y más nada, condiciones objetivas y subjetivas, y todo eso. O sea, las revoluciones son la conversión de lo imposible en realidad, lo que sucede es que eso se dice en un momentico y al inicio es lo más difícil que hay. Fíjense

que no hay nada más parecido a un revolucionario en el inicio de su lucha que un delincuente común. Es así, porque el orden está especializado no solo en dirigir, en aplastar, sino también en hacer que uno crea que los aplastados eran malos. Y en el mejor de los casos, que eran unos “ilusos”. Por eso le agradezco muchísimo a Ibrahim [Néstor León], porque entonces uno ve también cómo las personas comunes y corrientes se convierten en Allende. Ninguno salió de la Luna ni de Marte. Tienen que convertirse en héroes y hacer lo que les manden, y después callarse la boca hasta la muerte o convertirse en mártires. Por eso yo le pedí a Ibrahim que viniera acá para que los jóvenes lo oigan y se emocionen, y que de la emoción salga que hagan algo después.

Fue muy bueno oír a Ibrahim porque primero habló de la cosa más general y de Punto Cero. ¿Y ustedes saben lo que era el Punto Cero? La escuela de guerrilleros urbanos. Y fue muy bueno también que él explicara cosas muy concretas, como por ejemplo lo sucedido a Miguel en la conversación con Fidel. Después alguien le dijo: “Oye, Miguel, ¿y tú no tenías sueño?” y aunque hacía mucho que no dormía, respondió que no se podía dormir porque estaba frente al Comandante. Es decir, se trata de aprender las cosas grandes, las concretas, las pequeñas, las intermedias. Eso es lo que estamos buscando aquí.

Por último, me alegra mucho que hayan recordado a Manuel Piñeiro Losada, un guerrillero matancero que luchó en la Sierra Maestra. Fundador del Segundo Frente Oriental y miembro del Estado Mayor de Raúl en la guerra. El primer jefe militar de Oriente, después que triunfó la Revolución. Fundador de los servicios de Inteligencia nuestros, viceministro primero del Ministerio del Interior, jefe de la Dirección de Liberación Nacional, o sea, del internacionalismo cubano, eso que hizo que algunos de los teóricos importantes de Europa dijeran que los países socialistas lo que tenían como relaciones exteriores era su razón de Estado, pero Cuba era la única que tenía internacionalismo proletario.

Carmen Castillo (ponente): El MIR no tenía aparato clandestino, pero siguió –gracias a la Revolución cubana– formándonos militarmente. Los cuadros venían a la escuela Punto Cero, se formaban y regresaban. Pero en esa relación viva con la Revolución cubana, estaban el compañero Manuel Piñeiro, los compañeros del Departamento América aquí presentes, Alfredo Guevara, Ricardo Alarcón. Era la riqueza del intercambio, de la discusión, del debate. Ahí no había sumisión de ningún lado, había encuentro político y discusión. Somos una organización política anclada en Chile con las particularidades de ese territorio chileno, que pretendíamos constantemente analizar y conocer.

Es muy importante la manera en que los militantes, la dirección y los intelectuales, constituían el actor revolucionario. Es decir, así como las fuentes son el trotskismo, el leninismo, el anarquismo libertario, éramos militantes que vivíamos la historia, reproducíamos los debates en una suerte de pasión por la historia también nacional, que implicaba que nuestra formación tenía que ser muy

leninista, pero ultraconcientes de que ese militante no puede separarse demasiado del actor social.

La profesionalidad del militante no debe desconectarse de la conciencia y la posibilidad del pueblo de organizarse. Pero ¿qué tomábamos de Lenin? Primero, lo orgánico, el partido, pero el partido no lo podía hacer un aparato militar, el partido no lo podía hacer una escuela de cuadros separada del movimiento social. Entonces, el ir y venir permanente, era lo que hacía intenso el período, con todo lo que aquí se ha dicho de nuestro escaso tiempo histórico de vida.

Ese conocimiento que están buscando ustedes me parece fundamental, porque no hay historia del MIR y aquí en Cuba existen los archivos del MIR. En Chile no están. Ustedes como investigadores van a conseguir –con el apoyo nuestro, de los viejos miristas– que se abran los archivos del MIR. En Chile no están, se quemaron, se perdieron o cayeron en manos de la dictadura. Aquí están reapareciendo, aparecen de las cenizas. La Revolución cubana, el gobierno, tiene los archivos del MIR. Hay un momento en que los archivos deben desclasificarse, porque si no, nos cuentan la historia los burgueses.

Los enemigos de la Revolución cubana cuentan la historia de Cuba. La gente que quiere decir que el MIR era un grupo de ultraizquierda responsable del golpe de Estado, sectario, amante de la muerte, en fin, son los primeros en publicar después de la transición democrática. *Miguel Enríquez, el rebelde de la burguesía. Un acto*, no lo escribimos nosotros, no hicimos el trabajo, los dirigentes del MIR no escriben, se mueren. No dejan huella. Y ustedes los cubanos que conocieron al MIR tienen que contar lo que hicieron. Ustedes necesitan hacer esa historia.

Néstor León (Departamento América): Quería hacer un comentario sobre el hecho de que los archivos del MIR estén en poder del Partido Comunista de Cuba. Están ahí por decisión del MIR de Chile. Es decir, no son propiedad de nosotros, son propiedad de ellos. Por razones históricas, que tienen que ver con discrepancias que existían entre sectores del MIR, esos archivos se preservaron sin entregárselos a nadie. Afortunadamente, en este evento –histórico para mí– se hace un llamado para pedir una reunión con los compañeros del Partido para abordar este tema de los archivos del MIR.

Luis Rojas (ponente): Yo quiero aprovechar para volver a saludar el evento y lo que han hecho los jóvenes organizadores. Y quiero comprometerme a facilitar todos los archivos del Partido Comunista chileno que están en mi poder. Puedo colaborar con muchos documentos de la época.

También quiero hacer un pequeño comentario global. Allende no era un marxista “tradicional”, hay un pensamiento distinto, más “criollo” que el marxismo de los comunistas. Coinciden en la apreciación de país, o sea, hay una lectura anterior, una lectura histórica, y ese es el arraigo político y social, sociológico, en el Partido Comunista. El problema del poder no estaba planteado en este proyecto porque concebían que con las estructuras de poder a medida que

se iban ganando –el gobierno tiene una partecita de ese poder– se podía ir avanzando en la perspectiva del socialismo. En eso coincidía el Partido Comunista. En aquellos tiempos simplemente estábamos convencidos de que se iba a ganar así. Evidentemente, no se podía hacer de otra manera para el Partido Comunista, porque concebían que los aspectos del poder, las Fuerzas Armadas no se iban a inmiscuir.

El anuncio que hacen Miguel Enríquez y el MIR se cumple. Está demostrado además en Chile, cómo los sectores de poder resuelven el problema de la unidad entre ellos con una facilidad extraordinaria –cosa que la izquierda nunca ha podido hacer–, pero cada vez que pelagra el poder –revisemos la historia de América Latina y del mundo–, donde quiera que vean problemas de intereses económicos y de clases, la derecha, la reacción, se une. Esa historia vieja de liberales y conservadores en América Latina –que también ha dado historia– en Chile la resolvieron de inmediato, hicieron un partido único, se unieron liberales y conservadores en el Partido Nacional, en 1966, un poquito después que se fundara el MIR. Y se resolvió el problema. Y gestaron la insurrección de la burguesía desde antes que asumiera Allende el poder.

Roberto Vizcaino (profesor): Quiero también compartir mi recuerdo de Miguel Enríquez. En diciembre de 1960 un terremoto de gran intensidad sacudió la ciudad de Concepción en Chile, y la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) de Cuba convocó al pueblo para enviar donaciones de ropas, alimentos, medicamentos, a la universidad de esa ciudad. La respuesta superó con creces las expectativas y Fidel decidió que se enviara con urgencia por avión, con una pequeña delegación de la FEU. Maximino González Gutiérrez y yo, de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana, fuimos los designados y partimos en febrero de 1961.

En Santiago de Chile, nos recibieron el embajador cubano, Juan José Díaz del Real, y una representación de las juventudes Socialista y Comunista, miembros del directorio de la Unión de Federaciones Universitarias de Chile, quienes nos aseguraron el traslado a la ciudad de Concepción. Allí estaba organizado un campo internacional estudiantil de trabajo, para la construcción de una zona de emergencia social, con escuela y posta médica, organizado por la Secretaría Coordinadora de la Conferencia Internacional Estudiantil y decidimos incorporarnos junto a las más de treinta organizaciones estudiantiles, fundamentalmente de América Latina y el Caribe, y algunas de África y Canadá, por supuesto con la aprobación de la FEU y el gobierno cubano.

En los primeros días de abril comenzaron a llegar inquietantes noticias de nuestra patria, como el sabotaje de la tienda El Encanto y los pronunciamientos de los líderes de la Revolución alertándole al pueblo que debía prepararse para defenderse de una posible invasión mercenaria. Maximino y yo decidimos gestionar el regreso a Cuba.

Los delegados estudiantiles del campo de trabajo habían propuesto que la FEU de Cuba hablara en nombre de ellos en el acto por la culminación de la tarea. La noche antes de esa actividad el compañero Antonio Vivero, de la Juventud Socialista chilena, nos dijo que estuviéramos preparados para una reunión con carácter confidencial. Por la madrugada nos trasladó a la sede de la Universidad de Concepción.

Bajamos a un sótano donde había una lamparita que aunque reflejaba escasa luz permitía observar a algunos compañeros, todos jóvenes, quienes al identificarnos, nos abrazaron en silencio. De repente, un joven tomó la palabra, saludó nuestra presencia y agradeció la donación del pueblo de Cuba. Después planteó con seguridad que en las próximas horas nuestro país sería objeto de una agresión directa desde Centroamérica y que la juventud chilena quería adelantarse asumiendo una acción que repercutiera nacional e internacionalmente: la toma del consulado norteamericano en Concepción, para que al amanecer todos los habitantes de la ciudad vieran ondear la bandera chilena en la terraza frontal y no la de las franjas y las estrellas.

Estábamos ante un líder capaz de llevar a sus compañeros a la ejecución de tan riesgoso plan. Pregunté si era posible conocer su nombre y no dudó en afirmar, serena y categóricamente: “Me llamo Miguel Enríquez y espero algún día poder visitar tu país y abrazar a Fidel Castro y al Che Guevara”. Un nuevo abrazo selló aquel encuentro con Miguel Enríquez, que para nosotros representó un imborrable recuerdo.

En horas de la mañana, ya en Santiago, comprobé con inmensa alegría que en las primeras planas de la prensa aparecía un artículo comentando que al amanecer la bandera chilena ondeaba en el consulado norteamericano en Concepción.

Juan Carretero (miembro fundador del Departamento América): Conocí a Miguel a los pocos días de llegar a Chile en 1970, el 26 de octubre. Yo arribaba a Santiago con un grupo de compañeros de la escolta personal del Comandante en Jefe, con una misión que este me había encargado. Llegamos a Santiago en medio del estado de sitio que se había creado con motivo del asesinato del general René Schneider.

Allende había ganado, obtuvo el primer lugar en las elecciones con treinta y seis por ciento de los votos, pero eso tenía que ser confirmado todavía por el Senado chileno. En esos casos las dos primeras mayorías tenían que ser evaluadas por el Senado.

Y la misión era muy sencilla: teníamos que preparar todas las condiciones allí para que Salvador Allende pudiera tomar posesión del gobierno sano y salvo, porque las informaciones de los planes de atentado eran diarias. Es que el imperio, al ver fracasada su intentona con el secuestro de Schneider —que resultó un asesinato, porque él se defendió—, tenía la intención de provocar la desestabilización, crear un estado de sitio y llamar a nuevas elecciones. Para eso tenían varias

alternativas que estaban manejando, pero no dejaban a un lado el plan de asesinato a Allende.

Esas son las razones del acelerado viaje del 26 de octubre, en el que tuvimos que sumergirnos en la clandestinidad. Había un grupo de compañeras que trabajaban directamente con Miriam Contreras Bell, la Payita –secretaria personal de Allende– y con Beatriz Allende, la hija del presidente. Ese era un grupo de compañeras, entre las que estaba Carmen, que en la clandestinidad se llamaba Ximena. Ellas pasaron a ser nuestras madrinas, se ocupaban de nosotros, de llevarnos la comida, de recogernos si teníamos que salir y de llevarnos a donde estaba el Presidente.

En fin, esos trajines continuaron cuando llegó la primera delegación del gobierno cubano, presidida por Carlos Rafael Rodríguez, para la toma de posesión, el 4 de noviembre. Llegaron a las seis de la tarde porque el avión tenía que llegar cuando Allende estuviera ya con la banda presidencial, puesto que el gobierno de Frei no había invitado a Cuba a la toma de posesión del nuevo presidente. Al Allende ser investido, podía autorizar que la delegación cubana asistiera a la toma de posesión.

Esa delegación multisectorial en la que estaban representadas por sus dirigentes todas las organizaciones de masas de Cuba, el Partido, el gobierno y un grupo valioso de intelectuales cubanos encabezados por Nicolás Guillen, entre los que también se encontraban Alfredo Guevara y el pintor Mariano Rodríguez, fue atendida por esas mujeres en distintas casas. Así fue como conocí a Carmen Castillo, que era nuestra proveedora de todo lo que hacía falta para trabajar.

Allí comenzó mi estancia en Chile durante los años de la Unidad Popular. Lo que pretendo aquí no es realizar un análisis ni un juicio crítico de Miguel, sino rendir un homenaje a él, pues las críticas se las hice en vida y nunca fueron de principios. En lo fundamental coincidíamos. Tenía una formación teórica envidiable, que provenía de su estudio profundo de Marx, Engels y Lenin, a quien se refería cariñosamente como el Pelao. Fidel y la Revolución cubana lo influyeron, así como el pensamiento y la acción de Ernesto Che Guevara.

Considero a Miguel Enríquez como uno de los grandes de la historia del siglo xx de Chile junto a Salvador Allende. Miguel no solo se forjó a sí mismo, sino que ayudó a la formación de un grupo de compañeros y compañeras que se destacaron junto a él en la lucha y no lo defraudaron: Luciano Cruz, Bautista van Schouwen, Edgardo Enríquez, Andrés Pascal Allende, el Pelao Moreno [Roberto Moreno Burgos], el Chico Pérez [Sergio Pérez Molina] y otros inolvidables compañeros.

Me atrevo a asegurar que Salvador Allende creía en Miguel. Veía en él a los revolucionarios de la nueva generación con potencialidades para la conducción del proceso histórico del socialismo en Chile. La respuesta de Allende a Miguel el día del golpe confirma esto que yo supe por el propio Allende antes.

Cuando Miguel llama a Allende el día del golpe, a través de Beatriz, para ponerse a su disposición, sacarlo de allí y llevarlo a la Comuna de San Miguel para resistir desde ese lugar, la respuesta de Allende fue que no salía de La Moneda y le dice a Miguel que ahora le tocaba a él.

El cuerpo de Miguel Enríquez acribillado a balazos por la jauría pinochetista quedó sembrado en tierra fértil. Crecerán nuevos Miguel, pues sus ideas no las pudieron matar. Están ahí en espera de que el pueblo las haga suyas en este nuevo y propicio contexto de América Latina, donde el socialismo avanza. ¡Hasta la victoria siempre, compañero Miguel Enríquez!

Manuel Gahona (mirista): Soy mirista, me tocó pasar todo lo que pasaron los miristas: estuve preso, el exilio, el retorno. Con el retorno tuve varias responsabilidades en la resistencia que desarrolló el MIR en Chile entre 1979 y 1989. Ahí me tocó compartir y llevar las relaciones entre el MIR y el Frente Patriótico “Manuel Rodríguez”. Pero antes de desarrollar esto, quiero felicitarlos a ustedes porque están haciendo una muestra más de lo que ha significado Cuba y su revolución para Chile y los chilenos.

Como decían Carmen y el Chino [Luis Rojas], nosotros todavía no hemos salido de nuestra derrota, no hemos salido todavía del duelo de lo que significó nuestra crisis política, de no haber sido capaces de dar una salida popular a la crisis que impuso la dictadura. Y todavía no hemos hecho un proceso de análisis histórico. Es una tarea pendiente, de ahí que lo que ustedes hacen es un aporte muy significativo.

Una de las cosas de la que aquí se ha hablado bastante es del tema militar. Nos planteamos la lucha de resistencia, primero solos, ni el Partido Comunista estaba. Recuerdo las primeras conversaciones que tuve con ellos en Chile, me decían que admiraban el valor de los miristas, porque se enfrentaban en la resistencia y morían combatiendo en Chile. Eso lo decía el Frente Patriótico. Por eso realmente en estos encuentros son necesarios y ayudan, sobre todo, a las generaciones que vienen.

Miguel Bustos (mirista): Soy un mirista también, de Concepción, y conocí a Miguel. Pude salir de la cárcel después de varios años y me tuve que ir para Alemania Federal. Les planteo esto para que conozcan un poco el contexto en el que baso lo que voy a decir. Nosotros discutíamos en Alemania Federal y en Europa, fundamentalmente dos temas –como miristas y como gentes de izquierda–, por un lado, si la derrota que nos causó el imperialismo con la dictadura de Pinochet, fue una derrota de la superestructura, de las burocracias de los partidos de la izquierda tradicional chilena, o fue una derrota del pueblo chileno. Una interrogante imposible de resolver en ese tiempo, y creo que si aquí profundizamos en ese tema va a ser muy difícil que nos pongamos de acuerdo.

Asociada a la experiencia que había tenido con el MIR en Chile, más el exilio –en ese llamado exilio formamos grupos que llamábamos grupos de relación con

la base— y en esas discusiones con esos grupos nosotros llegamos a la conclusión de que si queríamos de alguna forma generar cambios, como militantes teníamos que empezar a entender que no podíamos dejar de ser importantes para nosotros mismos como seres humanos. Pero para poder ser importantes para nosotros mismos, necesariamente teníamos que empezar por preguntarnos “si yo soy importante para mí, ¿por qué no puede ser importante la compañera o el compañero, que aunque no tengan las mismas ideas que yo, está trabajando en el mismo proyecto común e integral que se llama *Logremos crear una sociedad más justa, más humana?*” No más mirista ni más comunista. No. Más justa y más humana.

Si alguien me preguntara qué lección puede dejarle el MIR a la juventud cubana en estos momentos, en función de la experiencia propia, diría que una experiencia muy bonita es entender que no pueden darse por satisfechos leyendo y releendo los clásicos. Me gusta muchísimo la idea de que se desclasifiquen documentos en honor a la transparencia, y nosotros como revolucionarios tenemos que velar eternamente por ser transparentes. Ahora, si no es suficiente releer los clásicos, estamos condenados compañeros —como dijo un famoso poeta— a “hacer camino al andar”, pero al mismo tiempo tenemos que ser respetuosamente insolentes frente a aquellos que nos han dado la posibilidad de entender cómo debe hacerse el camino de la revolución.

Rosario Alfonso (CIC Juan Marinello): Quisiera aprovechar este espacio para leer una carta de Silvio Rodríguez que hemos recibido con motivo de este taller, y que es una reafirmación más para nosotros, en nuestro afán reivindicatorio de la memoria. Leo:

Compañeros:

Me entero hoy, mediodía del jueves 27, que el martes y miércoles próximo ustedes van a hacer este encuentro de recordación a Miguel Enríquez y al MIR.

Tuve algunos amigos que militaban en el MIR, y una noche, en La Habana, coincidí en una reunión privada con Miguel Enríquez. Yo no sabía quién era, él además andaba disfrazado, con el pelo teñido, todavía estaban clandestinos, fue antes del triunfo de Salvador Allende.

Después, cuando estuve en Chile, como parte de una delegación cubana participé de un breve encuentro con Allende. Estando allí me sorprendió (y me dolió) que el periódico del MIR hablara mal del Presidente. Era una de las muchas contradicciones de aquel proceso, porque su guardia personal era sobre todo de miristas.

Cuando mataron a Miguel, escribí una especie de canción urgente, no muy buena, más pasional que otra cosa, pero me salió con mucha sinceridad, porque creía y creo que Miguel fue un hombre digno.

Algunos años después conocí a Carmen Castillo, en París. El ejemplar que conservo de *Un día de octubre en Santiago* me lo regaló Alfredo Guevara.

Les deseo muchos éxitos en el encuentro.

Silvio Rodríguez

Fernando Luis Rojas (ICIC Juan Marinello): Nosotros decíamos hoy que este evento es un acto de reivindicación con nosotros mismos, con los más jóvenes. Sobre todo porque espacios como este nos siguen demostrando que la educación cubana debe transitar, dejar de ser una educación de meseta para convertirse en una educación volcánica, sobre todo en materia de la enseñanza de la historia. Cuando uno mira lo que se trabaja de historia de América, por ejemplo, en los diferentes niveles, se da cuenta de que es una educación de meseta porque, en primer lugar, se imparte lo mismo desde la primaria hasta el preuniversitario, y los hechos que se abordan son casi los mismos.

Estuve trabajando hasta el año pasado en un preuniversitario, y lo hacíamos con una *Selección de Lecturas de Historia de América* –no es un libro de texto– donde la alusión a Miguel Enríquez y al MIR es inexistente. Es una complejidad que afrontamos, y un asunto en el que luchamos con acciones, como este evento, y que no solo tienen que ver con las experiencias latinoamericanas, sino con las propias también, con la historia de Cuba.

A veces uno se pregunta qué efecto podría tener, pero siempre lo tiene. Seguir visibilizando esto es importante, por eso el esfuerzo es muy significativo. Hace dos años se hizo un nuevo libro de texto de Historia de Cuba que se está utilizando en el preuniversitario, que por lo menos la empezó desde 1492 –el anterior comenzaba en 1868 y al período anterior prácticamente se le pasaba por encima–, y de una forma u otra, se ha conocido lo que se desarrolló en Cuba con el aniversario del Partido de los Independientes de Color, el centenario además de los crímenes relacionados con el movimiento en sentido general, y logramos hace poco tiempo que eso fuera abordado con un poco más de amplitud, algo más que una fecha mencionada como expresión de las luchas populares durante la primera etapa republicana. No lo suficiente, pero es algo.

En ese propio libro aparecieron algunos elementos relacionados con la microfracción y con el proceso de organización del Partido Comunista con posterioridad a 1959, y eso tiene que ver con visibilizar cosas. Es por eso, que desde el punto de vista del campo de la discusión histórica, este coloquio sobre Miguel Enríquez y el MIR juega también ese papel; quizás no lo estamos valorando así ahora, pero también repercute de cierta forma en la dinámica de los que vivimos aquí.

Luis Suárez (ponente): Realmente la historia de Cuba que se está enseñando es una historia, en palabras de José Martí, “del aldeano vanidoso”, porque simplemente, en apariencia, la historia de Cuba y de la Revolución cubana transcurren sin que transcurra paralelamente la historia de América Latina, la del Caribe, la del mundo, que es el sustento nutricional de la Revolución cubana, el diálogo permanente. ¿Por qué?

Muchas veces hablamos de la solidaridad de la Revolución cubana con otros países del mundo y de América Latina que ha sido incondicional, en el caso de

Chile más todavía, pero, sin duda alguna, desde Chile para Cuba la solidaridad también fue incondicional, es decir, en sentido inverso. De todos, empiezo por Salvador Allende que probablemente fue uno de los primeros dirigentes de la izquierda latinoamericana que visitó este país, estuvo en la tribuna durante la Segunda Declaración de La Habana y en celebraciones del 26 de Julio, y junto a él vinieron socialistas, comunistas, entre otros.

En relación con algunas cosas planteadas por los compañeros, quisiera trasladar mi propia mirada de ciertos asuntos, ya sea como testimonio o como estudio de ciertos problemas. Un tema que nosotros tenemos algún día que terminar de analizar con mucha profundidad es el relativo a la discusión foquista. Lo digo con toda franqueza, el foquismo se le atribuye a la Revolución cubana, y cuando uno va al origen de dónde salió eso, surge en un texto del Che, donde él, dentro de una de las tantas metáforas de la medicina que utilizaba, dijo “el foco”. Pero ese mismo Che Guevara después dice una y otra vez, incluso en trabajos tan tempranos como “Guerra de guerrillas es un método”, que un foco está condenado al fracaso sin apoyo de las masas.

Yo me resisto –y lo digo con toda franqueza– a que nosotros admitamos que las tesis foquistas fueron tesis de la Revolución cubana. Hay que ir entonces a un discurso, a un artículo, hay que ir a las discusiones de la época, que se dieron entre los propios revolucionarios. Yo invito a todo el mundo a que se lea las tesis que se aprueban, con una enorme participación cubana, en la Primera Conferencia Tricontinental, la tesis política de la Primera Tricontinental. Unas tesis más complejas, más ricas, discutiendo problemas que todavía hoy se discuten. El tema de la dependencia cultural, por ejemplo, está en los documentos. El tema mismo de la dependencia que después se transforma en la Teoría de la Dependencia. Vayan a los textos, a la Resolución Económica de la Conferencia Tricontinental –estamos hablando de 1966–, porque en esos textos trabajaron las mejores cabezas no solo cubanas, si no de diferentes partes del mundo. Gente que estaba luchando, estudiando, entre ellos Allende, quien propuso en la Conferencia Tricontinental formar una organización latinoamericana de solidaridad. Hay que reconstruir un poco toda esa historia, para no incidir en errores.

Y por último, hay un problema al que llamo a que nosotros hagamos una lectura crítica desde la historia, desde nuestro lenguaje, y es la necesidad de analizar la Revolución cubana en su relación con la revolución latinoamericana. Este país está donde está porque se la jugó por una revolución latinoamericana que no se produjo, y se sigue jugando por los cambios de América Latina. El futuro de este país, está directamente vinculado con lo que ocurra en América Latina y el Caribe.

Luis Emilio Aybar (ICIC Juan Marinello): Hoy en día existen las condiciones propicias para rescatar el legado del MIR, porque parte del aporte lo hacen los nuevos movimientos sociales latinoamericanos a partir de la década de los ochenta, con el

Movimiento de los Sin Tierra, el zapatismo, la experiencia argentina, y se empieza a cuestionar el paradigma anterior. Se hacen varias críticas a tergiversaciones que terminaron primando en muchos de los espacios de militancia en América Latina. Una de las críticas justamente es sobre la toma del poder como una cosa automática y no entender que se construye desde antes, durante y después de la toma del poder. Ahí entra la experiencia del poder popular en Chile, donde el MIR no fue el único protagonista de esta experiencia, pero fue indiscutiblemente su vocero fundamental, su orientador, el que logró fomentar esta estrategia. Por eso el legado del MIR es cada vez más necesario, cada vez más destacable hoy en día. Por eso hay que estudiarlo, rescatarlo, asumirlo y usarlo.

Ángel García (Proyecto Nuestra América): Entre las lecciones que podemos extraer para los tiempos de cambio revolucionario que queremos vivir en nuestra América hoy, me parece relevante destacar la tensión que existe entre la tendencia a sobredimensionar el papel de las instituciones estatales y subestimar el papel protagónico del pueblo y las masas en la construcción de un poder autónomo o de autogestión. Entiendo que el sobredimensionamiento de lo institucional tiende a la burocratización y a la desmovilización social. Pienso mucho en la experiencia de los comandos comunales del MIR, de los cordones industriales, su apoyo a las juntas de abastecimiento local, en los tiempos de la Unidad Popular.

Otro elemento que quiero destacar, tal vez más espinoso, tiene que ver con la violencia revolucionaria. Era un tema de debate en los años setenta en Chile y me parece que sigue siendo un punto álgido en este momento histórico. Soy uno de los convencidos de que una de las grandes derrotas ideológicas de la izquierda después del fin de la Guerra Fría, fue la satanización del uso de la violencia revolucionaria, justo en los momentos en que las oligarquías y el imperialismo tienen un ascenso en el uso de la violencia, pues desde su perspectiva de derecha aplican todas las formas de lucha. Podemos ver, por ejemplo, la Primera Guerra del Golfo, el desmembramiento de Yugoslavia, la otra Guerra del Golfo, Afganistán, entre otras guerras infinitas donde la violencia y la fuerza se vuelven cada vez más las herramientas predilectas para el accionar contrarrevolucionario, antipopular, contra los pueblos. A veces pienso que no hemos asimilado la lección histórica de que el poder dominante y el imperialismo siempre van a recurrir a la fuerza, a la violencia. A la vez, muchas de nuestras izquierdas han aceptado y están de acuerdo –de manera tácita o explícita– con la eliminación de la opción de la violencia de los pobres para contrarrestar la violencia de los ricos.

Carmen Castillo (ponente): Siempre digo que está de moda desde hace bastantes años –con esto del terrorismo– que la violencia revolucionaria es ilegítima, inmoral. La violencia revolucionaria no es una cuestión moral, es una cuestión política. ¿Cuándo se ejerce y por qué se ejerce? ¿Con el pueblo o crear un aparato armado? Para el MIR era en relación directa con la conciencia del pueblo, y si no tuvimos tiempo de prepararnos para el golpe fue porque

políticamente era correcto jugarse por el poder popular y no crear aparato militar. Qué lástima, no pudimos. Entramos en ese conflicto, pero el punto estratégico de Miguel Enríquez y del MIR era que había que ganar tiempo acumulando conciencia.

Fernando Luis Rojas (ICIC Juan Marinello): Carmen nos ayudaba a entender hoy que la relación entre pasado y presente no es unilateral y se va reivindicando con acciones concretas. Por eso nosotros hablamos de la experiencia de la Facultad “Miguel Enríquez” porque hemos tenido cerca de cien participantes aquí, pero cuando uno valora la importancia que tiene el trabajo en un lugar donde pasan cientos de estudiantes desde el primer año, es esa reconstrucción y esa relación pasado-presente-futuro la que se está reivindicando.

Luis Emilio Aybar (ICIC Juan Marinello): Quisiera transmitir un agradecimiento a los compañeros de la Facultad de Medicina “Miguel Enríquez” por participar en este coloquio. El hecho de que en nuestro país haya instituciones y calles que tengan el nombre de revolucionarios y de mártires no solo cubanos, sino también de latinoamericanos, no sucede en cualquier lugar del mundo. Es que aquí hubo una revolución y tenemos un legado que todavía permanece. Por eso cuando murió Miguel Enríquez se decidió ponerle su nombre a ese hospital. Desde entonces la institución ha venido manteniendo vivo su ejemplo para las nuevas generaciones. La Agencia de Información Nacional publicó una nota dando a conocer el acto que como cada año celebra la Facultad el 5 de octubre por el aniversario de la muerte de Miguel. También la representación de los estudiantes de esa facultad aquí es algo que ha completado este taller y todo de lo que hemos estado hablando y discutiendo.

Luis Rojas (ponente): Quería hacer solo dos apuntes a lo que se ha ido señalando. Se ha hablado mucho de sus valores, pero con la intención de sacar experiencias es necesario abordar todo lo que rodea a Miguel Enríquez: la lucha de clases, el resto de los actores. Si no hacemos esto es imposible entender.

No podemos quedarnos solo con los valores, aunque es cierto que nos sirvieron a los que seguimos luchando. Pero para poder sacar lecciones –lo que muchos se han preguntado aquí– se impone necesariamente analizar las condiciones, si no, tendríamos que decir que el MIR fue incapaz porque no resultó nada de lo que brillantemente anunció. Y evidentemente en la lucha de clases, el análisis que nos enseña el marxismo, es que hay distintos factores que influyen en los resultados.

El problema en Chile no es el reformismo. El reformismo esconde una esencia mucho más grave, en Chile es la Democracia Cristiana que pretende reformar el capitalismo para impactarnos con su oposición a la Revolución cubana. El reformismo es reformar el capitalismo.

Lo absurdo de la Unidad Popular es que hace un proyecto revolucionario sin sustento del poder para defenderlo. Eso evidentemente determina una vía, que es

la “no armada”. Ese es el gran problema, el dramático problema del Partido Comunista y Allende en particular, que cree –y siguen creyendo todavía muchos– que lo que ocurrió con las Fuerzas Armadas es una singularidad, que tiene que ver con determinados individuos que hubieran cambiado las cosas. Existe ese razonamiento dentro del Partido Comunista y en determinados hombres que se la jugaron con esa vía. Esa vía viene entonces lacerando y restándole fuerzas, porque es terrible, pero ¿cómo iba a cambiar ese Partido Comunista en tan poco tiempo?

El drama es tan grave que no tiene que ver con el calificativo “reformista”. Si usted le pregunta a un comunista de aquella época: ¿Qué quisiera construir usted?, le responde: “El socialismo”, de esa manera. Eso desarmó a ese partido e influyó en esa clase obrera, que era esencialmente revolucionaria. No es un problema de las armas, el Partido Comunista tenía muchas más armas que el MIR y un aparato, pero nunca se propuso el poder ni destruir a la dictadura, y por eso una enorme cantidad de hombres murieron más tarde en la lucha contra la dictadura durante veinte años o más.

Entonces estamos en presencia de un callejón sin salida para el MIR. Su lucidez y el análisis de lo que estaba ocurriendo empezaron muy tarde con respecto a esa particularidad que tiene Chile de cimentar esta vía durante décadas.

Néstor León (Departamento América): En la mañana del 11 de septiembre Miguel se reúne con León, de Fuerza Central –aparato militar del MIR– para plantearle una estrategia. Llegaron tarde, eso había que hacerlo mucho antes. Ya estaba el golpe andando –estaba andando desde antes que Allende fuera presidente–. Es la verdad histórica y todo el mundo hablaba del golpe allí y nada de eso se tomó en cuenta para preparar la defensa del proceso revolucionario. A eso únanle que convivían varias concepciones. Y al final, cuando se desatan los acontecimientos, el MIR no tenía ni una caja de proyectiles. Sencillamente, no se prepararon. Porque la pugna política por defender sus concepciones, sus puntos de vista, era tan fuerte que no daba ni espacio ni tiempo para prepararse para lo que todo el mundo sabía que venía.

No estoy criticando. No puedo desde afuera criticar por lo que ocurrió, estoy hablando de lo que vi, de lo que nosotros vimos. Sería un irrespeto mío como cubano, que me pusiera a criticar al MIR de Chile, al Partido Comunista, lo que hicieron o no hicieron. Pero sí creo que debe recogerse esta historia porque esa es la experiencia que queda para la vida. Hay que recogerla como fue y no como queríamos que fuera.

Por tanto reitero, si no veamos lo que sucedió en la New Jewel, en Granada. Allí hubo una invasión norteamericana y ¿qué la possibilitó?, entre otras cosas, las divisiones. Vamos para la guerra en El Salvador, somos testigos de eso, la guerra del Salvador tuvo su batalla final en 1989 y ahí no había condiciones para insurrección. Diseñaron un plan militar equivocado por contradicciones entre ellos. ¿Cómo estaba la unidad? Eran cinco ejércitos. Cinco movimientos revoluciona-

rios en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, integrado por las Fuerzas Populares de Liberación “Farabundo Martí” (FPL), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), la Resistencia Nacional (RN), el Partido revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC) y el Partido Comunista Salvadoreño (PCS), y cada cual tenía su opinión, al extremo de que si por ejemplo –eso fue al principio de la ofensiva– había un territorio que ocupaba el FPL y tenía una vaca, le ponían “FPL” para que el que estaba al lado, si era del ARN, no tomara leche. Hasta ahí los sectarismos.

Lo mismo ocurrió en Nicaragua cuando fueron a las elecciones y se jugaron el poder. Perdieron las elecciones porque no había condiciones para ganarlas. Una reflexión importante es que si no existe una conducción estratégica única para una revolución y dirigir un proceso, está llamado a fracasar. La unidad es imprescindible. Si eso no existe, no hay revolución.

En Cuba, esa unidad estuvo en riesgo muchas veces. Estuvo en riesgo con el caso Marquitos, con el sectarismo. Y se defendió con la presencia de Fidel y su capacidad de liderazgo. Esas enseñanzas hay que extraerlas. Si la dirección de Venezuela se fractura, adónde vamos a parar. Si no hay una conducción estratégica única para defender el proceso, para movilizar a las masas, adónde va a parar.

No soy pesimista. América Latina tiene hoy una acumulación de victorias extraordinarias: la CELAC, el Mercosur, los cambios que se están dando. Todo eso es el resultado de una acumulación de fuerzas en que están presentes el MIR de Chile, los revolucionarios del continente, la política exterior de la Revolución cubana de abanderar la solidaridad y el internacionalismo proletario. Si queremos obtener victorias debemos analizar la historia tal como fue y no como queremos que hubiese sido.

Alex Nistal (Instituto de Filosofía): Algo más de una década después del triunfo de la Revolución cubana, el Chile de Salvador Allende se levantaba por medio de la victoria electoral. Por primera vez un programa incluyente de los sectores marginados vencería ante una minoría expropiadora de recursos. Ello provocó entonces cierta ceguera o miopía política en algunos que perseguían por la vía radical la justicia social en beneficio del hombre y la mujer en un sentido universal: las izquierdas descubrieron en Chile la renuncia a la vía de la violencia.

La caída de Allende planeada y ejecutada por la oligarquía y la cúpula golpista dentro de la estructura militar chilena, el derrocamiento de Jaime Roldós Aguilera en Ecuador, la muerte “misteriosa” de Omar Torrijos en Panamá, el asesinato de Maurice Bishop en Granada, por solo citar a algunos, demostraron que tales renuncias no pueden hacerse hasta tanto no se logre un desequilibrio en favor de los pueblos, que no solo comprenda las transformaciones que garanticen la estabilidad del tipo de sociedad que se pretende construir a escala nacional, sino que también requiere un desequilibrio en el plano externo a las fuerzas revolucionarias.

A nuestro entender, la cualidad más visible en la praxis mirista es la misma que cincuenta años antes Lenin apuntaba: la de combinar la labor ilegal con las posibilidades legales. Cuando la Unidad Popular venció en elecciones, el MIR pasó a la legalidad, habiendo establecido previamente alianzas con el partido de Salvador Allende al que apoyaba por tener un programa popular. No obstante, cuando esto ocurría, el MIR estuvo consciente de que la lucha armada simplemente se aplazaría, pues analizando el movimiento político nacional y continental, sabía que aquella victoria por la vía de las urnas no era algo con lo que la burguesía se contentaría. La historia les dio la razón.

Carmen Castillo (ponente): He intentado no perder de vista dónde estoy y lo que puedo transmitir. Estoy contenta porque algo puedo transmitir, ya no de mi trabajo como historiadora, puesto que ya no lo soy, sino de artista, de cineasta, a través de la emoción, de la esencia.

Quisiera decirle al Chino [Luis Rojas] que al referirse a la misión de los historiadores hay que ser cuidadoso. “Contexto”, de acuerdo. Pero si yo me contento con sentir cuando hago historia que el proyecto mirista es imposible, me voy a mi casa. La memoria de los vencidos, como nos dicen las tesis de la historia de Walter Benjamin recogidas por Michael Löwy, hace que el trabajo de los historiadores recoja la llama, el espíritu, las acciones concretas, no convirtiéndolas en credo, en remisión, en declaración, sino cuestionándolas. Pero cuestionándolas desde la acción, la voluntad, el coraje político. Si no, nos quedamos en la casa.

De verdad que en aquella época no teníamos la menor duda de que íbamos a hacer la revolución. La revolución era el progreso de la humanidad; era una certeza. Éramos marxistas, leninistas, lo que fuera, y todo aquello decía que la revolución advendría. Nuestro sacrificio tenía un objetivo y lo íbamos a vivir a la escala de nuestras vidas. No mañana, hoy.

Hoy día, cuando aquello no existe, la revolución ya “no es la línea del progreso humano”. Todo es incierto. Planetariamente estamos sometidos a un dominio infinitamente más fuerte que en los años de la Guerra Fría, de los bloques, y aparentemente la historia desde el punto de vista de los poderosos, gana. Entonces nosotros qué hacemos.

Por eso analizar el MIR en el contexto histórico, de acuerdo, pero recogiendo aquellas experiencias con mirada crítica, por supuesto, pero para decir que hoy la aspiración utópica a la revolución es una utopía que se construye cada día en el accionar. Ese es el compromiso político revolucionario radical hoy día, si no, no hacemos nada. Decíamos que muchos de mi generación renunciaron, fascinados con la globalización que iba a “traer algo de felicidad”. Resulta que estamos hoy peor que nunca, con las guerras, con la violencia.

Por eso es importante decir que el proyecto de Miguel Enríquez era una realidad. El proyecto no era –en ese sentido no comparto muchas de las críticas– una ilusión. Nos acusaron de extremistas y resulta que éramos mil veces más realistas

que muchos de los que se decían realistas. Y algunos dirigentes de la concertación –socialistas, muy revolucionarios en nuestra juventud– aplaudían que fuera posible hacer una transición en Chile en la amnesia, en la no justicia, en dar vuelta a la página, en saludar la constitución de Pinochet, en crear esa sociedad en la que se vive en Chile, que es una sociedad de una crueldad inimaginable.

Resumiendo, quisiera que en lo esencial, retomemos como historiadores siempre aquello de que la memoria de los vencidos –reconstruida, trabajada, narrada, relatada–, que el espíritu de las acciones revolucionarias es energía de futuro y que cada acción implica salvar el futuro, para hacer realidad los sueños y la realidad del proyecto de Miguel Enríquez.

Rodrigo Espina (ICIC Juan Marinello): Debo decir que este evento ha sido diferente a otros que habitualmente realizamos en el Instituto [Juan Marinello]. Hemos comprendido mejor que si no hacemos esto no podemos avanzar en lo que el Marinello entiende como cultura cubana. Entonces creo que este evento nos ha permitido y nos permitirá seguir avanzando en ese sentido. Además hay un hecho que debe recordarse para darnos cuenta de cómo estos procesos chilenos están en nosotros. Recordemos que el movimiento obrero cubano donaba un apartamento de microbrigada para aquellos chilenos que venían después del golpe. Todo cubano conoció a un chileno, se hizo amigo de un chileno, y alguno fue novio de una chilena (o al revés). Por tanto, nada de esto nos es ajeno. No es como mirar desde la simple política, porque para mí la cultura es mucho más que eso.

Carmen Castillo (ponente): Hay otro punto que me parece esencial, es que se ha dicho siempre que Miguel Enríquez no fue responsable. Él era dirigente de un partido, de una organización de militantes y teniendo la posibilidad, no tuvo la precaución de sobrevivir. Por supuesto que la historia hubiera sido otra si Miguel Enríquez vive.

Hoy estamos recordando su muerte y su vida posterior; pero nadie se equivoque, los seres humanos son sujetos precisos, históricos, y no porque se muere uno nacen diez, como decíamos en los años sesenta. Eso no es verdad. Se muere uno, se nos murió y resulta que lo que allí sucede es gravísimo después.

Nosotros sabíamos desde agosto de 1974 que el cerco se cerraba, no había caído todavía nadie en el extranjero, pero el MIR toma la decisión –Miguel el primero– de replegarse en el territorio. Miguel se movía en las calles. A través de los enlaces estábamos en conexión directa con lo que estaba sucediendo en el Partido y por lo tanto el riesgo de que fueran tocadas las redes clandestinas próximas a nosotros era grande. Se toma la decisión de replegar a Miguel. Buscamos un lugar, lo compramos. A ese lugar le pusimos La Parcela. Era un lugar en el cual él podía quedarse en Chile sin conexión directa con el Partido, donde yo podía vivir con el bebé mientras las niñas habían sido asiladas y venían a Cuba. Por suerte, teníamos a Cuba y a la Revolución en esos años ayudándonos para poder continuar la lucha. O sea, el repliegue estratégico de Miguel era una decisión política.

Lo que sucedió entre el 21 de septiembre y el 5 de octubre de 1974, esa cadena de caídas, condujo a ese enfrentamiento, ese combate y su muerte. Perdimos la casa, La Parcela, el día 4 de octubre. Las niñas habían sido asiladas quince días antes, estábamos listos para partir. Yo consigo una casa el día 5 de octubre en la mañana, para retirarnos ya, y cuando regreso, llega la DINA minutos después. Entonces, ¿qué hace uno con aquello? Como decíamos antes: o se muere de pena, o se paraliza, o se repliega. Los compañeros seguían luchando. Miguel ya no estaba y hubo que continuar.

Para terminar, cuando hablamos de construcción de unidad, estrategia, es cierto que otra característica del carácter de Miguel Enríquez es que él discutía todo, pero se decidía una línea y había que seguirla. Miguel Enríquez tenía la capacidad de escuchar, de discutir con Allende, de discutir con todos los actores políticos en cada período sin descalificar a aquel o este por traidor, o vendido al imperialismo. Nunca había epítetos en el debate político. La unidad se hace abriendo caminos, sin abandonar, sin renunciar a los valores esenciales.

Rosario Alfonso (ICIC Juan Marinello): Creo que hemos logrado mirar aquí a Miguel desde múltiples prismas, con la voz de los actores que tienen grandes cercanías con él y con la voz de los que buscamos un asidero en su proyecto y su actuación para ser militantes. Miramos al jefe de partido, al marxista, al guevariano, al lector indetenible, al líder e ideólogo de un proyecto de unidad continental, al líder de la resistencia. Una resistencia que llegó a ser muy solitaria, de un MIR polémico, que aunque apoyó e impulsó las formas de lucha que movilizaron al pueblo y reivindicó el insurreccionalismo como única estrategia para la construcción de una nueva legalidad, en el momento decisivo padeció el cercenamiento de sus filas.

Queremos entonces agradecer a todos este aprendizaje, toda esta reflexión sobre el MIR que hemos construido juntos y en especial a Carmen, por su testimonio de protagonista, historiadora, cineasta, por todas sus búsquedas enfocadas siempre en la reivindicación de la memoria.

Yo insisto mucho en que este espacio nos llena todo nuestro arsenal, nuestro arsenal que también tiene un componente de emoción.

Empezamos con un himno revolucionario este evento, con el himno del MIR y todos lo cantamos de pie el primer día. Quisiéramos cerrar con un relato sobre algo que sucedió el cinco de octubre tomado del libro de Carmen Castillo *Un día de octubre en Santiago*.

El cinco de octubre los presos y las presas del MIR en la DINA escucharon en la radio que estaba rodeada la casa de Santa Fe y que Miguel resistía. Las muchachas, casi todas habían sido torturadas, se tomaron de las manos y lloraron en silencio. Para que no se sintiese su llanto, todas, al unísono cantaron *La Internacional* y poco a poco, como un murmullo, cantaron todos los prisioneros de to-

das las salas. El himno replicó en las paredes, y Miguel que moría –a lo mejor– en esos instantes, en realidad, no moría ya.

Por él, por esas jóvenes y por esos jóvenes que ahogaron su llanto en un himno revolucionario, les pedimos a todos que como cierre nos pongamos de pie y entonemos nosotros hoy *La Internacional*.

Miguel Enríquez
con voz propia

Declaración pública: a los obreros, campesinos, pobladores y estudiantes

1.- El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) informa al pueblo que el “Comando Rigoberto Zamora” expropió el Banco Nacional del Trabajo.

El caso está resuelto. Los incapaces del “Escuadrón de la Muerte” no necesitan torturar ni flagelar a nadie.

2.- Este Banco pertenece al clan económico HIRMAS-CATTANSAID. Este clan controla e influye, entre otras, las siguientes empresas: Madeco, Textil Hirmas, Algodones Hirmas, CAP, Licores Mitjans, Vestex, Manufacturas Royle, Compañía Carbonífera Colico Sur, Compac, Cobre Cerrillos, Compañía Industrial Construcciones, etc., y muchas más.

A los obreros de estas industrias, a los empleados de las compañías, a los mineros de esas minas pertenece el dinero y no a los ladrones que se lo habían robado a esos trabajadores.

El MIR devolverá a todos los obreros y campesinos del país ese dinero, convirtiéndolo en armas y en organizar los aparatos armados necesarios para devolver a todos los trabajadores lo que les han robado todos los patrones de Chile, o sea, para hacer un gobierno obrero y campesino que construya el socialismo en Chile.

3.- Esta es una prueba más de que el MIR nada tiene que ver con la delincuencia común. El MIR sólo expropia a los que se han enriquecido con el trabajo de otros.

Este Banco en sólo los últimos seis meses del año pasado se permitió ganar más de un millón seiscientos mil escudos, mientras millones de chilenos se debatían en la miseria y la pobreza.

4.- El pueblo puede estar seguro que este dinero es suyo y que ni un peso de este será gastado en lo que no sea estrictamente necesario para armar, organizar, preparar la defensa de los intereses de obreros y campesinos.

5.- El MIR dedica esta acción a la memoria del revolucionario chileno Rigoberto Zamora, que fue militante del MIR y que murió peleando por la liberación del pueblo boliviano junto a los compañeros del ELN en 1969.

SECRETARIADO NACIONAL DEL
MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA (MIR)

23. II. 70

Publicado en *Punto Final* no. 99, 3 de marzo de 1970.

“Hay que crear una nueva legalidad”

Discurso del 26 de julio de 1971 en homenaje a la Revolución cubana.

Nos hemos reunido hoy para rendir homenaje a la primera república socialista de América: la Cuba Revolucionaria. Un homenaje a la Revolución cubana hoy en Chile sólo puede hacerse destacando las lecciones que nos entrega y en referencia a los logros, avances y dificultades que el proceso de la Revolución chilena encuentra en este instante, proceso que recién comienzan los trabajadores hoy en Chile.

La Revolución cubana es revolución, y la saludamos hoy aquí, porque golpeó implacablemente a los dueños del poder y la riqueza y porque puso ese poder y riqueza al servicio de los intereses de los trabajadores del campo y la ciudad. La Revolución cubana es revolución porque golpeó, denunció, destruyó y aplastó el poder norteamericano en Cuba. Es revolución porque comprendió que no se pueden hacer revoluciones hoy en el mundo sin entrar a enfrentar y combatir al imperialismo norteamericano. No se limitó a cambiar el régimen de propiedad jurídica; no se limitó simplemente a cambiar de propietario las empresas norteamericanas que habían en Cuba sino que, además, denunció al imperialismo como el principal enemigo de los trabajadores del mundo; además llamó al pueblo, a los dos mil millones de humillados y ofendidos del mundo, no solamente de Cuba, a combatir al principal enemigo de los trabajadores: el imperialismo norteamericano.

“Sólo es revolución la que denuncia y combate como enemigo del pueblo a los dueños de las empresas norteamericanas, de los bancos, de las fábricas y los fundos”.

La Revolución cubana es revolución porque golpeó, destruyó y denunció a los dueños de los fundos, a los terratenientes que había en Cuba, a los dueños de la tierra, a los que explotaban a los campesinos. La Revolución cubana es revolución porque golpeó, destruyó, denunció y aplastó implacablemente a los dueños de las fábricas, a los que explotaban obreros en Cuba. La Revolución cubana es una revolución de verdad, porque golpeó y denunció a los dueños de los bancos, porque golpeó y destruyó la propiedad sobre los bancos privados, porque avanzó por el camino destruyendo enemigos, golpeando enemigos y mostrando enemigos.

Es revolucionario el proceso cubano porque hizo propiedad de todo el pueblo la tierra, porque entregó a los campesinos la tierra, no de algunos fundos, sino de todos los fundos. Entregó las fábricas a los obreros, no algunas fábricas, sino que todas las fábricas, todas las grandes fábricas a todos los obreros. Es revolucionario el proceso cubano porque entregó los bancos a propiedad de todo

el pueblo, porque hizo del pueblo cubano dueño de todas las fábricas, todos los fundos y todos los bancos.

De la Revolución cubana debemos aprender lecciones. Es la única revolución que se ha hecho en América Latina. Es la vanguardia hoy en América Latina y es la primera república socialista de América. Y es revolución porque comprendió que sólo puede hacerse una revolución en el mundo, una revolución en América, sólo si se golpea al enemigo; no sólo si se le quita la propiedad sobre los medios de producción, sino también si destruye su propiedad, si denuncia al mundo la explotación imperialista de los países de América, si al mismo tiempo llama al mundo entero al camino de la revolución. Si le muestra al mundo, como habría que hacerlo en Chile, que una revolución comienza hoy en Chile y ese es el camino de todo el pueblo, de toda América, de toda América Latina, y de Chile también.

Sólo es revolución la que enfrenta y combate públicamente, la que denuncia a los yanquis, la que denuncia como enemigos del pueblo a los dueños de las fábricas, a los dueños de los fundos, a los dueños de los bancos.

“Sólo destruyendo la legalidad y las instituciones que impidan el avance de los trabajadores, puede avanzarse en el camino de la revolución”.

Pero para hacer una revolución en Cuba, no bastó exclusivamente la intención, no bastó solamente denunciar, no bastó solamente pronunciar cuál era el camino del pueblo cubano, sino que la Revolución cubana, al mismo tiempo su dirección, Fidel Castro y el Partido Comunista Cubano, fueron destruyendo la legalidad, las ataduras que el sistema tenía. Para poder avanzar el pueblo, para poder construir el socialismo, fueron avanzando y caminando al mismo tiempo que iban destruyendo todas las ataduras, toda la legalidad, todo el sistema que era anterior a ellos. Ese fue el camino de la revolución, ese es el único camino en América, el único camino en Chile, el único camino en Cuba.

Cuando en Cuba se tomó el poder, todas las leyes, todas las instituciones, toda la justicia, todas las Fuerzas Armadas del régimen anterior estaban intactos. Existía un régimen anterior que era el que definía cuáles eran las relaciones, cuál era el camino, qué es lo que era legítimo y qué es lo que era ilegítimo.

Los revolucionarios cubanos no sólo fueron golpeando a los enemigos, no sólo fueron caminando por el camino de la revolución. Los revolucionarios cubanos fueron rompiendo y destruyendo todas las ataduras que impedían el avance del pueblo, todo lo que impedía el camino de los trabajadores al socialismo. Rompieron amarras, destruyeron limitaciones; barrieron con las barreras que les impedían avanzar; rompieron y crearon nuevas leyes; las leyes que les impedían avanzar fueron destruidas y aniquiladas. Toda muralla, todo obstáculo al avance de los trabajadores fue roto, fue pasado a llevar. La Revolución cubana sabía adónde iba, sabía lo que tenía que hacer y rompió toda muralla que se le puso en el camino. Nada podía impedir en Cuba el avance de los trabajadores,

el avance del pueblo. Sabían los revolucionarios cubanos que las leyes, las instituciones, todo lo que heredaron del régimen anterior fue construido por los dueños de los fundos y las fábricas, fue construido por los norteamericanos, fue construido por los que vivían del goce del privilegio y la riqueza. Sabían los revolucionarios cubanos que todo el régimen, todas las leyes, todas las instituciones fueron construidas para defender la riqueza de unos pocos. Sabían que todas las leyes, todas las instituciones, todo lo que era el régimen legal y jurídico de Cuba, estaba construido para oprimir al pueblo, para explotarlo, para mantenerlo en la miseria, para que unos pocos gozaran de la riqueza a costa de muchos que trabajaban. Por eso destruyeron las instituciones del régimen anterior y crearon nuevas, al servicio del pueblo, al servicio de los trabajadores. Destruyeron el Estado, destruyeron las leyes; construyeron nuevas leyes, construyeron un nuevo Estado, nuevas Fuerzas Armadas, construyeron nuevas instituciones, que se pusieron al servicio del avance de los trabajadores. Crearon una nueva legalidad, crearon una nueva justicia, crearon un nuevo gobierno, crearon un nuevo Estado. La justicia, el Estado y la legalidad de los revolucionarios. La justicia, el Estado y la legalidad de los trabajadores. Sólo así se pudo hacer una revolución, destruyendo la ley que había sustentado la riqueza de unos pocos, destruyendo las instituciones que amparaban el lujo y los privilegios de unos pocos, creando otras nuevas, creando los caminos que los trabajadores necesitaban para hacer una revolución. Sólo así se hacen revoluciones en el mundo y en América.

Sólo así es posible hacer revoluciones en Chile, en Cuba, en Vietnam, en China o en la Unión Soviética. Sólo destruyendo las limitaciones al avance de los trabajadores, puede avanzarse en el camino de la revolución. Los trabajadores conquistarán el poder, los trabajadores realmente terminarán con el régimen de explotación cuando destruyan todo lo que los limite, todo lo que los frene, todo lo que impida su avance. Eso es lo que debemos aprender de Cuba. Esas son las lecciones de la Revolución cubana; por eso Cuba es una Revolución; por eso Cuba es la vanguardia de América; por eso Cuba es la vanguardia de los movimientos revolucionarios de América Latina; por eso Cuba es atacada; por eso Cuba sufre el cerco económico del imperialismo; por eso Cuba es combativa; por eso Cuba tiene que defenderse del imperialismo y de las agresiones; por eso respetamos a Cuba, por eso saludamos a Cuba, por eso hoy día rendimos un homenaje a Cuba.

Cuba no es solamente otra revolución; Cuba no es sólo una isla que está alejada de nosotros; Cuba es un ejemplo que los trabajadores, los obreros, los campesinos, los pobladores y los estudiantes quieren seguir, se disponen a seguir y seguirán por todos los medios... Romperán los trabajadores chilenos todos los obstáculos que se les opongan al avance de ellos, todos los obstáculos que se les pongan por delante.

Lo fundamental del 4 de septiembre en adelante es la capacidad de iniciativa y movilización ganada por los trabajadores

Como dijimos, no es posible hoy en Chile saludar a la Revolución cubana, hacer ningún tipo de homenaje a la Revolución cubana, si no nos referimos al proceso revolucionario que recién comienza en Chile. No es posible hablar de Cuba sin hablar de Chile hoy. No es posible hablar de Cuba sin hablar de los logros, los avances, que ha hecho el pueblo en Chile hoy y las tremendas dificultades y las tareas que tienen los trabajadores por delante.

El 4 de septiembre, el pueblo y la izquierda chilena conquistaron el gobierno. Conquistaron una porción de poder, una parte del acceso a niveles de decisión.

No conquistaron el poder. Los trabajadores de Chile no tienen aún el poder en sus manos. Tienen un instrumento eficaz, tienen en sus manos un instrumento importante que es el gobierno, y que si es bien utilizado, si es tomado como un instrumento de los trabajadores y de los revolucionarios podrá constituir un elemento, un instrumento que desarrolle el trabajo y el camino hacia la revolución. Eso es importante. Y por eso el Movimiento de Izquierda Revolucionaria defiende la estabilidad del gobierno.

Desde el 4 de septiembre el gobierno ha venido tomando una serie de medidas en el cobre, sobre los bancos que eran de unos pocos, ha venido golpeando algunas industrias y pasándolas a propiedad de todo el pueblo; algunos fundos han pasado a propiedad de los campesinos y de todo el pueblo. Esas son cuestiones que aplaudimos en el gobierno, y que los trabajadores apoyan y defienden. Por eso, defendemos la estabilidad del gobierno, defendemos al gobierno contra las agresiones de la reacción y apoyamos las medidas positivas que toma este gobierno.

Mucho más importante que eso, desde el 4 de septiembre en adelante los obreros se han venido movilizándose por sus reivindicaciones; han venido luchando por sus derechos los campesinos, primero los mapuches pequeños propietarios del sur de Chile se han venido movilizándose por el derecho a la tierra, por conquistar el derecho a lo que es de ellos, por combatir la explotación y la miseria. Lo hemos impulsado y en muchas oportunidades lo hemos dirigido. Más aun, posteriormente, los obreros agrícolas del centro del país, Linares, Nuble, Talca, Colchagua, los campesinos gritan por el derecho a la tierra, quieren que la tierra sea de ellos, quieren terminar con el régimen de oprobio y miseria que les imponen los latifundistas. Eso es lo más positivo que ha engendrado este gobierno.

Los pobladores también se han movilizado por sus intereses, los estudiantes también. Eso es lo importante que ha ocurrido desde el 4 de septiembre en adelante. Los obreros, los campesinos, los pobladores y los estudiantes han ganado una capacidad de iniciativa, una capacidad de movilización, una capacidad de organización, un nivel de conciencia que es históricamente significativo. Nunca Chile había tenido tantos obreros y tantos campesinos movilizadas, nunca el pueblo de Chile había tenido tanta conciencia por sus derechos, nunca se ha movido

con tanta fuerza, nunca había tenido la fuerza suficiente para moverse solo, independiente; hoy como nunca los trabajadores en Chile saben para dónde van, saben lo que quieren, saben quiénes son sus enemigos, saben lo que tienen que hacer. Eso es lo fundamental del 4 de septiembre en adelante, más que todo lo anterior, más que todo lo que se diga. Son los trabajadores, confiando en sí mismos, en sus propias organizaciones, en sus propias formas de lucha, eligiendo y golpeando ellos a sus enemigos, los que podrán seguir avanzando por el camino que hará de ellos los fundos y las fábricas. Eso es la movilización de los trabajadores, los niveles de combatividad y organización y conciencia; eso es lo que permite fundamentalmente hablar hoy en Chile de que se está iniciando un proceso revolucionario. Una revolución empieza, un camino empieza. Los obreros, los campesinos y los pobladores están abriendo las puertas a un nuevo proceso en Chile.

Desde septiembre las clases dominantes han venido tratando de frenar, detener y combatir el avance de los trabajadores

Pero desde septiembre, los patrones, los dueños de los fundos y las fábricas, los miembros de la Cámara Chilena de la Construcción, el Partido Demócrata Cristiano, el Partido Nacional, la Democracia Radical, los norteamericanos, se han venido oponiendo al avance del gobierno, al avance de los trabajadores, al camino que toman los trabajadores en Chile.

Desde septiembre en adelante, la burguesía, los dueños del poder y la riqueza, los que gozan de privilegio y de riqueza, unos pocos que explotan al resto del pueblo y que viven en función de lo que explotan, han venido combatiendo al gobierno, combatiendo el avance de los trabajadores. Si un campesino se toma un fundo, la burguesía agraria reclama y grita; si un obrero se toma una fábrica, es denunciado como delincuente, como criminal político, como un enemigo del avance, como un enemigo de la legalidad, como un enemigo del orden.

Los obreros y los campesinos han seguido avanzando, pero las clases dominantes, los dueños del poder y la riqueza, desde el 4 de septiembre en adelante han venido levantando sus banderas; las banderas de la legalidad, las banderas del orden, las banderas de la propiedad privada, las banderas que esconden el derecho de unos pocos a gozar de la riqueza mientras otros viven en la miseria y el oprobio. Eso han venido haciendo los demócratacristianos, los freístas, los nacionales, la Democracia Radical.

La izquierda ha conquistado el gobierno pero los momios y la derecha todavía tienen posiciones importantes, todavía guardan ciertas reservas de fuerza y todavía tienen posiciones desde las cuales pueden combatir el avance del pueblo. Desde allí tratan, los momios, la Derecha, los dueños del cobre, los fundos y las fábricas, de frenar, dificultar, deformar y detener el avance de los trabajadores. Los dueños de los fundos y las fábricas no se conforman con que el pueblo les quite su propiedad y su riqueza. Han venido durante meses cons-

pirando, preparando asesinatos y ejecutando asesinatos, conspirando desde la clandestinidad sediciosa, combatiendo el avance de los trabajadores. Eso han venido haciendo las clases dominantes, los dueños del poder y la riqueza en Chile.

Se trata fundamentalmente de impedir el avance de los trabajadores. Aquéllos que son propietarios de la tierra, los terratenientes, que son dueños de los fundos, sabotean la producción agraria, no siembran, matan animales, desmantelan de maquinaria los fundos, despiden trabajadores y aumentan la cesantía agraria, bajando la producción agropecuaria y creándole problemas de abastecimiento alimentario al pueblo. Los propietarios de las fábricas no aumentan en forma suficiente la producción, despiden obreros, impiden por el hecho de ser dueños de las fábricas la redistribución del crédito que la nacionalización de los bancos busca. Los dueños y los miembros de la Cámara Chilena de la Construcción, los dueños de las empresas constructoras impiden y sabotean la construcción de viviendas, la construcción de viviendas para el pueblo. Tratan de detener, tratan de impedir que el pueblo, las quinientas mil familias que en Chile no tienen vivienda, tengan acceso al más elemental derecho, el techo.

Desde el Parlamento, la mayoría demócratacristiana y nacional desfigura los proyectos de gobierno; cuando el gobierno lanza un proyecto que busca permitir que Chile no pague a los ladrones norteamericanos, que no pague ninguna indemnización como todos los trabajadores de Chile reclaman, cuando se presenta un proyecto que permita defender la riqueza del país, la que han producido los trabajadores, e impida que los ladrones norteamericanos tengan derecho a indemnización que no merecen, que se han robado más de lo que es el patrimonio nacional, entonces la mayoría demócratacristiana y nacional desfigura el proyecto, lo transforma, lo debilita, y lo llena de ambigüedades, lo llena de debilidades, para que el pueblo de Chile tenga que pagar. Y desde ese instrumento, que ya es más débil, tratan de forzar al gobierno y al pueblo a que tenga que pagar mayores cantidades a los imperialistas, a los que han robado por décadas a Chile.

Desde el Poder Judicial, los jueces, la Corte Suprema, Méndez Braña y compañía, persiguen obreros, detienen campesinos que se toman fundos, llenan las cárceles de estudiantes e impiden la movilización de los trabajadores. Buscan con la represión impedir la movilización de los trabajadores del campo y de la ciudad por sus derechos.

Desde los aparatos represivos, donde todavía conservan algunas posiciones importantes, golpean a los campesinos que luchan por la tierra o detienen estudiantes que van a concientizar campesinos y a enseñarles el camino. Se toman la ley y tratan de dificultar el avance del pueblo. A través de la Contraloría dificultan hacer las fábricas propiedad de todo el pueblo. Impiden el avance de los obreros por sus fábricas, impiden que la propiedad de las fábricas sea de todo el pueblo, tratan de detener, frenar y amarrar el avance del pueblo.

A través de la prensa, de los grandes consorcios periodísticos, tratan de impedir que el pueblo conozca la verdad, desfiguran y engañan al pueblo, tratan de mentirles sobre lo que ocurre, elevan a primer plano problemas que son secundarios, elevan a primer plano problemas que tratan de dañar la causa del pueblo sobre la base de la propiedad de los medios de producción.

Nada ni nadie puede detener el avance de los trabajadores

Los obreros, los campesinos, los pobladores y los estudiantes saltarán y harán barrer hecho añicos cualquier barrera, sea el Parlamento, sea el Poder Judicial, sea la legalidad burguesa, sea la ley de los ricos, sea la ley de los patrones; las harán destruir, las harán saltar hecha añicos para avanzar sobre sus derechos, para caminar por los derechos que le corresponden a todo el pueblo en la propiedad del cobre, de los fundos y las grandes fábricas.

Sólo aumentará la producción en Chile cuando la propiedad de los fundos y las fábricas sean del pueblo, cuando los grandes fundos y las fábricas sean propiedad de los trabajadores del campo y la ciudad. No es posible convencer a los dueños de las fábricas, a los monopolios, a los que han explotado por años a los trabajadores, que aumenten la producción. Ellos están sabotando la producción. La batalla por la producción no es más que una parte de la batalla por el poder que convierta a los trabajadores del campo y la ciudad en dueños de las fábricas, el cobre y los fundos. Sólo aumentará la producción de las fábricas cuando los obreros sean dueños de ellas, cuando se les quite a los patrones la propiedad de las fábricas, cuando se les quite a los terratenientes la propiedad de los fundos, cuando los grandes fundos sean propiedad de todo el pueblo. Sólo habrá viviendas en Chile cuando se denuncie y se combata a los miembros de la Cámara Chilena de la Construcción, sólo habrá viviendas para el pueblo y techo para el pueblo, cuando se combata el sabotaje de los momios desde la Cámara Chilena de la Construcción.

Y el Parlamento, si los diputados y la mayoría parlamentaria demócratacristiana y nacional se pone al servicio de los intereses norteamericanos, si la mayoría demócratacristiana y nacional del Parlamento defiende los intereses de los dueños de grandes fábricas, y los dueños de los grandes fundos, entonces el Parlamento habrá de ser combatido, vigilado y denunciado y si es necesario disuelto y reemplazado por organizaciones que realmente representen al pueblo.

Y si el Poder Judicial, si los jueces persiguen a los trabajadores y a los campesinos, si siguen dejando libres a los asesinos de Schneider, a todos los conspiradores en Chile, y detienen a estudiantes, obreros y campesinos, entonces una Justicia del Pueblo habrá de implantarse en Chile y entonces el Poder Judicial habrá de ser reemplazado por una justicia realmente del pueblo que persiga a los que explotan y a los que realmente asesinan en Chile. Si la ley en Chile, si la legalidad que levantaron los patrones, los dueños de los fundos, de las fábricas y del cobre sigue oponiéndose a los avances de los trabajadores, si la ley que levantaron los yan-

quis, si la ley que defiende la riqueza de unos pocos, sigue siendo instrumento de la burguesía, sigue siendo instrumento de quienes explotan y masacran al pueblo, entonces una ley revolucionaria habrá de implantarse en Chile y una nueva legalidad de los trabajadores habrá de imponerse hoy en Chile. Nada puede detener ni nada debe detener el avance de los trabajadores. No hay razón alguna que impida el avance de los trabajadores o que los trabajadores deban medir en ningún sentido. Si la ley, si los jueces, si el Parlamento impiden el avance del pueblo, habrán de ser barridos por el pueblo y reemplazados por nuevas formas. Habrá que transformar la ley, reemplazar el Parlamento, reemplazar los jueces, reemplazar la legalidad y el Poder Judicial, y construir el Poder Judicial, la ley, la justicia y los organismos que realmente representen los intereses del pueblo.

Si los consorcios periodísticos, si las grandes empresas periodísticas, si el clan de los Edwards, si las empresas periodísticas quieren defender los intereses de los patrones, que son minoría en Chile, entonces esas empresas periodísticas habrán de pasar a manos de los trabajadores que allí laboran y de todo el pueblo de Chile. No puede permitir el pueblo que la verdad sea distorsionada por la sola propiedad de los medios de difusión, que la prensa, los diarios, las radios, engañen al pueblo, y mostrarle problemas que no existen. Si es así, los medios periodísticos, la prensa y la radio habrán de ser también del pueblo.

La fuente fundamental de fuerza que tiene la izquierda son las masas movilizadas

No basta sólo la intención de transformar el país, no basta solamente convocar al pueblo en plazas, no basta sólo mostrar a los enemigos siquiera, no basta sólo mostrar lo que hay que hacer. Cada paso, cada avance que el pueblo dé, tiene que estar de acuerdo con la fuerza que los trabajadores hoy día tengan en Chile. La burguesía, la clase dominante, los dueños del poder y la riqueza todavía tienen fuerza en Chile. Los trabajadores deben acumular la fuerza suficiente para combatirlos en el momento necesario, con la fuerza suficiente.

Más aún: la única fuente posible de fuerza de los trabajadores, la única fuerza que puede destruir a la burguesía, la fuente fundamental de fuerza que tiene la izquierda son los trabajadores, son las masas, son los obreros, son los campesinos, son los pobladores, son los estudiantes. Sólo la fuerza de los trabajadores puede romper las barreras que hemos mencionado.

Sólo movilizándolo, organizándolo, elevando la conciencia de los trabajadores, es posible combatir a las clases dominantes en las posiciones que todavía sustentan. La única forma de movilizar al pueblo es por sus intereses y reivindicaciones. A partir de sus frentes, en contra de sus patrones, mostrándoles al enemigo.

El MIR apoya e impulsa las formas de lucha que movilizan al pueblo

Por eso, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria apoya las formas de lucha que el pueblo levanta. Por eso, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria

apoya cuando los campesinos se toman el fundo de un terrateniente que sabotea la producción, que no siembra, que disminuye la producción, que no cosecha, que combate las movilizaciones del pueblo, que impide el aumento de la producción.

Por eso, el Frente de Trabajadores Revolucionarios y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria apoyan las fábricas que son tomadas por los obreros, cuando éstos combaten un patrón, un dueño de una gran fábrica que no aumenta la producción, que despide a los obreros, que aumenta la cesantía, que no levanta las líneas de producción que deben satisfacer las necesidades de los trabajadores. Por eso, el MIR proclama el derecho de los trabajadores del campo y la ciudad, a movilizarse, a levantar las formas de lucha que son necesarias. Si son las tomas de fundos, si son las tomas de fábricas, ese es un camino justo, si se está combatiendo el sabotaje de los momios, si se está combatiendo a la derecha y al imperialismo.

Publicado en *Punto Final* no. 136, 23 de agosto de 1971.

La alternativa de Chile es socialismo o fascismo

Discurso en Cautín el 1 de noviembre de 1971 en homenaje a Moisés Huentelaf

Compañeros campesinos de Cautín y de todo Chile.

Compañeros del Movimiento Campesino Revolucionario y del Frente de Trabajadores Revolucionarios.

Compañeros militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

Compañeros:

A nombre de la Dirección Nacional del MIR hemos venido a rendir un homenaje a Moisés Huentelaf; campesino, mapuche, revolucionario y militante de nuestro movimiento, asesinado por los momios latifundistas el viernes 22 de octubre en el fundo Chesque.

La forma en que encontró la muerte Moisés Huentelaf resume gran parte de lo contradictorio y confuso del período por el que atraviesa nuestro país.

Como ocurre a lo largo de todo el campo chileno, campesinos pobres, sin tierra, se organizan para conquistar ellos mismos lo que la ley les niega: la tierra. Explotados por décadas, marginados de los beneficios de la sociedad, desarmados, unidos sólo por su miseria y decisión, se tomaron un fundo donde no se explotaba la tierra.

Los dueños del fundo, enriquecidos a costa de la explotación de los campesinos, gozando de la riqueza y el privilegio, que no trabajaron la tierra para crear el hambre en Chile; impunemente, bien armados y organizados, atacaron, dispararon, hirieron y asesinaron campesinos; así se defiende el derecho de algunos a la riqueza y un destino de miseria para otros.

Los campesinos fueron desalojados, Moisés Huentelaf fue asesinado, otros campesinos fueron heridos.

Es un episodio de la lucha entre los dueños del poder y la riqueza por un lado y los trabajadores por el otro, en la forma que adopta hoy en Chile.

Pero eso no fue todo. Tres carabineros ayudaron a los terratenientes a desalojar a los campesinos, el Gobernador de Loncoche fue llamado tres veces para que interviniera, pero se abstuvo, no acudió y dejó que los terratenientes acribillaran por tres horas a los campesinos. Y no terminó allí el incidente.

Esa noche, cuando un campesino fue asesinado por los terratenientes, el juicio que comenzó fue el juicio a los campesinos: fueron cazados en los caminos y en sus chozas; decenas de ellos fueron detenidos, al menos uno de ellos fue torturado, fueron allanadas las casas campesinas a la búsqueda de las armas que no mataron a nadie, fueron golpeadas sus mujeres y sus niños.

Un campesino ha sido asesinado por los terratenientes: la prensa reaccionaria informa al país que son guerrilleros, que los campesinos desatan un clima de terror en los campos, que están armados.

Un campesino ha sido asesinado por los terratenientes, y el Ministro del Interior, horas después, aprovecha de condenar la toma de fundos por los campesinos.

Las concesiones del gobierno

La muerte de Moisés Huentelaf, su asesinato en el fundo Chesque, nos ofrece una síntesis de lo que ocurre hoy en Chile más clara que cientos de tratados de teoría política. Los trabajadores hoy en Chile combaten por sus intereses, las clases dominantes defienden a sangre y fuego su poder y riqueza, las instituciones del aparato del Estado capitalista, la ley y la justicia juegan su papel histórico, defienden los intereses de los patrones contra los trabajadores; y el gobierno de la Unidad Popular, elegido por los campesinos y los trabajadores de todo el país, permite que los sectores más conciliadores hagan concesiones a los patrones.

Así perdió la vida Moisés Huentelaf, campesino, mapuche y revolucionario. A los 24 años de edad, después de tres años de militancia en el MIR, deja una compañera y dos hijos. Tenía tierra, la había conquistado poco tiempo antes, pero había dedicado su vida a luchar por conquistar la tierra para todos los trabajadores y a combatir a los terratenientes.

Moisés Huentelaf, héroe de la lucha de los campesinos, une su nombre al de los asesinados en la Coruña, San Gregorio, Ranquil y Lonquimay, el Salvador y Puerto Montt.

Así mueren hoy en Chile los campesinos. Las circunstancias de su muerte resumen lo confuso y contradictorio del período por el que atravesamos.

El mejor homenaje que podemos rendirle, es a partir de su muerte explicar a los campesinos, y al pueblo qué ocurre hoy en Chile, en qué consiste este proceso lleno de avances y retrocesos.

Lo haremos no erigiéndonos en jueces, no como observadores ajenos al proceso, sino como partes de él, comprometidos como estamos en su resultado y destino.

Lo haremos de la única forma que es posible, frente al pueblo, frente a los únicos jueces, los obreros y los campesinos. Lo haremos sin esconder nada, mostrando la política reaccionaria de las clases dominantes, saludando los avances que el gobierno y los trabajadores han alcanzado, pero también criticando los errores, las debilidades y las concesiones de este gobierno. Entendemos que sólo así se fortalece el avance de los trabajadores y la izquierda.

Nosotros no confundimos al enemigo

Demasiado cerca está la experiencia boliviana, es muy alto el costo de los errores y no es tan débil la izquierda y el movimiento de masas como para que no resis-

ta la crítica revolucionaria y desde allí se fortalezca. Nosotros no confundimos a nuestros enemigos, que no los confundan quienes no gustan del debate ideológico en el seno del pueblo.

Desde que este período se inició, dijimos que el ascenso de la Unidad Popular al gobierno era un hecho positivo, pues incorporaba a grandes sectores de masa a la lucha por el socialismo, pues habría grandes posibilidades de organización y movilización de los trabajadores y porque cristalizaba el alineamiento de dos grandes campos: el de los dueños del cobre, de las fábricas y los fundos por un lado; y por el otro el de los trabajadores.

Dijimos entonces, como muchos, que grandes dificultades aparecerían en el camino y que grandes debilidades afectaban el avance de los trabajadores; entre las fundamentales: el poder económico, político y militar de las clases dominantes, el imperio de la ley construida por los patrones, la supervivencia de un Parlamento reaccionario y de una justicia de clase.

Planteamos desde un principio que sólo podían avanzar los trabajadores y el gobierno a través del uso de las dos grandes palancas que le entregarían fuerza: la unidad de todo el pueblo y de la izquierda y la movilización de las masas a partir de sus reivindicaciones, contra sus patrones, para desde allí acumular la fuerza suficiente para conquistar el poder.

Eso pensábamos desde el comienzo, y hoy después de todo un año de gobierno de la Unidad Popular seguimos pensando básicamente lo mismo.

¿Pero qué ha ocurrido en los hechos en el último año?

Por un lado el gobierno de la Unidad Popular ha nacionalizado el cobre, ha estatizado la casi totalidad de la banca, ha tomado bajo su control algunas industrias, ha expropiado cerca de un tercio del total de fundos que tienen sobre 80 hectáreas de riego básico, ha redistribuido el ingreso nacional a favor de las capas más pobres de la población, ha iniciado una disminución significativa de la cesantía. Eso es lo positivo, es lo que los trabajadores del campo y la ciudad apoyan.

Al mismo tiempo, a estas medidas se oponen los norteamericanos cuando agreden en declaraciones a Chile, cuando le cortan toda ayuda crediticia y cuando amenazan a Chile con sanciones. Frente a estas medidas del gobierno los terratenientes sabotean la producción agropecuaria, buscando crear desabastecimiento; los industriales no aumentan en forma suficiente la producción, la Cámara Chilena de la Construcción sabotea los planes habitacionales; el partido Demócrata Cristiano y el Partido Nacional atacan y conspiran contra el gobierno, se arman y conspiran contra el pueblo.

Todo lo anterior constituye la forma que adopta la lucha de los explotadores por defender su poder y riqueza en contra del avance de los trabajadores, y el pueblo así lo entiende.

La represión contra trabajadores

Pero no todo es tan claro para los trabajadores, hay hechos y medidas del gobierno que los confunden, que los desconciertan, que no entienden, que nadie les explica y que sólo unos pocos intentan justificar.

En los campos de Chile se ordena a carabineros que desalojen y repriman a campesinos que luchan por la tierra. En Santiago se apalea a los estudiantes cuando protestan contra las agresiones del gobierno norteamericano.

Se reprime a los pobladores del Campamento Nueva La Habana cuando protestan contra el sabotaje de la Cámara Chilena de la Construcción y el trámite burocrático de la Contraloría.

En Concepción, por orden del Intendente se desalojó policialmente un hogar de estudiantes y se impulsó la represión a estudiantes y pobladores en las calles. En Arica se reprimió a estudiantes que protestaban por la visita a nuestro país de la marina norteamericana, masacradora de campesinos en Vietnam. En Loncoche, el Gobernador permitió que un grupo armado de terratenientes acribillara más de tres horas a los campesinos.

Estas medidas y actitudes son las que el pueblo no comprende y rechaza. Estas contradicciones del período son las que queremos hoy explicar a los trabajadores de todo Chile y sólo podremos hacerlo si tomamos el proceso desde sus comienzos.

La lucha centenaria y la fuerza de los trabajadores llevó a la Unidad Popular al gobierno. Los trabajadores depositaron allí su confianza y se dejaron conducir.

El gobierno comenzó tomando algunas medidas económicas que abrieron un camino en el terreno de la gran minería del cobre, de la banca y de la industria. En este terreno queda, como es evidente, un largo y el más difícil trecho por recorrer: erradicar las inversiones norteamericanas en la industria, redistribuir efectivamente el crédito, incorporar a la propiedad de todo el pueblo la totalidad de la gran industria, etc.

Las contradicciones del período

No fue tan clara la política agraria del gobierno y fueron de más graves consecuencias las medidas adoptadas, dada la mayor intensidad de las luchas campesinas. Desde el comienzo, el gobierno aceptó la ley de Reforma Agraria demócratacristiana y no presentó otro proyecto de ley. Al limitar también el camino de las intervenciones, el gobierno sólo pudo proponerse la expropiación de los predios que tenían más de 80 hectáreas de riego básico, existiendo gran propiedad agraria también en predios de menor cabida. Por este camino el gobierno se vio obligado a conceder la reserva a los terratenientes, a tener que indemnizarlos cuando los expropiaba y a todo un procedimiento tecnocrático y burocrático de acceso a la tierra por los campesinos. La situación se hizo más grave aún al limi-

tar el gobierno las expropiaciones en 1971 a 1 300 predios del total de 3 800 que tenían sobre 80 hectáreas de riego básico.

Esto llevó al gobierno a graves contradicciones con el movimiento campesino, y obligó a éste a buscar por todos los medios, a pesar de la política del gobierno, formas para poder seguir avanzando. Así se desarrolló la movilización campesina primero en el sur de Chile y después en el centro del país. El gobierno intentó resolver esta contradicción combatiendo ideológica y políticamente las formas que adoptaba el avance de los trabajadores en el campo y después cayó en las incursiones represivas a las movilizaciones campesinas, las que hoy son cada vez más frecuentes.

Los terratenientes a su vez, algunos expropiados y otros amenazados, pero la mayoría impunes, pudieron sabotear la producción agropecuaria a su gusto, desmantelar los fundos, etc., y así lograron crear desabastecimiento en algunos rubros.

El gobierno no movilizó a las masas

El resultado de una política débil en el sector agrario y el hecho de que el gobierno no haya asumido el liderazgo del movimiento campesino en ascenso, obligó al movimiento campesino, al serle negados los instrumentos legales por medio de los cuales encauzar su lucha, a acudir a formas ilegales de movilización, entre las que están las tomas de fundos, que hemos encabezado. El MIR no inventó la lucha de clases en el campo, sólo hemos organizado y liderado las únicas formas posibles de movilización campesina dadas las condiciones impuestas por la política agraria del gobierno.

Pero, salvo en el sector agrario, no es en el terreno de las medidas económicas donde está el origen fundamental de las contradicciones que el período nos ofrece.

La Unidad Popular, al mismo tiempo que tomaba medidas económicas que abrían un camino a este terreno, no incorporó las masas al proceso en forma adecuada ni en grado suficiente. Más aún, a veces tomó medidas abiertamente contrarias al sentir de los trabajadores, como la reincorporación de los saboteadores de Sumar expulsados por los trabajadores o como la destitución del jefe zonal de CORA de Linares, Gabriel Coll, medida que fue resistida por los campesinos y toda la izquierda de Linares.

Tampoco movilizó a los trabajadores detrás de sus reivindicaciones y contra sus patrones. Al contrario, primero no los movilizó y luego llegó a llevar a cabo incursiones represivas sobre algunas movilizaciones de los trabajadores. Si bien es cierto que desarrolló algunas formas de movilización e incorporación de las masas, o éstas fueron limitadas o fueron por objetivos alejados de sus intereses concretos o fueron también distantes de su nivel de conciencia.

Al proceder de esta forma el gobierno y la Unidad Popular no ganaron la fuerza de masas que le debieron entregar algunas de las medidas económicas tomadas.

Así el gobierno no tuvo la fuerza suficiente para golpear, transformar o reemplazar las instituciones que todos antes reconocíamos como contrarias al avance del proceso: la Ley de los patronos, el Parlamento con mayoría demócratacristiana y nacional, y la justicia de clases.

Si no se tuvo la fuerza para golpear estas instituciones, hubo entonces que someterse muchas veces a sus imposiciones. Así, la mayoría parlamentaria demócratacristiana y nacional, al modificar el proyecto de nacionalización del cobre, obliga a Chile a pagar la deuda de las compañías norteamericanas que asciende alrededor de 700 millones de dólares; así el imperio de la justicia de clases dejó libres e impunes a la mayor parte de los asesinos de Schneider a la vez que encarcela estudiantes y campesinos cuando éstos luchan por sus intereses. La legalidad, la ley de los patronos, es el peor enemigo del avance de los trabajadores y muchas veces el proceso ha sido frenado por ella: es la legalidad de los patronos como la ley de Reforma Agraria demócratacristiana, la que impide que los campesinos conquisten la tierra; es la legalidad de los patronos a través de la Contraloría la que frena y dificulta el rápido aumento de la propiedad de todo el pueblo en la industria; es la legalidad de los patronos la que por favorecer a los empresarios de la Cámara Chilena de la Construcción dificulta el acceso del pueblo a la vivienda; es, finalmente, la legalidad de los patronos la que agrede al movimiento estudiantil hoy en la Universidad de Chile.

Así el gobierno de la Unidad Popular si bien hirió intereses de la clase dominante, si bien comenzó a tomar medidas positivas en el terreno económico en general y mucho más limitadamente en el sector agrario, al no incorporar las masas al proceso y al no golpear el aparato del Estado y sus instituciones, no ganó fuerza y se hizo cada vez más débil. Ahora bien, son precisamente estas dos medidas: la incorporación de las masas al proceso y los golpes al aparato del Estado las que definen un proceso como revolucionario y lo hacen irreversible si se llevan a cabo.

Pero no por ser menos fuerte el gobierno disminuyó la agresividad de las clases dominantes, las que directamente heridas o viendo amenazados sus intereses, con más fuerza aún atacaron al gobierno y los trabajadores. En esa circunstancia se abrió el camino a las concesiones del gobierno frente a las presiones de los dueños del poder y la riqueza.

Las actitudes positivas

Pero al mismo tiempo se dan en el gobierno y en la Unidad Popular sectores y actitudes que abren un camino que permite hacer avanzar a los trabajadores. Resultado de ello son las medidas económicas que antes hemos considerado positivas, las actitudes recientes del no pago de indemnización por la nacionalización del cobre, impulsado fundamentalmente por los compañeros socialistas. También es positiva la presentación del decreto de insistencia por el gobierno en

lo que se refiere a la requisición de las empresas textiles. Tratamiento adecuado también es el dado por el gobierno a los terratenientes en el acto inaugural de la FISA. Los trabajadores apoyan y refuerzan estos sectores y estas actitudes del gobierno.

Pero no sólo existen sectores y actitudes del gobierno que empujan por el avance de los trabajadores sino que también, y esto es lo fundamental, los trabajadores mismos, si bien no han sido movilizadas masivamente por el gobierno, están en todo el país, en los campos y en las ciudades, luchando con más fuerza que nunca por sus intereses, contra sus patrones.

Nunca ha sido mayor la movilización campesina en Chile, la lucha por la tierra se ha extendido como mancha por los campos del sur y del centro del país; campesinos mapuches, pequeños propietarios sin tierra, obreros agrícolas y cesantes agrarios se organizan, movilizan y enfrentan a los terratenientes luchando por conquistar la tierra.

En las ciudades, los obreros de la pequeña, la mediana y la gran industria, los cesantes, los pobladores y los estudiantes luchan también por sus intereses y reivindicaciones y por el avance de los trabajadores.

Las concesiones le pavimentan el camino a la sedición

Compañeros:

Esto es lo que ha venido ocurriendo en Chile. Chile está hoy dividido en dos grandes bandos: de un lado están los trabajadores, del otro los patrones.

Diariamente, en cada fundo, en cada fábrica, en los campos y las ciudades de Chile se está dando un combate entre los patrones y los trabajadores, una lucha implacable entre los explotados y los explotadores.

Los patrones, los dueños de los fundos y las fábricas, los mismos que hace un año temblaban ante el avance de los trabajadores, los mismos que ayer sabían que el pueblo reconquistaría lo que es suyo, hoy comienzan a levantar cabeza. Retoman la iniciativa y abren una contraofensiva reaccionaria en todos los niveles: se pasean armados por los campos de Chile, desalojan y asesinan campesinos, insultan por sus diarios, conspiran descaradamente. Atrincherados en el Parlamento, escondidos detrás de las banderas de la ley y el orden golpean a los trabajadores, avanzan y logran retomar algunas posiciones. Incluso llegan a confundir a sectores del pueblo.

Desde estas posiciones las clases poseedoras luchan por crear un desgaste político del gobierno entre las masas. Esto se ve favorecido cuando descubren que con su griterío legalista y con sus montajes publicitarios obtienen concesiones de los sectores más vacilantes del gobierno, tratando así de crear graves contradicciones entre el gobierno y el movimiento de masas para quebrar la base de apoyo social del gobierno, dividir a las masas, y desde allí volver a intentar el derrocamiento del gobierno y la represión al movimiento de masas.

De esta forma los que hacen concesiones creyendo que así pueden tranquilizar a los sectores más estridentes de la clase dominante, no hacen otra cosa que favorecer los juegos tácticos de la sedición.

Al mismo tiempo los trabajadores del campo y la ciudad combaten diariamente por sus intereses y contra los patrones. Nunca ha sido mayor la movilización campesina, obrera y pobladora. A lo largo de todo el país los campesinos les arrebatan la tierra a los terratenientes, los obreros luchan en sus fábricas, los pobladores combaten a la Cámara Chilena de la Construcción y los legalismos y burocratismos que dificultan su avance. Pero si los patrones se logran unir y pasan a la contraofensiva, no siempre los trabajadores muestran el mismo grado de decisión y unidad. Las contradicciones del período, las concesiones de otros, las agresiones de los patrones, por momentos les desconciertan.

La fuerza y decisión de los trabajadores llevó a la Unidad Popular al gobierno, lo impuso superando las maniobras reaccionarias, lo defendió e impidió reiterados intentos sediciosos contra el gobierno, e incluso moderó y subordinó sus luchas si así se lo pidieron.

Los trabajadores definen un camino propio

El pueblo entregó toda su confianza a la Unidad Popular y se dejó conducir por ella; entendía que al conquistar el gobierno estaba ganando un instrumento que le ayudaría en la lucha por sus intereses y en contra de sus enemigos. A pesar de las medidas positivas de este gobierno, de los avances que la Unidad Popular ha hecho, las debilidades, las concesiones y las tentaciones de algunos de sus sectores de convertirse en árbitros de la lucha de clases no les dejan a los trabajadores otro camino que recobrar una cuota de la confianza entregada, y apoyando las medidas positivas de este gobierno, combatiendo sus concesiones, pasar los trabajadores a definir un camino propio.

Los trabajadores comienzan a retomar la iniciativa, inician una ofensiva en todos los planos, dejan de esperar que otros les resuelvan sus problemas, y, dirigiéndose ellos mismos, luchan directamente por sus intereses usando todas las formas de lucha.

En el combate de los trabajadores, en la fuerza de sus movilizaciones, se desarrolla una potencia incontenible que nada ni nadie podrá detener, que es la única garantía de un camino revolucionario y socialista.

Esta es la tarea fundamental del período. Es deber de toda la izquierda y del gobierno favorecer y empujar estas movilizaciones. Esta es la única forma de derrotar a las clases dominantes, de resolver los problemas de los trabajadores, de hacer avanzar a los obreros y campesinos, de resolver las contradicciones del período, de combatir las tendencias vacilantes en el gobierno y de afirmar los sectores más radicalizados. Es la mejor forma de defender la estabilidad del gobierno. Es a tra-

vés de estas movilizaciones que los trabajadores ganan conciencia y organización, las que se traducen posteriormente en fuerza.

Nosotros, los militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, a través del Movimiento Campesino Revolucionario, del Frente de Trabajadores Revolucionarios, de las organizaciones revolucionarias de los pobladores y del Frente de Estudiantes Revolucionarios, empujaremos estas formas de movilización de las masas y buscaremos asumir su liderazgo.

Llevando a cabo esta tarea los trabajadores obtendrán la fuerza necesaria, la conciencia y organización suficientes para pasar a tareas que vayan definiendo el problema del poder.

Unir a todos los sectores del pueblo en el combate contra el enemigo común de todos los sectores de trabajadores: la legalidad de los patrones.

¡A disolver el Parlamento!

Obreros, campesinos, pobladores y estudiantes entienden, y cada vez más irán comprendiendo, que lo que frena su avance en todos los terrenos es la legalidad construida por los patrones. Primera tarea será la disolución del Parlamento. Terminar con la mayoría demócratacristiana y nacional que desde allí dispara contra los trabajadores.

Su reemplazo por una Asamblea del Pueblo en la que estén representados los obreros, los campesinos, los pobladores, los estudiantes y los soldados.

Creación de formas de poder local de los trabajadores en el campo y en la ciudad, a través de las cuales vayan asumiendo tareas que sienten las bases de un poder revolucionario y popular. Será tarea de los campesinos impulsar estas tareas a nivel de los Consejos Comunales Campesinos.

Sólo de esta forma se irá ganando la fuerza suficiente, para enfrentar la gran tarea del período: la conquista del poder por los trabajadores.

Unidad de la izquierda

Para empujar estas movilizaciones, para combatir la legalidad de los patrones, es imprescindible la unidad de todos los sectores del pueblo. Y ella exige la unidad de las fuerzas más importantes de la izquierda.

La única alternativa hoy en Chile es socialismo o fascismo. Estamos todos comprometidos con el resultado de este proceso. No es posible que se pierdan Federaciones estudiantiles en Santiago, en Temuco y en Nuble exclusivamente por el sectarismo de algunas fuerzas de la Unidad Popular que han impedido la unidad de la izquierda, entregando así victorias a la democracia cristiana.

El Movimiento de Izquierda Revolucionaria sostiene que a pesar que no concordamos con cada paso de la Unidad Popular, que a pesar de que tengamos diferencias con aspectos de su política, ello no significa que tengamos que ir a una ruptura definitiva con la Unidad Popular.

¿Cómo no quisieran las clases dominantes que el pueblo se dividiera definitivamente? ¿Cómo no quisieran EL MERCURIO, LA PRENSA, LA TRIBUNA, que la izquierda comenzara una lucha fratricida? ¿Cómo no quisieran los reaccionarios que entre la izquierda revolucionaria y el gobierno se abriera un nivel de enfrentamiento que en su desarrollo llevara inexorablemente al hundimiento del proceso?

El Movimiento de Izquierda Revolucionaria busca la unidad de todo el pueblo y de toda la izquierda para enfrentar en definitiva a las clases dominantes nacionales y extranjeras.

¡A EXPROPIAR SIN INDEMNIZACIÓN TODA LA INVERSIÓN NORTEAMERICANA EN CHILE!

¡A CONQUISTAR TODAS LAS GRANDES FÁBRICAS PARA EL PUEBLO!

¡POR EL CONTROL OBRERO DE LA PRODUCCIÓN EN LA PEQUEÑA Y MEDIANA INDUSTRIA!

¡A EXPROPIAR TODAS LAS GRANDES EMPRESAS DE LA CONSTRUCCIÓN!

¡A CONSTRUIR LA EMPRESA NACIONAL DE LA CONSTRUCCIÓN!

¡POR LA ESTATIZACIÓN Y DEMOCRATIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA EN CHILE!

¡DERECHO A VOTO Y A SER ELEGIDOS, LOS SUBOFICIALES Y SOLDADOS Y CLASES!

¡A EXPROPIAR TODA LA GRAN PROPIEDAD AGRARIA SIN INDEMNIZACIÓN, SIN RESERVA A TRAVÉS DE LOS CONSEJOS COMUNALES CAMPESINOS!

Publicado en www.archivochile.com

Declaración del Secretariado Nacional del MIR: frente al aniversario de la muerte del Che

El 8 de octubre, el Comandante Ernesto Che Guevara cayó luchando en Bolivia. No era su patria, como tampoco lo había sido Cuba: la patria del Che estaba allí donde hubiera un explotado junto al cual luchar.

En contra del reformismo que pretendía convertir al marxismo-leninismo en una caricatura, los revolucionarios cubanos lo rescataron para las masas trabajadoras de América Latina y del mundo. Con ellos, el marxismo-leninismo mostró su verdadera cara: el combate implacable a los patrones y al imperialismo, la conquista del poder político, como objetivo central de la lucha, la solidaridad internacional y la construcción con las masas de una sociedad más justa y más humana.

Esto es lo que el Che nos dejó como herencia. Una vida de revolucionario, un ejemplo de revolucionario consecuente hasta la muerte.

Hoy, más que nunca, el Che revive acrecentado y magnificado en cada combate de los pueblos por su liberación. Le rendimos nuestro homenaje en un momento en que los trabajadores chilenos levantan en alto las banderas que el Che supo forjar.

Los patrones se empeñan en impedir el paso a las manos del pueblo de fábricas y fundos. El imperialismo ataca ferozmente desde el exterior, intentando estrangular por el hambre al pueblo chileno, y maniobran en el plano interno, planificando con los patrones la sedición reaccionaria. Los partidos de la reacción, con la DC y el PN a la cabeza, se esfuerzan por utilizar sus posiciones de poder en el aparato del Estado para, desde allí, hacer retroceder a los trabajadores.

Frente a ellos los obreros y campesinos de Chile recuerdan las palabras del Che: “Devolver golpe por golpe, avanzar sin retroceder”.

El MIR hace suyo ese sentir de las masas y une su voz a la del pueblo para decir: ¡COMANDANTE CHE GUEVARA, HASTA LA VICTORIA SIEMPRE!

SECRETARIADO NACIONAL DEL MOVIMIENTO
DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA (MIR)

Santiago, 8 de octubre de 1972.

Transcrito de *Documentos Internos*, 1972, pág. 189.

El MIR responde a los ataques del Secretario General del Partido Comunista

Durante todo el último período y tal vez ante la proximidad de las elecciones de marzo, han recrudecido los ataques de algunos dirigentes del Partido Comunista al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

El Secretario General del PC, Luis Corvalán, ha hecho imputaciones graves, alusiones injuriosas y las deformaciones acostumbradas de nuestras políticas y nuestros propósitos, tanto en su carta respuesta al compañero Altamirano, como en discursos y conferencias de prensa posteriores.

Estimamos necesario responder las afirmaciones del senador Corvalán estableciendo muy claramente cuál es nuestra política y nuestra táctica, a fin de facilitar el debate en las bases del PC y del conjunto de la izquierda.

Quisiéramos señalar a los compañeros comunistas, muy especialmente a algunos de sus dirigentes, que los problemas de la estrategia y la táctica de la revolución chilena, los problemas de programa, alianzas y formas de actividad de masas, sólo pueden resolverse y esclarecerse a la luz de la lucha ideológica abierta y franca y que etiquetar a quien discrepa de la dirección de los comunistas chilenos, de “aventureros”, “extremistas”, “revolucionarios rabiosos”, “agentes de la CIA”, “provocadores”, “pequeños burgueses que quieren hacer la revolución en un día”, “cabezas calenturientas”, no es más que una actitud de debilidad que muestra la incapacidad de un grupo de cuadros dirigentes para enfrentar el debate ideológico.

Es conveniente destacar un hecho curioso de la política chilena. Siempre el recrudecimiento de los ataques de la dirección del PC al MIR ha correspondido a períodos en que esa dirección ha abierto o intentado abrir conversaciones con la DC. Es más, siempre la intensificación de los ataques a las posiciones revolucionarias y el ataque al MIR ha precedido a las conversaciones PC-PDC o UP-PDC.

En esta carta será imposible, por razones de espacio, responder a todas las deformaciones que de nuestra política hacen los dirigentes del PC. Por ello nos centraremos en las cuestiones que nos parecen de mayor relevancia en la actual etapa de la lucha de clases nacional y de la lucha por la conducción de las masas en el seno del pueblo.

1.- El poder popular autónomo, independiente y alternativo al Estado burgués no es una fantasmagoría sino una realidad y necesidad.

El Secretario General del PC, Luis Corvalán, afirma en su carta a Carlos Altamirano:

“Pero ocurre que quien está, como ya se ha dicho, bajo el fuego graneado del imperialismo y la oligarquía de los Jarpa y los Frei, y a quien éstos quieren derro-

car no es al fantasmagórico Poder Popular independiente del Gobierno de que habla el MIR y que sólo existe en la cabeza calenturienta de sus dirigentes, sino al Gobierno del Presidente Allende”.

Pensamos que la argumentación es falaz y pasamos a demostrarlo.

Lo que la gran burguesía y el imperialismo quieren, es impedir que la clase obrera y las masas populares avancen con independencia de clase hacia la toma del poder político. Es en ese contexto que las clases reaccionarias y sus partidos se han planteado impedir que el Gobierno actual actúe como un verdadero Gobierno de los Trabajadores, abriendo paso, impulsando y apoyando la movilización y la lucha independiente de las masas. Por eso la burguesía impuso en octubre la salida del Gabinete UP-Generales, precisamente para colocar bajo custodia de una institución que es un “agente del Estado burgués”, en este caso “agente restaurador”, al Gobierno. Por eso también el imperialismo y la burguesía buscan la derrota del Gobierno bajo la forma de derrocamiento o claudicación. Y es por eso precisamente que la movilización creciente de las masas y su organización en órganos de poder, independientes y autónomos del Estado burgués, es la única alternativa real para que la clase obrera y las masas populares puedan enfrentar con posibilidades de éxito a las fuerzas de la reacción burguesa. La burguesía ha comprendido perfectamente esto y por eso lucha por subordinar toda forma de organización independiente de las masas, de poder de las masas, al Estado Burgués.

En esto encuentran el concurso del reformismo, el apoyo de la dirección del PC, que se opone a impulsar el desarrollo de formas de poder popular autónomas y contradictorias con el Estado Burgués chileno.

Y entiéndase bien, estamos hablando de un poder obrero y popular, que se organiza desde abajo en forma autónoma e independiente, en contradicción y lucha con el Estado Burgués y sus instituciones de dominación social y política. Se trata de un poder autónomo y alternativo al Estado Burgués e independiente del Gobierno actual. Esto no significa que ese poder tenga que ser necesariamente contradictorio con el Gobierno. Eso depende exclusivamente del Gobierno, de su capacidad para realizar y absorber o no, los intereses inmediatos y generales de los distintos sectores de la clase obrera, las masas y el pueblo; más aún, se trata de que efectivamente el Gobierno ayude a desarrollar ese poder popular que es el único factor de fuerza que le puede dar una estabilidad clasista, proletaria y popular. Que el Gobierno apoye las luchas del pueblo, sea una palanca efectiva de sus movilizaciones, lucha y organización independiente, depende del carácter de clase y la fuerza de clase en que se afirme.

En verdad, el fondo de la polémica sobre el poder popular alternativo, no está en las relaciones de éste con el Gobierno, sino en la concepción de la dirección del PC sobre el actual período y la tarea del proletariado en la presente etapa de la lucha de clases.

Lo que ocurre es que la dirección del PC es contraria al desarrollo de un poder obrero y popular alternativo y autónomo porque no se plantea para este período la toma del poder político por el proletariado, la sustitución revolucionaria del actual Estado, sino, como dice el Senador Corvalán: “somos partidarios de llevar adelante el proceso revolucionario en los marcos del actual estado de derecho, sin perjuicio de irle mejorando paulatinamente y somos firmes partidarios de la participación de la clase obrera en la gestión del Gobierno, pero somos absolutamente contrarios a los planteamientos del MIR, acerca de la creación de un poder popular como alternativa al Gobierno Popular, pues eso a nuestro juicio significa debilitar al Gobierno, cuando de lo que se trata es de fortalecerlo”.

Es decir, la dirección del PC se plantea un largo período de luchas por reformas dentro del capitalismo, dentro del estado de derecho burgués, a través de la acción parlamentaria, para llegar gradualmente al socialismo, tesis de la transición pacífica y electoral parlamentaria al socialismo. Esto es la esencia del reformismo de ayer, el de los Bernstein, Plejanov y Kautsky y del neoreformismo contemporáneo del PC chileno y de otros PC que siguen la misma política reformista de la dirección del PC chileno.

Es necesario señalar claramente que la dirección del PC se planea una reforma del capitalismo y una democratización del actual Estado Burgués, pero que no plantea ni la toma del poder político ni el socialismo en el actual período y en la actual etapa. Y no porque no hayan condiciones. Marx y Lenin estudiaron los períodos en que era posible que el proletariado se planteara el cuestionamiento real del poder del Estado. Estos son los períodos de crisis de la sociedad, de crisis de la dominación burguesa y ascenso del movimiento de masas, período que hoy vivimos en Chile en su fase pre-revolucionaria.

La dirección del PC no debe ocultar sus ideas y propósitos. No debe seguir mistificando y deformando la realidad y la lucha ideológica afirmando que el poder popular que desarrollan las masas es necesaria e inevitablemente alternativo y contradictorio al gobierno actual. Es alternativo al Estado burgués, a este Estado al que la dirección del PC no quiere combatir en sus raíces y al que no quiere que el Gobierno actual combata (por eso aceptaron la incorporación de los militares), Estado que sólo se proponen modernizar, democratizar, hacer más popular, sin que pierda su carácter burgués. Sólo será contradictorio con el Gobierno si éste se opone a la lucha independiente del proletariado y el pueblo.

El poder popular alternativo y autónomo es parte de una estrategia proletaria alternativa a la estrategia del reformismo que acepta mantener subordinadas a las masas a la democracia burguesa.

El Poder Popular alternativo y autónomo no es una fantasmagoría, ni existe sólo en la “cabeza calenturienta” de algunos dirigentes. Ha surgido, se está desarrollando y se fortalecerá en el seno de las masas, aunque algunos dirigen-

tes del PC quieran impedirlo o darle un carácter distinto. Y ello porque es el producto de una agudización de la lucha de clases, de un proceso progresivo y creciente de mayor autonomía ideológica, política, programática y organizativa de las masas.

Tan real es el Poder Popular independiente que es una de las principales preocupaciones de la dirección del PC y que las masas que todavía reconocen conducción en el PC, y aún las bases de su propio partido, se les escapan y desarrollan una política contraria a la política oficial de la dirección del PC. La dirección del PC fue hasta el paro de octubre contraria a los Comandos y Consejos Comunales de Trabajadores. Octubre les mostró que no podían ir contra la corriente de la lucha de clases. Entonces decidieron aceptar formalmente los Comandos y Consejos, pero anulándoles todo su contenido proletario al intentar convertirlos en instrumentos de la lucha corporativa y de democratización del Estado Nacional-Burgués.

2.- El Proyecto Camarón del gobierno sobre el Área de Propiedad Social.

El senador Corvalán y los dirigentes del PC afirman que el proyecto Camarón sobre APS, “tiende a ampliar y no a restringir el área de propiedad social, a avanzar y no a retroceder sobre la materia”. Sin embargo, la clase obrera, la mayoría de los partidos de la Unidad Popular y los revolucionarios entendieron de otra forma el proyecto. Nosotros lo entendemos como un retroceso. Fue por esto que la clase obrera se movilizó contra el proyecto y lo bautizó el Proyecto Camarón, proyecto retroceso, intento de poner a la clase obrera y el pueblo a caminar hacia atrás. Nosotros pensamos junto a los obreros del Cordón Cerrillos-Maipú y de todos los Cordones de Santiago y de Chile, cuyas opiniones se sintetizan en un Manifiesto del Comando del Cordón Industrial Cerrillos-Maipú, que dice que “el proyecto del Gabinete Cívico Militar aprobado con el acuerdo de los sectores vacilantes de la Unidad Popular, redefine el concepto de área social, achica su significado, establece procedimientos inaceptables de coadministración y negociación, para su constitución, con los patrones”.

Porque el último proyecto del Gobierno significaba un abierto retroceso, expresión clara de la política del reformismo, la clase obrera se movilizó masivamente en las Asambleas de fábricas, en los cordones y en las calles, combatiendo el proyecto y denunciando a los responsables. No se trata entonces de que la situación la pintaran calva para que algunos se aprovecharan de ella movilizándolo a las masas contra el reformismo y el Proyecto Camarón. Fueron las propias masas las que se movilizaron contra el proyecto denunciando al PC, a sus personeros y a otros responsables, no porque la situación la pintaran calva sino porque era preciso combatir la puesta en práctica de una política que atentaba abiertamente contra los intereses de la clase obrera y los trabajadores. Nosotros, junto a

otras fuerzas, no hicimos más que cumplir nuestro papel de vanguardia, poniéndonos a la cabeza de las luchas del pueblo.

Que el último proyecto del Gobierno sobre la APS implica un retroceso, una claudicación frente a la burguesía, se ve claramente expresado en lo siguiente:

- a) Sólo plantea incorporar 49 empresas al APS.
- b) Plantea devolver más de 120 empresas actualmente requisadas, ocupadas o intervenidas.
- c) Crea un sistema “provisorio” de administración integrada Estado-Empresarios-Trabajadores.
- d) Establece un sistema de indemnización y pago más favorable a la burguesía que el del anterior proyecto.
- e) No existe, por otra parte, ninguna posibilidad de que el Congreso legisle sobre el proyecto antes de las elecciones de marzo, de tal forma que el único objetivo del proyecto es pretender, ilusoriamente, ofrecer garantías a la burguesía y sus partidos.

Se afirma también, en la carta aludida, que el objetivo del proyecto entregado por el Ministro Millas al país es mantener en manos del gobierno la bandera de la creación y desarrollo del APS. Nosotros pensamos que si alguna bandera levantaba ese proyecto era la bandera del achicamiento del APS, de la devolución de empresas, de las concesiones y de la conciliación reformista frente a la burguesía.

Por último, se ha pretendido señalar como prueba del carácter “revolucionario” del proyecto el hecho de que algunos sectores de la reacción lo hayan combatido. Pero no es menos cierto que el último proyecto del Gobierno sobre el APS fue consultado por el General Prats con Orlando Sáenz, Presidente de la SOFOFA, y Hugo León Puelma, Presidente de la Cámara Chilena de la Construcción. Finalmente, es preciso destacar que consultado Orlando Sáenz sobre el proyecto, manifestó públicamente su acuerdo en general con la idea de la administración integrada y consideró ese proyecto un avance con respecto a iniciativas anteriores, si bien no suficiente.

3.- Las tareas económicas y la lucha de clases.

El Partido Comunista sostiene que la tarea central en el próximo período en el terreno económico es aumentar la producción agrícola, aumentar la producción de cobre y otros rubros exportables, lograr aumentos en la producción industrial y en la rentabilidad de las empresas del APS. Pues, como afirma Luis Corvalán, “se podría afirmar que el éxito en estos terrenos nos abrirá el principal camino que nos permitirá modificar fundamentalmente la correlación de fuerzas y marchar hacia la plena conquista del poder”.

Sin embargo, la práctica muestra que la política económica que sustenta la dirección del PC no ayuda a cambiar favorablemente la correlación de fuerzas para el proletariado, pues no fortalece la alianza clase obrera, campesinado, pobres de

la ciudad, capas pobres de la pequeña burguesía. Al contrario, la debilita y tiende más bien a fortalecer una alianza con sectores de la burguesía.

En efecto, la política de reajustes aplicada por el Ministro Millas en octubre, que partía del supuesto que no habría alzas significativas después de octubre, se ha traducido en la práctica en una política que, en cuatro meses, ha significado la pérdida de casi 50 % de la capacidad de compra de los sueldos y salarios.

Los problemas del desabastecimiento se siguen agudizando y, si bien es cierto que hay causas estructurales que tienen su origen en la crisis agraria que arrastra el país desde largos años, en la baja del precio del cobre en el mercado mundial, en la abultada deuda externa que dejó la administración Frei, en el aumento de los precios agrícolas en el mercado mundial, en el cierre de las líneas de crédito, en la tendencia al estancamiento de la producción nacional, en la no inversión, en el boicot y táctica de desarticulación de la economía que desarrolla la burguesía, etc., no es menos cierto que todas estas razones se ven agudizadas por las vacilaciones del reformismo frente a la burguesía. Hay desabastecimiento, inflación, mercado negro porque no se ha tenido la decisión, para:

a) Expropiar el conjunto de la gran burguesía agraria. Muy por el contrario, el resultado de la reforma agraria ha sido el fortalecimiento del capitalismo en la agricultura. La gran burguesía agraria que está entre 40 y 80 hectáreas de riego básico se ha duplicado.

Esta burguesía agraria conserva las mejores tierras, la maquinaria y los animales, deja la tierra sin sembrar y desarrolla el mercado negro.

b) No se ha expropiado a la gran burguesía industrial monopólica y no monopólica. Esta sigue controlando una parte sustancial de la producción nacional, no invierte y se dedica a las actividades especulativas, ligadas al comercio y transporte.

c) No se ha expropiado las grandes distribuidoras. El Estado controla sólo el 30 % de la distribución y comercialización de productos. Los grandes distribuidores privados controlan un 70 %.

Igualmente el control obrero y popular de la distribución y comercialización de productos y el establecimiento de un sistema igualitario de distribución a través de la canasta popular. No otra cosa significa el intento por parte del Gobierno y el cuerpo de oficiales de restringir las atribuciones de las JAP y la organización directa del pueblo para controlar la distribución, comercialización y control directo de los productos.

d) No se ha planteado una política radical para eliminar los problemas de la Deuda Externa, suspendiendo unilateralmente su pago al imperialismo norteamericano, abriendo conversaciones bilaterales con el resto de los países y buscando un apoyo todavía mayor de los países socialistas.

En este sentido, nos parece absolutamente errada la táctica de la dirección del PC que pretende a través de la búsqueda de una solución irrealizable para

los problemas de la economía y la producción nacional cambiar la correlación de fuerzas para avanzar al Socialismo. No se pueden resolver los problemas de la crisis agudizada del capitalismo nacional manteniendo el capitalismo y aun reforzándolo bajo otras formas, dando garantías a la burguesía nacional que se esfuerza por desarticular la economía. Muy por el contrario, y como lo ha entendido claramente la clase obrera y el pueblo, la crisis económica actual, los problemas de la producción, inversión, inflación, desabastecimiento, sólo podrán comenzar a solucionarse si el proletariado y las masas populares atacan al capitalismo y a la gran burguesía y toman en sus manos en forma creciente el control de la economía nacional. Sólo atacando a la gran burguesía y al imperialismo, y no conciliando con ellos, podrá cambiarse favorablemente la correlación de fuerzas en el seno del pueblo e iniciar la solución proletaria a los problemas económicos actuales.

4.- La verdadera posición del MIR frente al gobierno.

El senador Corvalán señala en la carta ya mencionada que “el MIR descalifica por completo al Gobierno actual. Mientras ustedes (se refiere al PS) y nosotros (el PC) consideramos que trabaja por los cambios y quiere abrir paso al Socialismo, el MIR sostiene que se propone la reafirmación del orden burgués”. No es ése exactamente el pensamiento del MIR. Nosotros pensamos que hasta la constitución del gabinete UP-Generales el Gobierno fue un Gobierno predominantemente reformista de izquierda, que amplió las libertades democráticas en Chile y puso en práctica un limitado proyecto de reformas en beneficio de la clase obrera, y en ese sentido lo valoramos. Lo cual no significa que hayamos estado absolutamente de acuerdo con su práctica ni con subordinar la lucha independiente del proletariado a la capacidad de acción del gobierno y a los límites políticos del Gobierno como objetivo último de la acción obrera. Muy por el contrario, valoramos la existencia de un gobierno de izquierda en la medida en que sea realmente un instrumento y una palanca importante en la lucha de la clase obrera y las masas. Por eso criticamos la política reformista, que con sus vacilaciones y falta de confianza en las masas, llevó posteriormente a buscar la solución a la crisis de octubre en la incorporación de algunos representantes del cuerpo de oficiales de las FF. AA. al Gabinete, iniciándose con ello un proceso gradual de reafirmación del orden burgués en el interior del Gobierno y aparato estatal.

Al respecto es necesario enfatizar que un marxista no debe guiarse jamás por lo que le gustaría que las cosas, instituciones, partidos, fueran sino por lo que éstas son verdaderamente en la práctica de la lucha de clases. Y en este sentido no podemos mistificar el carácter actual del Gobierno de la UP, que no es el mismo que tenía en 1970, 1971 y gran parte de 1972. El Gobierno actual es un Gobierno en el que predomina la alianza del reformismo pequeño burgués y de sectores del reformismo obrero con altos oficiales de las Fuerzas Armadas. El eje de

la acción del gobierno ya no son los partidos obreros. Predomina en él la alianza Allende-Fuerzas Armadas, con el apoyo de los dirigentes del PC. En el Gobierno el peso de los generales es cada vez mayor y más decisivo. Por otra parte, y en contradicción con la afirmación del Secretario General del PC, nosotros no sabemos que ninguno de los generales y altos oficiales integrados al Gabinete y a la dirección del aparato de Gobierno y la burocracia estatal, se hayan incorporado a esas funciones para apoyar la realización del “Programa de la Unidad Popular”, ni mucho menos para a través de su acción en el aparato de Gobierno “abrir paso al Socialismo”.

Basta echar sólo un vistazo al escenario de la política nacional para darse cuenta de que el trabajo que ha realizado el Gabinete UP-Generales no ayuda precisamente a “los cambios revolucionarios” ni “a abrir paso al socialismo”. Más bien ese trabajo cada vez más choca con los intereses de la clase obrera y las masas. No otra cosa significa:

- a) La devolución de las empresas electrónicas de Arica.
- b) La devolución de las empresas constructoras.
- c) La devolución de las grandes distribuidoras, como CENADI, ex Codina y las grandes casas comerciales y supermercados.
- d) La reapertura de la Radio Bío-Bío de Los Ángeles.
- e) El intento de facto de reducir atribuciones a las JAP, de convertirlas en un organismo inofensivo.
- f) Elaboración e intento de imponer de hecho a la clase obrera y a la izquierda el último proyecto del Gobierno sobre APS.
- g) Intento de limitar y paralizar la movilización obrera.
- h) Desautorización de la política de distribución igualitaria a través de la Canasta Popular, por medio de las JAP y distribuidoras estatales, etc.

Por otra parte, los organismos empresariales y los partidos burgueses y sus representantes, han valorado enormemente la labor cumplida por los representantes del cuerpo de oficiales de las Fuerzas Armadas en el Gobierno UP-Generales, destacando el papel que éstos han tenido en el control del Gobierno, supeditándolo al estricto cumplimiento de la legalidad burguesa.

Finalmente, es preciso recalcar que, muy por el contrario de lo corrientemente afirman algunos dirigentes del PC y de otros partidos de la Unidad Popular, nosotros, el MIR, valoramos enormemente la posibilidad de la existencia de un Gobierno que puede ser un útil instrumento de apoyo a la lucha de la clase obrera y las masas explotadas. Tanto valoramos esta posibilidad que hemos levantado en relación a la elección de marzo la consigna de “Luchar por imponer un verdadero Gobierno de los Trabajadores”. Hemos dicho que un verdadero Gobierno de los Trabajadores, como antesala a la conquista del poder y al establecimiento del Estado Proletario, sólo podrá establecerse como consecuencia de la más amplia movilización de las masas y de su organización en formas autónomas de

poder. Un verdadero Gobierno de Trabajadores es aquél que apoya efectivamente la lucha de las masas y que afirma su estabilidad no en el Estado burgués, sus instituciones y su cuerpo de oficiales, sino en las masas movilizadas, conscientes y organizadas en sus propias instituciones de clase, los Comandos y Consejos Comunales y demás organizaciones del poder obrero y popular y en la democratización de las Fuerzas Armadas.

5.- El MIR y las elecciones parlamentarias de marzo del 73.

Nosotros consideramos que la elección de marzo del 73 constituye un punto decisivo de la lucha de clases nacional, en que está en juego el carácter que asumirá el Gobierno después de marzo y las formas que asumirá en el futuro la lucha de la clase obrera y las masas en su camino hacia la conquista del poder político. Por eso nos parece profundamente errado levantar, como lo hace el PC, la lucha a cualquier precio contra “la guerra civil”, “contra el baño de sangre” como el objetivo central de marzo, planteando que es posible unir al 90 % de los chilenos en torno al Gobierno bajo la consigna de evitar la guerra civil y el quiebre de la democracia burguesa. Sí, es indudable que se puede hacer una alianza con las fuerzas burguesas, que abarque incluso más del 90 % de la población para evitar la guerra civil, pero sobre la base de que el proletariado y las masas populares retrocedan, cedan terreno y permitan el avance sin resistencia de las fuerzas burguesas. Esa no es una manera marxista de plantearse el problema. El problema real es cómo la vanguardia asegura mediante una conducción correcta que el proletariado y las masas puedan vencer en los distintos enfrentamientos de la lucha de clases y aun en la guerra civil a la burguesía si ésta la desencadena como respuesta de una clase que ve amenazados sus privilegios e intereses. Así, es necesario poner el énfasis en la movilización de las masas y en su organización en formas de poder independiente para cambiar favorablemente la correlación de fuerzas, y no en la búsqueda de acuerdos con sectores de la burguesía para, desde posiciones defensistas y de debilidad, lograr mantener la lucha de clases en el marco de la democracia burguesa.

Es un hecho que la dirección del PC, que mide las correlaciones de fuerzas entre las clases fundamentalmente por medio de las correlaciones electorales y que tiene una estrategia parlamentaria de reformas, busca para después de marzo un acuerdo con la democracia burguesa y sus partidos. Independientemente de que logre concretarlo o no, en los hechos ése es su proyecto político actual.

Por eso nosotros, el MIR, hemos colocado el énfasis en este enfrentamiento político electoral en la movilización y lucha directa de las masas bajo las banderas del Programa del Pueblo, el programa de las masas, de su organización de un poder popular independiente y su vinculación con las capas bajas de las Fuerzas Armadas, a través de la lucha por su democratización, para imponer en marzo un verdadero Gobierno de los Trabajadores, cerrar el paso a la conciliación reformista y

asegurar la lucha del proletariado y el pueblo en su camino hacia la conquista del poder y el establecimiento de su dictadura, bajo la forma del Estado Proletario y la democracia proletaria.

6.-Sobre la infalibilidad papal de algunos dirigentes comunistas.

El Secretario General del PC se queja en su carta de que algunos grupos, movimientos y partidos se permiten criticar la política que impulsa la dirección del PC, apelando a la supuesta autoridad e infalibilidad papal que le confieren sus 50 años de lucha y 25 años de clandestinidad. Ese no es un criterio marxista-leninista para enfrentar la lucha ideológica en el seno del pueblo. Nosotros valoramos la lucha heroica de Luis Emilio Recabarren y otros cuadros dirigentes del PC, de miles de sus militantes y sobre todo de los militantes de base que en la fábrica, en la toma de fundos, en la toma de sitios urbanos, en las JAP, en la población, en los Comandos y Coordinadores, desarrollan una lucha conjunta junto a su clase y junto al MIR tras los objetivos superiores de la clase obrera y la revolución chilena. Sin embargo, ha llegado el momento de aclarar lo que nos parecen errores de envergadura que la dirección del PC ha cometido en estos dos años de gobierno UP, errores que jamás recuerda, y queremos formular al respecto las siguientes preguntas:

A.- Sobre los burgueses progresistas.

1. ¿Qué pasó con Benjamín Matte? Presidente de la SNA y a quien algunos dirigentes del PC calificaban a comienzos de este gobierno como un empresario agrícola progresista (ya no era latifundista explotador de trabajo ajeno) “burgués progresista” del campo a quien había que dar garantías para que hiciera producir los fundos entre 40 y 80 hectáreas, y en ese tiempo hasta superiores a 80.

Benjamín Matte, el “empresario progresista”, es Presidente de la Radio Agricultura, la radio de la sedición; Benjamín Matte en octubre encabezó el paro patronal encaminado a derrocar al Gobierno.

2. ¿Qué pasó con Alberto Baltra?, de quien ustedes dijeron que de Ministro reaccionario del Gobierno de Gabriel González Videla, que firmara la Ley Maldita, que puso en la ilegalidad al PC, se había transformado en un demócrata progresista; y le ayudaron a ser elegido senador por Bío-Bío, Malleco y Cautín. Alberto Baltra fue una de las cabezas del paro de octubre y es hoy uno de los peores enemigos del Gobierno desde las filas de la CODE.

3. ¿Qué pasó con el “progresista” Presidente del PDC, Renán Fuentealba, y con el “patriota” Tomás Pablo, de las conversaciones UP-PDC?; que avivaron el fuego reaccionario durante el paro de octubre y que hoy día amenazan y exigen que el Gobierno rectifique o se vaya.

¿Acaso sorpresivamente se volvieron reaccionarios, o es que por otras razones su progresismo y su patriotismo tuvieron que volverse clandestinos?

B.- Volodia Teitelboim, senador del PC, hoy candidato a la reelección por Santiago, en junio de 1972, en el Senado, hizo un fogoso discurso saludando a los progresistas y patriotas sectores burgueses de la DC y otros partidos, denunciando al país que a juicio de la dirección del PC, la ultraizquierda (el MIR para el PC) y la ultraderecha (Nacionales y Patria y Libertad) eran la misma cosa, y que había que extirparlos del sistema político chileno. Las crisis de agosto-septiembre y la de octubre, fundamentalmente, echaron abajo la afirmación falaz del senador Teitelboim. Sus burgueses “progresistas” y “patriotas” encabezaron junto con el PN y las organizaciones empresariales el paro de octubre, y la ultraizquierda (el MIR y sectores de la UP que también son “ultras” en la definición del PC) no estuvieron en la barricada burguesa junto a la ultraderecha, sino en el seno del pueblo, en los fundos y fábricas, en los Comandos, Comités y Consejos, buscando una salida revolucionaria a la crisis, que se apoyara en las masas y sus organizaciones.

C.- Hay una acusación que siempre la dirección del PC hace al MIR con su ligereza acostumbrada. En concreto, nos acusan que en el 69, cuando el tacnazo de Viaux, nosotros anduvimos “merodeando los cuarteles”. Sépanlo bien y de una vez por todas: no sólo merodeamos los cuarteles en aquella ocasión, sino que nos metimos adentro. Así, mientras algunos senadores, altos dirigentes del PC, trataban de defender en los pasillos del Congreso la estabilidad amenazada, Luciano Cruz Aguayo, en ese entonces en la clandestinidad, disfrazado de periodista italiano y bajo el nombre de Saverio Tutino, ingresó al Hospital Militar y durante dos horas entrevistó al General (R) Roberto Viaux, obteniendo información importante para la acción del pueblo, que fue entregada a altos personeros de izquierda. De manera similar fue posible también recoger posteriormente la información que permitió conocer el intento de golpe del 4 de septiembre en la noche, el intento de golpe del mes de octubre de 1970, y otra serie de intentos golpistas posteriores. El joven Carlos Cerda, teórico y polemista oficial del PC, se ha permitido insistir en el último tiempo en reiterar la imputación de “merodeadores de cuartetes” al MIR. Deberá convencerse que se requiere algo más que calentar una cómoda poltrona municipal para intentar vejar la memoria de Luciano Cruz Aguayo.

En todo caso, en relación al problema de las Fuerzas Armadas, queremos preguntar a los dirigentes del PC por qué ese partido no ha sido capaz en el actual período de levantar la consigna del derecho a voto para los suboficiales, clases y soldados, a pesar que el programa de la UP la consulta.

Si para los dirigentes del PC merodear cuarteles es levantar la consigna de luchar por el derecho a voto de los suboficiales, clases y soldados, y apoyar las reivindicaciones democráticas del escalafón único y la escuela única, seguiremos “merodeando cuarteles”.

- D.- Errores de la Dirección del PC han sido, en política agraria, su oposición inicial a impulsar la lucha del proletariado agrario y el campesinado contra la gran burguesía propietaria de fundos entre 40-80 hectáreas de riego básico.
- E.- Errores de la dirección del PC es su negativa a impulsar la constitución de los Consejos Comunales Campesinos por la base y convertirlos en órganos del poder obrero campesino. Error de dirección del PC ha sido dejar la maquinaria, herramientas, instalaciones y animales en manos de la burguesía agraria, lo que ha impedido que los campesinos del área reformada puedan hacer producir la tierra con los anteriores niveles de producción y productividad.
- F.- Error de dirección del PC ha sido su oposición a la lucha obrero campesina a través de la toma de tierras.
- G.- Error de dirección del PC en el sector industrial, comercial, financiero, etc., ha sido su negativa a impulsar el combate contra el conjunto de la gran burguesía, obstaculizando la lucha de las masas por la nacionalización de todas las grandes industrias y empresas y por el control obrero de la producción en el área privada y por la dirección obrera del APS.
- H.- Error ha sido la política de la dirección del PC frente al imperialismo norteamericano en relación al pago de la Deuda Externa.
- I.- Error ha sido la política económica impulsada por la dirección del PC en lo que respecta al APS, política de precios, política de salarios y reajustes.
- J.- Error ha sido la política de la dirección del PC en relación al desarrollo del Poder Popular alternativo. Su cerrada oposición inicial a la constitución de Comandos y Consejos, y su intento actual de convertirlos en apéndices del Estado burgués.
- K.- Error de la dirección del PC ha sido su permanente intento e ilusión de concretar una alianza con la DC y con la burguesía “progresista”.

7.- Unidad revolucionaria o divisionismo reformista.

La dirección del PC acusa permanentemente al MIR de desarrollar una política divisionista, que busca la quiebra de la unidad de las masas y del pueblo y que se traduce, por tanto, en el debilitamiento del frente proletario frente a la reacción burguesa.

Muy por el contrario, el MIR busca a través de su política fortalecer y desarrollar la unidad revolucionaria de la clase obrera, el campesinado, los pobres de la ciudad y las capas más bajas de la pequeña burguesía. Forjar esa unidad es imposible si no se desenmascara al reformismo y su política conciliadora que fragmenta a la clase obrera y al pueblo; si no se muestra el carácter y papel del reformismo, como la introducción de la ideología pequeño burguesa en el seno de las masas, como alternativa intermedia, como conducción no proletaria. Por eso la unidad revolucionaria tiene como condición ineludible, hoy día, el combate al reformismo y la lucha por construir una conducción revolucionaria alternativa

(al reformismo) que permita conducir la lucha independiente del proletariado contra la burguesía y su Estado.

La unidad que preconiza el reformismo es una unidad no proletaria, no revolucionaria, que sólo debilita al pueblo.

El reformismo pide unidad, el PC pide unidad, y unidad es para la dirección del PC subordinación de las masas y la izquierda a su política:

- a) Unidad para establecer una alianza de clases, que entrega un rol destacado a la “burguesía nacional”.
- b) Unidad para achicar el área de propiedad social a 49 empresas y devolver más de un centenar.
- c) Unidad para impedir el desarrollo de un Poder Popular alternativo al Estado burgués.
- d) Unidad para aplicar una política de reajustes que lesiona los intereses de la clase obrera y los asalariados.
- e) Unidad para reforzar el papel de los generales y otras fuerzas burguesas en el Gobierno.

Es el reformismo, es la política de la dirección del PC, la que introduce la división en las filas del pueblo. La política del reformismo, la política de la dirección del PC divide objetivamente al pueblo cuando en vez de buscar la unidad de los de abajo, la unidad de la alianza revolucionaria del proletariado, el campesinado, los pobres de la ciudad y capas bajas de la pequeña burguesía, busca la unidad de sectores del pueblo con la “burguesía nacional”. El reformismo divide, el reformismo es un obstáculo a la unidad proletaria.

Pues en el nivel de las alianzas de las fuerzas políticas de la izquierda hoy en Chile, no es el MIR quien ha caído persistentemente en el divisionismo y en el sectarismo.

En primer lugar, sostenemos que es tarea fundamental y prioritaria la unidad de los revolucionarios, la unidad de las corrientes revolucionarias de dentro y fuera de la Unidad Popular.

En segundo lugar, formulamos como tarea imprescindible el levantamiento independiente de la política revolucionaria, de una política revolucionaria alternativa al reformismo. Esta es hoy la única forma de impedir las concesiones del reformismo y de empujar el avance revolucionario de los trabajadores. Para ello se hace también necesario el combate ideológico al reformismo, el desenmascaramiento de su política frente a la clase obrera y al pueblo.

Pero al mismo tiempo, y sobre la base de lo anterior, la clase obrera y el pueblo exigen a las fuerzas políticas de la izquierda grados suficientes de unidad para enfrentar las ofensivas y agresiones de la clase dominante. También exigen alianzas tácticas de toda la izquierda para objetivos determinados.

No somos las fuerzas políticas de la izquierda las llamadas a dividir a la clase obrera y al pueblo. A este nivel de nuestra política de alianzas lo hemos denominado “marchar separados y golpear juntos”.

La clase obrera y el pueblo deben desenmascarar a los divisionistas e imponer estos grados de unidad, rompiendo el tristemente célebre sectarismo del que ha hecho gala frecuentemente la dirección del PC.

8.- La esencia de la política de la dirección del PC chileno: la alianza de las fuerzas populares con la "burguesía nacional".

La esencia de la política de la dirección del PC para el actual período fue definida por José Cademártori, miembro de la Comisión Política del PC, en un artículo aparecido en los números 11 y 12 de la *Revista de la Universidad Técnica*.

Cademártori señala que la dirección del PC considera que estamos en la primera etapa del proceso chileno de transición al socialismo y que la clave del éxito en esta primera etapa reside en lograr el concurso y el apoyo de la burguesía nacional (que para el PC está constituida por todos los sectores que están fuera de las 49 o bien de las 91 empresas definidas para integrar al APS) al camino chileno de transición al socialismo.

Es decir, la dirección del PC plantea hoy día, frente al fracaso de su estrategia por la crisis de la economía y crisis por tanto de su modelo de acumulación de fuerzas que se basa en los éxitos económicos, una nueva alianza de clases. Una alianza de clases en que a la burguesía ya no sólo se le garantizan sus intereses en forma subordinada, a través del programa, sino que se redefine la alianza social, la alianza de clases que sustenta el actual programa de la UP, dando un papel importante, un rol mayor a la burguesía nacional. Se entiende que esto debe traducirse en una incorporación orgánica de la burguesía a las alianzas bajo alguna forma y, por tanto, su incorporación también en los niveles de dirección del Gobierno. Esta alianza plantea, según Cademártori, una redefinición de las relaciones entre la burguesía nacional y el proletariado que, de relaciones de lucha y oposición entre explotados y explotadores, se deben transformar en "relaciones de cooperación entre capital y trabajo asalariado". Se trata de convencer, según la dirección del PC, a la burguesía nacional que apoye la lucha del proletariado en el tránsito al Socialismo. Nosotros pensamos que lo que la dirección del PC busca en los hechos es más bien convencer al proletariado que colabore a la plena restauración del dominio burgués.

Así se hacen perfectamente comprensibles las afirmaciones recientes del Secretario General del PC cuando señala "somos partidarios de llevar adelante el proceso revolucionario en los marcos del actual estado de derecho, sin perjuicio de irlo mejorando paulatinamente". Es decir, la dirección del PC renuncia a impulsar la lucha anticapitalista y socialista del proletariado. En el actual período no se plantea como objetivo la conquista del poder político por el proletariado, sino la reforma del capitalismo de los monopolios, el latifundio y la penetración imperialista en algunos sectores de la economía, aceptándolo en otros, y la democratización del Estado nacional burgués, a través de mejoras paulatinas que se irían introduciendo al edificio capitalista y explotador de la sociedad chilena.

Las razones que la dirección del PC da para impulsar esta política, están en el conocido y falaz argumento de la correlación de fuerzas del PC: no existiría correlación de fuerzas internas (fundamentalmente electorales para la dirección del PC), para plantearse objetivos socialistas, y no existiría la correlación de fuerzas internacionales para plantearse objetivos socialistas en un país que está en el traspaso colonial del imperialismo yanqui.

Pero lo contradictorio y paradójico es que la dirección del PC no plantea una política para quebrar esa correlación de fuerzas en el plano interno, salvo de ganar la “batalla de la producción” y, a partir de la solución de los problemas económicos, ganarse a las masas y modificar la correlación de fuerzas. Este esquema ha fracasado. Pero se sigue insistiendo en él. Como la dirección del PC ha visto que no puede ganar la batalla de la producción en una economía capitalista sin el concurso de la burguesía, ha decidido llamar en su auxilio a la “burguesía nacional”.

Pero la paradoja llega al extremo cuando se nos dice que no obstante que no hay fuerza para plantearse objetivos socialistas, es decir el objetivo de la conquista del poder político en el período, se nos dice que se inició ya la primera fase de la transición al socialismo; ésta se habría iniciado el 4 de septiembre de 1970, antes de que el proletariado y sus aliados hayan conquistado el poder político, salvo, dice el PC, una parte del poder. Ahora se trataría de convencer a la burguesía nacional para que ayude al proletariado a conquistar todo el poder.

El problema en verdad es otro. En Chile nunca ha habido ni se ha iniciado transición alguna del capitalismo al socialismo. Lo que ha ocurrido desde el 4 de septiembre del 70 a esta parte es una transición hacia un capitalismo de Estado, bajo la dirección de un gobierno reformista de izquierda. Lo que el PC se plantea hoy día es revivir bajo otra forma su vieja tesis de la liberación nacional, de la burguesía nacional “progresista y de la revolución por etapas”. No otra cosa significa el frente amplio que Cademártori y la dirección del PC llaman a constituir entre el proletariado y la burguesía llamada “nacional y progresista”. Todas las políticas económicas del PC han estado orientadas a ganarse la confianza de la burguesía “nacional”. (Por eso la política de reajuste, por eso el proyecto sobre APS, etc.).

9.- Algunas preguntas finales.

1.- ¿Por qué la dirección del PC no aclara si está o no está en conversaciones con el PC y con la burguesía “nacional y progresista”, y los términos y objetivos de esas conversaciones?

2.- ¿Por qué la dirección del PC no aclara si está buscando un gran acuerdo o al menos un convenio mínimo entre las fuerzas del centro político chileno: el reformismo de izquierda y el reformismo burgués, para después de conocidos los resultados de marzo?

3.- ¿Por qué la dirección del PC no muestra claramente que su estrategia y su táctica han sufrido modificaciones y que hoy están dispuestos a abandonar in-

cluso el programa de la UP y que lo han transgredido cuantas veces les ha sido necesario?

4.- ¿Por qué la dirección del PC no señala claramente que la política actual del PC no se plantea para el período la conquista del poder por el proletariado, sino tan sólo la democratización de la economía y el Estado burgués y que ésa es la causa de fondo de su cerrada oposición al desarrollo de un poder popular autónomo y alternativo que, por otra parte, es componente central de una estrategia distinta que pretende crear activamente la correlación de fuerzas que permita al proletariado y sus aliados plantearse en el curso del período el objetivo de la conquista del poder del Estado.

10.-Nuestra política inmediata.

El MIR considera tarea central en esta hora decisiva de la lucha de clases nacional, desenmascarar al reformismo para abrir paso a la confluencia política de la izquierda tras políticas revolucionarias al reformismo, para fortalecer la unidad revolucionaria del proletariado, el campesinado, los pobres de la ciudad y las capas pobres de la pequeña burguesía. Por eso llamamos:

A forjar la unidad revolucionaria del proletariado y de otras clases y capas oprimidas, a desarrollar una conducción política revolucionaria, que permita movilizar las masas contra la gran burguesía, el imperialismo y el Estado burgués.

A desarrollar e intensificar a la lucha de las masas en el terreno electoral y extraelectoral, preparándolas y fortaleciéndolas para el combate de marzo y los combates venideros.

A desarrollar el trabajo político electoral de los candidatos del Partido Socialista e Izquierda Cristiana que el MIR apoya.

A luchar tras las banderas del Programa del Pueblo, el programa de las masas, el programa de la alianza revolucionaria de las clases y capas explotadas, movilizándolo a las masas contra los explotadores nacionales y extranjeros, contra su representante colectivo, el Estado burgués, organizándolas a través de sus propias instituciones de clase (Comandos, Consejos, etc.) en un poder popular independiente, autónomo y alternativo que, junto al impulso de los objetivos democráticos de las capas bajas de las Fuerzas Armadas, sea capaz de generar la fuerza necesaria para imponer un verdadero Gobierno de los Trabajadores.

Hoy es preciso recordar el pensamiento de un destacado comunista italiano Antonio Gramsci, que señaló: “La revolución comunista no puede ser realizada más que por las propias masas, no por un secretario de partido o un presidente de la república a fuerza de decretos”. En la actividad independiente y autónoma de las masas reside todo el secreto de la Revolución Proletaria.

SECRETARIO NACIONAL

MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA (MIR)

Santiago, 20 de febrero de 1973.

Publicado en *El Rebelde* no. 71, 27 feb.-5 mar., 1973. Suplemento

Discurso en los funerales de Nilton Da Silva

17 de junio de 1973

Compañeros trabajadores de Santiago y del país, compañeros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria; compañeros dirigentes y militantes de otras organizaciones de izquierda; compañeros y compañeras:

Nos corresponde a nombre de la Dirección Nacional del MIR despedir los restos de nuestro compañero Nilton Da Silva, estudiante, brasileño y revolucionario.

Activista, agitador y profesional de la revolución a los 24 años de edad, fue cobardemente asesinado por las pandillas armadas del Partido Nacional.

Miembro del MIR y militante de la revolución latinoamericana, fue acribillado cuando sin más armas que sus puños combatía junto a los trabajadores a las bandas patronales que asolan periódicamente las calles de Santiago.

Sin haber nacido en este país, derramó su sangre por la clase obrera, los pobres y los oprimidos de Chile.

Si bien los revolucionarios trazan el camino de sus vidas, conscientes de que habrán de ofrendar su sangre si es necesario en el combate implacable por la emancipación de los trabajadores, la muerte de un soldado de la revolución es siempre un golpe doloroso que enluta la marcha centenaria de los explotados a la vez que los llena de vigor y multiplica su decisión.

El pueblo aún conserva su fuerza y capacidad de lucha.

Nilton Da Silva ofrendó su vida en un momento de viraje de la lucha de clases en Chile.

Fue asesinado cuando la crisis prolongada del sistema de dominación capitalista en Chile se agudiza y dos bloques sociales chocan. Cuando la ofensiva de las clases patronales, trizada por su crisis interna, chocó violentamente con la resistencia de la clase obrera y el pueblo en las calles de Santiago.

Nilton Da Silva fue asesinado cuando recomenzó la reanimación y reactivación de los trabajadores; cuando los trabajadores, cansados ya de los intentos de conciliación y apaciguamiento de la lucha de clases, tomaron conciencia de la agresión patronal en desarrollo y se decidieron ellos mismos a enfrentar la ofensiva reaccionaria impune.

Nilton Da Silva fue asesinado en los momentos en que la clase obrera y el pueblo le demostraron a sus agresores Frei y Jarpa que sus tácticas, buscando el quiebre y la desmoralización de los trabajadores, han fracasado. Que por

más concesiones que hayan recibido de los conciliadores, los trabajadores están de pie, y que para aplastarlos tendrán que mostrar su verdadero rostro patronal y represor.

Nilton Da Silva fue actor, héroe y víctima de esta jornada.

Los decididos combates callejeros de la clase obrera y el pueblo y la sangre de Da Silva han frenado y aislado temporalmente la ofensiva reaccionaria.

Las recientes jornadas obreras y estudiantiles de Santiago y el sacrificio de nuestro compañero Da Silva han evidenciado cuánta es la fuerza que aún conserva el pueblo y su enorme capacidad de lucha.

A pesar de ello, algunos se tientan por buscar salidas políticas, que marcadas por el sello de la conciliación y la concesión, por no respetar los intereses de la clase obrera y el pueblo, por no estar apoyadas en una poderosa movilización de masas, están inevitablemente condenadas al fracaso.

Toda salida política y toda táctica que suponga alianza con fracciones de partidos burgueses o instituciones del Estado, si no están subordinadas a la movilización revolucionaria de la clase obrera y el pueblo, terminarán por dar garantías a sectores patronales, frenar la lucha de los trabajadores, dividir al pueblo y posteriormente arrastrarán al Gobierno o a la capitulación y al desplome, o a un suicidio histórico que en definitiva sufrirán las masas explotadas.

Las recientes jornadas obreras de Santiago y la sangre de la juventud revolucionaria impidieron temporalmente los intentos de conciliación y retroceso de los que, mientras el pueblo combatía en las calles, intentaban consumir en los pasillos.

Vivimos días decisivos.

No existe mayor homenaje a la muerte de un revolucionario que extender e impulsar las ideas por las que ofrendó su vida.

No basta con frenar por un día la ofensiva patronal e impedir temporalmente la conciliación de clases.

Es necesario convertir las jornadas de Santiago y la muerte de nuestro compañero en el punto de partida de una contraofensiva revolucionaria y popular que aplaste en definitiva la agresión patronal, que termine con los intentos de colaboración de clases y que permita dar un gran salto revolucionario hacia adelante.

De otra manera, las clases patronales, aún poderosas, retomarán la iniciativa y los vacilantes tendrán el campo abierto para dejarse otra vez empujar al retroceso.

Los días que se avecinan serán decisivos. A caballo del conflicto institucional y fortalecidos por el próximo fallo del Contralor en relación a la promulgación por el Ejecutivo de la Reforma Constitucional, los reaccionarios esperan llevar su ofensiva más allá, en todos los niveles y utilizando todas las formas de lucha: las parlamentarias y judiciales, las asonadas callejeras y el terrorismo. Los conciliadores de la izquierda y fracciones de partidos burgueses esperan encontrar,

entonces, las condiciones para cristalizar una salida de compromiso que abra el camino a la colaboración de clases.

Por ello los que combatieron junto a nuestro compañero caído, la clase obrera y el pueblo, permaneciendo alertas frente a las agresiones patronales y vigilantes de los vacilantes, deben extender y profundizar la contraofensiva que comienza.

De esta manera vengamos los revolucionarios a nuestros compañeros en el combate: impulsando la lucha revolucionaria, empujando las masas a combatir y a aplastar sus enemigos de clase.

Desarrollemos la contraofensiva revolucionaria y popular.

Desarrollemos la contraofensiva revolucionaria y popular, abierta por Nilton Da Silva y los trabajadores de Santiago.

Impulsemos el Programa Revolucionario del Pueblo, golpeando a las clases dominantes donde más les duele: arrebatándoles las grandes fábricas, fundos y constructoras.

Desalojémoslos de sus trincheras de Poder Político, desde donde disparan contra el pueblo: el Parlamento, el Poder Judicial y la Contraloría.

Pongamos el conjunto de la economía bajo el control de los trabajadores a través de las expropiaciones, el control obrero en el Área Privada y la Dirección Obrera en el Área Social.

Entreguémosle contenido de clase al conflicto institucional, incorporemos a los trabajadores a los conflictos entre los poderes del Estado plebiscitando si es necesario los que a la clase obrera y al pueblo les interesan, agudizando y profundizando de esta manera el conflicto histórico entre los trabajadores y el Orden Burgués. Que sea la clase obrera y el pueblo, su fortaleza y la decisión de sus luchas la que diga qué es legítimo, legal y constitucional y qué no lo es; y no un puñado de parásitos y haraganes. Que las leyes y las reformas constitucionales surjan de los mismos trabajadores, que éstos a través de su discusión y acción se constituyan en la base de un poder legislativo, judicial y ejecutivo, revolucionario y popular.

Que al calor de estos combates vayamos incorporando a la clase obrera y el pueblo a sus propios organismos de poder, los Comandos Comunales de Trabajadores, desarrollando y fortaleciendo el Poder Popular.

Las luchas obreras y estudiantiles recientes y el sacrificio de nuestro compañero demostraron que hay fuerza y decisión de los trabajadores para resolver los problemas inmediatos de la clase obrera y el pueblo, combatir la ofensiva reaccionaria e impedir los intentos de conciliación de clases.

Resolvamos los problemas de abastecimiento e ingresos de los trabajadores y de las Fuerzas Armadas y Carabineros a costa de la clase patronal y los explotadores extranjeros.

Fortalezcamos y multipliquemos los Comandos Comunales. Hagamos propiedad del pueblo las empresas de más de 14 millones de escudos y los fundos entre 40 y 80 hectáreas de riego básico.

Los patrones están notificados.

Desarrollemos nuestra política, lo que Nilton Da Silva practicaba al momento de perder la vida; exijamos del gobierno, impongámosla a los vacilantes e impulsemos por la acción directa de las masas la contraofensiva revolucionaria y popular.

Si la ofensiva patronal intenta pasar más allá y derrocar al gobierno, están ya notificados que los revolucionarios tendremos la decisión que demostraron los trabajadores en los combates recientes, la decisión con que Nilton Da Silva enfrentó a las pandillas patronales e impulsaremos la toma de todos los lugares de trabajo, el funcionamiento inmediato del Poder Popular Local y comunalmente independientes de los poderes del Estado y que se tornarán legítimas todas las formas de lucha.

En los próximos días la ofensiva reaccionaria y la impotencia de los vacilantes harán imprescindible una vigorosa movilización revolucionaria de los trabajadores de la ciudad y del campo.

Se profundizarán la agudización de los enfrentamientos sociales y políticos, generándose una coyuntura caracterizada por su inestabilidad, que sólo la resuelta acción de la clase obrera y el pueblo, confiando fundamentalmente en sus propias fuerzas, podrán resolver en favor de sus intereses.

Que en su desarrollo, esta movilización tenga como punto de culminación el Paro Nacional del jueves 21, en el que los trabajadores repitan en una escala inmensamente superior las jornadas recientes y en las que las banderas por las que entregó su vida nuestro compañero Nilton Da Silva, el Programa Revolucionario del Pueblo, el Poder Popular, la Democratización de las Fuerzas Armadas y la lucha por imponer un verdadero Gobierno de los Trabajadores sean enarboladas e impulsadas por el conjunto de la clase obrera y el pueblo.

Rindamos el mejor homenaje a nuestro compañero caído en las movilizaciones de la próxima semana. A partir del lunes abramos la discusión sobre todo esto, en asambleas, fábricas, fundos, poblaciones, liceos, universidades y Comandos Comunales. Desarrollemos las tareas de vigilancia, extendamos el paro a todo Chile, impulsemos la lucha directa de las masas, respondamos a cada agresión patronal con una movilización aún más contundente.

Que la sangre derramada por nuestro compañero Nilton Da Silva sea el punto de partida de la contraofensiva revolucionaria popular y un dique de contención a la conciliación con sus asesinos.

El nombre de Nilton Da Silva se suma al de los mártires de Santa María, la Coruña, San Gregorio, Ranquil, Dos de Abril, Pampa Irigoyen y tantos otros.

Su nombre se suma entre otros al de los compañeros Arnoldo Ríos, Jorge Fernández, Yolanda Schwartz, Moisés Huentelaf y Luciano Cruz, caídos enarbolando la bandera roja y negra de la revolución proletaria, en la corta vida de nuestra organización.

Publicado en Miguel Enríquez, *La consecuencia de un pensamiento. Recopilación de escritos*, (s. e.), publicado en Suecia en 1989.

Discurso de Miguel Enríquez en el Teatro Caupolicán

17 de julio de 1973

Compañeros trabajadores,
compañeros dirigentes de las organizaciones de masas,
compañeros dirigentes de otras organizaciones políticas,
compañeros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria,
trabajadores de todo Chile:

En las últimas semanas el país ha sido sacudido por graves y agudos conflictos. La lucha de clases se ha agudizado mostrando al desnudo las contradicciones de la sociedad. En una rápida sucesión de hechos y choques, los trabajadores han ocupado finalmente el lugar protagónico en el escenario de la lucha política. La clase obrera y el pueblo atrincherados en los fundos y fábricas, enfrentan a sus enemigos de clase que les acechan y amenazan.

Nos reunimos nuevamente en este Caupolicán para recoger la experiencia de estos días, analizar los acontecimientos y fijar los próximos objetivos.

Pero éste no es sólo un acto de análisis, éste es un acto de preparación para los próximos enfrentamientos, éste es un acto de combate, éste es un llamado a la clase obrera y al pueblo a reafirmar su posición combativa y a reemprender con más fuerza que nunca la lucha sin cuartel contra las clases patronales, contra Frei, contra Jarpa, contra los enemigos de nuestro pueblo.

Aquí señalaremos nuestra política y nuestra táctica para esta coyuntura y los próximos combates. Las clases patronales pondrán el grito en el cielo: que chillen, hay intereses de clase, poder y riqueza que ellos quieren conservar y que nosotros empujamos a los trabajadores a arrebátárselos.

Pero hay también otros, en la izquierda, que han pretendido cuestionar el derecho del MIR a proponer una táctica a las masas.

Lo que señalaremos es la táctica que el MIR propone a la clase obrera y al pueblo, y al conjunto de la izquierda. Esta es la táctica que un extenso sector de los trabajadores ha venido impulsando y es la que el MIR impulsará, les guste o no les guste a las clases patronales y a los vacilantes.

Del fracaso del freísmo surgió el golphismo de hace días, casi una decena de tanques, con algunos oficiales reaccionarios a la cabeza, detrás de las banderas del Partido Nacional y de la ultra reacción demócratacristiana, asesinaron cobardemente a civiles el viernes 29. Por eso, basta ya de hablar del Comandante Souper, de tribunales de honor, cuando de lo que se trata es de criminales y delinquentes que en vez de cortaplumas contaron con tanques.

De lo que se trata es del grupo armado del Partido Nacional que asaltó La Moneda utilizando tanques que fueron comprados con el trabajo de obreros y campesinos. Lo que aquí fue mancillado no fue la Institucionalidad ni el honor de algunos oficiales, sino el honor del pueblo y la vida de más de dos decenas de soldados y trabajadores. Todo el que dispara contra el pueblo será marcado históricamente como asesino del pueblo, tenga o no tenga uniforme.

Aplastado el intento golpista por las Fuerzas Armadas, algunos oficiales honestos, suboficiales y carabineros, y por el inmediato cerco que los trabajadores tendieron alrededor de Santiago. La clase obrera, consciente que el problema no estaba resuelto, continuó y profundizó su contraofensiva. Se ocuparon centenares de fábricas y fundos, se controlaron las poblaciones, se incorporaron los estudiantes y se multiplicaron y fortalecieron los Comandos Comunales, tomó impulso la organización de defensa de los trabajadores y se desarrolló y fortaleció el Poder Popular. La clase obrera y el pueblo comprendieron que éste era un momento de aumentar rápidamente su fuerza, tomar más posiciones, de estructurar su fuerza en el poder popular, única institución capaz de multiplicar sus energías y de fortalecer la alianza revolucionaria de clases.

Por eso, por encima de la presión reaccionaria, no es éste el momento de cuestionar o limitar el desarrollo del Poder Popular, como hacen algunos vacilantes de la izquierda. Dejemos que griten los politicastros reaccionarios, aterrados con el desarrollo del poder popular.

Pese a todo, a lo largo y ancho del país se oye un solo grito que resuena en las fábricas, fundos, poblaciones y liceos, en los cuarteles del pueblo: el llamado a crear, fortalecer y multiplicar el Poder Popular; el poder de los comandos comunales, el poder de los obreros y los campesinos, el poder de la revolución.

Las clases patronales, los Frei, los Aylwin, después de abortado el intento golpista salieron de sus escondrijos, rompieron su silencio cómplice sólo para combatir las organizaciones de fuerza, de poder y combate de los trabajadores, que habían sido las que habían organizado la lucha contra el golpismo y la defensa de sus libertades.

El cinismo y el descaro reaccionario no tienen límites. Después que un grupo armado del Partido Nacional desde los tanques bombardeó La Moneda y asesinó a trabajadores, la Democracia Cristiana y el Partido Nacional se permiten acusar a los trabajadores de organizar grupos armados y exigen su disolución, represión y aplastamiento, amenazando con declarar inconstitucional al gobierno y derrocarlo si éste no cumple con la “honrosa” tarea de reprimir las organizaciones populares.

Que no se equivoquen los reaccionarios: la clase obrera y el pueblo no aceptarán estos chantajes, no darán un paso atrás y seguirán multiplicando y fortaleciendo sus organizaciones de poder, sus órganos de combate, grite lo que grite, reclame lo que reclame Frei y sus secuaces.

Así llegamos a la situación actual.

Vivimos un momento en que el enfrentamiento social y político se ha agudizado en grado extremo. Dos enormes bloques sociales se han constituido.

Por un lado, la clase obrera y el pueblo extensamente activados y movilizados, que dio un salto enorme en organización y conciencia, que desarrolló importante su capacidad de defensa, que tomó la iniciativa y tomó nuevas posiciones en fábricas y fundos, levantando un poderoso dique al golpismo y al chantaje, junto a los suboficiales, soldados y carabineros y junto a los oficiales antigolpistas.

Por otro lado, las clases patronales al quedar al descubierto, sin banderas, desarmadas políticamente, sin base popular, se atrincheraron en la institucionalidad y desde allí comenzaron a presionar y a mover sus influencias en la alta oficialidad reaccionaria para que las Fuerzas Armadas actuaran abiertamente a la defensa de sus intereses.

Los reaccionarios abrieron un proceso de deliberación en los cuarteles, incitando al golpismo, cuyas manifestaciones más inmediatistas fueron abortadas por la suboficialidad y por la oficialidad antigolpista.

Era el momento de dar un salto adelante en la contraofensiva, de extender la toma de posiciones y de golpear a las clases dominantes. La clase obrera y el pueblo así lo entendieron y lo pusieron en práctica. Vacilaciones en el gobierno no acompañaron esta disposición ofensiva de los trabajadores en lo inmediato. Ello permitió a las clases patronales readecuar su táctica: emplazamientos y exigencias al gobierno para llevarlo, con la ilusión de una posible negociación, tomar medidas o tolerarlas, que permitieran a las clases patronales fortalecerse y desarticular a los trabajadores.

Combinaron una estrategia golpista con una táctica de emplazamientos y chantajes. Atrincherados en la institucionalidad burguesa, desde sus posiciones en la justicia y en la Contraloría, desde el Parlamento amenazan con acusar constitucionalmente al gobierno y así sembrar la anarquía en la Fuerzas Armadas, si el gobierno no se somete a sus exigencias, empujan a la alta oficialidad reaccionaria a realizar emplazamientos al gobierno. Frei, el que ayer no más, pontificaba acerca del carácter profesional y apolítico que debían mantener las Fuerzas Armadas, personalmente pasó la semana pasada incitando a la deliberación, a emplazar al gobierno y al golpismo a altos oficiales reaccionarios.

Frei aspira a recuperar concretamente el control del gobierno, para ello necesita previamente desarticular y dividir toda posible resistencia a sus chantajes o a sus golpismos. Intenta con sus chantajes obligar a que este gobierno se haga parte del trabajo sucio de reprimir a sectores del pueblo.

Trabajan sobre los sectores vacilantes de la izquierda, sembrando en ellos ilusiones en acuerdos posibles. Quieren tentar a éstos a seguir su juego, a llegar a entendimientos que paralicen y desarticulen la lucha del pueblo y

de la izquierda, para después de ello dejarle caer la mano de hierro del golpismo reaccionario.

Que entienda el señor Frei y todos los reaccionarios, que podrán engañar a los vacilantes y a los reformistas más recalcitrantes. Pero la clase obrera que los conoció en El Salvador y Pampa Irigoyen: el pueblo que los vio dar luz verde al asesinato del General Schneider y a los tanques del viernes 29; el pueblo y los revolucionarios: Frei y sus secuaces no los lograrán engañar jamás.

Hacen todo esto levantando la defensa de la democracia y la legalidad, la misma que bombardearon los tanques del Partido Nacional.

Defienden no la libertad de los trabajadores, sino la democracia y el orden burgués. Defienden esa democracia en cuyo nombre se ha masacrado asesinado y torturado a trabajadores.

Defienden esa democracia que mata por hambre y miseria a millones en el mundo entero. Defienden esa democracia que no es democracia, sino dictadura burguesa y patronal.

Esa no es la democracia de los trabajadores. La democracia proletaria la democracia directa que no necesita Parlamento, Justicia o Contraloría como las actuales que se arrojan la representación del pueblo.

Los trabajadores están construyendo en las comunas sus propias instituciones de clase: los Comandos Comunales, órganos del Poder Popular que se fortalece día a día, y lo seguirán haciendo lo acepten o no lo acepten los vacilantes y reclamen lo que reclamen los reaccionarios.

Las clases patronales y sus sirvientes políticos exigen la represión a los trabajadores y a los revolucionarios por medio de la Ley de Control de Grupos Armados. Esta ley fue propuesta y aprobada por la mayoría reaccionaria del Congreso. Entonces, nosotros la calificamos de la nueva ley maldita, y la combatimos públicamente. El gobierno pudo haberla vetado pero no lo hizo; suya es la responsabilidad por la negligencia y las consecuencias de esta ley represiva.

Fueron grupos armados del Partido Nacional con la venia del freísmo, los que no hace quince días bombardeaban La Moneda, asesinaron a Moisés Huentelaf en Cautín, al obrero Ahumada en Santiago desde el local del Partido Demócrata Cristiano, son los que han puesto centenares de bombas en los últimos dos años, los que asesinaron a un general en 1970, los que ametrallaron a nuestro compañero Nilton Da Silva en Santiago.

Qué hipocresía y qué cinismo la de estos politicastos que denuncian y exigen la represión al pueblo para ocultar sus propios crímenes.

Qué inconcebible lo que ocurre en este país y en esta democracia. Mientras el propio Pablo Rodríguez, el cobarde, reconoce públicamente que otras unidades militares estaban comprometidas en el intento golpista, y el mismo Ejército afirma hoy día, que la derecha se robó seis ametralladoras pesadas con seis mil tiros del Regimiento Maturana, hay sinvergüenzas que exigen que las

Fuerzas Armadas repriman a supuestos grupos armados entre los trabajadores y la izquierda.

Antes de exigir nada, el señor Frei debe explicar al país qué sabía del intento golpista del viernes 29. Antes de chantajear a nadie, el señor Frei debe informar a todo el país a qué ha incitado a algunos altos oficiales con los que han contactado en los últimos días.

Los reaccionarios exigen la promulgación de la Reforma Constitucional Hamilton Fuentealba, es decir la devolución de empresas. La clase obrera y el pueblo han promulgado en los hechos ya su propia ley. Los trabajadores ya decidieron de quién son las atribuciones, que son suyas, para incorporar empresas al área Social.

La clase obrera y el pueblo ya decidieron cuáles son las empresas que quedarán en el área Social y cuáles quedarán sujetas al control obrero.

La clase obrera en su lucha ocupó las fábricas y no serán politicastros golpistas forrados en las banderas de la democracia y en dólares extranjeros, los que vengan a imponer sus condiciones a los trabajadores.

Dirán los reaccionarios que esto es transgredir las leyes, la Constitución y el Derecho. Sí que lo es. Las constituciones expresan intereses de clase y correlaciones de fuerza. Aquí en Chile, la clase obrera está levantando en la práctica sus propias leyes y la constitución tendrá que cambiar en favor del pueblo.

Los pueblos tienen el derecho a hacer sus propias leyes. La clase obrera y el pueblo en Chile están construyendo aceleradamente sus propias leyes y echando las bases de una nueva Constitución, de una nueva legalidad, de una legalidad revolucionaria, de esa legalidad que se construye en el combate y en la lucha.

Los reaccionarios exigen la devolución de las fábricas ocupadas. Con eso quieren desarticular a la clase obrera, dividir al pueblo. La clase obrera en las fábricas, en los Comandos y Cordones, exige y se hará respetar el paso de todas las grandes empresas al área Social, el Control Obrero en la pequeña y mediana y la Dirección Obrera en las empresas del área Social.

La clase obrera ha notificado a la Democracia Cristiana y al Partido Nacional, a los Jarpa y a los Bulnes, a los Frei y a los Aylwin, que no acepta la promulgación de la Reforma Hamilton Fuentealba; que es ella, la clase obrera, la que decidirá qué empresa pasa al área Social y qué empresa no pasa.

Algunos vacilan frente al emplazamiento reaccionario, sostienen que es necesario llegar a acuerdos con sectores del campo contrario y ganar tiempo, y que de otra manera el enfrentamiento estallará de inmediato. Esto que no era cierto hace unas semanas tampoco lo es hoy día.

La correlación de fuerzas para un levantamiento golpista no favorece a la clase patronal. Parte importante de los mandos son antigolpistas, y la oficialidad antigolpista y la suboficialidad ya se han demostrado capaces de sofocar intentos sediciosos.

La clase obrera y el pueblo están hoy, como nunca antes habían estado de fuertes, en organización y disposición de combate tras la defensa de sus intereses y sus conquistas. Las otras capas del pueblo día a día se incorporan con más fuerza y decisión, imponiéndole a la izquierda en su conjunto la reagrupación y la acción común en la base.

Ahora, si la ofensiva de masas en curso lograra también imponerle una acción al gobierno, esta fuerza puede multiplicarse, y ganarse el tiempo que se busca de la única forma posible: arrinconando al enemigo, paralizándolo.

Quienes frente al emplazamiento reaccionario busquen dar una salida intermedia de conciliación o consenso, fracasarán en su objetivo y desarticularán y dividirán a los trabajadores y a la izquierda.

Por eso, es inútil el diálogo con el Partido Demócrata Cristiano. Este es un partido burgués en el que predomina la táctica reaccionaria del freísmo. Si en él hay corrientes antigolpistas no serán ganadas por los trabajadores por medio de concesiones, estas concesiones terminarán fortaleciendo al freísmo.

Los revolucionarios deben tratar de ganarse a los trabajadores demócratacristianos, pero a través de la denuncia del carácter reaccionario de su partido, impulsando el programa revolucionario del pueblo y a través de la acción de masas.

No es posible dialogar con quien chantajea y amenaza con reprimir a los trabajadores. La tarea no es ganar tiempo a costa de concesiones que nos debiliten. La tarea es llamar a la clase obrera a estrechar sus propias filas, desde allí resistir los emplazamientos, conquistar nuevas posiciones y los trabajadores, así, luego podrán emplazar a los patrones.

Por eso, la clase obrera no quiere un gobierno ni un Gabinete de diálogo, sino que exige que el Gabinete y el gobierno sean instrumentos de lucha y combate.

No es éste el momento de cuestionar las tomas o de limitar el desarrollo del poder popular. Este es un momento histórico fundamental en el que las grandes tareas son atajar al golpismo, enfrentar el emplazamiento, neutralizar a los vacilantes, empujar y profundizar una vigorosa y resuelta contraofensiva revolucionaria y popular.

No hay otra alternativa para los revolucionarios. Puede haberla para los reformistas más recalcitrantes, pero a éstos la historia sabrá marcarlos de acuerdo a su conducta.

La situación sólo ofrece dos caminos: la capitulación reformista o la contraofensiva revolucionaria y, si esta última desencadenara un intento golpista habrá fuerzas de sobra para aplastarlo.

Toda forma de capitulación, en fin de cuentas, conducirá, más temprano que tarde al aplastamiento de los trabajadores, a través de una dictadura reaccionaria y represiva.

Dos tácticas se ofrecen a la clase obrera y al pueblo.

Una, que establece que no es posible profundizar la ofensiva popular, pues encendería de inmediato el enfrentamiento, que es necesario ganar tiempo; se

mantiene al interior de la institucionalidad burguesa, a la que no deja de criticar, pero al no dar una salida alternativa a ésta, se abren al diálogo con sectores del campo contrario, el que sólo pueden construir devolviendo empresas y haciendo concesiones.

Esta táctica está irremediablemente condenada al fracaso, pues buscando aliados en el campo contrario los pierde en el propio.

La otra táctica es la táctica revolucionaria.

Es la táctica que ha puesto en práctica la clase obrera y el pueblo en las semanas recientes.

La táctica revolucionaria consiste en reforzar y ampliar la toma de posiciones en las fábricas, fundos y distribuidoras.

No devolver las grandes empresas tomadas, incorporarlas al área social bajo Dirección Obrera, imponiendo en la pequeña y mediana industria el Control Obrero.

Desarrollando la fuerza de los trabajadores fuera de la institucionalidad burguesa, estableciendo el Poder Popular en los Comandos Comunales, los Comités de Defensa, multiplicando y extendiendo la ofensiva popular, incorporando a ella a los pobladores, campesinos y estudiantes, extendiendo la movilización a todo el país.

Desarrollando la alianza de los trabajadores con los soldados, suboficiales y oficiales honestos.

Rescatando la base obrera y popular de la Democracia Cristiana. Fortaleciendo la alianza revolucionaria de la clase obrera y el pueblo. Impulsando la reagrupación de los revolucionarios y la acción común de la izquierda por la base.

La tarea inmediata de esta táctica revolucionaria es profundizar y ampliar la contraofensiva popular y revolucionaria en curso y, para ello, proponemos la realización de un paro nacional por 24 horas.

Proponemos la realización de este paro a todas las organizaciones populares de este país: a la CUT, a los Comandos Comunales, a los Consejos Campesinos, a las Federaciones Campesinas y Estudiantiles y a todos los trabajadores.

Proponemos que este paro notifique a los golpistas que la clase obrera y el pueblo aplastarán todo intento golpista.

Proponemos este paro para notificar a los reaccionarios que la clase obrera y el pueblo resistirán y enfrentarán toda forma de emplazamiento y chantaje. Un paro que notifique a los politicastros y reaccionarios que la clase obrera no acepta la promulgación de la Reforma Constitucional de Hamilton y Fuentealba, pues la clase obrera ya promulgó su ley y está decidida a no devolver ninguna gran empresa.

Un paro nacional que rechace las triquiñuelas legalistas de los Frei, Pareto, Aylwin, Jarpa y Bulnes, que pretenden colocar al pueblo y al gobierno en la ilegalidad.

Un paro nacional de carácter distinto, un paro que organice, fortalezca y multiplique los Comandos Comunales en todo el país, incorporando a todas las capas del pueblo.

Un paro nacional que exija medidas inmediatas contra todos los oficiales golpistas y la remoción de los mandos comprobadamente comprometidos en la sedición y el chantaje.

Un paro nacional que levante como derecho legítimo de la clase obrera y el pueblo la organización de sus propios órganos de vigilancia, de protección, de defensa y de lucha.

Un paro nacional que exija la solución de los problemas de ingreso de los trabajadores y de las Fuerzas Armadas, a costa de la ganancia capitalista.

El MIR no pretende atribuirse la paternidad de esta proposición, no hemos hecho otra cosa que recoger la proposición que hicieron los Comandos Comunales, sectores de vanguardia de la clase obrera y el pueblo. Llamamos al resto de la izquierda y al conjunto de las organizaciones populares a impulsar un paro nacional, como la mejor forma táctica de profundizar la contraofensiva en curso.

Fortalecer y desarrollar el Poder Popular y luchar por la democratización de las FF. AA. La clase obrera y el pueblo deben luchar por resolver los problemas de ingreso y abastecimiento de los miembros de las FF. AA. por terminar las restricciones a éstos en sus derechos ciudadanos y porque tengan la posibilidad de incorporarse a las organizaciones populares.

Los trabajadores hoy enfrentan un programa reaccionario, el programa de la explotación y la miseria. Un programa general de hace dos años no es suficiente. El único programa que se ha demostrado eficaz es el que hoy levantan extensos sectores de los trabajadores, es el Programa Revolucionario del Pueblo: programa que multiplica la fuerza y el poder de los trabajadores.

No será sólo con un Programa económico de emergencia o con la batalla de la producción con lo que se resolverá la actual crisis. El país vive una crisis política y sin resolver ésta no será posible resolver los problemas económicos. Sólo enfrentando las posiciones de poder político que hoy controlan las clases patronales desde el Parlamento, la Contraloría y la Justicia.

Por eso, hoy es más necesario que nunca impulsar la lucha contra el orden burgués y luchar por generar los Tribunales del Pueblo, la Asamblea del Pueblo y el Poder Popular.

Los reaccionarios y en especial el freísmo, están exigiendo desde hace algunos días la represión de nuestra organización: el MIR. No nos atemoriza ni nos sorprende. No es la primera vez que el freísmo se juega por la represión, la tortura y la cárcel en contra nuestra. Les advertimos que no nos encontrarán como a sus ahijados políticos de Patria y Libertad pidiendo asilo en las embajadas y que hoy, reprimir al MIR es reprimir a un contingente importante de la clase obrera y el

pueblo. Que entonces, nos asistirá el derecho a levantar las formas de lucha que se correspondan a la nueva situación.

Si la contrarrevolución tomara la forma de un golpismo desatado, del emplazamiento militar violento, los revolucionarios y los trabajadores deben de inmediato extender la toma de fábricas y fundos, multiplicar las tareas de defensa e impulsar el Poder Popular como Gobierno Local autónomo de los poderes del Estado.

Los suboficiales, soldados y carabineros deben desobedecer las órdenes de los oficiales golpistas y, en ese caso, todas las formas de lucha se harán legítimas.

Entonces, sí que será cierto que los trabajadores con los soldados, marineros, aviadores y carabineros, los suboficiales y oficiales antigolpistas, tendrán el legítimo derecho a construir su propio ejército, el Ejército del Pueblo.

Compañeros trabajadores: vivimos momentos definitorios, las conquistas y el futuro de los trabajadores están amenazados.

La lucha de clases es siempre una guerra, encubierta. La contrarrevolución burguesa se propone, hoy en Chile, hacerla estallar.

El pueblo no se dejará amarrar las manos. La clase obrera y el pueblo están en disposición de combate; están decididos a defender sus conquistas y están más decididos hoy que nunca a conquistar su futuro.

Por eso, los trabajadores han puesto en marcha una gran contraofensiva revolucionaria y popular: por eso, la clase obrera y el pueblo han organizado la defensa de sus conquistas y se preparan a conquistar nuevas posiciones.

El pueblo emplaza su fuerza, desarrolla el poder popular, multiplica los Comandos Comunales, y levanta la organización de su defensa.

Compañeros:

El pueblo debe prepararse para resistir,
debe prepararse para luchar,
debe prepararse para vencer.

Trabajadores de Chile:

¡ADELANTE CON TODAS LAS FUERZAS!

¡ADELANTE CON TODAS LAS FUERZAS DE LA HISTORIA!

Publicado en *El Rebelde*, no. 91, julio de 1973.

Llamado

Camaradas militantes revolucionarios,
camaradas trabajadores:

El fascismo se ha impuesto en Chile, con el apoyo del imperialismo norteamericano y del subimperialismo brasileño.

El sector fascista que domina el cuerpo de oficiales del ejército y la extrema derecha reaccionaria quieren resolver por el fuego y la sangre la crisis que atraviesa el sistema de dominación capitalista en Chile.

Todas las libertades democráticas han sido abolidas.

Hasta hoy, por lo menos un millar de personas han sido fusiladas. Los muertos se cuentan por decenas de miles. Otros tantos son los detenidos en los campos de concentración, donde la tortura se ha generalizado.

El Parlamento está cerrado.

El ejército ha intervenido militarmente las universidades.

Las organizaciones obreras han sido disueltas. Miles de trabajadores han sido despedidos. Un verdadero régimen de trabajo forzado ha sido impuesto. Los salarios están congelados. Los precios suben vertiginosamente. Los delegados nombrados por el gobierno en las empresas son los antiguos propietarios, los antiguos directores.

El estado de sitio ha sido establecido en todo el país. El conjunto del pueblo está sometido al toque de queda y sujeto a los tribunales militares de tiempos de guerra.

Las ejecuciones sumarias se multiplican y verdaderos pogromos son realizados contra los extranjeros.

Un régimen inspirado en el régimen hitleriano gobierna hoy en Chile.

Camaradas,

No es ni el socialismo, ni la revolución proletaria, ni los trabajadores quienes han fracasado en Chile.

En Chile se derrumbó trágicamente un proyecto reformista basado en la ilusión de llegar al socialismo contando con la pasividad de la clase dominante y sometiéndose al orden burgués.

La lucha recién comienza. Se ha perdido una batalla, no la guerra.

La clase obrera y el pueblo, la izquierda y los revolucionarios son todavía poderosos. La lucha será larga y dura, pero estamos seguros de vencer.

A partir de la lucha por la restauración de las libertades democráticas hoy abolidas, a partir de la defensa del nivel de vida de las masas hoy atacado de frente por el fascismo, uniendo la totalidad de la izquierda y de los sectores democráticos

dispuestos a impulsar la lucha contra la dictadura, se reorganizará el movimiento de masas, se desarrollará y crecerá la resistencia popular contra la dictadura en los campos y las ciudades.

Eso conducirá a la caída de la dictadura, a la restauración de las libertades democráticas, y abrirá la vía a un poderoso proceso revolucionario, obrero y campesino, que culminará en la revolución proletaria y socialista.

Camaradas,

La lucha de la clase obrera y el pueblo chileno contra la dictadura militar fascista es parte integrante de la lucha de los pueblos del mundo contra el imperialismo. La solidaridad internacional de los países socialistas, de los países y sectores democráticos y revolucionarios, y particularmente de la revolución cubana y de los movimientos revolucionarios hermanos de América Latina –el ERP de Argentina, los Tupamaros y el ELN de Bolivia– ha sido y continúa siendo fundamental.

No quisiera terminar sin rendir un homenaje a Salvador Allende, quien dio su vida por la defensa de sus convicciones, a los trabajadores y a los militantes de todas las organizaciones de la izquierda que han muerto, mueren y son hoy apresados combatiendo la dictadura militar racista.

La clase obrera, el pueblo, la izquierda y los revolucionarios, venceremos.

MIGUEL ENRÍQUEZ
SECRETARIO GENERAL DEL MIR

11 de octubre de 1973.

Llamado registrado por un periodista francés del periódico *Rouge*.
Publicado en el suplemento *La Frèche* no. 80, octubre de 1973.
Retraducido del francés.

En las montañas del sureste mexicano, octubre también se llama Miguel

Al pueblo de Chile:

A la juventud chilena:

Hermanos y hermanas de Chile:

Les hablo en nombre de las mujeres, hombres, niños y ancianos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, indígenas mayas en su inmensa mayoría, que resistimos en las montañas del sureste mexicano contra el neoliberalismo y por la humanidad.

Reciban todos y todas, jóvenes chilenos, nuestro saludo zapatista.

Agradecemos a los hermanos y hermanas que hoy nos dieron la oportunidad de que nuestra palabra llegue hasta el Chile rebelde.

Pedimos para esta nuestra palabra, un lugar en su rabia de ustedes, en su dolor y, sobre todo, en su esperanza.

No voy a hablarles de los zapatistas mexicanos, de nuestra lucha, de nuestros anhelos, de nuestros sueños, de nuestras pesadillas, de nuestra resistencia. Después de todo, comparados con los hombres y mujeres, particularmente los paridos por estas tierras, que han iluminado los cielos de Latinoamérica, los zapatistas seguimos siendo aún una lucecita débil y lejana.

No, nuestra palabra es ahora para unir nuestro saludo y nuestro homenaje a un latinoamericano, a un chileno del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, caído en combate contra la dictadura pinochetista el 5 de octubre de 1974.

Hoy nuestra palabra es para saludar a Miguel Enríquez Espinosa.

Y lo saludamos hoy, hoy que bajo los cielos de América Latina, esa que duele del Bravo a la Patagonia, los poderosos nos ponen en las manos un puñito de polvo y nos dicen: “Esto es lo que queda de tu patria”.

Y hoy, esos mismos, los de arriba, nos muestran las imágenes de la geografía que han impuesto en parte de nuestros suelos:

Donde había una bandera, hoy hay un centro comercial. Donde había una historia, hoy hay un puesto de comida rápida. Donde florecía el copihue, hoy hay un páramo. Donde había memoria, hoy hay olvido. En lugar de justicia, limosna. En lugar de patria, un montón de escombros. En lugar de memoria, inmediatez. En lugar de libertad, una tumba. En lugar de democracia, un *spot* publicitario. En lugar de realidades, cifras.

Ellos, los de arriba, nos dicen: “Este es el futuro que te prometimos, disfrútalo”. Eso nos dicen, y mienten.

Este futuro se parece demasiado al pasado. Y, si miramos con atención, tal vez veamos que ellos, los de arriba, son los mismos de ayer. Los que, igual que ayer,

hoy nos piden paciencia, madurez, sensatez, resignación, rendición. Esto ya lo hemos visto, lo hemos oído antes.

Los zapatistas recordamos. Sacamos la memoria de nuestras mochilas guerrilleras, de nuestros bolsillos de los uniformes de campaña. Recordamos.

Porque hubo un tiempo en que toda la América Latina estaba aquí nomás.

Bastaba estirar la mano y se tocaban los corazones de los pueblos latinoamericanos.

Bastaba voltear un poco la mirada y ahí estaban el relámpago desparramado del Amazonas, la cicatriz indeleble de los Andes, el soberbio estar del Aconcagua, la interminable Tierra del Fuego, el siempre inquieto Popocatépetl.

Y con ellos estaban los pueblos que les dieron nombre y vida.

Porque hubo un tiempo en que Chile y todos los países de la América Latina quedaban más cerca de México que el imperio que, desde el norte geográfico y social, impone lejanías a quienes compartimos la vecindad de la historia.

Hubo un tiempo.

Tal vez todavía es ese tiempo.

Hoy, como ayer, el dinero hermana soberbias.

Hoy, como ayer, de la mano de las poderosas transnacionales, el poder militar extranjero pretende hollar nuestros suelos, a veces embozado en uniformes de ejércitos locales, o con asesores, embajadas, consulados, agentes encubiertos.

Hoy, como ayer, esos dineros intentan comprar certificados legales de impunidad para los gorilas que les sirvieron y que, siempre lo supimos, cuando decían “patria” no hablaban de Chile, de Argentina, de Uruguay, de Bolivia, de Brasil. No, la bandera que saludaban era la de las barras y las turbias estrellas.

Hoy, como ayer, el Norte revuelto y brutal cerca y pretende asfixiar esa solitaria estrella de dignidad que brilla en el Caribe.

Hoy, como ayer, los gobiernos de algunos de nuestros países le sirven de triste comparsa en el innoble empeño de doblegar al pueblo de Cuba.

Hoy, como ayer, el imperio que se abroga el papel de policía mundial y atropella leyes, razones, pueblos, es el mismo.

Hoy, como ayer, quien pretende desestabilizar a gobiernos legales y legítimos, pero que no le son subordinados (ayer Chile, hoy Venezuela, siempre Cuba), es el mismo.

Hoy, como ayer, aquel sistema que se erige sobre la mentira, el engaño, el fraude, la dictadura del dinero, pretende darnos lecciones de democracia, de libertad, de justicia.

Hoy, como ayer, quien democratiza el dolor, la miseria, la muerte para los pueblos de nuestra América, es el mismo.

Hoy, como ayer, quien persigue, quien tortura, quien encarcela, quien mata, es el mismo.

Hoy, como ayer, se nos hace la guerra, en veces con balas, en veces con pro-

gramas económicos, siempre con mentiras.

Hoy, como ayer, el terror real, el que de arriba viene, llama al dios para justificarse.

Hoy, como ayer, se pretende ocultarnos que sí, que es un dios quien los aliena, pero es el dios del dinero.

Hoy, como ayer, en algunos países los pusilánimes son gobiernos.

Hoy, como ayer, las claudicaciones se disfrazan con argumentos complejos, encuestas, trajes de marcas exclusivas, espejos vueltos del revés.

Tal vez todavía es ese tiempo.

Tal vez no.

Porque hoy, el nuevo y complicado ropaje con el que se viste la brutalidad de la ganancia para los menos, a costa de la pérdida para los más, lleva adelante una verdadera guerra mundial contra la humanidad.

Naciones enteras son devastadas.

Se conquistan territorios.

Se reordena la geografía mundial.

Se derrumban las fronteras para los dineros y se alzan para los pueblos.

Las culturas históricas de nuestros pueblos tratan de ser suplantadas por frivolidades instantáneas.

En algunos países, en lugar de gobiernos nacionales hay gerencias regionales.

Se malbaratan los recursos naturales, la tierra, la historia; y sobre las cordilleras que zurcen y unen América desde el sur del Bravo hasta la Tierra del Fuego, quieren plantar un letrero que anuncia, que advierte, que amenaza: "Se vende".

Los pobres, los desposeídos, es decir, quienes forman la inmensa mayoría de la humanidad, son confiscados y clasificados.

Confiscados de su dignidad, clasificados en las periferias de las grandes ciudades, en las orillas de los programas gubernamentales, en los rincones del futuro que ahora se decide, en algunos países, no en los parlamentos o en las casas nacionales de gobierno, sino en las juntas de accionistas de las multinacionales.

Hoy la explotación es más brutal que nunca antes en la historia de la humanidad, hoy el cinismo es credo filosófico de quienes pretenden gobernar el planeta, es decir, de quienes tienen todo, menos vergüenza.

Hoy la guerra contra la humanidad, es decir, contra la razón, es más mundial que nunca antes.

Hoy la guerra es en todos los frentes y en todos los países.

Si ayer era un deber oponerse, luchar, resistir frente a la estúpida lógica de la ganancia, hoy es, simple y llanamente, un asunto de supervivencia individual, local, regional, nacional, continental, mundial.

Hermanos y hermanas de Chile:

Hubo un tiempo en que toda la América Latina quedaba aquí nomás.

Tal vez todavía es ese tiempo.

Tal vez la memoria colectiva que, como latinoamericanos nos da identidad, tome nombres y fechas en el calendario para decir, para decirnos, que hay una patria más grande que la que nos da bandera.

¿Con cuántos nombres se viste el calendario del dolor de nuestras tierras?

Si en nuestra América, Ernesto Che Guevara es uno de los nombres con los que octubre se levanta, el calendario de los de abajo que somos se ilumina cuando se llama Turcios Lima y Yon Sosa en Guatemala, Roque Dalton en El Salvador, Carlos Fonseca en Nicaragua, Camilo Torres en Colombia, Carlos Lamarca y Carlos Marighela en Brasil, Inti y Coco Peredo en Bolivia, Raúl Sendic en Uruguay, Roberto Santucho en Argentina, César Yáñez en México.

Y sólo nombro a algunos de los muchos que decidieron en nuestra América Latina, en su tiempo y en su modo, ponerle un gatillo a la esperanza y que, a la dosis de ternura que nos exige Latinoamérica para amarla, agregaron una cierta dosis de plomo... y de sangre... su sangre.

El problema con todos esos que duelen en el calendario es que no se van así nomás. No, al contrario, se van dejándonos como una deuda, como algo que debemos saldar para poder nombrarlos sin vergüenza, sin pena.

Hay quien señala que aquellos hombres y mujeres que tomaron y toman como camino la rebeldía armada tuvieron, o tienen, una fascinación por la muerte, vocación para el martirio, ansias mesiánicas; que sólo desean un lugar en las canciones de protesta, en las poesías, en los corridos populares, en las camisetas juveniles, en los puestos de *souvenir* del turismo revolucionario.

Hay quien piensa y dice que las causas se derrotan cuando mueren quienes las luchan, es decir, quienes las viven.

Hay quien dice que el doloroso octubre latinoamericano rompió en pedazos la esperanza en Chile, en Uruguay, en Argentina, en Bolivia, en México, en toda la América Latina.

Puede que sea así. Pero puede que no.

Puede ser que quienes, como Miguel, se armaron para decir "No", en realidad estaban diciendo "Sí" a un mañana entonces lejano.

Puede ser que quienes, como Miguel, pusieron fuego a su palabra, no lo hicieron para incendiar con la muerte, sino para iluminar la vida.

Puede ser que quienes, como Miguel, pensaron y dispararon, no lo hicieron para tener un lugar en el museo de la nostalgia revolucionaria, sino para que los pueblos, todos, tuvieran un lugar en el mundo.

Puede ser que el calendario en el que transcurra el mañana no tenga nombres o, mejor aún, tenga todos los nombres.

Porque puede ser que para eso fue que las ausencias que dolemos en cada mes latinoamericano pusieron una crucecita en el calendario, como la que duele este 5 de octubre.

Puede ser, porque esas ausencias, en lugar del hueco, dejan las ganas de luchar la esperanza, que es así como nosotros los zapatistas decimos “cambiar el mundo”.

Puede ser.

Puede ser que la esperanza se alimente, como nuestra América, de la memoria.

Y puede ser que la memoria no sea otra cosa que el pegamento para volver a unir la esperanza que se ha roto en el calendario que nos imponen.

Puede ser que esa memoria, la que hoy nos convoca y vuelve a poner a la América Latina aquí nomás, no sea una herencia que esos dolores nos legaron, sino un deber que nos marcan.

Puede ser.

Tal vez para saberlo es que estamos aquí, incluso los que no estamos.

Porque puede ser que el hoy no sea igual al ayer.

Un revolucionario chileno, de esos que hacían temblar cuando empuñaban una guitarra, Víctor Jara, tal vez pensando en los tiempos que hoy cargamos, dijo, nos dijo, nos dice que: “Es difícil encontrar en la sombra claridad, cuando el sol que nos alumbra descolora la verdad”. Y dijo, nos dijo, nos dice: “Ojalá encuentre camino para seguir caminando”.

Y fue en tierras chilenas, hace mucho tiempo, que Manuel Rodríguez dijo, nos dijo, nos dice, como mostrando el camino: “Aún tenemos patria, ciudadanos”.

Y otro uno, también chileno, aquí nomás cerca y bajo la metralla que le buscaba el corazón, tuvo la entereza y sabiduría para decir, para decirnos: “Más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor”.

Puede ser que el hoy no sea igual al ayer.

Puede ser que se hayan aprendido las lecciones y, pronto, donde antes se emborronaban cuartillas en la historia latinoamericana, se enmendará la letra y terminará por leerse, con la claridad de quienes miran desde abajo, que “democracia”, “libertad” y “justicia” son palabras graves y que se acentúan en el corazón, es decir, en el lado izquierdo del pecho colectivo que somos.

Quisiera decir que venceremos, que no nos moverán, que el futuro será nuestro, que romperemos mil cadenas, que la libertad es un horizonte cercano; pero nosotros los zapatistas creemos que no será así porque lo depare un destino oculto o manifiesto, sino porque trabajemos y luchemos por ello.

Hermanos y hermanas:

Esto quiere decirles nuestra palabra:

Bien haya la vena abierta de América Latina que se llama Chile y que tiene en la sangre no a la ITT, no a la Anaconda Copper, no a la United Fruit, no a la Ford, no al Banco Mundial, no a Pinochet, ni a los nombres con los que ahora se visten unas y otros, sino a sus obreros, sus campesinos, sus estudiantes, sus mapuches, sus mujeres, sus jóvenes, su Víctor Jara, su Violeta Parra, su Salvador

Allende, su Pablo Neruda, su Manuel Rodríguez, su Miguel Enríquez, su memoria.

Hermanos y hermanas de Chile:

Reciban todos y todas el saludo de quienes los admiramos y queremos, nosotros, los zapatistas mexicanos.

¡Salud, Chile!

Subcomandante Insurgente Marcos

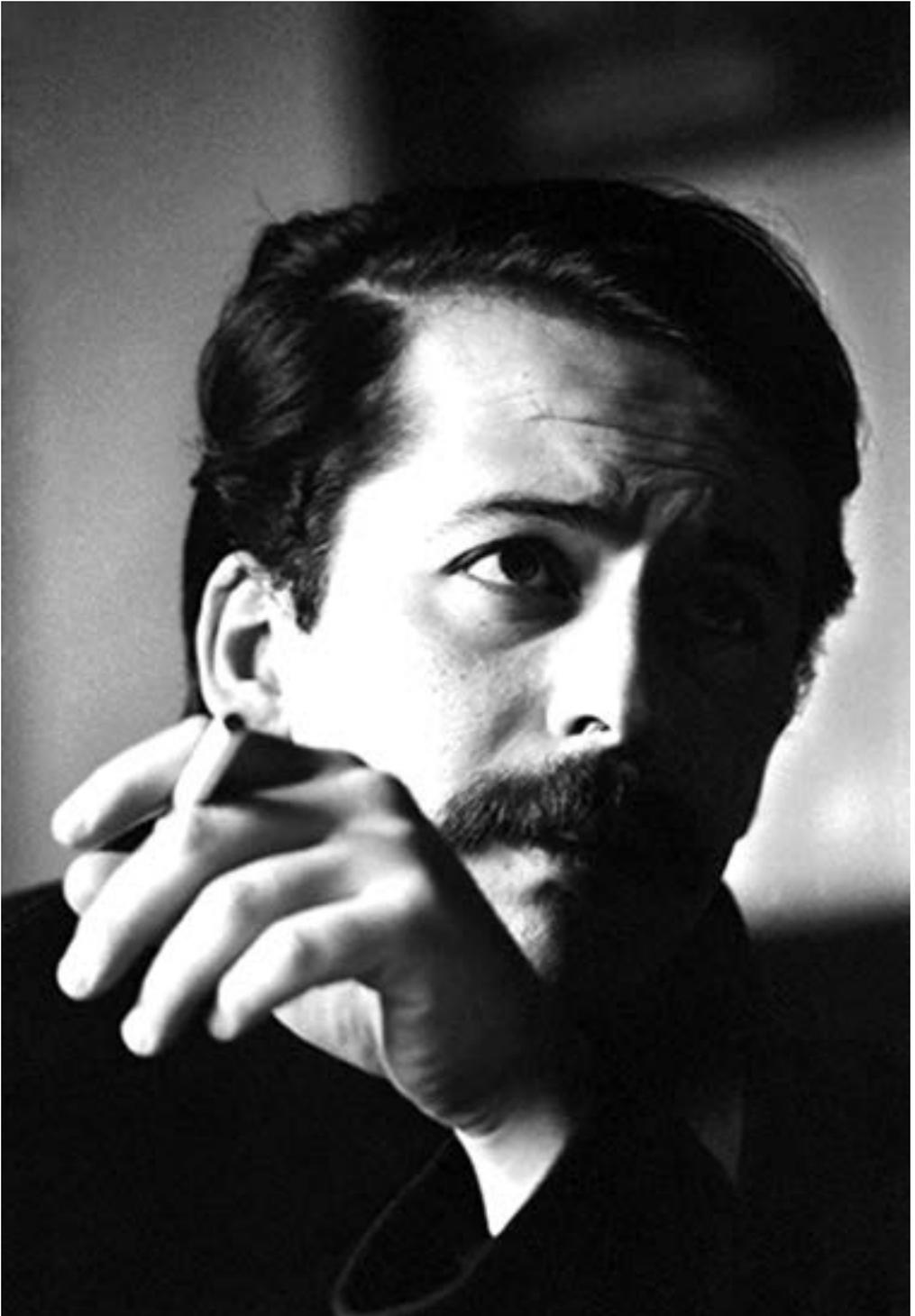
México, octubre de 2004

Desde las montañas del sureste Mexicano.

PD. Disculpen si mis palabras no han sido una arenga, como sí lo fue la vida y la muerte de quien, treinta años después, hoy nos llama. En realidad nosotros sólo queríamos aprovechar este acto para pedirles a todos ustedes, humildemente, respetuosamente, que, en nuestro nombre, pongan un rojo copihue en la tierra que lo guarda, y que le digan a él que acá, en las montañas del sureste mexicano, octubre también se llama Miguel.

Tomado de <http://www.rebelion.org./noticia.php?id=5901>

Memoria gráfica



Miguel Enríquez Espinosa. Secretario General del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) desde 1967 hasta su asesinato en octubre de 1974.



Panel durante el coloquio "El MIR no se asila. Lucha y resiste", celebrado en La Habana los días 2 y 3 de diciembre de 2014. En la foto, de izquierda a derecha aparecen los investigadores Alexander Correa, Fernando Luis Rojas, Rafael Acosta de Arriba y Félix Valdés.

Coloquio Internacional

Dedicado al pensamiento político de Miguel Enríquez, intelectual y líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria chileno en el 40 aniversario de su caída en combate durante la dictadura pinochetista

Ponencias, debate teórico, lecturas, presentaciones audiovisuales, exposición fotográfica, acción plástica, presentación del libro *Un día de octubre*, de Carmen Castillo.

2 y 3 de diciembre de 2014
 Cátedra Antonio Gramsci
 Instituto Cubano de Investigación Cultural
 Juan Marinello

El MIR no se asila. Lucha y resiste

Cartel confeccionado para el evento dedicado al pensamiento político de Miguel Enríquez, en el 40 aniversario de su caída en combate.



Sesión de trabajo durante el coloquio. En la mesa, de izquierda a derecha aparecen Manuel Pérez, Germán Sánchez, Juan Carretero y Luis Suárez.



Participantes en el evento "El MIR no se asila. Lucha y resiste". De pie, la investigadora Caridad Masón Senna del Instituto Juan Marinello.

CORREO DE LA RESISTENCIA



EDICION ESPECIAL Nº 8

Octubre, 1979



**EL MIR
Y LA ACTUAL
COYUNTURA
EN CHILE**

**Homenaje a
Miguel Enríquez
en el quinto
aniversario
de su muerte
en combate**

Portada de la publicación mirista *Correo de la Resistencia*, que dedicó un número especial a homenajear al dirigente Miguel Enríquez a un lustro de su caída en combate (1979).



Los revolucionarios chilenos Miguel Enríquez y Carmen Castillo. La foto se utilizó en el cartel del documental *Calle Santa Fe* realizado por Carmen.



Intervención de Carmen Castillo en el coloquio. Le acompañan en la mesa Rosario Alfonso y Fernando Martínez.

SE ENCARGA

SE FORMAN LA MAYORIA DE LAS COMISIONES PERMANENTES POR ESTOS MOTIVOS EN UN MUNDO DE JUSTITIA Y PAZ SOCIAL.

ente el Ministro Cánovas, "porque no tenemos en la justicia del régimen capitalista". Toro, de confesión militancia mirista, visita los recintos universitarios periódicamente. El viernes pasado llegó a la Escuela de Servicio Social de la "U", porque supo que iría el Ministro Cánovas. Al parecer, el magistrado tuvo conocimiento con anticipación de esta visita y no concurrió.

—Yo pensaba decirle que ahí, frente a todos los estudiantes, estaba dispuesto a declarar, denunciando los vicios de su sistema. Di una charla y después salí camuflado. No me pregunté cómo, porque voy a seguir usando el disfraz.

Acción revolucionaria

Los bigotes a la mexicana no son exclusivos de Toro. Los tiene varios dirigentes más. Otro elemento característico es la boina. No se ven barbas. Una muchacha abandona la brocha con engrudo, deja a medio hacer otro diario mural, y sale de la madriguera, sede de la "secretaría del Centro Cultural". Una máquina de escribir y una copiadora rotan en equilibrio sobre los cajones. Es allí donde se fabrican los comunicados, donde se resuelve el programa de actividades: la semana pasada se proyectó cine cubano y argentino, especialmente el largometraje *La Hora de los Hornos*, y un espontáneo grupo de actores del mismo campamento dio vida al "Antiteatro". Detrás de todo está la mano de estudiantes de izquierda (MIR, MAPU y PS), que viven "una experiencia donde las palabras van unidas a la acción concreta e inmediata".

—Aquí tenemos en una acción revolucionaria que ha demostrado su efectividad —dice Toro, y agrega sonriendo—: Nosotros, modestamente, en tres meses logramos lo que otros compañeros demoran casi un año, pasando de un trámite a otro. Pero la lucha no termina en el sitio. No aceptamos el plan de la Corvel. Con los estudiantes tenemos nuestro plan, trabajamos con los cerros y la propiedad privada. Hacemos una población, donde vivamos el socialismo, aplicando la experiencia que aquí hemos alcanzado. Con árboles, con parques, con casas decentes y no "ranchos" de tabla. (Para qué? Para mostrarla a los demás compañeros y decirles: "ésta es la casa que de



ALFONSO DE LA ROSA



JUAN DEL ROSARIO



RODOLFO GONZALEZ



ALFONSO DE LA ROSA



JUAN DEL ROSARIO



RODOLFO GONZALEZ



JUAN DEL ROSARIO



RODOLFO GONZALEZ



ALFONSO DE LA ROSA



JUAN DEL ROSARIO



RODOLFO GONZALEZ



ALFONSO DE LA ROSA



JUAN DEL ROSARIO



RODOLFO GONZALEZ

Recortes de la prensa chilena que reflejan la persecución a que fueron sometidos los dirigentes y militantes del MIR.

a". Toro, de confidencia mirista, visita los recintos universitarios periódicamente. El viernes pasado llegó a la Escuela de Servicio Social de la "U", porque supo que iría el Ministro Cánovas. Al parecer, el magistrado tuvo conocimiento con anticipación de esta visita y no concurrió.

—Yo pensaba decirle que ahí, frente a todos los estudiantes, estaba dispuesto a declarar, denunciando los vicios de su sistema. Di una charla y después salí camuflado. No me pregunte cómo, porque voy a seguir usando el disfraz.

Acción revolucionaria

Los bigotes a la mexicana no son exclusivos de Toro. Los usan varios dirigentes más. Otro elemento característico es la boina. No se ven barbas. Una muchacha abandona la brocha con engrudo, deja a medio hacer otro diario mural, y sale de la mediagua, sede de la "secretaría del Centro Cultural". Una máquina de escribir y una copiadora roneo se equilibran sobre los cajones. Es allí donde se fabrican los comunicados, donde se resuelve el programa de actividades: la semana pasada se proyectó cine cubano y argentino, especialmente el largometraje *La Hora de los Hornos*, y un espontáneo grupo de actores del mismo campamento dio vida al "Antiteatro". Detrás de todo está la mano de estudiantes de izquierda (MIR, MAPU y PS), que viven "una experiencia donde las palabras van unidas a la acción concreta e inmediata".

—Aquí estamos en una acción revolucionaria que ha demostrado su efectividad —dice Toro, y agrega sonriendo—: Nosotros, modestamente, en tres meses logramos lo que otros compañeros demoran casi un año, pasando de un trámite a otro. Pero la lucha no termina en el sitio. No aceptamos el plan de la Corvi. Con los estudiantes haremos nuestro plano, romperemos con los cercos y la propiedad privada. Haremos una población, donde vivamos el socialismo, aplicando la experiencia que aquí hemos alcanzado. Con árboles, con parques, con casas decentes y no "ranchas" de tabla. ¿Para qué? Para mostrarla a los demás compañeros y decirles: "ésta son las casas que deben tener los obreros". Y así despertar su conciencia de clase.

Toro no dice cómo financiará to-



ROBERTO DÍAZ RODRÍGUEZ
MIRISTA. 1-4-1961



VÍCTOR HUGO TORO NAVAS
MIRISTA. 1-4-1961



ROBERTO DÍAZ RODRÍGUEZ
MIRISTA. 1-4-1961



DANIEL ENRIQUE ESPINOSA
MIRISTA. 1-4-1961



ABEL VÍCTOR BELL MIRAVELLA
MIRISTA. 1-4-1961



VÍCTOR HUGO TORO NAVAS
MIRISTA. 1-4-1961



LUIS ROBERTO BARRIOS MIRAVELLA
MIRISTA. 1-4-1961



VÍCTOR HUGO TORO NAVAS
MIRISTA. 1-4-1961



ESTEBAN DE LA HAZA COLLADO
MIRISTA. 1-4-1961



LUIS COLLADO HERRERA MIRÓ
MIRISTA. 1-4-1961



ROBERTO DÍAZ RODRÍGUEZ
MIRISTA. 1-4-1961



LUIS ALBERTO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ
MIRISTA. 1-4-1961



DANIEL ENRIQUE ESPINOSA
MIRISTA. 1-4-1961



ABEL VÍCTOR BELL MIRAVELLA
MIRISTA. 1-4-1961

①

Muertos cuando vamos a no ser
 que ha preguntado si hay correcciones
 que hacer en el trabajo que dejó allí.
 Te envío el documento que recibí
 que actualizo la excepción. No sé
 pero creo que si alguna vez alguien
 "interés" con los tres artículos
 "Facilidad de...", "Carácter de..."
 "Condición necesaria para el mundo".
 Hay cosas que deben haber reflexio-
 nado. Joder de cada cosa, etc. Si para
 algo sirve, puedes modificarlo y me
 dirás cómo quieres. Queriendo sin-
 dientemente lo fundamental.

2) Hay ya un medio, se recibí en
 tiempo de los libros, uno en
 "Hoy le da 300 mil trabajo y para
 al día de mañana, lo que me permite si-
 mular, y el resto lo dedico a tratar
 de "curar" o la sanidad.
 Sin más, perdona lo anterior,
 espero recibir noticias pronto.

Miguel

P.P.
 2) Si sabes de "Economico Patrio"
 de E. Heredia, o lo "Acumulación
 del Capital" de P. Luxemburgo, te ruego
 me los envíes, o cualquier otro libro
 interesante. Saludar a todo el mundo.

3) Por si no está claro, el partido rojo por
 un propio movimiento, es un movimiento particular,
 y no nos representa, es de Camacho, es
 interesante si consideras su caso, pero
 no es más. o la muerte →

Facsímil de una carta inédita enviada desde Chile por el líder mirista Miguel Enríquez al revolucionario cubano Fernando Martínez Heredia. La misiva está fechada el 10 de julio de 1968.



Los investigadores Fernando Martínez Heredia y Rosario Alfonso Parodi durante sus presentaciones en el coloquio.



Participantes en el evento. Interviene en el debate el miembro del Departamento América Néstor León (Ibrahim).



Miguel Enríquez, al centro, su hermano Edgardo, derecha, y su compañero de luchas Bautista van Schouwen, izquierda, encabezan una manifestación en Santiago. Los tres morirán heroicamente enfrentando a la dictadura pinochetista.



Espacio dedicado al debate en el coloquio. Interviene el investigador Fernando Martínez Heredia. En la mesa, de izquierda a derecha, Juan Carretero, miembro del Departamento América, y Luis Suárez, investigador.



Linografía con el rostro de Miguel Enríquez. Obra donada por el artista plástico chileno y antiguo miembro del MIR Carlos Orlando (Tato) Ayres al coloquio.



Estudiantes y profesores de la Facultad de Ciencias Médicas "Miguel Enríquez" de La Habana, presentan sus experiencias de investigación y promoción de la figura del líder mirista en el coloquio.



Participantes en el coloquio "El MIR no se asila. Lucha y resiste".



Intervención pública en que se develó un *graffiti* con la imagen del revolucionario latinoamericano Miguel Enríquez. Esquina de Bruzón y avenida Boyeros, La Habana, 3 de diciembre de 2014.



Participantes en la develación del *graffiti* de Miguel Enríquez.



Graffiti develado en la esquina de Bruzón y avenida Boyeros, La Habana.



Cierre del coloquio. De izquierda a derecha, Guillermo Leiva, José Antonio López, Rosario Alfonso, Carmen Castillo y Fernando Martínez.



Cierre del coloquio "El MIR no se asila. Lucha y resiste". Los asistentes entonan *La Internacional*.



Este es un homenaje desde Cuba a Miguel Enríquez, es un libro colectivo que reivindica su legado, su memoria, a la vez que exalta el internacionalismo cubano como política exterior de la Revolución socialista de Cuba.

"La resistencia y la muerte heroica de Miguel Enríquez demostró que el golpe fascista desató una hora decisiva de combate, y que no había tiempo para medir correlación de fuerzas ni hacer cálculos fríos. Solo existía una opción: encarar "la hora de los hornos".

GERMÁN SÁNCHEZ OTERO

"Las grandes personalidades revolucionarias quiebran su destino previsible al volverse contra el cerco de sus circunstancias, romperlo e impulsar cambios profundos, o al menos marcar a fuego el orden vigente para facilitar que otros lo hagan".

FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA

"Su pensamiento crecía al calor de la acción y se inspiraba en los grandes acontecimientos y símbolos de la historia cubana, en momentos en los que en la Isla se empezaban a ahogar las posibilidades de llevar a término un pensamiento filosófico-político revolucionario, comprometido y desde el Tercer Mundo, como había venido sucediendo".

FÉLIX VALDÉS GARCÍA

"El pensar con diferencia y desde la diferencia, condujo al MIR al anti dogmatismo. Una valentía de ese pensamiento libre es el que requerimos con urgencia en la Cuba actual.

FRANK GARCÍA HERNÁNDEZ

"Es como si Miguel se volcara hacia esta energía naciente y que su ser tocado por esa irradiación, nutriera la conciencia de los que se rebelan hoy".

CARMEN CASTILLO ECHEVERRÍA